STAR WARS

COSECHA ROJA

JOE SCHREIBER



La era de la Antigua República es una época oscura y peligrosa en la que los Caballeros Jedi se enfrentan valientemente a los lores Sith y a sus despiadados ejércitos. Pero los Sith tienen planes inquietantes, y el más inquietante de todos es la puesta en práctica del sueño fanático de Darth Scabrous, que está a punto de convertirse en una realidad de pesadilla.

A diferencia de esos otros Jedi marginados al Cuerpo Agrícola —jóvenes Jedi cuyas capacidades no han demostrado estar a la altura—, Hestizo Trace posee un extraordinario talento para la Fuerza,… un don con las plantas. De pronto, su tranquila existencia entre especies de invernadero y de jardín queda destrozada violentamente por la llegada de un emisario de Darth Scabrous. La singular orquídea negra que ha cuidado y con la que ha establecido un vínculo es el ingrediente que falta en una antigua fórmula Sith que promete concederle a Darth Scabrous su mayor deseo.

Pero en el corazón de la fórmula hay un virus desconocido hasta el momento que es peor que letal: no solo mata, sino que transforma. Ahora los muertos famélicos y en descomposición se están alzando, impulsados por un hambre sanguinaria por todo lo vivo y liderados por un Maestro Sith con una sed de poder insaciable que persigue el premio definitivo: la inmortalidad… cueste lo que cueste.



Joe Schreiber

Cosecha Roja

ePub r1.0
Ronstad 23.06.14

Título original: *Red Harvest*
Joe Schreiber, 2010
Traducción: Diego de los Santos
Diseño de cubierta: Indika

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.1



Para Christina, «Te miro detenidamente…».

AGRADECIMIENTOS

Cuando uno le debe tanto a tanta gente, tiene tendencia a decir: «Ya sabéis quiénes sois», pero cuando uno se enfrenta a algo de esta magnitud, eso no lo cubre todo.

Por todos sus consejos, su inspiración y su aliento desde el principio, les estoy muy agradecido a mi agente, Phyllis Westberg, de Harold Ober Associates, y a mi editora, Shelly Shapiro, junto a Erich Schoeneweiss, Keith Clayton y el resto de mi familia en Del Rey/Random House.

En Lucasfilm, muchas gracias a Sue Rostoni y Leland Chee por salvarme el pellejo en el universo de la continuidad y el holocrón. Y, por supuesto, a George Lucas, por dejarme boquiabierto cuando tenía siete años y por inculcarme un sobrecogimiento del que nunca me he recuperado.

Quiero darle un agradecimiento especial a la 501ª Legión, cuya generosidad y compromiso hicieron inolvidable la gira de promoción de *Las tropas de la muerte*, sobre todo a la guarnición de California del Sur, la guarnición del Golden Gate, la guarnición de la Ciudad de las Nubes, la guarnición del Medio Oeste, la guarnición Bloodfin en Indianápolis, la guarnición de los Grandes Lagos y la guarnición Carida, aquí, al lado de casa. Sois los mejores. Y un abrazo enorme a la guarnición del Empire State, que acudió a Manhattan un caluroso día de verano para filmar el tráiler de *Las tropas de la muerte* para Del Rey sin olvidar la sangre… ni la cerveza.

A todos los que vinisteis a saludarme durante la gira u os dejasteis el dinero comprando alguno de mis libros, gracias. Sin vosotros, toda esta empresa comenzaría y acabaría en el escritorio de mi ordenador.

Como siempre, tengo que reservarme el mayor agradecimiento para mi familia: mis increíbles hijos y mi mujer, Christina. Vuestro amor, aliento y profundo sentido del ridículo son un recordatorio constante de la magia del día a día, que es la magia más importante de todas. No se puede pedir más.

DRAMATIS PERSONAE

Dail'Liss: bibliotecario (varón neti).
Darth Scabrous: lord Sith (varón humano).
Dranok: cazarrecompensas (varón humano).
Hartwig: estudiante Sith (varón humano).
Jura Ostrogoth: estudiante Sith (varón humano).
Kindra: estudiante Sith (mujer humana).
Maggs: estudiante Sith (varón humano).
Hestizo Trace: trabajadora del Cuerpo Agrícola Jedi (mujer humana).
Mnah Ra'at: estudiante Sith (varón humano).
Pergus Frode: mecánico (varón humano).
Rance Lussk: estudiante Sith (varón humano).
Rojo Trace: caballero Jedi (varón humano).
Tulkh: cazarrecompensas (varón whiphid).
Wim Nickter: estudiante Sith (varón humano).
Xat Hracken: maestro de combate Sith (varón humano).

Capítulo 1

ANILLO

3645 ABY

Wim Nickter estaba de pie, al borde del círculo, a la espera de que comenzase el combate.

El regusto a ozono del frío aire de la mañana en Odacer-Faustin le había dejado la lengua y los labios entumecidos, y el corazón le latía cada vez más fuerte, hasta llegar a agitar la pesada tela de la túnica resistente al viento. En compañía del resto de alumnos había ascendido los setenta y siete escalones que conducían a la parte más alta del templo; los músculos aún le dolían mientras la brisa secaba las gotas de sudor provocadas por los ejercicios recién realizados. La sesión de entrenamiento con espada de luz había terminado. Había llegado el momento de que comenzasen los duelos.

Durante los tres años estándar que llevaba en la academia, Nickter había fantaseado imaginando cómo serían aquellos enfrentamientos. Se quedó mirando el interior del círculo fijamente; tenía diecisiete años, era alto, delgado y tenía el pelo de color negro azabache. Sus anhelantes ojos de color azul grisáceo encajaban a la perfección con el implacable paisaje.

Nickter miró hacia abajo. Desde lo alto del templo, la academia Sith parecía una rueda medio derruida, con sus radios extendiéndose torcidos desde la torre central. Hacía mucho que la nieve acumulada durante décadas, el hielo y los constantes y

excéntricos movimientos tectónicos de la corteza del planeta habían hecho mella en las antiguas estancias, los pasajes cubiertos, los túneles, los templos y la gran biblioteca, que ejercía de centro neurálgico de todo el complejo. El resultado era un disperso grupo de olvidadas ruinas, algunas de ellas todavía majestuosas, que yacían sepultadas bajo toneladas de arquitectura Sith maltratada por el tiempo.

Y allí era donde Nickter y unos cuantos cientos más habían llegado para aprender todo lo que necesitaban saber sobre el lado oscuro de la Fuerza.

Justo enfrente de él, lord Shak'Weth, el maestro de espadas Sith, dio tres pasos hacia el centro del círculo y fue contemplando a los alumnos desde debajo de la capucha de su capa. El viento dejó de soplar por un instante; no se oía ningún ruido, excepto el roce de sus botas sobre la desigual llanura. Ni el más mínimo gesto rompía el pétreo semblante del maestro de espadas. La fina rendija sin labios que formaba su boca no se movió en ningún momento. No hizo ningún comentario; no era necesario que lo hiciese. Había llegado el momento del primer desafío, y Nickter y sus compañeros estaban al tanto de los rumores.

Aquel día Lussk iba a desafiar a alguien.

Rance Lussk era el mejor alumno de la academia; la ferocidad y el potencial de aquel acólito de los Sith eran tales que casi nadie se atrevía a acercarse a él, y no digamos a enfrentarse a él en un duelo. Había pasado la mayor parte de aquellos días haciendo sesiones particulares de entrenamiento con Shak'Weth y el resto de maestros de la academia. Se decía que había estado meditando en lo alto de la torre junto al mismísimo lord Scabrous… aunque Nickter tenía sus dudas al respecto. Todavía no había conocido a ningún alumno que afirmase haber estado en el interior de la torre.

Pese a todo, se quedó esperando, conteniendo la respiración.

Todo el grupo mantenía un silencio absoluto.

Unos segundos después, Lussk dio un paso al frente.

Bajo la capa y la túnica se podía percibir su ágil y musculosa figura; tenía la cara alargada y una melena pelirroja que llevaba recogida en una trenza, tan tirante que tiraba hacia atrás de las comisuras de sus ojos verde claro hasta darles un aspecto

ligeramente rasgado. El atributo que más destacaba en él era el silencio que lo envolvía como si de una nube letal se tratase. Una suave sensación de terror invadía a cualquiera que se le acercase; las pocas veces que Nickter se había topado con él en los pasillos de la academia había sentido una bajada en la temperatura y en el nivel de oxígeno. De Lussk emanaba una sensación de amenaza, la espiraba por la boca como si fuese dióxido de carbono.

Cuando el joven acólito, con una mirada indiferente, más propia de un reptil, se giró en dirección a sus compañeros, Nickter sintió que todo su cuerpo, a excepción de su corazón, que seguía latiendo con fuerza, se quedaba paralizado. En cuanto a los posibles contrincantes, tan solo unos pocos parecían estar a la altura. La mirada de Lussk fue recorriendo a algunos de los mejores duelistas que había en el grupo: Jura Ostrogoth, Scopique, Nace, Ra'at. Nickter se preguntó si alguno de ellos aceptaría el desafío de Lussk. La humillación de echarse atrás no era nada comparada con la posible catástrofe de acabar derrotado por Lussk en el interior del círculo; en sus manos, incluso una espada de entrenamiento, con el mango de duracero y los millones de barbas llenas de toxinas, podía causar una herida de consecuencias desastrosas.

Lussk se detuvo, y Nickter se dio cuenta de que el acólito pelirrojo lo estaba mirando fijamente.

Las palabras de Lussk resonaron en el aire.

—Desafío a Nickter.

En un primer momento, Nickter creyó que había oído mal. Luego, la realidad terminó por imponerse y sintió que se le revolvían las tripas, como si de pronto el suelo se hubiese evaporado bajo sus pies. El tiempo pareció detenerse. Shak'Weth y todos los aprendices estaban mirándolo, esperando a que decidiese entre dar un paso al frente o echarse atrás. Desde el punto de vista práctico, que lo hubiese elegido a él no tenía ningún sentido; pese a ser capaz de hacer las cosas bien durante el entrenamiento, Nickter era claramente inferior al otro alumno, y aquel enfrentamiento no serviría tan siquiera para poner a prueba sus habilidades ni para ofrecer al menos una buena actuación al resto de los presentes.

Pese a todo, el desafío seguía flotando en el ambiente a la espera de respuesta.

—¿Y bien, Nickter? —preguntó el maestro de espadas—. ¿Qué contestas?

Nickter agachó la cabeza mientras una sensación de calor que le resultaba familiar le invadía lentamente las mejillas y el cuello. Sabía que no era necesario dar una respuesta formal, bastaba con que inclinase la cabeza y diese un paso atrás; inmediatamente comenzarían los susurros, y el poco prestigio que había cosechado en los dos últimos años empezaría a evaporarse. Se trataba de un dilema irresoluble, pero al menos así podría salir sano y salvo. Varios de los alumnos que se habían enfrentado a Lussk anteriormente no habían corrido esa suerte: los tres últimos habían abandonado la academia tras enfrentarse a él. Uno de ellos se había suicidado. Era como si el hecho de perder ante Lussk les hubiese… hecho algo, una herida interior de la que era imposible recuperarse.

La respuesta era obvia: Nickter debía dar un paso atrás y retirarse.

Por eso se sorprendió tanto como los demás cuando se oyó decir:

—Acepto.

Los murmullos de sorpresa se extendieron entre el resto de aprendices. Hasta Shak'Weth levantó una de sus puntiagudas cejas.

Wim Nickter abrió y cerró los ojos, incrédulo aún ante lo que acababa de decir. No había tenido intención de abrir la boca; aquella palabra había brotado de su interior de forma involuntaria. Cuando alzó la vista y vio que la pequeña e inapreciable boca de Lussk esbozaba una sonrisa, se dio cuenta de que de todos los presentes, él era el único al que no le había sorprendido la respuesta.

Y por primera vez, Nickter se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

Aquello no tenía nada que ver con enfrentarse en duelo. Se trataba de otra cosa.

—Muy bien —dijo Lussk, haciendo una seña con la mano que tenía libre para que se acercase—. Adelante.

Antes de poder darse cuenta, Wim Nickter se vio atraído hacia el centro del círculo; primero un pie y luego el otro arrastraron al resto del cuerpo. El corazón se le aceleró cuando su cuerpo comprendió que aquello estaba sucediendo de verdad. «No»,

protestó mentalmente, «no soy yo quien está haciendo esto, no quiero», pero poco importaba, porque lo único que podía ver era que Lussk sonreía lo suficiente como para que debajo de los labios se vislumbrase el suave reflejo amarillento de sus colmillos. Nickter sabía lo que estaba sucediendo y, peor aún, su contrincante era consciente de todo. Los ojos de Lussk resplandecían con un gesto de sadismo y de placer tan intenso que su anodino rostro había adquirido una apariencia espantosa.

Estaban el uno frente al otro, a tan poca distancia que Nickter podía sentir el frío que emanaba de la piel de su oponente. Lussk alzó la espada de entrenamiento y el mango silbó en el aire mientras su portador se colocaba en posición.

«No lo hagas», quiso decir Nickter mientras sus ojos suplicaban clemencia, pero vio que su espada también se alzaba. Fuera lo que fuese lo que le estaba pasando —lo que Lussk le estaba haciendo—, ya era demasiado tarde.

La espada de Lussk cayó con fuerza. Nickter reaccionó al instante, con una agilidad y una velocidad instintivas adquiridas en las numerosas sesiones de entrenamiento. Los dos metales produjeron un ruido al chocar que reverberó con un zumbido por todo el círculo que los rodeaba, como si se tratase de un circuito de alto voltaje. Algo hizo reaccionar a Nickter y, cuando su oponente se lanzó sobre él por segunda vez, el desafiado desvió el ataque con una parada fuerte y decidida y se recuperó con un movimiento que dejaba una considerable abertura entre los dos. Wim oyó a lo lejos que el público dejaba escapar un tímido murmullo elogioso. De momento, había conseguido superar las previsiones más pesimistas.

Lussk volvió a arremeter de frente, y Nickter saltó para esquivar el golpe, si bien esta vez lo hizo con menos pericia. La fugaz sensación de triunfo se había evaporado y la había sustituido una confusa pérdida de perspectiva. ¿Cómo había podido acercarse tanto y tan deprisa? Lussk se movía demasiado rápido; la espada de Nickter parecía haber cobrado vida propia y no dejaba de moverse y de golpear para contener los ataques, pero la fría sonrisa de Lussk no dejaba lugar a dudas. Eres mío, gusano, retumbaba la fuerza de voluntad del otro cadete en la cabeza del Nickter. Y harás lo que te ordene.

«No». Nickter apretó los dientes y reunió toda la determinación de la que fue capaz. Se dio cuenta de que su única esperanza era poder liberar su voluntad del control al que Lussk lo tenía sometido. El otro acólito estaba practicando con él algún tipo de técnica avanzada de control mental que habría aprendido de alguno de los lores Sith en la academia, quizá del mismísimo Scabrous. ¿Serían verdad los rumores que hablaban de su tutela secreta? En cualquier caso, y por razones que solo Lussk conocía, aquella mañana había decidido poner a prueba esos poderes con Nickter, y este no tenía nada con lo que hacerle frente.

Wim Nickter profirió un gruñido y se echó hacia delante con la espada en posición. Lussk lo esperaba con una sonrisa de desprecio, como si no esperase otra cosa de él. Tras una serie de movimientos, Lussk concatenó a la perfección un preciso y feroz ataque makashi con una forma IV, se elevó de un salto desde una posición parada, giró en el aire y cayó detrás de Nickter antes de darle tiempo a reaccionar. Éste oyó el zumbido de la espada al golpear su codo derecho y dio un grito de dolor mientras la mano se le quedaba entumecida y los dedos se le relajaban y soltaban la espada.

Indefenso y desarmado, sintió la fría punta del duracero de Lussk contra la nuca clavándosele en la piel justo debajo de la base del cráneo. Nickter conocía de sobra aquella sensación de entumecimiento que se producía justo antes de que la terminación nerviosa registrase una sobrecarga de dolor.

Al menos todo había terminado.

Y ahora, échate hacia atrás hasta clavarte la espada. La voz de Lussk volvió a resonar dentro de su cabeza. Sonaba grave y monótona, como una orden irresistible.

Nickter intentó resistirse, haciendo fuerza hacia delante con todos los músculos del cuello, pero no sirvió de nada. Aquello era más fuerte que él. El dolor era cada vez mayor, se redoblaba, aumentaba hasta el infinito y lo atravesaba; en su interior tomó forma una certeza siniestra e instintiva: en Pocos segundos se cortaría su propia médula espinal, dejaría sin riego sanguíneo el cerebro y haría que todo pensamiento se extinguiese en aquel segundo final de conciencia. Respiró hondo con los dientes apretados y miró las caras de quienes lo observaban desde fuera del

círculo como si lo separase de ellos una gran distancia. Todos observaban ansiosos esperando el inevitable golpe de gracia.

«Malditos seáis», pensó Nickter. «Malditos seáis todos vosotros, ojalá sufráis todos lo mismo que estoy sufriendo yo. Espero que…».

Nickter profirió un grito ahogado y dio una sacudida hacia delante, repentinamente libre, para alejarse de la espada. Acto seguido se llevó una mano a la herida, superficial pero muy dolorosa, que tenía justo encima de la vértebra prominente. A duras penas logró mantener la mano levantada. El combate, tanto físico como mental, había dejado su cuerpo reducido a un holograma borroso de su antiguo ser: los músculos le temblaban, tenía la ropa hecha jirones y la piel y el pelo empapados en sudor. La cabeza parecía a punto de explotarle y era incapaz de recuperar el aliento. Con las piernas dispuestas a traicionarle en cualquier momento, se giró hacia Lussk y alcanzó a ver los ojos verdes e impenetrables del otro acólito.

Si vives es tan solo porque yo te lo he permitido, le dijo el otro con la mirada, y Nickter entendió finalmente que el gesto de piedad de Lussk le había sentenciado a la humillación aún mayor de haber sobrevivido sin razón alguna.

Apartó la vista, se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud. Nadie dijo nada ni hizo ruido alguno mientras descendía por los escalones de piedra desde lo más alto del templo hasta el sendero borrado por la nieve.

CAPÍTULO 2

GRIETA

Para el mediodía, la noticia de la derrota de Nickter se había propagado por toda la academia. Ninguno de los otros alumnos sabía qué había sido de él, pero Jura Ostrogoth se imaginó que habría ido a la enfermería a que le curasen las heridas físicas… o que habría vuelto a la residencia a lamerse las otras, menos tangibles.

—Sea como fuere, ahora ya da lo mismo, ¿no? —le dijo Jura a Kindra mientras los dos se agachaban para esquivar el torcido bloque de piedra que anunciaba una de las cinco entradas a la biblioteca de la academia—. De todos modos, siempre pasaba por la mínima.

Kindra asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Los dos iban camino del comedor para tomar el almuerzo. Tras el breve intermedio de aquella mañana, volvía a nevar, esta vez con más fuerza. Los finos y compactos proyectiles cubrían el suelo que tenían delante, inundaban los caminos y se amontonaban contra los muros exteriores de la academia. Jura, que se había criado en Chazwa, en el Sector Orus, estaba acostumbrado a un clima parecido, y llevaba el cuello al descubierto, sin apenas reparar en el viento que soplaba a través del tejido de su túnica. Había visto a otros acólitos procedentes de regiones más cálidas intentando adoptar el mismo aire de descarada indiferencia mientras les

castañeaban los dientes o se les amorataban los labios, pero lo cierto era que a él el frío nunca le había afectado.

—¿Y qué pasa con Lussk? —preguntó Kindra. Jura la miró de soslayo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Alguien ha visto adónde se ha ido?

—Quién sabe. —Le costaba disimular el enfado—. Lussk va y viene según le place. A veces pasan días enteros sin que nadie lo vea. Por lo que he oído…

Dejó la frase inacabada y alzó la vista hacia la torre que se erguía en el centro justo de la academia: un enorme cilindro de color negro que se alzaba contra el cielo gris. De vez en cuando, de lo más alto salía una nube de vapor de color negro que tiznaba el aire y hacía que lloviesen gruesos pedazos de ceniza arenosa, y el olor era tan horrible que llegaba a hacer que le llorasen los ojos y le moquease la nariz. A diferencia del frío, Jura nunca había sido capaz de acostumbrarse al humo y a la ceniza.

—¿Qué has oído? —preguntó Kindra.

Jura negó con la cabeza.

—No son más que rumores.

—Yo también los he oído. —Se quedó mirándolo de forma deliberada—. Y no solo acerca de Lussk.

—¿A qué te refieres?

—A nada —dijo ella, y echó a andar hacia el comedor.

Jura Ostrogoth tenía el almuerzo delante —un pedazo correoso de codillo de mubasa y fruta de montra enlatada—, pero no dejaba de mirar en torno a sí con gesto vigilante. Tenía experiencia de sobra para saber que la violencia solo engendraba más violencia y que lo que le había pasado a Nickter podía enardecer los deseos de algún otro aprendiz de ascender en el orden jerárquico de la academia, y Jura tenía una posición lo bastante alta como para convenirse en un posible objetivo.

Comía solo, como la mayoría de los alumnos, intentando siempre darle la espalda a la pared. Apenas se oía ninguna conversación, tan solo el constante tintineo de los cubiertos y las bandejas. Allí todos engullían lo más rápido posible para volver cuanto antes a las sesiones de entrenamiento o al estudio, la

meditación y los ejercicios con la Fuerza. Relacionarse con los demás se consideraba una pérdida de tiempo: era una muestra de debilidad, de falta de disciplina y de cautela, y una invitación a los posibles ataques enemigos.

—Jura.

Dejó de comer y volvió la cabeza. Hartwig estaba allí de pie con Scopique a su lado. Llevaban las bandejas llenas, pero ninguno de los dos daba muestras de ir a sentarse.

—¿Qué pasa?

—¿Te has enterado de lo de Nickter?

—¿De qué, de lo del templo? —dijo Jura encogiéndose de hombros—. Eso ya es agua pasada. Hartwig negó con la cabeza.

—Ha desaparecido.

—Pues vaya notición. —Jura se encogió de hombros y volvió a su plato de comida. Se percató de que los aprendices que había cerca habían inclinado ligeramente la cabeza hacia delante para poder escuchar la conversación, y se preguntó si habría algo que valiese la pena escuchar—. Estará por ahí compadeciéndose de sí mismo.

—No, lo que digo es que ha desaparecido así, de pronto, sin dejar rastro —contestó Hartwig—. Arljack, el enfermero, se lo ha contado a Scopique. Había ido a la enfermería a que le curasen el corte en el brazo. Arl fue a ver a otros pacientes y, cuando volvió, Nickter ya no estaba.

—Se iría por su propio pie.

Hartwig se inclinó hacia delante y habló en voz más baja.

—Es la cuarta vez que pasa este año.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Ya sabes lo que dicen por ahí.

Jura suspiró al darse cuenta de adónde quería ir a parar.

—Has hablado demasiado con Ra’at últimamente.

—Puede ser —dijo Scopique, que había guardado silencio hasta entonces—, pero es posible que en este caso Ra’at sepa de lo que habla.

Jura se dio la vuelta y se quedó mirándolo. Scopique era un zabrak, los tatuajes tribales y los vestigios de los cuernos que le asomaban del cuero cabelludo habían sido siempre para él motivo

de orgullo. Cuando hablaba con alguien siempre intentaba añadir cierto dramatismo inclinando un poco la cabeza hacia delante de forma que, aprovechando la luz a su espalda, la sombra de los cuernos se recortase sobre la geometría de su rostro como si fuesen dos puñales. Los dos se quedaron durante unos segundos mirándose cara a cara.

—Todos hemos oído lo mismo —dijo Jura, sin alterar la voz—. Las desapariciones entre la tropa, los experimentos… ¿Adónde quieres ir a parar?

Scopique se inclinó un poco más.

—Lord Scabrous. —¿Qué pasa con él?

—Si está secuestrando alumnos para llevar a cabo sus planes —dijo Scopique—, alguien tiene que averiguar quién podría ser el siguiente.

Jura dejó escapar una risilla, pero no sonó tan desdeñosa como habría deseado.

—¿Y cómo piensas conseguir esa información?

—No seré yo quien la consiga —contestó el zabrak. Le señaló con el dedo y añadió—: Serás tú.

—¿Yo?

—Es un trabajo perfecto para ti. Todos sabemos que tienes el instinto de supervivencia de una dianoga hambrienta. Seguro que encuentras el modo de hacerlo.

Jura se echó hacia atrás y se levantó con un rápido movimiento. Levantó la mano hasta atrapar entre los dedos el cuello del zabrak e hizo presión sobre la tráquea con tanta fuerza que pudo notar el sonido del cartílago. Pese a la diferencia de peso y de fuerza, el movimiento había sido tan rápido que había pillado a Scopique desprevenido; pero éste recuperó la compostura de inmediato. Cuando volvió a tomar la palabra, su tono de voz era tranquilo, casi despreocupado, y habló lo suficientemente bajo como para que solo Jura lo oyese.

—En mi planeta natal tenemos un dicho, Ostrogoth. Solo un idiota le da la espalda a una deuda sin pagar. Piénsalo. —Scopique hizo un gesto con la cabeza en dirección al brazo de Jura—. Ahora, y como aún te tengo en cierta estima, permitiré que retires voluntariamente tu mano de mi cuello para no hacer el ridículo

delante de tus compañeros. Pero la próxima vez que te vea, me contarás todo lo que hayas descubierto sobre las desapariciones. —El zabrak sonrió ligeramente—. En caso contrario, el resto de la academia podrá contemplar una faceta tuya que no creo que sea de tu gusto, una muy poco favorecedora. ¿Entiendes?

Jura apretó los dientes; estaba demasiado furioso como para dar una respuesta adecuada, así que se limitó a asentir levemente.

—Muy bien —dijo Scopique. El zabrak se dio la vuelta y se marchó. Cuando Hartwig y él salieron por la puerta, Jura Ostrogoth llevó su almuerzo, que estaba intacto, hasta el cubo de la basura y lo tiró todo dentro, bandeja incluida.

Había perdido el apetito.

Al salir del comedor, de nuevo a la intemperie, Jura se fue caminando con aire ofendido a través de la nieve, con los puños apretados y temblorosos pegados al cuerpo. Tras alejarse unos cuantos metros de la puerta, cuando estuvo seguro de que nadie podía verlo, se acercó a una pequeña hornacina y se quedó mirando el muro de piedra. El pecho le ardía de furia.

«O si no, el resto de la academia podrá contemplar una faceta tuya que no creo que sea de tu gusto», resonaba en su cabeza la burlona voz de Scopique. «¿Entiendes?».

Jura se puso a pensar en el día en el que había llegado a la academia, cuatro años estándar antes, cuando aún era un chico asustado e ignorante llegado de la otra punta de la galaxia. Los dos primeros días se los había pasado intentando no llamar la atención, evitando a todo el mundo, confiando en que sería capaz de aprender a comportarse antes de que nadie pudiese decirle nada, pero allí las cosas no funcionaban así. Cuando estaba en su dormitorio haciéndose la litera la mañana del tercer día, alguien lo derribó de un fuerte puñetazo entre los omoplatos que lo dejó sin aliento.

Cuando consiguió girarse sobre sí mismo y levantar la vista, vio a un gigantesco aprendiz Sith llamado Mannock T'sank que lo miraba con gesto amenazante. Era más fuerte y mayor que Jura, y en su boca llevaba dibujada una sonrisa homicida.

—Estás muy gracioso ahí tirado, novato —dijo T'sank lanzándole una mirada lasciva—. Pero ¿sabes cómo estarías aún

mejor? Lamiéndome las botas. —Le acercó una de las sucias botas de piel cubiertas de estiércol y le metió la punta bajo la nariz, lo bastante cerca como para que Jura pudiese oler los excrementos de tauntaun. A T'sank lo habían castigado a limpiar los cercados por alguna falta leve—. Venga, novato. A ver esa lengua, que se queden bien limpias.

Jura supo ya entonces que todo aquello era una prueba: su respuesta determinaría la forma en que sería tratado en público en la academia. Se puso en pie y, en tono grave, como si estuviese preparando su propio funeral, le dijo a T'sank dónde se podía meter su bota.

Las consecuencias fueron peores de las previstas. T'sank le golpeó tan fuerte en la cara que le hizo perder el conocimiento y, cuando volvió en sí, la cabeza le dolía como si fuese el badajo repiqueteante de una campana. No se podía mover y en la boca llevaba metido un trapo sucio que casi no le dejaba respirar. Enseguida vio que estaba desnudo, con los pies y los tobillos atados a la litera, y que T'sank estaba allí de pie, con una sonrisa malévola rayana en la locura. Al intentar tomar aire empezó a atragantarse y un miedo espantoso se apoderó de él; perdió el control y se echó a llorar de miedo mientras T'sank se reía a carcajadas.

Y entonces, de repente, la risa se detuvo. El último recuerdo que tuvo de T'sank fue el leve grito de sorpresa que el aprendiz de sádico había proferido antes de salir despedido contra la puerta. Cuando Jura, con los ojos llenos de lágrimas, levantó la cabeza, vio a Scopique allí plantado. El zabrak no hizo ningún ademán de desatarlo, sino que se quedó apuntándole con algún tipo de holocámara mientras la lente se enfocaba de forma automática.

—Sonríe —dijo Scopique desde el otro lado de la cámara mientras daba la vuelta alrededor de la cama y grababa a Jura intentando recuperar el control de sus funciones corporales—. Espera, deja que te saque tu mejor perfil.

Cuando se dio por satisfecho, dejó la grabadora a un lado, le sacó el trapo de la boca y lo desató.

—Levanta —le dijo—. Venga. —Echó un rápido vistazo a su espalda, más allá de la puerta entreabierta, al lugar donde T'sank permanecía aún medio inconsciente—. Le he dado un buen golpe en

la cabeza, pero antes o después despertará.

Jura logró ponerse en pie, se limpió la nariz de sangre y mocos y echó a correr hacia donde estaban sus ropas.

—Gracias —murmuró.

Scopique rechazó el agradecimiento con un gesto desdeñoso, sacó el cartucho de la holocámara y, después de darle un par de cariñosos toquecitos, se lo metió en el bolsillo.

—Lo pondré a buen recaudo —dijo, y Jura captó el mensaje. Nada de aquello había sido un gesto de bondad o de clemencia. Ahora dependía totalmente de él, y daba igual el tiempo que se quedase allí, el zabrak no iba a dejar que lo olvidase.

—Ah, y oye, novato —dijo Scopique mientras se dirigía hacia la puerta—. Bienvenido a la academia.

«Bienvenido a la academia».

La inmensa rabia que sentía hizo que sus pensamientos volviesen al momento presente y abandonasen la imagen del cartucho en el bolsillo del zabrak. Aprovechando que estaba en un lugar oscuro, oculto entre dos edificios, no pudo reprimir por más tiempo el deseo de desahogarse. Levantó las dos manos y lanzó una descarga de energía oscura contra el muro. Un eléctrico ardor surgió de sus manos y muñecas y se estrelló contra la roca, que acabó partida por la mitad.

Cerró los ojos y respiró hondo, momentáneamente aliviado. Sabía que debía haberse reservado la rabia para usarla en alguno de los combates de entrenamiento, pero esta vez no había podido contenerse.

Al volver a abrir los ojos, se quedó mirando el agrietado muro. Antes era fuerte y robusto, pero ahora el impacto lo había debilitado en toda su esencia.

«Yo soy ese muro».

Se dio media vuelta y echó a andar para alejarse de la penumbra. Comenzó a pensar en la forma de lograr la información que Scopique le había pedido.

CAPÍTULO 3

LOS PERROS DE CAZA DEL DOLOR EXTREMO

Nickter se despertó en la jaula.

No recordaba cómo había llegado hasta allí ni cuánto tiempo llevaba metido dentro. El último recuerdo que tenía era estar sentado en la enfermería, esperando a que Arljack volviese mirarle la herida que tenía en la nuca. De hecho, durante un momento de confusión, pensó que aún seguía allí. «Hace frío», llegó a decir. «Oye, Arl, ¿te importaría subir un poco la calefacción?».

Pero no estaba en la enfermería.

Al tratar de incorporarse se golpeó la cabeza contra las barras de metal con tanta fuerza que no pudo reprimir un quejido de dolor. ¿Qué es lo que estaba pasando? La jaula era tan pequeña que le obligaba a permanecer encorvado, ya fuese apoyado en las manos y las rodillas, o bien sentado y con los hombros encogidos. Le habían arrancado la parte superior de la túnica y estaba desnudo de cintura para arriba. Un dolor espantoso le recorría la espalda, desde la nuca hasta los riñones; era un dolor punzante y continuado que hacía que le doliesen hasta los dientes.

La oscura sala donde estaba la jaula era inmensa, como si alguien se estuviese burlando de la situación claustrofóbica en la que se encontraba. Desde donde estaba, Nickter podía ver casi toda la estancia. Era un espacio circular, de unos cincuenta metros de diámetro, iluminado por una retahíla de pantallas parpadeantes,

velas y antorchas. Por todas partes había material de laboratorio. Tubos y cables cubrían las distintas mesas, conectando montones de piezas de distintos aparatos y objetos como condensadores, frascos, quemadores y vasos de precipitados. Las paredes estaban hechas de cristal y, pese a que todo estaba oscuro en el exterior, Nickter tuvo la impresión de estar en un espacio muy elevado.

De pronto lo comprendió todo.

Estaba en lo alto de la torre.

—Ya te has despertado —oyó que decía una voz.

Nickter se sobresaltó y estuvo a punto de gritar.

Desde fuera de la jaula lo miraba una figura alta y corpulenta cubierta por una túnica negra que apenas se distinguía en medio de la oscuridad. Nickter ya sabía de quién se trataba antes de que la parpadeante luz de las antorchas le iluminase el rostro: la cara alargada, los rasgos bien cincelados, los ojos casi imperceptibles, la famosa curva del anguloso labio superior, como si hubiese siempre algo que le hiciese sonreír levemente. Sintió una aprensión repentina y un escalofrío le recorrió la espalda. Pensó que lo peor de todo eran los ojos: la forma en que se asemejaban a la plata, el brillo que parecían tener, entre la ambición más desmedida y la indiferencia más absoluta.

—Lord Scabrous —dijo, o intentó decir. Tenía la boca reseca; los pulmones parecían incapaces de conseguir suficiente aire—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

El lord Sith no contestó, pero siguió mirándolo fijamente… como si lo atravesase con la mirada, como si hubiese algo más allí dentro de la jaula.

Podía notar su propio olor, la grasa rancia y vulgar del miedo y el sudor que transpiraba por todos los poros. Las punzadas en la espalda se habían convertido en un dolor más intenso y constante que llegaba desde los riñones hasta el cuello. Cada segundo que pasaba el dolor aumentaba, y lo mismo sucedía con el escozor que le producía el sudor al entrar en contacto con las llagas. La herida, fuese del tipo que fuese, era muy profunda, y los receptores nerviosos, como obedientes perros de caza del dolor, no paraban de ir y venir llevando malas noticias.

Tanteando con la mano en su espalda, Nickter notó la presencia

de algo que le salía de debajo de la piel, justo encima de la base de la columna vertebral: era algo frío y duro y suave al tacto. Se giró y vio qué era aquello que Scabrous había estado mirando: se trataba de algún tipo de tubo que iba implantado directamente en una de las vértebras. Alrededor de la herida había un círculo en carne viva que estaba inflamado y que le quemaba cada vez que lo tocaba. Al desplazar la mano hacia arriba se encontró con otro tubo, y luego con varios más, todos enganchados a la espalda. Había al menos seis, y cada uno tenía el mismo grosor que uno de sus dedos. Nickter se dio cuenta de que eran los tubos los que presionaban el canal medular, y que ahí estaba el origen del punzante dolor.

—¿Pero qué… qué es esto? —preguntó, consciente de que su voz sonaba extrañamente aguda y temblorosa—. ¿Qué me habéis hecho?

Scabrous no contestó. Ni siquiera seguía mirando a Nickter. Había pasado al otro lado de la jaula donde los tubos, tras pasar entre la tela metálica, llegaban a lo que parecía un tipo de bomba mecánica con un matraz colocado encima.

Nickter se dio la vuelta como pudo dentro de jaula y se quedó mirando el matraz. Estaba lleno de un líquido turbio de color amarillo rojizo. Junto a la bomba había una pequeña pirámide de color negro en cuyas caras había grabados algunos textos; pese al miedo y al dolor que sentía, fue capaz de identificar aquel objeto: era un holocrón Sith, los habían estudiado en la academia, aunque nunca había llegado a ver ninguno. A continuación vio otra cosa más, decenas de ellas, metidas en botellas de cristal, alineadas en la plataforma que había junto a la bomba.

Eran flores.

Todas de color negro.

Todas distintas.

Todas muertas.

Nickter se retorció en el interior de la jaula. Nada de todo aquello tenía sentido, y la irracionalidad solo conseguía aumentar aún más la creciente sensación de terror. No paraba de sudar, las gotas le caían literalmente del cuerpo. La tentación de suplicar, de ponerse de rodillas y rogar por su vida, o al menos por un final menos doloroso, se hacía casi irresistible. Lo único que se lo

impedía era la sospecha, basada en todas las informaciones que había oído acerca de Scabrous, de que el lord Sith no se dignaría siquiera escucharlo. Scabrous permaneció detrás de la jaula, observando las flores y el holocrón. Finalmente, eligió una de las flores, abrió la cápsula de vidrio que había encima de la bomba y la dejó caer en el interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Nickter—. ¿Qué estás haciendo?

Scabrous lo miró, como si no lo hubiese oído antes. Cuando por fin rompió su silencio, habló con una voz grave y resonante, más profunda aún de lo que Nickter recordaba. Tenía un tono enormemente íntimo, como si el lord Sith le estuviese susurrando directamente al oído.

—Hoy en el templo te han humillado, Wim Nickter, te han humillado terriblemente. Te has mostrado como alguien débil y fácil de derrotar.

—¡Ha sido Lussk! —explotó Nickter—. Usó la Fuerza contra mí, la…

Scabrous alzó la mano.

—Aún existe una forma de que puedas ser útil. Voy a hacerte una oferta para que puedas redimirte.

Acto seguido, presionó uno de los botones que había en la bomba.

Nickter, que no le quitaba ojo al aparato, vio que la negra flor giraba en un remolino dentro del fluido de color amarillo rojizo y sus pétalos se iban deshaciendo hasta desaparecer. La bomba dejó escapar un leve silbido y una media docena de extrañas piezas comenzaron a realizar su inquietante tarea. En un primer momento solo sintió una rara vibración procedente de los tubos que tenía en la espalda.

A continuación, el dolor que aún podía resistir se tornó de golpe mucho más intenso. Las convulsiones le recorrieron todo el cuerpo, cada pequeño milímetro de terminación nerviosa se abrió por la mitad y se puso al rojo vivo.

Nickter se arqueó hacia delante y gritó. El dolor lo atenazó y el joven abandonó todo intento de resistencia. Mientras el mecanismo, que parecía una inmensa y acompasada estrella de neutrones, lo succionaba hacia delante, vio cómo Scabrous lo observaba desde el

exterior de la jaula.

Lo último que Nickter vio antes de perder el conocimiento fue a Scabrous dándole la espalda y tirando al suelo todos los recipientes con flores que había sobre la bomba.

Capítulo 4

DRANOK

A Pergus Frode las funciones de mantenimiento en la plataforma de aterrizaje de la academia le resultaban bastante llevaderas. Su tarea era revisar todas las naves que llegaban, revisión que no solía ser muy exhaustiva, y de esa manera tenía acceso a información privilegiada antes incluso de que los maestros Sith tuviesen constancia de ella. Para un piloto convertido en ayudante de mecánico cuyo último trabajo había sido limpiar motores en los Astilleros de Propulsores de Kuat aquello no estaba nada mal.

Aquella noche, sin ir más lejos, cuando el crucero corelliano se ladeó para emprender el descenso en dirección a las luces de aterrizaje esparcidas entre la nieve, Frode sabía perfectamente quién iba a bordo. Lo habría sabido aunque el droide HK de Darth Scabrous no hubiese estado allí de pie a su lado, emitiendo algunos zumbidos nerviosos. A Frode no le molestaban los droides; es más, muchas veces los prefería a las formas de vida orgánica, sobre todo allí, en Odacer-Faustin.

—Declaración: debo alertar a lord Scabrous, señor —dijo el HK— de la llegada de sus invitados.

—Claro, está bien —contestó Frode, mientras observaba cómo el crucero desplegaba el tren de aterrizaje y las cubiertas amortiguaban el enorme tonelaje. Un momento después, la escotilla principal se abrió acompañada de un zumbido y la rampa de

desembarque se desplegó tras oírse un brusco ruido metálico.

Mientras se acercaba, Frode vio a los cazarrecompensas que bajaban de la nave andando con aire arrogante. El primero de los dos, un hombre calvo, alto y fornido que llevaba unas gafas protectoras tintadas de verde, se detuvo al final de la rampa y miró a su alrededor con gesto desdeñoso, como si no estuviese del todo seguro de querer quedarse allí. Bajo el brazo llevaba un maletín metálico enganchado a la muñeca por medio de una gruesa cadena.

—¿Qué te parece, Skarl? —preguntó el calvo—. ¿Hace suficiente frío?

El nelvaaniano vestido de piloto que tenía al lado frunció el morro y profirió un breve gruñido, dejando a la vista una hilera de afilados dientes superiores torcidos hacia dentro. A continuación, los dos se giraron en dirección a Frode, que ya había retrocedido un paso.

—¿Dónde está Scabrous? —preguntó directamente el humano mientras levantaba en el aire el maletín—. Le hemos traído su paquete. Se suponía que tenía que venir.

—Yo los conduciré hasta donde está lord Scabrous, señor —dijo el HK, señalando en dirección a la academia—. Estoy a su servicio, él me ha mandado para que los escolte hasta la torre, tanto a usted como a su… —el droide dudó mientras miraba al nelvaaniano— ¿copiloto?

—Skarl es mi socio —contestó el hombre—. Yo me llamo Dranok. Si existe alguna cosa de valor en la galaxia, nosotros podemos conseguirla. —No hizo ningún ademán de acompañar al HK—. Por cierto, espero que tu jefe tenga el resto de créditos que me debe por esta preciosidad. No hay sido muy fácil de conseguir que digamos.

El HK respondió inmediatamente.

—Contestación: El pago total está preparado, señor. Puede estar seguro de que recibirá lo que le falta muy pronto.

Dranok asintió manteniendo una expresión arisca y echó un vistazo a los terrenos cubiertos por la nieve que rodeaban la zona de aterrizaje.

—Menudo infierno. —Miró a Frode y señaló con el pulgar en dirección a la nave—. Mantenla lista, campeón. En cuanto podamos

nos largamos de este peñón. Y ya que estás, llena los depósitos. ¿Crees que podrás?

—Claro —contestó Frode—, sin problemas. —Aquel tipo y su compañero le importaban un comino, pero se cuidó mucho de que su tono de voz lo delatase—. Estará lista para cuando vuelvan.

El cazarrecompensas se dio la vuelta sin prestar atención a la respuesta y se fue tras el droide, seguido por el sonido de las ágiles garras nelvaanianas sobre la nieve.

Cuando llegaron a la torre, Dranok ya tenía decidido lo que iba a hacer.

Hasta el momento de aterrizar no había tenido muy claro qué procedimiento seguir. No se trataba de nada personal: a Skarl y a él siempre les había ido bien trabajando juntos. El nelvaaniano era un rastreador excelente, y era bueno en combate. Además era leal, rasgo que Dranok evidentemente no compartía. Pero en lo que respecta al dinero, las cosas no les habían ido demasiado bien últimamente: los últimos trabajos no habían estado tan bien pagados como él esperaba, y estaba harto de tener que compartirlo todo.

Estaba decidido: en cuanto Scabrous les pagase la parte que les debía…

—Declaración: es en esta dirección, señor —dijo el HK mientras señalaba a lo alto de la torre—. Por aquí.

Dranok se detuvo un momento y miró hacia arriba. Había visto algunos edificios raros antes, pero había algo particularmente inquietante en la torre del lord Sith. Era imponente, sí, y mucho más alta de lo que parecía desde el aire, pero había también algo más, algo indescriptiblemente erróneo, como si la hubiesen construido desde una perspectiva absurda para que la parte más alta se curvase como si se tratara de una garra de color negro. En algún puerto espacial había oído hablar de los Sith y de cómo habían aprendido a manipular la geometría espacial y habían creado edificios que se alejaban de la realidad física. El tipo que contaba la historia sostenía que si te perdías en un laberinto Sith, podías no volver a encontrar jamás la salida. Dranok había supuesto que aquello no eran más que supersticiones, pero mirando ahora la torre ya no estaba tan seguro. No le gustaba estar allí de pie, frente

a ella, y la idea de tener que entrar le gustaba aún menos.

Pero allí era donde debía hacerse efectivo el pago.

No había más que hablar.

—Está bien. —Se giró hacia Skarl—. Es mejor que esperes aquí fuera por si acaso algo no va bien.

El nelvaaniano se quedó mirándolo y gruñó de forma inquieta. «Normalmente no hacemos así las cosas», quiso decir. «Ésta no es la forma de proceder habitual».

—Oye —dijo Dranok con toda la brusca y campechana jovialidad de la que fue capaz—, confía en mí, ¿vale? Los dos estaremos más seguros si te quedas aquí vigilando la puerta. Arreglaré las cosas con Scabrous y volveré con el dinero.

Y antes de que a Skarl le diese tiempo a contestar, Dranok siguió los pasos del droide hasta el interior de la torre.

Pese a que ahora estaban resguardados del viento, la temperatura bajá bruscamente. Había tan poca luz que los primeros pasos los dio siguiendo el resplandor azulado del procesador dorsal del HK. Al cabo de unos segundos sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la penumbra y empezó a vislumbrar los pilares y los inmensos arcos de piedra que sostenían el amplio espacio circular que formaba la planta baja de la torre. Aparte de la humedad, el aire olía mal, y tenía un desagradable toque mohoso que le recordaba a algunos de los baños públicos de los planetas del Borde Interior en los que había estado.

—Declaración: sígame —dijo el HK señalando un turboascensor que los esperaba. Dranok entró, se agachó y la puerta se cerró tras él sin que el droide lo siguiese.

Estaba solo.

El turboascensor salió disparado hacia arriba con la fuerza suficiente como para que se le revolviese el estómago. Dranok notó un primer pinchazo de molestia en la zona lumbar. El ascensor seguía ascendiendo. ¿Estaría llevándolo hasta lo más alto?

Finalmente se detuvo, y las puertas se abrieron.

—¿Lord Scabrous? —dijo Dranok en un tono de voz lo bastante alto para hacerse oír—. Su droide me ha hecho subir. —Cayó en la cuenta de que estaba sosteniendo el maletín metálico como si se tratase de un escudo—. Le he traído su paquete.

Todo estaba en silencio. La sala era grande y circular: el cazarrecompensas pensó que aquello parecía un laboratorio decorado por algún fetichista de lo arcano. Dranok había oído que algunos de aquellos lores Sith tenían un gusto verdaderamente peculiar a la hora de mezclar la tecnología con las antiguas costumbres de su pueblo, primando estas últimas, siempre que fuese posible. Lo que tenía ante sí era una prueba evidente de aquello.

Los muros que lo rodeaban estaban formados por arqueados ventanales de gran altura sobre los que asomaban apliques, velas, antorchas y paneles luminosos. Los aparatos emitían un zumbido irregular y casi inaudible que parecía provocar una vibración en el aire: Dranok podía sentirlo en los orificios nasales y en la garganta. Pasó entre las mesas donde se apilaba el instrumental científico, algo molesto por la forma en que su sombra, a la luz de las antorchas, se desplazaba por el suelo a su espalda, como si alguien le fuese pisando los talones. En el aire se podía oler un aroma denso y familiar, pero al mismo tiempo indefinible… ¿sería algún producto químico? No, era más dulce, y resultaba casi empalagoso, como si estuviesen cocinando algo.

Se acercó hasta la ventana y se quedó mirando la academia bajo la nieve. Parecía un lugar en ruinas, abandonado y olvidado. Las esporádicas y trémulas luces que aparecían en las ventanas de uno de los edificios —que debía de ser algún tipo de residencia, pensó— tan solo aumentaban aún más la sensación de abandono, la apariencia de que aquél era un lugar habitado por fantasmas.

«Te estás poniendo nervioso», se reprochó a sí mismo. «Venga, ya está bien».

Se dio la vuelta y se acercó a una pila de trastos parcialmente ocultos en medio de la oscuridad. Algo crujió bajo el peso de sus botas; se detuvo a ver de qué se trataba.

Eran flores.

El cazarrecompensas se agachó, dejó a un lado el maletín metálico, que seguía esposado a su muñeca, y sacó de su bolsillo una barra luminosa. La encendió e iluminó lo que tenía delante. El ruido procedía de los vidrios rotos de los tubos de ensayo o de los recipientes que debieron de albergar las distintas especies antes de que se hubiesen caído o alguien las hubiese tirado al suelo sin

ningún cuidado.

A continuación abrió el maletín, se quedó mirando su flor, la supuesta orquídea Murakami, y la comparó con las que había tiradas entre los adoquines. El traficante ilegal de especias que se la había vendido le había garantizado que era auténtica: uno de los ejemplares menos comunes de la galaxia, robada en un biolaboratorio secreto que la República tenía en Endor. El traficante incluso le había proporcionado unas ecuaciones espectroscópicas químicas y gaseosas muy complejas que Dranok había fingido comprender.

Pero ahora, observando las otras flores tiradas por el suelo, entre las descartadas encontró al menos dos que parecían idénticas a la suya.

Dranok contuvo la respiración.

Le habían engañado, y ahora…

—Dranok.

El cazarrecompensas se quedó paralizado al oír su nombre y el aire se le heló en los pulmones al oír aquella voz. Interponiéndose entre él y la puerta, de pie, al otro lado de una mesa hecha de piedra, la alta figura cubierta por una capa oscura lo observaba. Dranok se dio cuenta de que el rostro que estaba viendo era el de un hombre, con sus alargados y refinados rasgos, la nariz aguileña, la frente surcada de arrugas y los prominentes pómulos tan estirados que casi parecían una caricatura de la arrogancia. El pelo, que llevaba peinado hacia atrás, era cano y fuerte y tenía un tono extrañamente azulado. La figura alargó una de sus finas manos y le hizo un gesto para que se acercase; Dranok vio que los ojos del hombre parpadeaban rápidamente y se contraían como si reaccionasen ante alguna remota explosión.

—Lord Scabrous.

—¿Has traído la orquídea?

—Pues… —¿Dónde está? El cazarrecompensas comprendió que la única opción posible era marcarse un farol. A fin de cuentas, ya había logrado salir de situaciones comprometidas con anterioridad.

—Aquí está —dijo con una brusquedad ensayada mientras mostraba lo que contenía el maletín—. La orquídea Murakami, tal como pidió.

Darth Scabrous no se movió para cogerla —de hecho, parecía permanecer absolutamente inmóvil—, así que Dranok soltó la cadena que iba enganchada a su muñeca, puso el maletín delante del lord Sith y dio un paso atrás. Scabrous siguió sin hacer el menor ademán de acercarse a examinar la flor. Su mirada seguía fija en Dranok.

—¿Has venido solo?

—Mi socio me está esperando fuera —contestó Dranok—. Por lo que pueda pasar.

—Tu socio.

—Así es.

—¿Y no has traído a nadie más?

Dranok frunció ligeramente el ceño.

—¿A quién más iba a traer?

A Scabrous no le pareció que la pregunta mereciese una respuesta. El cazarrecompensas volvió a fruncir el ceño; estaba desconcertado, y la confusión hacía que el nudo que sentía en el estómago se hiciese cada vez mayor.

—Ya está bien de preguntas —contraatacó, con la esperanza de que el tono impaciente le ayudase a disimular el miedo—. He traído la orquídea, tal como acordamos. ¿Dónde está mi dinero?

Scabrous siguió sin hacer el menor gesto ni contestar. El tiempo se detuvo, y en el silencio que aconteció, Dranok se dio cuenta de que había un olor nuevo, cada vez más intenso, algo más allá del hedor de las flores muertas, un aroma a carne asada que comenzó a impregnar el aire. A pesar de la tensión, el cazarrecompensas notó que empezaba a salivar. Hacía horas que no comía nada, y en su estómago se oyó un sonoro rugido.

—Me has fallado —dijo Scabrous.

—¿Cómo?

—Ésta no es la orquídea Murakami.

—¿Cómo puede saberlo? Si ni siquiera la ha visto.

Scabrous alzó la cabeza lentamente. Todo su cuerpo pareció estirarse, como si ganase en estatura; debía de tratarse de una ilusión, sin duda, pero Dranok dio un paso atrás casi sin querer, como si fuese un muchacho indisciplinado al que le han llamado la atención, y extendió las manos en actitud suplicante.

—Un momento, espere…

—Siéntate.

Dranok sintió que las rodillas se le doblaban involuntariamente y se dejó caer sobre un banco de piedra en el que no había reparado antes.

—Pese a que has fallado, ahí tienes tu recompensa. —Scabrous señaló a su espalda, a un arco que Dranok no había visto antes, de donde salió el HK empujando un carrito con una enorme bandeja de plata. El droide llevó el carro hasta la mesa y colocó la bandeja, los cubiertos, una copa y una jarra ante Dranok.

—Sírvete.

Dranok negó con la cabeza. Fuera lo que fuese lo que escondía la tapa de la bandeja, él no quería tener nada que ver con ella. Fue entonces cuando se dio cuenta, con la despiadada lucidez que otorga la experiencia, de que todo lo que había hecho —aceptar el trabajo, confiar en el turbio perista que le había vendido la orquídea, volver allí solo— no habían sido más que eslabones de una colosal cadena de desastrosos errores que le habían conducido hasta aquel penúltimo momento antes de descubrir la verdad. Pese a todo, no pudo evitar extender la mano en dirección a la bandeja.

Y una vez extendida, levantó la tapa.

Se quedó mirando lo que había debajo y el espanto le paralizó la garganta como si fuese un sifón obstruido. Enseguida se dio cuenta de que la cosa peluda que tenía delante era la cabeza estofada de su compañero Skarl. Le habían abierto la boca lo suficiente como para meterle a presión una fruta jaquira roja entre las fauces. Los cocidos ojos sin vida lo miraban con un gesto casi acusatorio.

—¿Qué pasa? —oyó que decía la voz de Scabrous, como si viniese de muy lejos—. Tenías pensado traicionarle, ¿no? Tan solo te he ahorrado la molestia. —Después, inclinándose hacia delante, añadió—: Un traidor y un incompetente. Lo curioso es que hayáis sobrevivido durante tanto tiempo.

Cuando trató de ponerse en pie, Dranok se dio cuenta de que no podía moverse del banco. De pronto, cada parte de su cuerpo parecía pesar una tonelada.

—Deje que me vaya.

—Los traidores acaban devorando a sus aliados. —Scabrous

cogió el cuchillo y el tenedor y los puso delante de la cara del cazarrecompensas—. Ésta es tu última comida, Dranok, así que tendrás que comerte hasta el último bocado. Ése es el trato que te ofrezco. Si lo consigues, podrás salir de aquí por tu propio pie.

Dranok retrocedió, redoblando los esfuerzos por liberarse, pero la única parte del cuerpo que pudo mover fue la mano derecha, la misma que Scabrous le permitía levantar en dirección a los cubiertos para la cena. Con la mandíbula apretada, agarró el cuchillo que sostenía el lord Sith e intentó clavárselo a Scabrous con todas sus fuerzas.

El cuchillo ni tan siquiera se acercó a su pretendido objetivo. Scabrous movió un poco la mano en dirección al cazarrecompensas con un rápido y sencillo gesto de rechazo y Dranok sintió que la garganta se le obturaba y la tráquea se reducía a un tamaño ínfimo. Era como si un enorme peso le aprisionara de golpe los pulmones. Se puso a llorar de miedo y sintió que el corazón se le salía del pecho mientras luchaba frenéticamente por levantarse y la vista se le empezaba a nublar. De pronto, le pareció que todo aquello estaba pasándole a otro, en algún lugar lejos de allí.

Cuando Scabrous lo soltó, Dranok se desplomó contra el suelo. Lo último que oyó fue a una criatura que respiraba profundamente, arrastrando los pies, y hacía unos ruidos que recordaban a los de una extraña risa.

CAPÍTULO 5

EL TUBO DEL DOLOR

Maestro, estoy listo para empezar otra vez.

Mnah Ra'at se limpió la sangre del labio roto e hinchado; tenía diecisiete años y estaba de pie en medio del tubo del dolor, que era el nombre con el que los alumnos llamaban al simulador de combate de la academia. Ya no sentía dolor, lo único que deseaba ahora era atacar y vengarse de lo que le habían hecho. No le importaba lo más mínimo que el causante hubiese sido un sistema informático que se encargaba de su entrenamiento; estaba furioso y la rabia lo hacía más fuerte.

En lo alto, Xat Hracken, el maestro de combate Sith, se recostó en el asiento de la cabina de control, con una mano apoyada sobre los controles que tenía en torno a sí. Pese a ser un humano, la constitución de Hracken era más parecida a la de un aqualish: era calvo y corpulento, la cara ancha y de color aceituna y el ceño permanentemente fruncido, como si su frente fuese un fardo de ante engrasado. Se había hecho tarde, ya no quedaba nadie aparte de él y de Ra'at en el simulador. Al igual que el maestro de espadas Shak'Weth, Hracken llevaba décadas dando clase en la academia, y había tenido muchos alumnos como Ra'at —acólitos que parecían no necesitar apenas dormir, que insistían en continuar con el entrenamiento hasta altas horas de la noche, e incluso a veces hasta la mañana siguiente— y los había visto tirar la toalla. Tras quedarse

pensativo un momento, pulsó el botón del intercomunicador. —Ya es suficiente por esta noche.

—No. —Los furiosos y enrojecidos ojos de Ra’at lo fulminaron con la mirada—. Quiero una más.

Hracken se levantó del control de mandos y se acercó a la ventana de transpariacero para que el aprendiz pudiese verlo.

—¿Me estás desafiando?

—No, maestro. —El tono de voz de Ra’at se aplacó solo un poco, un simbólico gesto de cortesía a la autoridad del maestro—. Tan solo deseo entrenar siguiendo el mismo régimen que Rance Lussk.

Hracken asintió para sí. Aquello no le sorprendió. Desde que había llegado a la academia, Lussk se había convertido en un referente para los alumnos más motivados; todos querían combatir, entrenar y estudiar tanto como él. Lo que ninguno parecía entender es que solo podía haber uno como Lussk, y que todos aquéllos que lo desafiasen acabarían igual que Nickter y que los demás.

Pese a todo, el Maestro Hracken hubo de admitir que la ambición de aquel muchacho le tenía intrigado. Ra’at era probablemente el menos corpulento de la clase, tenía el pelo ralo y los rasgos finos, y su larguirucha constitución apenas había ganado musculatura tras dos años de entrenamiento. Pero tenía un temple especial, una furia descarnada y medio psicótica, y una fuerza de voluntad que lo motivaba a hacer todo lo necesario para mejorar. Además, tenía unas ideas bastante peculiares. Había sido él, después de todo, quien había propagado el rumor de que Darth Scabrous estaba secuestrando alumnos y llevándoselos a lo alto de la torre para intentar encontrar alguno lo bastante poderoso como para ser su sucesor. Su teoría había tenido bastante eco y varios alumnos, e incluso alguno de los maestros, se preguntaban si sería cierta.

Hracken se preguntó si sería ése el verdadero objetivo de Ra’at.

Volvió a pulsar el botón del intercomunicador.

—Está bien, una más.

Sin ni siquiera asentir, Ra’at volvió a colocarse en posición de combate, con la espalda recta y la mandíbula apretada.

Daba la impresión de no haber dudado en ningún momento de que el Maestro iba a aceptar.

«Muy bien», pensó Hracken, «vamos a ver de lo que eres capaz».

Tecleó una secuencia de comandos y vio que, por debajo de él, el simulador se ponía en funcionamiento. Un grupo de brazos automáticos de dos metros de ancho aparecieron desde ambos lados balanceándose de forma que Ra'at tuvo que dar un salto para evitar que lo aplastasen. Se coló hábilmente entre los dos, dio una voltereta en el suelo y volvió a ponerse en pie tras esquivar el tercer obstáculo, una pica de cinco metros de largo que un resorte había hecho salir de pronto del techo. Hracken volvió a asentir con la cabeza. La última vez, Ra'at no había sido capaz de esquivarla; ahora se movía con más velocidad.

«¿Pero eres de verdad lo suficientemente rápido? Porque de eso se trata, ¿no? ¿Y qué pasaría si no pudieses ver nada?».

El maestro cogió un par de lentes de visión térmica de un estante y se las colocó sobre los ojos; a continuación extendió la mano y apagó las luces. Una oscuridad total inundó por completo la sala. Hracken activó las lentes. Una imagen borrosa formada por un centenar de verdes fluorescentes fue gradualmente enfocándose; acto seguido, se incorporó hacia delante, lleno de interés.

Abajo, Ra'at, que ya no podía ver nada, se paró en seco y empezó a asimilar lo que acababa de suceder. En ese mismo instante, el muro que tenía detrás se abrió y aparecieron una serie de sibilantes látigos de goma dura azotando el aire. Ra'at se echó hacia delante, pero no fue lo bastante rápido y los latigazos le hicieron caer de rodillas. Hracken vio que el aprendiz torcía el gesto y se mordía los labios a causa del dolor.

Se acabó, pensó, y estiró la mano para volver a encender las luces.

Pero aquello aún no había acabado.

Ra'at se levantó de inmediato y de un salto se puso a salvo de los látigos. Hracken se dio cuenta de que la capacidad de visión, o a la falta de ella, ya no era un impedimento para el aprendiz: ahora se había puesto en manos de la Fuerza. Cuando el brazo oscilatorio volvió a descender, Ra'at levantó la mano, lo atrapó, y se elevó con él hasta el techo; aquel era un movimiento que el maestro Sith no había visto nunca hacer a nadie, ni siquiera a Lussk. Cuando llegó a lo más alto, se soltó y se lanzó de cabeza por el aire, girando sobre sí mismo hasta agarrarse a una barra que en ese mismo instante

salía de la pared accionada por un resorte.

Fue un movimiento llevado a cabo con una gracilidad inaudita y una precisión absoluta. Ra’at comenzó a dar vueltas alrededor de la barra una, dos, tres veces, hasta que ganó velocidad y salió disparado hacia la ventana de la cabina de control.

Hracken se echó hacia atrás. Ra’at se estampó contra el transpariacero con las dos manos, y se quedó colgado durante apenas un segundo, el tiempo suficiente para que el maestro pudiese ver al alumno mirándolo fijamente.

Y después se dejó caer.

Hracken se quitó las gafas y encendió las luces. La luz invadió la sala e iluminó hasta el último rincón. Ra’at estaba de pie abajo, con la cara roja y cubierta de sudor; sus hombros y su pecho aún se agitaban intentando recuperar el aliento. Pese al evidente agotamiento, su rostro seguía iluminado por la adrenalina que le sobraba. Cuando vio a Hracken bajar las escaleras, ardía en deseos de conocer el veredicto del maestro Sith.

—Interesante —dijo Hracken—. Mañana veremos si eres capaz de repetirlo.

Ra’at se quedó mirándolo con gesto pensativo.

—¿Maestro?

—¿Qué pasa? —contestó Hracken dándose la vuelta.

—Lussk… en una simulación de combate, alguna vez… El Maestro Sith esperó a que Ra’at terminase la frase, pero el aprendiz tan solo asintió con la cabeza y apartó la mirada.

—Mañana —repitió.

Mientras volvía a la residencia con la capa levantada sobre los hombros y las punzantes heridas expuestas al gélido aire nocturno, Ra’at se detuvo y echó la vista atrás hacia el búnker donde se llevaban a cabo las simulaciones. Sabía perfectamente lo que decían de él los maestros y el resto de los alumnos: que no era lo suficientemente alto, que era demasiado débil, que era esclavo de sus propias fantasías paranoicas, pero a él todo eso le traía sin cuidado. Esa noche le había demostrado a Hracken de lo que era capaz. Muy pronto todos los demás también serían testigos de su potencial.

Subió por una acumulación de nieve que se había formado en el

exterior de la biblioteca y la rodeó por el muro más oriental del edificio hasta llegar al pie de la torre. Pese a que nevaba de forma continuada, fue capaz de distinguir los dos pares de huellas que, junto con el conocido rastro que dejaba tras de sí el HK, conducían hasta la entrada principal.

Ra'at sintió un inevitable resquemor envidioso. Esas huellas significaban que lord Scabrous acababa de recibir una visita. Habían accedido al interior del sanctasanctórum tras recibir la invitación del lord Sith. Ra'at, que nunca había estado dentro de la torre y que tan solo podía acceder a sus secretos por medio de la imaginación, se preguntó quiénes serían los visitantes. ¿Lussk? ¿Nickter? ¿Alguno de los Maestros?

Se quitó uno de los guantes y apoyó la mano desnuda directamente sobre la escotilla cerrada e imaginó por un momento que era capaz de sentir el poder que emitía aquel lugar, un poder por el que él estaría dispuesto a dar cualquier cosa.

«Algún día» pensó, «entraré por mi propio pie».

Hasta entonces seguiría entrenando.

CAPÍTULO 6

NAVES DE PRIMERA

Ya era más de medianoche en el hangar principal de la academia. Mientras finalizaba la última de las tareas de mantenimiento, Pergus Frode se quedó mirando el crucero corelliano que seguía allí parado en uno de los rincones de la plataforma de aterrizaje. Había repostado la nave y mantenido los motores en marcha, tal y como el piloto le había pedido, pero de eso hacía ya varias horas y no se había vuelto a tener noticia de los cazarrecompensas. Empezaba a hacerse tarde y de lo único que tenía ganas era de apagar todo, volver a su cuarto y echarse en la litera.

Suspirando, volvió hasta la cabina de control del hangar y cerró la escotilla. Al menos allí hacía calor y se estaba a salvo del viento. Cuando había empezado en aquel trabajo, hacía ya diez años estándar, Frode había equipado la cabina con todo lo necesario y había instalado una unidad de convección térmica para poder calentar la comida, y también un cuaderno digital de datos para leer sus holorevistas y hololibros favoritos. Él estaba allí contratado, no poseía poderes relacionados con la Fuerza y no le debía ninguna lealtad especial a los Sith. Con Darth Scabrous solo había coincidido en contadas ocasiones, pero la última vez que había desobedecido unas órdenes de mantenerse despierto, se había pasado una semana en el calabozo, aplicándose hielo en la mandíbula rota.

Mientras se ponía cómodo y cogía una taza recalentada de javaricano exprés y un número holográfico muy gastado de *Naves de primera*, Frode vio algo moviéndose en el exterior de la cabina. Se incorporó, frotó un poco el cristal, que se había quedado empañado, y echó un vistazo fuera. El HK estaba allí parado, con los fotorreceptores enfocándolo.

Frode se puso de pie y abrió la escotilla.

—Hola.

El HK se dio la vuelta y lo miró.

—Pregunta: ¿Qué sucede, señor?

—¿Cuánto tiempo van a tardar esos tipos en volver de la torre? —Frode señaló al crucero—. Su nave está ahí parada, consumiendo nuestro combustible.

—Respuesta: Supongo que debería apagarla.

—Pero ese tal Dranok dijo…

—Declaración: No va a regresar, señor. Ni él, ni su socio.

Frode parpadeó sorprendido.

—¿Qué quieres decir, que no van a volver nunca más?

—Respuesta: Según tengo entendido, así es, señor.

Frode se echó la gorra hacia atrás para poder rascarse la cabeza; después volvió a dirigir toda su atención hacia la nave del cazarrecompensas.

—¿Sabes una cosa? —comentó como quien no quiere la cosa—. Una nave así debe de llevar un ordenador de a bordo muy complejo.

—Declaración: No tengo ninguna información al respecto. El equipamiento de ese tipo de naves no forma parte de mi programación y…

—A lord Scabrous no le importará si me lo pillo, ¿verdad? El HK lo miró sin comprender lo que decía.

—Si lo quito, quiero decir. En el mercado de segunda mano me pueden pagar un precio bastante aceptable.

—Declaración: Seguro que puede disponer de él —dijo el droide en un tono de absoluta indiferencia mientras se daba la vuelta para seguir con sus ocupaciones.

Frode volvió a colocarse la gorra, asintió y cogió sus herramientas mientras empezaba a silbar en voz baja.

Parecía que la noche no iba a acabar tan mal después de todo.

Capítulo 7

MARFA

Hestizo Trace se dio media vuelta, dejó escapar un hondo suspiro de resignación y levantó la cabeza de la almohada. La tenue luz artificial ya había empezado a iluminar el pequeño e insulso dormitorio donde se acababa de despertar. Aunque estaba sola, sentía que la orquídea la esperaba más abajo, a unos doscientos metros de allí, pero lo bastante cerca como para que pudiese oírla con claridad dentro de su cabeza.

«¡Hestizo! ¡Es una emergencia!».

La muchacha se incorporó de inmediato y apartó la colcha.

«¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?».

«Mi cámara incubadora. Date prisa».

Cuando comprendió a qué debía de estar refiriéndose, se relajó un poco.

«Ah».

«¿Ah?». En el tono de la flor se notaba la alarma. «Es algo grave».

«Bajo enseguida».

«Date prisa, por favor».

«Está bien», le dijo. *«Está bien. No te tires de los pétalos, dentro de un minuto estoy ahí»*.

La orquídea se retiró de su mente, apaciguada tan solo en parte, como si todavía esperase una disculpa formal. A Zo no le importaba

que interfiriese en sus pensamientos; el vínculo que las unía, a fin de cuentas, formaba parte de su propia identidad: la de una Jedi del Cuerpo Agrícola, una más del reducido grupo de afortunados que gracias a sus dotes parapsicológicas y a su buena mano con las plantas estaban destinados en los viveros y laboratorios de las instalaciones de Marfa.

Marfa era un invernadero en el que las distintas atmósferas, temperaturas y niveles de humedad estaban cuidadosamente controlados para albergar la más variada fauna interestelar existente en aquella parte de los planetas del Núcleo. Aunque en realidad, lo que hacía que las diferentes especies creciesen de aquella manera era la sensibilidad a la Fuerza que demostraban Zo y sus compañeros Jedi. A los veinticinco años de edad, Zo entendió el valor e incluso la nobleza que residía en cuidar las distintas formas de vida botánica y en fomentar cada faceta de su desarrollo y análisis.

Tras dejar atrás los últimos vestigios del sueño, se puso una bata y recorrió el pasillo que conducía al cuarto de baño. No lograba quitarse de encima cierta sensación de desasosiego, un resto desagradable de algún sueño olvidado. Se vistió, eligiendo de entre la serie de uniformes idénticos una túnica de laboratorio con capucha, mientras atribuía aquella inquietud al incierto malestar que sentía a veces al despertar en Marfa.

Tras descartar la opción de desayunar, dejó atrás la explanada hasta llegar al Nivel Beta Siete. La situación planetaria de Marfa cambiaba continuamente según la posición de la actividad solar y la nubosidad galáctica, pero el B-7 era actualmente el espacio de cultivo más ajetreado y activo de los muchos que cubrían la superficie del planeta. La mayoría de sus compañeros Jedi estaban allí desde primera hora de la mañana. Las jornadas solían comenzar con una reunión en la que se ponían al día de los avances e investigaciones que se traían entre manos, y compartían los distintos planes para el futuro más inmediato.

Las puertas del turboascensor se abrieron para dar paso a una desorbitada extensión de color verde; Zo se detuvo, tal como siempre hacía, y dejó que la inmensa nube de cálida humedad la envolviese. Los olores que desprendían las numerosas variedades de

plantas competían por llamar su atención: las savias, frutas y flores se entremezclaban hasta dar como resultado un banquete inconcebible de fragancias.

Zo echó la cabeza hacia atrás y contempló los ciento cincuenta metros estándar de altura que tenían los techos cubiertos de enredaderas y de raíces colgantes. Por todas partes se veían estrechos bosques autosuficientes de suculentas, subespecies y altos emparrados en los que las plantas crecían formando curvas y espirales que lo inundaban todo con tal variedad de tamaños y formas que solo la familiaridad que le concedía el contacto diario le permitía a Zo procesar toda aquella información.

Ya podía sentirlas.

Su mente sintonizó enseguida el zumbido interior de los cientos de distintas fuerzas vegetales, cada una vibrando de acuerdo a su particular estado de ánimo: algunas en un tono agudo y oscilante, otras latiendo agudas con fuerza para acompañar las explosiones de flores que brotaban de sus tallos. Muchas de las plantas se habían vuelto tan del terreno que ya reconocía la forma en que la saludaban al pasar. Zo caminaba entre todas ellas permitiendo que el susurrante entusiasmo de las hojas y los tallos la distrajese de la persistente inquietud de la que no lograba desembarazarse.

—Buenos días, Hestizo. —La de Wall Bennis era la primera voz real que oía aquella mañana. El director del laboratorio agrícola Jedi, un hombre alto, de voz suave y sosegados ojos marrones, la estaba esperando detrás de los gruesos y rojizos tallos de un árbol de Malpaso, con dos taza de caf en las manos—. ¿Has dormido bien?

—Sí, hasta que me ha despertado la orquídea.

—¿Y sabes qué le pasa? —preguntó mientras le ofrecía la taza.

—Tengo alguna sospecha que otra.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Muy bien. —Sin prestarle más atención, volvió a su trabajo, hasta que de pronto pareció recordar algo—. Ah, una cosa, Zo. ¿Te importaría echarle un vistazo luego a las colonias de musgo pulsifariano que hay en el B-2? Parece que en la tierra está creciendo algún tipo de parásito secundario. —Siempre me haces

unos encargos de lo más complicados.

—Eres la única que lo entiende.

—¿Al musgo o al parásito?

—A los dos, diría yo.

—Les echaré un vistazo. —Con el caf en la mano, recorrió el B-7 hasta llegar al compartimento privado de incubación que había al final de una de las salas. Desactivó el cierre hermético, entró y volvió a sellar la puerta.

«Por fin», dijo bruscamente la orquídea. «¿Por qué has tardado tanto?».

«Hay más plantas aparte de ti en este nivel». Sin prisas, revisó los niveles de temperatura y humedad en la pared de la unidad, aumentó ambos indicadores y, a continuación, se acercó hasta donde estaba la única planta que había en la cámara: una pequeña orquídea de pétalos negros y un fino tallo de color verde cuyas hojas parecían temblar de impaciencia. Zo se quedó observándola mientras le daba sorbos al caf.

«He pasado frío durante la noche. Ha sido sumamente desagradable».

«Reduje la temperatura de tu cámara incubadora», dijo ella. *«Unos dos o tres grados, pero fue a propósito»*.

«¿Por qué?».

«Llevo siglos diciéndote que eres más fuerte de lo que crees. Ahora ya lo sabes. Seguramente podrías sobrevivir una bajada de temperatura de veinte grados, o quizá más, y estarías perfectamente».

«Cuánta falta de delicadeza, podrías haberme avisado».

«Si te lo hubiese dicho», contestó Zo, *«te habrías puesto frenética enseguida»*.

La orquídea guardó un malhumorado silencio. En lo que a flora se refería, era una de las especies más sensible a la Fuerza de toda la galaxia. El problema era que era muy consciente de ello. A Zo eso no le importaba, y disfrutaba dedicándose a estudiar sus habilidades y solventando las necesidades que pudiese tener. Aunque muy a menudo había que recordarle por qué tenía mil años de vida: era mucho más resistente de lo que ella misma pensaba.

«¿Zo?», dijo la orquídea.

«¿Qué ocurre?».

«Pasa algo malo».

«¿Qué pasa ahora?».

«Ahí fuera… está pasando algo».

Zo volvió a abrir la escotilla de la incubadora y salió al exterior. Allí de pie, quieta delante de la cámara, cayó en la cuenta de varias cosas a la vez.

La primera, que la extrañeza que sentía esa mañana no tenía nada que ver con su trabajo en Marfa. Contrariamente a lo que había supuesto en un principio, esa sensación provenía de una fuente externa, de un intruso, de algo que claramente no pertenecía a aquel lugar. No había sido un sueño, sino una señal de alarma.

Y la segunda, que pese a que no se oía ningún ruido, allí había alguien más.

«¿Zo?», preguntó la voz de la orquídea. *«¿Qué ocurre?».*

«Espera un momento». La muchacha se puso a escuchar el invernadero con los oídos y no con la mente. No oyó ninguna conversación, pero eso entraba dentro de lo esperado. A menudo, sus compañeros Jedi trabajaban durante horas con *sus* especies sin intercambiar ni una sola palabra. La mayor parte del trabajo diario se llevaba a cabo en absoluto silencio.

Zo se detuvo a mitad de un largo pasillo invadido por frondosos tallos y levantó la vista. Por encima de ella, a bastante altura, vio lo que buscaba: un sauce panóptico de ochocientos años de edad, un espécimen perfecto de vigilancia orgánica cuyas ramas estaban dispuestas formando un denso dosel de encaje esmeralda. Un pequeño ojo dorado surgía de cada una de *sus* numerosas yemas.

Zo extendió la mano y apoyó la palma en el velludo tronco para que la invadiese la fuerza de las raíces, consciente al mismo tiempo de que el árbol la abrazaba como si fuese una igual. Enseguida sintió que su perspectiva a nivel del suelo se alzaba a través de las ramas y se distribuía por toda la colonia de atentos ojos. Aquello que veía fue cambiando gradualmente: se volvió borroso y después nítido de nuevo. Ahora podía verse a sí misma y al resto de la superficie desde una posición más elevada, desde el punto de vista del sauce. Las ramas del árbol se movieron y Zo sintió un instante de disonancia cognitiva hasta que se acostumbró a la nueva perspectiva y pudo ver la conocida silueta de Wall Bennis con su

bata y con la cara apoyada contra el sinuoso y sedoso tronco del pino malpasiano.

Pero Bennis no estaba apoyado.

Estaba echado hacia delante, inmóvil, con los brazos colgando y el torso colocado en una posición forzada, atravesado por una lanza que había penetrado por su espalda hasta clavarse en el tronco del árbol. Una alargada mancha de sangre en forma de puñal le recorría la columna desde la altura de los omoplatos hasta empapar el cinturón. La taza de caf estaba tirada por el suelo, entre sus pies.

Zo se dio cuenta de que podía ver la cara de Bennis. Pendía flácida y lívida, como una máscara de carne que no conservase ningún signo de vida. La sangre corría por el asta de la lanza afilada y Zo pudo ver, sin parpadear, gracias a la agudeza visual del sauce, que una gota se iba formando en su extremo hasta caer en el charco de sangre ya coagulada que se había formado junto a los pies.

Plaf.

A su espalda oyó un crujido de hojas.

Mientras su conciencia regresaba desde las ramas del sauce hasta sus nervios ópticos y auditivos, Zo se giró y se dio cuenta, ya demasiado tarde, de que había bajado la guardia. El crujido se oyó aún más fuerte al otro lado del árbol, en algún lugar entre la tupida maraña de ramas. Una de ellas se partió. Luego, unas ramitas crujieron bajo el peso de una pisada. Zo sintió la presencia de algo que se dirigía directamente hacia ella y que ya ni siquiera se preocupaba por no hacer ruido ni por ser descubierto.

El miedo la paralizó y los pulmones se le quedaron sin aire. El zumbido de las plantas había enmudecido —incluso la orquídea guardaba silencio— y el nivel donde se llevaban a cabo las investigaciones parecía mucho más grande y desolado que un segundo antes. Mientras miraba en derredor, lo único que logró oír fue un ligero chasquido en su garganta; de pronto, sintió un deseo irrefrenable de echar a correr, pero no supo en qué dirección hacerlo. Por imposible que pareciese, los ruidos que había oído al otro lado del árbol parecían acercarse desde todas las direcciones. Se sintió desvalida, aislada y sola, acompañada tan solo por el murmullo del ingrávido enjambre de sus propios miedos.

Una figura de dos metros de altura salió de pronto de entre la

vegetación. Zo no le llegaba ni a la altura de su voluminoso y peludo torso. El alargado rostro no era humano: tenía los pómulos prominentes, al igual que la frente, y de la mandíbula inferior le salían hacia arriba un par de colmillos sucios. Los ojos que resplandecían desde debajo de la frente eran luminosos y penetrantes. Zo se dio cuenta de que se trataba de un whiphid, el más grande que había visto nunca. Un seco gruñido surgió del robusto pecho; aquello podía significar cualquier cosa, desde cierto grado de estima hasta el más profundo desinterés.

Zo se dio media vuelta y echó a correr. No había dado tres pasos cuando un brazo del tamaño de una viga maestra la golpeó en un lado del cráneo. Un dolor inmenso se propagó por la parte derecha de su cabeza y se le nubló la vista; en su lugar quedó un inmenso vacío oscuro iluminado por puntos intermitentes.

Cuando recuperó la vista, comprendió que estaba en el suelo, que el cuello le dolía terriblemente y que el whiphid intentaba ahogarla aplastándole el rostro con la planta de su cornudo pie. Ahora lo podía oler perfectamente: un hedor acre y claustrofóbico que se parecía al olor del moho o de la muerte. Por un momento pensó que quizá ese olor a muerte provenía de ella misma.

La moteada carne de la planta del pie le cubrió la boca y la nariz y comenzó a apretar hasta asfixiarla, presionándole la cabeza entera. La envolvió un vacío oscuro y maloliente. Entonces oyó por primera vez su voz, que sonaba amortiguada, como si viniese de muy lejos.

—La orquídea.

Zo se retorció y sintió que la presión se aliviaba lo suficiente como para poder decir algo.

—¿Cómo?

—La orquídea Murakami. —El tono de voz procedente de la amplia boca acolmillada era ronco y grave, parecido a un gruñido —. ¿Dónde está?

—¿Por qué?

—No me hagas perder el tiempo, Jedi —dijo entrecerrando los ojos—, o acabarás fiambre como tu amigo. —Después se inclinó hacia ella hasta que Zo pudo sentir el fétido hedor de su aliento que bullía por entre las rendijas de sus fosas nasales—. Dime… dónde…

está.

—Está en el cultivador de incubación primaria. —Zo se incorporó lo justo como para señalar hacia la izquierda con la cabeza y sintió que una punzada de intenso dolor le atravesaba el plexo braquial, en el mismo punto en el que el whiphid había dejado caer todo su peso.

—Está allí, detrás de ti. Pero no puedes…

—Enséñamela —dijo, y a continuación la cogió del brazo y se la llevó a rastras. Zo vislumbró el arco y el carcaj de flechas que iban enganchados por una correa en torno a la musculosa joroba que nacía de su espalda, así como la melena de color gris dorado que se balanceaba adelante y atrás. Del extremo del pelo colgaban, enganchados por medio de trenzas, pequeños huesos, mandíbulas y falanges que chocaban los unos con los otros, algunos de procedencia claramente humanoide. Si sus conocimientos taxonómicos no la engañaban, los whiphid eran depredadores natos: vivían para cazar y matar. Aquellos que se aventuraban a explorar nuevos territorios solían encontrar trabajo como mercenarios, cazarrecompensas o cosas peores.

El whiphid tiró de ella cogiéndola del cuello y la estampó contra la puerta de la incubadora.

—Ábrela.

—Solo hay que apretar el botón de cierre hermético.

El whiphid la empujó a un lado y mientras mantenía la mano derecha en torno a su cuello, con la izquierda cogió el pasador y desactivó el cierre. Una vez abierta la puerta, la arrastró al interior, manteniéndola en todo momento a cierta distancia mientras avanzaba a tientas por el interior de la incubadora. Zo intentó levantar un poco la cabeza para relajar la presión en la garganta, pero el whiphid la sostenía casi a medio metro del suelo… y apenas lograba apoyarse ni siquiera con las puntas de los pies. De refilón pudo oír cómo explotaban varios componentes electrónicos. Algún objeto de bastante peso cayó después contra el suelo. Cuando la otra mano del whiphid volvió a su campo de visión, sus dedos rodeaban el tallo de la orquídea, que ya comenzaba a dar signos de marchitarse.

—¿Qué le pasa? —preguntó el whiphid.

—Es especial —contestó a duras penas Zo—. No puede vivir fuera de la incubadora, necesita…

—¿Qué? —preguntó con impaciencia mientras aflojaba un poco la presión para que ella pudiese por fin tocar el suelo con los pies.

La respuesta le pareció odiosa, pero finalmente contestó:

—Me necesita a mí.

—¿Cómo?

—Si está fuera de la incubadora, tengo que estar a menos de un metro de distancia. Es necesario que esté cerca. Si no, pierde todos sus poderes.

Zo dirigió la vista hacia el exterior de la incubadora, al lugar por el que acababa de llegar. Su mirada recorrió el suelo del laboratorio hasta llegar a Wall Bennis. El cadáver, liberado ya del árbol, yacía desplomado en el suelo, con una de las manos extendida y abierta, como si hubiese intentado aferrarse a una última cuerda que no había acabado de aparecer. Alguien había extraído la lanza que lo había clavado contra el pino.

A Zo le dio el tiempo justo a hacerse la pregunta de en qué momento la habría recuperado el whiphid. Un segundo después, la parte roma de la lanza la golpeó en la sien derecha y la sumergió en una profunda e inmensa noche sin estrellas.

CAPÍTULO 8

POLIPIEL

El planeta rocoso y desértico de Geonosis había sufrido, a lo largo de su historia, un buen número de catástrofes y de extinciones masivas, como la que se produjo cuando un cometa solitario impactó contra la más grande de sus lunas y acabó con la práctica totalidad de la población del planeta. Teniendo en cuenta que los campos quedaron cubiertos de desechos y que a menudo se producían repentinas inundaciones y esporádicas tormentas de radiación solar, no era difícil entender por qué los antiguos geonosianos, los pocos que sobrevivieron, decidieron trasladarse al subsuelo.

Las cosas no habían cambiado mucho desde entonces.

Allí de pie, en medio de las cavernas y de las agujas de roca que seguían en pie, Rojo Trace se percató de que el oficial de la República que tenía delante había acabado de hablar, o de que había hecho al menos una pausa para coger un poco de aire. El oficial en cuestión era el teniente Norch, y pese a que estaba mirándolo directamente a los ojos y que no dejaba de gritar para que pudiese oírlo a pesar del viento, *sus* palabras no se salían del clásico tono falso y oficial. Era un producto típico de la burocracia a la que había prestado juramento.

—Es más —prosiguió Norch—, en nombre de las divisiones militares y de seguridad de la República, debo agradecer la

oportuna respuesta de la Orden. —El teniente señaló la inmensa tienda de campaña hecha de polipiel que tenían delante, formada por medio kilómetro de microporos plateados agitados por el viento, rizándose y ondeándose como si se tratase de la vela de un barco varado—. Dada la naturaleza del hallazgo, estoy seguro de que entenderá la urgencia de nuestra petición.

Trace asintió mientras entrecerraba los ojos a causa del polvo que el viento arrojaba contra su cara. Tenía una constitución muy corriente: era alto, tenía el pelo oscuro y una belleza imprecisa que hacía que la barba alrededor de la mandíbula, los ojos verdes o el rictus ligeramente sonriente pasasen fácilmente inadvertidos. Pese a todo, había algo en él, allí de pie junto a la tienda, escuchando o haciendo como que escuchaba a su interlocutor, que rezumaba intensidad, como si fuese consciente en todo momento del enrarecido ambiente que los envolvía.

—Ayer por la noche recibimos el primer informe —dijo Norch, levantando aún más la voz por encima del viento seco y abrasador —. Un transbordador de larga distancia que iba en dirección al Borde Exterior detectó una señal térmica que le resultó extraña. Pensaron que se trataba de una señal de auxilio, pero cuando aterrizaron se encontraron con esto.

Con un gesto no exento de teatralidad se dio la vuelta en dirección a la tienda y tiró de una de las portezuelas para que Trace pudiese entrar.

Rojo se agachó bajo la polipiel, contento de estar a salvo del viento, y se quedó quieto, mirando lo que había a sus pies. Aún salía humo del cráter, pero se podían ver, a unos cien metros por debajo, los restos de la aeronave y el lugar hasta donde había llegado el agujero que alteraría para siempre el paisaje. Mientras miraba detenidamente la nave, se dio cuenta de que el teniente tenía los ojos clavados en él, como si estuviese a punto de pronunciarse sobre algo, hasta que finalmente no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Y bien? —preguntó Norch—. ¿Qué le parece?

—Obviamente se trata de una nave de guerra Sith. Los cinco motores en góndola, el diseño en forma de caja…

El teniente negó con la cabeza.

—Disculpe —dijo interrumpiéndole—, pero me temo que no me ha comprendido. Estamos al tanto de que se trata de una nave de guerra Sith. Vimos unas cuantas en el Saqueo de Coruscant. —Después, cogiendo aire, añadió—: La pregunta es cuál ha sido la causa de que se estrellase aquí en Geonosis, y si su llegada podría ser considerada un acto deliberado de agresión.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Trace.

Norch frunció el ceño, como si se estuviese replanteando si podía confiar en el caballero Jedi.

—La República ha estado evaluando la posibilidad de establecer una fortaleza defensiva del sector Arkanis en este planeta; esta información, evidentemente, es estrictamente confidencial.

—¿Y?

—Cuando me puse en contacto con el Consejo Jedi, me informaron de que usted estaba en posesión de ciertas habilidades de carácter telemétrico que podrían aclarar las intenciones ocultas del enemigo.

—Es cierto.

—Bueno, dejémoslo. —Norch lo miraba con cara de pocos amigos y Trace no estaba seguro de si aquello era fruto de la impaciencia o del esfuerzo por haber estado gritando fuera de la tienda. El teniente carraspeó y encontró algún punto en el horizonte al que quedarse mirando—. Según tenía entendido, al llegar aquí haría usted uso de esas habilidades… especiales para ayudarnos en la investigación.

—Y según tenía yo entendido —contestó Trace—, iba a tener independencia total para poder llevar a cabo mi investigación sin ningún tipo de interferencia externa. —Seguía con la vista fija en el inmenso agujero humeante, en la nave de guerra y en la descomunal herida de bala que su impacto había provocado en el planeta. Era más profunda aún de lo que había sospechado en un principio, y al fondo ya empezaba a oírse el suave y mortífero susurro de la fuga de presión.

—¿Qué es lo que quiere de mí exactamente?

Trace levantó la cabeza y lo miró.

—Que reúna a sus hombres y que se larguen.

—¿De la tienda?

—Del planeta.

El teniente levantó una ceja, una baza que se había estado guardando hasta entonces.

—¿Cómo dice?

—No es seguro.

—Hemos trazado un perímetro de seguridad a un kilómetro de distancia a lo largo de toda la superficie…

—El problema no está en la superficie. —Trace permitió que su tono de voz se volviese más agresivo—. ¿Oye ese silbido? La nave de guerra ha alcanzado un depósito de gas subterráneo, y por cómo suena debe de ser uno bien grande. Los gases subterráneos aquí en Geonosis son famosos por su inestabilidad. Si se sublima mientras sus hombres están por aquí, ya puede ir despidiéndose de todos ellos.

—Mire, yo estoy al mando aquí y…

—Entonces, lo mejor que puede hacer es escuchar a este hombre —le interrumpió una voz.

Trace se giró y vio a una oficial de la República que le sonreía: era morena, atractiva y debía de tener poco más de treinta años. Por la forma en que Norch la saludó, era evidente que la mujer tenía un rango superior: ni siquiera se molestó en responder al saludo.

—¿Rojo Trace? Soy la capitana Telda Ansgar. Bienvenido. —Los ojos de la mujer resplandecieron al mirarlo; su mirada era directa y confiada—. Es un placer conocerle. Confío en que una conversación poco agradable no estropee su estancia aquí.

—Francamente —contestó Trace—, mi estancia aquí es lo de menos. He venido a hacer un trabajo.

—Bueno, estoy segura de que habrá tiempo también para otras cosas. —Avanzó un paso y rozó su brazo con el suyo—. He de confesar que siempre he admirado a la Orden Jedi, pero nunca he tenido la oportunidad de conocer a un caballero Jedi personalmente.

—Pues me temo que hoy tampoco va a ser el día —contestó Trace.

—Pero… —dijo ella frunciendo ligeramente el ceño.

Antes de que le diese tiempo a continuar, Trace pasó por su lado

y saltó directamente al interior del cráter.

La caída duró algo menos de treinta segundos, pero para Trace fue solo un instante y, al mismo tiempo, en otro plano de la realidad, un período de tiempo mucho más largo. Mientras atravesaba el abismo invocó la ayuda de la Fuerza y fue generando a sus pies un colchón de resistencia hasta que notó que la caída libre se iba frenando y las paredes del cráter aminoraban su velocidad mientras las moléculas, una por una, se combinaban para amortiguar el descenso. Si se concentraba un poco, hasta podía distinguir cada una de las grietas en la roca que iba dejando atrás.

Cuando se dio cuenta de que el resto de la nave estaba en el fondo del agujero, la velocidad a la que descendía era lo suficientemente reducida como para poder extender el brazo y agarrarse al fuselaje. El duracero estaba demasiado frío para poder aferrarse a él con las manos. Trace giró las piernas y se abrió paso por una grieta irregular que había en el casco, y sus botas golpearon un estrecho y retorcido pedazo de metal que había formado parte de una pasarela.

Respiró hondo y echó un vistazo alrededor.

Incluso desde donde estaba se notaba que la nave era de una tremenda fealdad, algo fabricado sin elegancia y pensando can solo en su uso; la obra de una cultura incapaz de apreciar ningún signo de belleza en la galaxia. De hecho, estéticamente hablando, la nave había mejorado con el accidente: el impacto le había hecho ganar cierto grado de originalidad.

Por debajo de todo aquello, seguía oyéndose el sigiloso soplido del omnipresente y mortífero gas. No contaba con mucho tiempo.

Una vez hubo penetrado más en el interior la nave tras dejar atrás varios mamparos, Trace se detuvo e intentó percibir alguna señal que le indicase que había vida a bordo.

No percibió ninguna.

Arriba, en la tienda, el oficial le había contado que el bioescáner inicial había dado un resultado negativo… pero él temía que un puñado de supervivientes Sith pudiesen haber esquivado el radar y estar preparando una emboscada.

Trace podía decirle ya que eso no iba a suceder, pero una vez allí, la curiosidad le hizo continuar un poco más. Siguió

descendiendo sin prisa, atravesó la cubierta principal con un gran estruendo y avanzó a tientas en la oscuridad hasta que con los dedos dio con algo suave, húmedo y que todavía conservaba algo de calor. Tenía un tacto levemente carnoso. No le hizo falta encender ninguna luz para saber que acababa de encontrar el primer cadáver.

Poco a poco, sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. El resto de miembros de la tripulación Sith estaban destrozados por el suelo, sangrando todavía, quemados, con la piel llena de ampollas y fundida al tejido de los uniformes, que cubría solo en parte algunos de los huesos. El impacto y el incendio habían fundido varios de los cuerpos en un solo amasijo de caras y miembros rotos clavados en los mismos asientos donde habían perdido la vida.

Percibió el olor a gas, el aroma sulfuroso a huevos podridos que empezaba a colársele en el interior de los pulmones y que era la prueba evidente de que no le quedaba mucho tiempo. Volvió a cerrar los ojos, pero no apartó la mano de la chorreante masa de carne y huesos. La proximidad era muy importante; a ser posible, lo ideal era establecer un contacto físico directo. Por debajo de la geometría interior de sus propios pensamientos, comenzó a oír las maldiciones de la tripulación en el momento en que el sistema de navegación había fallado, a sentir el espanto cada vez más hondo al darse cuenta de que los motores iban a hacer que acabasen enterrados por debajo de la corteza del planeta. Finalmente, la inminencia e inevitabilidad de la muerte los había convertido en criaturas inquietas e incapaces de pensar, como las pulgas de lava del planeta Mustafar. Toda su fe en el lado oscuro, todos los juramentos prestados a los lores Sith y a sus antiguos símbolos y encantamientos se habían desvanecido en un espasmo final de miedo animal.

Y luego el silencio.

Siempre el silencio.

Trace respiró profundamente recordando las formas con que había oído referirse al papel de los enviados de la República en lugares donde se habían producido siniestros como aquél. Es posible que los oficiales los llamaran investigadores, pero los soldados tenían otros nombres, como «cuentacadáveres» o «turistas de la basura».

Aquellos apodos le daban bastante igual. Aquél era su trabajo; todo lo demás, incluidas las oficiales que querían conocerlo mejor personalmente, no eran más que distracciones. Era consciente de su fama de frío y de distante y no le importaba lo más mínimo.

Retiró la mano, dispuesto ya para volver a subir a la superficie…

Pero de pronto algo le hizo tomar aire, sobresaltado. El afilado corte del miedo incontenible que había sentido de repente no tenía nada que ver con la nave de guerra ni con los restos de su tripulación.

Algo estaba sucediendo a mucha distancia de allí.

Algo mucho peor.

Vio la cara de su hermana.

No había duda, la que gritaba frenéticamente de dolor y de impotencia era Zo y, aunque Trace no podía ver claramente a su agresor, los pensamientos descontrolados y extremos de su hermana le hicieron ver que no tenía posibilidad de defenderse de aquella cosa que se alzaba ante ella y se la llevaba a rastras de las instalaciones del Cuerpo Agrícola Jedi en dirección a… ¿qué?

Trace se detuvo, paralizado, casi olvidando dónde estaba, desprevenido ante el aluvión de imágenes inconexas: el asta de una lanza cubierta de sangre, un fogonazo de color verde, un olor rancio y salvaje. El hedor que se desprendía de aquel otro lugar le quemó las fosas nasales: un lugar de muerte y soledad y de últimos y agónicos suspiros. Percibió que la confusión y aprensión que ella sentía inundaban ahora su propio sistema circulatorio, como si los dos compartiesen un mismo corazón. Durante un segundo pudo también sentir la presencia de su secuestrador.

«Escúchame bien», dijo Trace dirigiéndose a este último. «No sé quién eres, pero cuento con una serie de habilidades de carácter especial. Si dejas ahora mismo a mi hermana, sin hacerle ningún daño, te dejaré marchar. En caso contrario, juro que seguiré tu rastro allí a donde vayas. Y te encontraré. Y me las pagarás».

Como era de esperar, no hubo respuesta.

De pronto sintió una brusca y chirriante sacudida; acto seguido se oyó un ruido ensordecedor mientras el fuselaje de la nave de guerra Sith se balanceaba bajo sus pies y cedía abruptamente en medio de una catarata de chispas. De repente se oyó algo parecido a

un zumbido, la combustión de una enorme llamarada: se había producido un escape de gas procedente de la pared de roca.

La explosión hizo tambalearse el cráter entero. Trace reaccionó rápidamente al sentir cómo algunos enormes bloques de piedra se estaban desprendiendo hacia el lugar en el que se encontraba. Instintivamente, lanzó hacia arriba una burbuja sólida de aire, lo bastante voluminosa como para asegurarse de que tendría suficiente oxígeno, ya que en caso contrario acabaría asfixiado igual que un insecto en un frasco.

La burbuja cumplió su función. Las piedras cayeron sobre la parte superior, y los fragmentos de pizarra rebotaron o se deslizaron sobre la superficie de la cúpula. Trace apenas ni se enteró. Con la intención de descubrir cualquier pista del lugar donde estaba su hermana o del lugar al que su secuestrador se la estaba llevando, volvió a proyectar sus pensamientos hacia Zo y hacia el lugar dentro de sí mismo donde había visto y sentido aquel momento culminante de la angustia de su hermana.

Pero no halló nada, tan solo un aire de muerte tan profundo como el que seguía al accidente de la nave de guerra en la que se encontraba.

Y un silencio atroz.

Trace se dirigió hacia la superficie del cráter, elevándose en el interior de la burbuja, mientras a sus pies el resplandor aumentaba hasta iluminar el fruncido ceño que llevaba grabado en el rostro.

Capítulo 9

MIROCAW

Lo primero que vio Zo al despertarse fueron las órbitas vacías de una calavera.

No era humana, era una cosa deforme, con uno de los huecos más grande que el otro, y con un tercero aún mayor justo encima. La sonrisa desdentada parecía darle la bienvenida a un nuevo y peligroso reino en el que todo era una burla del sentido de la proporción y donde nada tenía razón de ser. En el único incisivo que le quedaba a aquella criatura había incrustado un zafiro de color azul oscuro que probablemente sería falso. El dueño de la calavera había enhebrado varios tramos de un cable grueso a través de los senos nasales, de modo que el cráneo pendiese de un hilo como una grotesca cuenta. Hasta que Zo no se incorporó y se apartó un poco de la calavera, no consiguió tener una imagen completa de la habitación en la que se había despertado.

Estaba en el interior de lo que parecía ser una sala de trofeos.

El cable recorría el cuarto de un extremo a otro. Varias calaveras similares a la primera colgaban de cada uno de los extremos; las había a decenas, la mayoría agrupadas en racimos mientras que otras, reunidas en grupos de dos o tres, permanecían un poco separadas, como si todas juntas formasen parte de una especie de ábaco espantoso. Por debajo, colocados de cualquier manera sobre unos aparatos calefactores, unos cuantos crisoles sucios y algunas

cubas hervían a fuego lento. Zo vio que en su interior había más huesos y que sobresalían trozos de extremidades todavía crudos, algunos cubiertos de nervios y de grasa amarillenta, mientras que otros parecían cocidos ya hasta la médula. El techo estaba forrado de musgo y de moho, un manto de liquen que llevaría allí años, con todo tipo de formas de vida que competían por las moléculas de grasa que llegaban por el aire procedente de los cazos. Un olor a vísceras escaldadas impregnaba permanentemente el ambiente.

Zo tragó saliva para evitar las náuseas y al intentar moverse sintió el roce de algo resbaladizo y grasiento en la parte trasera de los brazos. Al volverse, vio que toda la pared estaba forrada de pieles y pellejos cubiertos a su vez por una capa de laboriosos y diminutos escarabajos ciegos dedicados por entero a la tarea de roer. Impotente, se quedó mirando cómo hurgaban en uno de los lados y se cobraban pedazos de carne grisácea.

—Escarabajos boski —dijo una voz a su espalda.

Zo se dio la vuelta a toda prisa y vio al whiphid de pie junto a la puerta, mirándola de forma penetrante, corrosiva, como si pudiese ver a través de la piel el esqueleto en el que antes o después quedaría convertida: unos huesos que pondría a cocer en caso de que no valiese la pena esperar al proceso natural de descomposición.

Zo movió un poco la cabeza y una mueca de dolor se dibujó en su rostro. Enseguida recordó los últimos instantes en las instalaciones en Marfa: el extremo romo de la lanza del whiphid, un inmenso y punzante dolor, un borroso deslizamiento por el pasillo mientras se iba deformando la lente de su cada vez más nublada conciencia.

Y justo antes de perder el conocimiento, una escotilla.

Zo miró detrás del whiphid, observando desde aquella nueva y desagradable perspectiva todas las cosas que había alrededor. El gemido de las turbinas que se oía por debajo del suelo y el temblor continuo del mamparo que cruzaba la habitación —y que no contaba con ninguna ventanilla a través de la cual se pudiese ver lo que había detrás— le hicieron suponer que estaban en pleno vuelo.

—¿Esta nave es tuya? El whiphid asintió una vez.

—El *Mirocaw*.

—¿Adónde vamos?

A esa pregunta ya no respondió; se limitó a avanzar pesadamente hasta donde estaba la cazuela más cercana. Levantó la tapa, metió dentro un par de pinzas oxidadas y sacó una masa repugnante que parecía algún tipo de pata. Del extremo inferior colgaban pedazos de cartílagos y de músculos y un trozo de una pierna. Tras proferir un gruñido rutinario, el whiphid volvió a dejar el pedazo en la cazuela, puso de nuevo la tapa y se dio media vuelta dispuesto a marcharse.

—Espera —le dijo ella con la voz quebrada.

El cazarrecompensas siguió su camino sin detenerse.

La compuerta se cerró.

Unos segundos después Zo encontró la orquídea.

Seguía metida en un abollado recipiente para muestras que iba enganchado de cualquier manera entre un tablero para descargar mercancía y un cubo con la tapa oscilante. Su secuestrador había atado la vasija usando el mismo cable grasiento con el que había ensartado los cráneos. Desde la posición un poco más baja en la que se encontraba, Zo pudo ver que, a pesar del tiempo que ella había permanecido inconsciente, la orquídea se encontraba bien. Por lo visto, y pese a que buena parte del tiempo había estado a la intemperie, la simple proximidad física era suficiente para que se mantuviese con vida.

Zo se quedó mirándola.

«Hola».

Nada.

«Soy yo. ¿Me oyes?».

Establecer la primera comunicación nunca resultaba sencillo. Al principio todo había resultado muy forzado, pero con la práctica, después de numerosas mañanas sentada a solas junto a la orquídea, Zo había alcanzado tal nivel de maestría que había conseguido que la sensación de extrañeza diese paso a una toma de contacto más suave y orgánica.

«¿Estás ahí?».

La planta, al reconocerla, tembló suavemente dentro del recipiente de cristal y se iluminó. Zo observó cómo su tallo de color tierra se inclinaba hacia ella como si fuese un dedo haciendo una

señal. Al mismo tiempo sintió que la esencia vital se agitaba dentro de su cuerpo y llenaba un vacío casi físico situado detrás del esternón y entre los pulmones: un lugar donde ella pensaba que estaba situada el alma. También entonces comenzó a oír los primeros susurros, aún poco claros, de aquella voz sin género definido: incoherentes al principio y luego cada vez más inteligibles, como si se tratase de un extranjero que se va adaptando a los matices de una lengua completamente nueva.

«¿Zo? ¿Qué ha pasado? ¿Estamos bien?».

Zo sonrió con gesto compungido y se tocó el chichón que tenía en la parte de atrás de la cabeza.

«No exactamente».

La orquídea se quedó callada un momento y luego añadió:

«Siento que las cosas… han cambiado».

—Y que lo digas —murmuró la muchacha en voz alta.

«¿Puedes repetir eso?».

«Nos han raptado», le dijo Zo. *«Estamos secuestradas».*

De nuevo se hizo el silencio. Y a continuación:

«Sí, es verdad Ha sido esa criatura… Tulkh».

Sus ojos se clavaron en la flor a la velocidad del rayo.

«¿Así se llama?».

«¿El whiphid? Sí. Es un…». Se quedó pensando en busca de la palabra correcta. *«¿Cómo se llaman los que detienen a gente por dinero?».*

«Cazarrecompensas», contestó Zo, y percibió que la orquídea asentía.

«Sí. Actúa en solitario, es de una especie sanguinaria y muy agresiva».

Zo esperó un poco e intentó acabar de entender el comentario. La orquídea tenía el don del eufemismo, así que intentó adivinar qué quería decir con aquella valoración.

«Y además colecciona flores», dijo ella.

Si la orquídea tenía alguna opinión al respecto, no la expresó.

«¿Qué es lo que quiere?», preguntó Zo.

La orquídea permaneció en silencio. Mientras la contemplaba, Zo se dio cuenta de que su presencia, una vez despertada, había afectado a la biosfera de la sala de trofeos. El musgo que crecía de

forma natural en el techo había aumentado considerablemente su velocidad de expansión y comenzaba a tragarse los tornillos y las juntas que había en los muros interiores. Justo por encima de la cabeza de Zo había un interruptor de la luz con una señal escrita en otro idioma, probablemente la lengua materna del whiphid, pero el musgo la había cubierto ya de tal manera que le resultaba difícil distinguir las letras. En el interior de los cráneos, el moho había comenzado a extender los primeros zarcillos a través de las cavidades de los ojos y de los agujeros de las trepanaciones. La mera presencia de la orquídea había puesto en marcha el desarrollo de la flora accidental del *Mirocaw*.

«¿Sabes al menos adónde nos lleva?».

De nuevo, la orquídea tardaba en contestar. Zo se preguntó si habría llegado al límite del conocimiento de la flor.

A continuación notó que la nave espacial se inclinaba fuertemente hacia un lado mientras se oía el silbido subsónico de la turbina cambiando a modo postcombustión, y comprendió que muy pronto obtendría una respuesta para la pregunta que acababa de hacer.

«¿Qué ocurre? ¿Nos vamos a estrellar?», preguntó después. *«Estamos descendiendo»*, contestó la orquídea.

«¿Adónde?».

La flor volvió a guardar silencio y después respondió:

«Al peor lugar de la galaxia».

CAPÍTULO 10

UNA CAPA TRAS OTRA DE FANTASMAS

El impacto lateral la arrojó contra la pared de pieles y Zo retrocedió, recuperó el equilibrio y se sacudió a los hambrientos escarabajos de caparazón duro que se le adherían a la piel antes de que pudieran clavarle sus piezas bucales. Las criaturas cayeron sobre la cubierta, se escabulleron a ciegas durante un segundo y luego desaparecieron entre las grietas, como si la nave del whiphid no fuese más que otro cadáver para su investigación.

Bajo sus pies, los motores se habían quedado en silencio. En aquella calma, notó que el *Mirocaw* se resignaba a la fuerza de la gravedad y redistribuía las vicisitudes de torsión a través de sus miles de pequeñas viguetas y conectores con un profundo suspiro de agotamiento.

Zo aún no sabía si se habían estrellado o si solo había sido un aterrizaje brusco. Esperó conteniendo la respiración mientras los propulsores se enfriaban, hacían tictac y finalmente quedaban en silencio. En el exterior podía oír el viento. Aquel sonido trajo consigo una especie de desolación alienígena que se filtraba desde algún lugar del exterior del casco reforzado con duracero. Sintió que un escalofrío le tensaba la piel de la espalda. Era como si hubieran aterrizado en un lugar estrecho y sin ventanas en el fondo de la galaxia, un lugar que inexplicablemente estaba desprovisto de entradas y salidas. Volvió a mirar a la orquídea con la esperanza de

obtener una explicación, un modo de comprender lo que sentía.

«Algo va mal ahí fuera», pensó. *«¿Puedes sentirlo?»*.

En la otra punta de la sala, el jadeo de la puerta sellada al vacío la pilló desprevenida. El whiphid estaba de nuevo en la escotilla abierta con la lanza en una mano y un montón de pieles arrugadas en la otra. Arrojó las pieles a sus pies.

—Póntelas.

Zo no se movió.

—¿Qué hacemos aquí?

—Coge la planta.

—¿Vas a contestarme?

El whiphid se dio media vuelta y volvió a salir, pero esta vez dejó la escotilla abierta a sus espaldas como queriendo decirle que lo siguiera. ¿Su brusquedad se debía a algo más aparte de a la impaciencia? ¿Estaba el cazarrecompensas tan intranquilo como ella?

Zo le echó un vistazo al montón de pieles. Las habían cosido burdamente para formar mitones, botas, un gorro y algo que parecía una especie de capa. En cuclillas, metió los pies en las botas y descubrió que, a pesar de ser tan voluminosas, le venían bastante bien si se las ataba alrededor de los tobillos. Se dio cuenta de que procedían de presas matadas recientemente; aún podía sentir los residuos de las vidas que las habían llevado como piel. Era como ponerse una capa tras otra de inquietos fantasmas.

Recogió la capa, se la echó por encima de los hombros y estiró el brazo para coger la cubeta de laboratorio transparente y cerrada donde estaba la orquídea y descolgarla del cable con el que estaba atada. La orquídea pareció temblar y pegar los pétalos contra la pared de su contenedor que quedaba más cerca de la mano de la muchacha, como si la atrajese el calor. No paraba de murmurar para sí, no en voz alta sino mentalmente, en uno de los mil idiomas diferentes que Zo no entendía, una lengua oscura compuesta de zumbidos y silbidos.

Zo salió a un largo y estrecho pasillo iluminado por paneles irregulares de luces interiores, echó a andar por él y atravesó otra escotilla abierta. En ese punto el pasillo se estrechó aún más y el techo se hizo tan bajo que le hizo pensar que se había equivocado

de camino.

Zo se encorvó para poder dar media vuelta y entonces se dio cuenta del frío que hacía. Una repentina ráfaga de aire glacial le azotó la cara y los antebrazos y se giró, boquiabierta y asustada, para saborear el frío en la garganta. Los copos blancos se arremolinaban en la rampa de aterrizaje y gracias al enfermizo fulgor verde pálido de las luces de aterrizaje pudo ver por primera vez dónde habían aterrizado.

No se habían posado en ninguna plataforma; en el caso de que la hubiese, la habían evitado por completo. En el exterior de la nave el paisaje consistía en poco más que una amplia estepa cubierta de nieve, capa sobre capa de blanco. El viento hizo que los ojos se le cubriesen de una fina película de lágrimas. Zo se las limpió. A lo lejos, a través del vacío, pudo distinguir unos picos recortados que se alzaban como si de una columna vertebral negra se tratase. El perfil de aquellas montañas tenía algo de irregular y de extrañamente deliberado.

Un segundo después comprendió qué eran en realidad.

No eran montañas.

Intentó tragar saliva y no sintió humedad alguna en la garganta. El aire seco y helado la había eliminado por completo. La orquídea, a la que llevaba en brazos y apretada contra ella, había empezado a emitir un chasquido repetido una y otra vez, como si estuviese absorta en un único pensamiento, un tartamudeo compulsivo que a Zo no le gustaba nada.

La punta de una lanza le tocó la nuca justo por encima del vasto dobladillo del cuello.

—En marcha —dijo Tulkh a sus espaldas.

Los pies de Zo no querían moverse; parecían estar paralizados de miedo.

—Espera —contestó ella sin darse la vuelta—. Esas formas negras que se ven a lo lejos son… —Sé lo que son.

—¿En qué planeta estamos? —preguntó la chica fríamente—. ¿En Ziost?

La punta de la lanza le presionó ligeramente la piel, pero no le hizo daño. Zo estaba demasiado absorta en lo que tenían delante para sentir el dolor.

—No deberíamos haber venido —dijo la chica—. Hay un nivel de toxicidad que no alcanzo a explicarme. Es…

—En marcha.

—¿Tienes un droide que pueda extraer muestras de la atmósfera para asegurarnos de que…?

La punta de la lanza la presionó aún más.

Insistente.

Dolorosa.

Zo se quedó mirando la rampa de aterrizaje.

Perteneciesen o no a presas recién muertas, dio gracias inmediatamente por las botas y las pieles que le envolvían los hombros y el cuello. La nieve no era muy profunda —era lo bastante firme para permitirles caminar por encima—, pero el viento cortaba como un bisturí, un instrumento de precisión con agujas en lugar de dientes que encontraba el modo de acceder a los puntos de su piel que quedaban al descubierto para atacarlos. Pasados unos minutos, su cara era una máscara entumecida y las mejillas se le habían vuelto pesadas e insensibles.

Se quedó mirando fijamente la columna negra y retorcida de picos en el horizonte. Ahora estaban más cerca, y cualquier parecido inicial con las montañas se había desvanecido hacía mucho tiempo. Las ruinas y escarpas tenían un aspecto mecánico, y al ver toda aquella extensión parecía que allí hubiesen enterrado a medias el gigantesco esqueleto de alguna máquina antigua —del tamaño de una ciudad o un planeta— y lo hubiesen abandonado mientras aún estaba lo bastante vivo como para lograr desenterrarse.

Y en medio, a modo de pivote sobre el que todo giraba, una altísima torre negra.

Aquella inclinada pila monolítica construida de brillante roca negra se alzaba retorcida a modo de lápida de alguna deidad muerta hacía mucho tiempo. Aun desde allí, su altura hacía que el complejo medio en ruinas que tenía debajo pareciese mucho más pequeño: un buen piloto podría haber hecho aterrizar un carguero de largo alcance en lo alto de su azotea plana. En el interior de sus pisos superiores se amontonaban y brillaban luces rojas que formaban un imprevisible dibujo e inundaban la nube de nieve de

un intenso fulgor arterial. Era como contemplar la lectura digitalizada de un cerebro mientras se volvía loco y moría.

El crujido de las pisadas de Tulkh flaqueó y se detuvo y Zo posó la mirada en lo que tenían justo delante. A veinte metros de distancia, el suelo bajaba en picado y se alzaba una especie de tosca verja cuajada de coágulos de hielo. Zo era consciente de que los envolvía el silencio, ya que el viento había desaparecido bruscamente y los había dejado en una bolsa de completa quietud. La chica respiró hondo y contuvo el aliento para a continuación pronunciar las palabras que llevaban atormentándola desde el momento en que había salido de la nave del cazarrecompensas.

—Esto es una academia Sith. —El whiphid siguió caminando y su confirmación silenciosa la afectó aún más de lo que se esperaba —. ¿En qué planeta estamos? —Su secuestrador no le hizo caso—. ¿A qué hemos venido?

El whiphid pasó a su lado hasta llegar a la verja. A pesar de su tamaño e imponente estatura, vaciló al acercarse, como si no supiese qué esperar más allá de aquel punto.

—Es por la orquídea, ¿verdad?

Tulkh se giró hacia ella con la lanza en la mano. Zo vio algunos nudos de hielo colgándole del pelo. Tenía los ojos perdidos en la sombra.

—No me extraña que tuvieses miedo —dijo la muchacha—. Sea lo que sea lo que hay ahí dentro, es peor de lo que puedas imaginarte. Solo intento advertírtelo —prosiguió—. Ya sabes que soy una Jedi. Puedo percibir…

Entonces sucedió algo, un truncamiento del movimiento, como si alguien hubiese engañado al tiempo y lo hubiese despojado de sus derechos. Antes de poder reaccionar, un carámbano de dolor, un pincho radial, se le clavó en la parte inferior de la barbilla, y cuando Zo abrió los ojos vio a Tulkh de pie justo delante de ella, con la parte afilada de la lanza clavada en su carne, de donde salía sangre. El whiphid se había movido más rápido de lo que ella hubiese imaginado nunca, más rápido incluso de lo que habían podido detectar sus poderes perceptivos mejorados.

Zo se echó hacia atrás para soltarse.

—¿Qué quieren los Sith de la orquídea Murakami?

Tulkh parpadeó una vez, lentamente, como parpadearía una criatura que prefiriese estar sola.

—Dímelo —prosiguió—, o mátame. Pero debes saber que no pienso dar un paso más sin saber qué es lo que me espera ahí dentro. —Pensó en todo lo que había oído sobre las academias, colmenas de oscuridad tan siniestras y tóxicas que se consumían en su particular clase de maldad, inimaginable a todos aquellos que nunca la habían presenciado de primera mano. Hasta los lugares más siniestros parecían limpios comparados con la rancia sensación de contaminación que emanaba de aquellas particulares estructuras medio devastadas, sus losas y la torre negra que lo coronaba todo—. Pero ya sabes que la orquídea no puede vivir sin mí.

Tulkh se pasó un rato sin contestar; un rato tan largo que Zo llegó a preguntarse si no tendría pensado ignorarla por completo.

Pasado un momento, el whiphid abrió la boca.

—¿Has oído hablar de Darth Scabrous?

Zo sintió que algo le atenazaba el pecho. Aquella tensión le resultaba familiar, como un eco emocional de algún miedo infantil olvidado hacía mucho tiempo. Recordó que lo había sentido nada más aterrizar la nave. Ahora tenía nombre.

«Darth Scabrous».

Notó que su mirada se sentía inexorablemente atraída por la torre.

—Quiere la planta —dijo Tulkh—. Y yo voy a llevársela. Para eso me contrataron.

—Entiendo.

—No —contestó Tulkh—. No lo entiendes —añadió, negando con la cabeza—. Pero ya lo entenderás.

Zo intentó hablar, pero solo logró articular un quejido ronco.

Tulkh se quedó mirándola desde el otro extremo de la lanza. Su ultimátum inarticulado expresaba mucho más que cualquier palabra.

Unos segundos después, Zo entró por la puerta.

Capítulo 11

MATARRECUERDOS

Rojo Trace, bienvenido a Marfa. Me llamo Niles Emmert. Nos habían avisado de su llegada.

El ayudante de laboratorio agrícola de pelo cano estaba allí plantado con la mano extendida. Trace se paró el tiempo suficiente para estrechársela mecánicamente mientras escrutaba la zona con la mirada, analizándolo todo mientras se alejaban de la plataforma de aterrizaje. La nave que había requisado era un esquife estelar de tamaño mediano, lo bastante grande para una tripulación de ocho miembros y lo bastante pequeña para eludir un control, mejorada con motores iónicos e hiperpropulsores de Clase Uno para el viaje de larga distancia. Viajaba solo.

—Quiero ver el nivel de investigación.

—Faltaría más —contestó Emmert asintiendo con la cabeza—. La incubadora está en el B-7. Allí es donde su hermana cuidaba de la orquídea.

El ascensor estaba esperando. Diez minutos después, Emmert lo conducía entre las hileras de plantas y vegetación diversa de camino al cierre hermético de la cámara. El panel estaba abierto. Trace se quedó mirando el equipo electrónico roto y se puso en cuclillas para apoyar las dos manos directamente sobre la superficie sucia y arañada del suelo de la cámara.

—Que sepamos —dijo Emmert—, Hestizo estaba…

Trace lo interrumpió con un gesto sin molestarse en levantar la vista. Lo invadió una ráfaga de actividad: oyó la voz de Zo y vio el rostro de su agresor —era un whiphid, el más grande que había visto nunca—, que sacaba a su hermana y la orquídea a rastras de la cámara. Trace sintió que la sorpresa de su hermana se emborronaba hasta convertirse en dolor cuando la punta roma de la lanza del whiphid la golpeó en la cabeza. Sintió un impacto cegador cuando la chica cayó hacia atrás y aterrizó inconsciente en el suelo, con la flor fuera de su alcance. El whiphid se inclinó hacia delante, se la echó al hombro y cogió la orquídea al mismo tiempo antes de darse media vuelta y alejarse andando pesadamente.

—Vino a por la flor —dijo Trace.

Emmert asintió con la cabeza.

—La orquídea Murakami es famosa por sus habilidades con la Fuerza. Posee poder, pero requiere un cuidador, alguien con un nivel de midiclorianos igual de alto que ella para mantenerse viva.

—¿Había alguien más en esta parte de las instalaciones en ese momento?

—Solo Wall Bennis, el director del laboratorio. —¿Sigue…?

—Inconsciente —respondió Emmert—. Está en el tanque de bacta. Nuestros médicos estiman que despertará dentro de un día o dos.

—No podemos esperar tanto tiempo —dijo Trace—. ¿Qué hay de la vigilancia en las instalaciones de carga y aterrizaje?

—Nuestros sensores recogieron la llegada y la salida de una nave sin permiso a primera hora de la mañana. —Emmert miró a otra parte, avergonzado—. Ha debido de llegar protegido por algún mecanismo de ocultación y ha logrado evadir nuestros controles… pero hemos revisado las grabaciones de esta mañana y hemos encontrado esto.

Se llevó la mano al bolsillo de su bata de laboratorio, sacó un cuaderno digital de datos y lo encendió con el pulgar. Trace miró la pantalla. Ésta mostraba un plano del hangar principal y se centraba en una nave oblonga que parecía montada a partir de desechos. A pesar de su forma desgarbada, o quizá gracias a ella, aquella mole tenía un toque de maldad tosca que desafiaba a cualquiera que se atreviese a acercarse demasiado a ella por miedo a lo que pudiera

estar acechando en su interior. En un lateral del casco había una serie de números y letras parcialmente desdibujados.

—¿Puede aumentar la imagen? —preguntó Trace.

Emmert pulsó otro botón y aumentó la imagen hasta que Trace fue capaz de leer el nombre escrito en el costado: MIROCAW.

—Aún no hemos podido identificar del todo el indicativo.

—Eso es porque los han borrado a base de rascar hasta el punto de hacerlo ilegible. Es un antiguo truco de contrabandista. —Trace frunció el ceño—. ¿Y dice que entró usando una especie de mecanismo de ocultación? Emmert asintió con la cabeza.

—Sí, pero…

—¿Qué es eso? —preguntó Trace señalando la pantalla, donde se veían unas manchas de color verde azulado en el lado de babor del *Mirocaw*. Las marcas tenían un brillo curiosamente fosforescente, casi como si esa parte de la chapa de la nave la hubiesen cubierto de una capa de aceite iridiscente.

—¿Manchas de carbonilla?

—No —contestó el caballero Jedi negando con la cabeza—. Son restos de vapor thuliano. Es una anomalía galáctica, una mezcla de polución aérea post-industrial y de niebla de cristal. Solo se encuentra en unos tres lugares fuera del Borde Medio.

Emmert lo miró inexpresivamente.

—Que preparen mi nave —añadió Trace—. Salgo dentro de cinco minutos.

Una hora después ya había confirmado sus sospechas: las formaciones de nubes thulianas más cercanas cubrían permanentemente Kwenn, un lóbrego puesto avanzado post-industrial en los límites más remotos del espacio aéreo hutt.

Al final del día Trace ya había aterrizado allí. La estación espacial de Kwenn era una extensión altamente contaminada de muelles de embarque, almacenes, instalaciones de reparación, cantinas y salas de juego sin licencia. Intentando pasar inadvertido, Trace recorrió una docena de establecimientos para hablar con pilotos, fugitivos, mecánicos y demás personajes que vivían al margen de la sociedad y que formaban la población de la estación. Invitó a rondas de bebida, resistiéndose a su propia impaciencia, y escuchó largos monólogos que no llegaban a ninguna parte de los

clientes habituales del bar que hacía años que no disfrutaban de un público tan atento. Finalmente, fue un contrabandista bothano manco llamado Gree quien le contó lo que necesitaba saber: el anterior paradero del dueño del *Mirocaw,* un cazarrecompensas whiphid que se hacía llamar Tulkh.

—Hace mucho tiempo que no lo veo por aquí —dijo Gree después de que Trace lo hubiese invitado a unas cuantas copas, entre ellas la bebida favorita de aquel lugar, llamada Matarrecuerdos, y hubiese depositado en su única mano un montón de créditos—. Se rumorea que consiguió un trabajo estupendo, pero nadie sabe cuál.

Trace cruzó su mirada con la del bothano y la mantuvo. La Fuerza fluyó a través de él hasta llegar al cerebro del bothano para completar la tarea que el alcohol ya había comenzado.

—¿Dijo algo sobre una flor?

—¿Una…? —El rostro de Gree se suavizó, toda renuencia desapareció de su voz y las palabras fluyeron fácilmente—. Sí, eso es. Iba buscando una flor. Tulkh no hablaba mucho, pero una noche nos emborrachamos y me lo contó todo.

—¿Quién lo contrató?

—Un lord Sith llamado Darth Scabrous.

Trace sintió un escalofrío.

—¿Dónde tiene su base de operaciones?

—No lo sé… ¿Una academia Sith…? —Gree hizo unas cuantas muecas intentando recordar—. Yo diría que… ¿Odacer-Faustin? —añadió, y parpadeó—. Oye, ¿crees que podrías invitarme a otra copa?

Pero Trace ya se había marchado.

CAPÍTULO 12

INGREDIENTE

Al salir del turboascensor, Zo sintió que sus esperanzas menguaban.

Ya no era posible escapar, si es que alguna vez lo había sido. El whiphid la había conducido a través de las ruinas de la academia, donde se habían cruzado con algunos alumnos y maestros Sith que se habían quedado mirándolos con la cara ensombrecida por la ira y la determinación. Si la orquídea había percibido algo, no había dicho nada.

Era media tarde cuando llegaron a la torre.

Un droide HK los recibió en la entrada, confirmó la identidad de Tulkh con un escáner de retina que dejó al whiphid parpadeando y secándose los ojos, asqueado, y se ofreció a acompañarlos. El turboascensor se los tragó y los depositó allí.

En aquella sala.

Durante unos segundos Zo no pudo hacer otra cosa que mirar. Un laboratorio que no se parecía a nada que hubiese visto a lo largo de todos sus años de investigación se extendía hasta llenar todo el espacio que tenía delante. Podía oír a pequeñas criaturas moviéndose por los rincones. Desde un punto de vista horrible, parecía un insidioso reflejo oscuro del laboratorio vegetal de Marfa, con *sus* instrumentos diseñados no para fomentar la vida, sino para infligir dolor en lo que todavía pudiera estar vivo allí dentro. Había

algo en una jaula entre las sombras emitiendo chasquidos con la boca.

—¿La tienes?

Con un suspiro involuntario de sorpresa, Zo se giró y miró hacia atrás. En el centro del laboratorio los observaba un hombre alto con una túnica oscura. Su rostro era una amalgama cincelada de sombra y hueso, con las mejillas cruelmente afiladas y las órbitas de los ojos similares a las cuencas vacías de una calavera. Zo sintió que un alambre hecho de miedo le bajaba por el pecho hasta llegar a la boca del estómago, donde se quedaba colgado, retorciéndose en la oscuridad. Pensó en el nombre que Tulkh había mencionado de camino: Darth Scabrous.

El lord Sith la estaba mirando con expresión inescrutable, aunque la cruda intensidad de su mirada resultaba inconfundible. Era como si estuviese mirando algo que quisiera poseer y destruir al mismo tiempo.

Sin mediar palabra, el whiphid le arrancó la orquídea a Zo, se acercó hasta donde estaba el lord Sith y le ofreció la flor.

—Aquí está.

Darth Scabrous tomó la flor, la miró someramente y volvió a centrar su atención en Zo. Ahora sus ojos tenían un brillo del que carecían un segundo antes.

Tulkh se quedó esperando.

—Mi dinero —dijo.

Si el lord Sith lo oyó, hizo caso omiso de sus palabras. Seguía mirando fijamente a Zo.

—Se llama Hestizo Trace —dijo el whiphid—. Es la cuidadora de la orquídea. La flor la necesita para…

—Sobrevivir —lo interrumpió Scabrous—. Lo sé. Por eso he sabido que me traías la auténtica. —Levantó la mano y le tocó la cara a la chica. Su fría mano enguantada contra la mejilla le recordó a Zo a una barra de hierro envuelta en cuero—. Fue la única información que oculté sobre la orquídea.

—Entonces, nuestro negocio ha concluido —dijo Tulkh. El lord Sith asintió con la cabeza.

—Mi droide te pagará a la salida.

El whiphid asintió y echó a andar en dirección a la puerta.

—¡No! —gritó Zo al ver que se marchaba—. ¡Espera! —Sintió que el miedo le atenazaba el pecho como si fuese una cinta de acero, presionando dolorosamente hacia dentro y dejándola sin aliento. Oyó los pasos del whiphid cada vez más lejos por el largo pasillo de piedra, y a continuación el tenue silbido hidráulico al abrirse y cerrarse de nuevo las puertas del ascensor.

Se había marchado.

El lord Sith seguía mirándola. Volvió a hacerse el silencio, que parecía llenar el laboratorio con una irritante niebla de aire frío y seco. Zo era consciente de que la orquídea estaba emitiendo ruidos de ansiedad dentro su cerebro, un suave chasquido irregular de energía nerviosa ante lo que podría suceder a continuación. Aunque sabía que ella era la única que podía oír aquellos sonidos, Zo sintió el impulso irracional de hacerla callar.

—Eres una Jedi —dijo Scabrous.

—Así es. —La chica se preparó para el desprecio, la rabia incluso, del lord Sith, pero éste se limitó a asentir con la cabeza como si hubiese estado esperando su aparición… o la hubiese deseado incluso. El Sith extendió la mano, sin llegar a tocarla, y ella sintió una cierta pesadez por debajo de su pecho izquierdo, como si la palma de él estuviese empujando directamente el músculo de su corazón.

El Sith bajó la mano y la presión desapareció. Cogió la flor y se la llevó a la otra punta del laboratorio, al lugar donde Zo había oído los suaves chasquidos.

Lo que vio allí hizo que se le revolviese el estómago y lentamente la invadiese la náusea. El adolescente que había en la jaula estaba mirándola sin pestañear, con unos ojos brillantes que denotaban una locura absoluta. Al fijarse más atentamente, Zo vio una maraña de tubos de plástico que salían directamente de la espalda del joven. Parecían habérselos implantado en la columna vertebral y en la base del cráneo. Un líquido rojo amarillento se deslizaba lentamente en ambas direcciones a través de los tubos. Zo los siguió con la mirada por el suelo hasta llegar al lugar donde se conectaban a una bomba electrónica con un enorme cilindro de vidrio en la parte superior. Alguien había creado una especie de circuito horrible, un híbrido entre humano y máquina.

Scabrous realizó un ajuste en la bomba. El fluido de los tubos comenzó a moverse más deprisa. El chico se puso rígido y empezó a golpear la cara contra la jaula, una y otra vez, con una horrible intensidad rítmica. La jaula retumbó con el estruendo del impacto hasta que de la cara del chico comenzó a salir sangre y a caerle goterones rojos de la nariz, los labios y las comisuras de los ojos. Aun así, el chico no paró. Zo comprendió que estaba dándose golpes para perder el conocimiento o tal vez simplemente para suicidarse y poner fin al tormento que aún estaba por llegar.

—¡Alto! —Zo miró a Scabrous—. ¿Qué está pasando?

—Observa y verás.

—¿Qué le estás haciendo?

Scabrous no respondió. Un segundo después abrió la tapa del cilindro de líquido amarillo rojizo y echó la orquídea dentro.

Jura Ostrogoth lo presenció todo.

Se había deslizado en el interior de la torre al salir el whiphid, sin darle tiempo a pensárselo dos veces. La experiencia le había enseñado que no podía malgastar una oportunidad así. Y por eso había entrado.

Desde la desaparición de Nickter el día anterior, los rumores sobre Darth Scabrous y lo que podría estar sucediendo en su laboratorio habían corrido a la velocidad de la luz. Aquella mañana, Jura había oído a Pergus Frode, un técnico, en el hangar de la academia, contándole a un maestro que Scabrous había recibido a unos visitantes —dos cazarrecompensas— que no habían regresado a su nave la noche anterior. Y Kindra le había dicho a Jura que había visto a dos forasteros más, un whiphid y una chica, dirigiéndose a la torre. Según Kindra, llevaban algo. Nadie sabía el qué.

Solo era cuestión de tiempo que alguien saliese de allí.

Después del entrenamiento con la espada de luz, Jura se había ido solo y se había agachado bajo las piedras cubiertas de nieve de unas ruinas frente a la entrada principal de la torre. El frío no le molestaba en absoluto. Le había dado tiempo a pensar y despejarse. Ya había decidido que no iba a pasarse la vida preocupándose por la amenaza de Scopique de ponerlo en evidencia. Si quería escapar del control de Scopique, tenía que cambiar las reglas del juego.

Claro está, no podía contraatacar en aquel momento —habiéndolo acorralado, Scopique estaría esperando que se vengase—, pero decidió que en cuanto se enterase de lo que estaba sucediendo en el interior de la torre, organizaría un encuentro en privado con el zabrak. Se lo contaría todo a Scopique, confiaría en él, se ganaría su confianza. Y cuando Scopique bajase la guardia para regodearse, Jura lo… ¿qué?

¿Lo mataría?

Quizá.

O tal vez solo lo humillaría, igual que Scopique lo había humillado a él.

En cualquier caso, las cosas iban a cambiar mucho.

Veinte minutos antes, al salir del turboascensor y llegar al laboratorio abierto en lo alto de la torre, Jura no podría haberse imaginado hasta qué punto iban a cambiar las cosas. Las velas y las antorchas salpicaban la sala con una luz parpadeante e intermitente. Le preocupaba que pudieran oírlo —el ascensor no era silencioso, precisamente—, pero antes incluso de que las puertas se abriesen, había oído un grito y un ruido metálico. El sonido rebotó en las ventanas y el techo de piedra y tapó todo lo demás.

Jura se escabulló a través de charcos de sombra, abriéndose paso entre los equipos hasta que pudo distinguir la silueta inconfundible de lord Scabrous y otra persona, una chica, de pie junto a lo que parecía un animal enjaulado: el causante de los ruidos y los gritos.

Jura volvió a detenerse, entornó los ojos y lo miró atentamente.

El animal enjaulado era Nickter.

Nickter estaba agitándose en su pequeña prisión, chillando, retorciéndose y profiriendo ruidos que recordaban solo vagamente a palabras. Tenía sangre chorreándole por la cara y pegada a las mejillas, como si hubiera estado sentado debajo de una vela roja fundiéndose. Estaba medio desnudo, con el torso descubierto brillante por el sudor.

Pero lo peor eran los tubos.

Le salían directamente de la espalda cual largas tuberías procedentes de la columna vertebral en dirección a una máquina con un gran cilindro transparente en la parte superior. Scabrous le

estaba haciendo algo a la máquina, sosteniendo algún objeto que Jura no pudo identificar, y metiéndolo en el interior del cilindro. El líquido comenzó a enturbiarse, cambió de color, de pronto se volvió sorprendentemente incandescente y avanzó a impulsos a través de los tubos en dirección a las vértebras de Nickter.

Los gritos cesaron.

Jura vio a Nickter desplomarse sobre el suelo de la jaula, inmóvil y en silencio, con la boca entreabierta y los párpados flácidos. El único sonido que se oía era el zumbido agudo y constante de un monitor cardíaco en parada. Jura soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones durante los últimos diez segundos.

No tuvo necesidad de acercarse más para saber que Wim Nickter estaba muerto.

Zo se quedó mirando al alumno Sith muerto en la jaula. Aún tenía los ojos abiertos, vidriosos y sin vida. Tenía la boca caída, con una burbuja de saliva sanguinolenta asomándole por la comisura de los labios. Una palidez cerosa se le había comenzado a extender por las mejillas y le había teñido la piel de un gris pálido.

En el cerebro de Zo, la orquídea seguía gritando.

No podía moverse ni pensar. Nada de lo que había experimentado en las instalaciones de Marfa, ni antes aún, la había preparado para aquello. En las últimas cuarenta y ocho horas estándar, las rutinas de la vida cotidiana se habían convertido en una farsa sangrienta de la realidad.

Sus ojos se iluminaron al mirar el cilindro de cristal donde Scabrous había dejado caer la flor. Ya no estaba allí —el líquido parecía haberla absorbido y disuelto—, pero aún podía oírla, a dondequiera que se hubiese ido, independientemente de lo que le hubiese pasado… gritando, suplicándole que hiciese algo, que la ayudase, que pusiese fin al dolor.

«Quema, Zo. Me quema. ME QUEMA…».

Scabrous estaba contemplando el cilindro.

En la jaula, el chico muerto se incorporó.

Capítulo 13

DIENTES DE DRAGÓN

Jura no vio cómo salía despedida la puerta de la jaula.

Sucedió tan rápido que lo único que registró su cerebro fue la malla de alambre volando por el laboratorio hasta estamparse contra la rejilla de una célula eléctrica que asomaba del techo. El estruendoso ruido metálico le recordó al sonido de las espadas de entrenamiento entrechocando en lo alto del templo. Era un ruido que parecía decir: las cosas se han puesto en marcha e, independientemente de lo que suceda a continuación, no habrá vuelta atrás.

Desde su escondite, Jura se quedó mirando la escena, agachado entre las sombras como si se hubiese quedado pegado al suelo. Vio a Scabrous y a la chica contemplando la jaula sin que ninguno de los dos se moviese.

La criatura que salió arrastrándose de la jaula no era Wim Nickter.

Estaba envuelta en la piel de Nickter, sí, y llevaba una variante de la cara de Nickter, pero sus ojos eran óvalos de cristal turbio y tras ellos las pupilas se movían hacia los lados a la luz de las antorchas como diminutos insectos negros atrapados en el interior de una botella sucia. Giró la cabeza hacia la derecha y la sonrisa amarillenta que le frunció los labios no se parecía a nada que Jura hubiese visto jamás. Al verla, sintió que se derretía por dentro y que

lo invadía un miedo que le robaba el aliento, lo dejaba sin fuerzas y lo reducía a un tembloroso manojo de nervios. La voz intuitiva de la Fuerza comenzó a gritarle: «Mal, mal, mal», pero él parecía incapaz de moverse.

El lord Sith se quedó mirando fijamente su creación. Una horrible sonrisa de clarividencia le cruzó la cara.

—Nickter —dijo—. Ven a mí.

La criatura arrastró los pies para dar otro paso al frente y Scabrous extendió una mano para llamarlo como si fuera un animal.

—Sí. Eso es.

De repente, Nickter dio un salto al frente llevado por una urgencia totalmente diferente. Los tubos se le separaron de la espalda, se quedaron agitándose y dejaron una hilera de heridas abiertas y en carne viva a lo largo de toda la columna vertebral. De los tubos abiertos salía a borbotones un líquido amarillo rojizo que lo salpicaba todo. Desde donde estaba escondido, Jura vio al lord Sith retroceder con los brazos tapándose la cara cuando la criatura que antes había sido Wim Nickter se abalanzó sobre él y sin dudarlo le clavó los dientes en la cara.

Scabrous levantó un brazo y la criatura salió despedida hacia atrás, con su cuerpo convertido momentáneamente en un borrón, agitándose hasta estrellarse contra un estante lleno de matraces y vasos de precipitados sin usar que no estaba lejos de donde Jura seguía agazapado. El estante entero explotó en una cacofonía ensordecedora de cristales rotos, la criatura cayó al suelo y Jura vio cómo se ponía en pie con las mejillas y la frente brillando por los fragmentos rojos que las cubrían como dientes de dragón. El aire se llenó del olor astringente de alcohol, amoniaco y ácido fénico.

Jura vio a la chica levantarse y echar a correr en dirección al turboascensor. No miró atrás, ni siquiera cuando las puertas se cerraron a su espalda.

A su alrededor tembló toda la sala con un rugido de furia que sonó lo bastante alto para que Jura lo notase retumbar en el vacío de su pecho. En la otra punta del laboratorio, Scabrous se puso en pie. La parte derecha de la cara le colgaba como una solapa sanguinolenta. Más arriba, sus ojos titilaron con una rabia tan feroz que parecía algo totalmente diferente, algo peligrosamente cercano

a la locura.

El lord Sith levantó la mano derecha con la palma hacia arriba en dirección al cadáver de Nickter. El cadáver volvió a dar una sacudida hacia atrás y una voltereta, como si estuviese manejado por hilos. Esta vez Jura Ostrogoth comprendió que era él quien se encontraba agachado justo en su camino.

Lo comprendió demasiado tarde para salvarse. El cadáver de Nickter se estrelló contra él, lo tiró al suelo y lo dejó sin aliento. Ambos salieron disparados hacia atrás y se estamparon contra uno de los anchos ventanales curvos que formaban la pared de la torre. La última impresión de Jura —que el mundo entero estaba estallando a su alrededor en una explosión ensordecedora y quebradiza— no era del todo errónea.

Y entonces comenzó a caer.

CAPÍTULO 14

PRECIPITADOS

Lussk.

Rance Lussk se paró y se dio media vuelta. Iba de camino a la biblioteca de la academia para pasar la tarde meditando y estudiando en solitario cuando oyó una voz a sus espaldas.

Era Ra'at.

El aprendiz, enjuto y más bajo que él, estaba allí plantado con las manos a la espalda, contemplándolo desafiante a través del velo de la nieve que caía. Parecía completamente diferente a la última vez que Lussk lo había visto: algo había cambiado en su postura, en su porte, en cómo levantaba los hombros. Hasta su voz sonaba más valiente y directa. Sus ojos eran como dos piedras pulidas, llenos de una determinación nueva y obstinada.

—¿Qué quieres?

—Esta mañana no has estado en la práctica con espada de luz.

Lussk ni se molestó en encogerse de hombros y le comunicó su indiferencia únicamente a través de una ausencia total de expresión. En la academia todos sabían que solo acudía a las sesiones de entrenamiento cuando le apetecía, cuando quería ponerse a prueba o demostrarle algo a alguno de los maestros. Dio un paso en dirección a Ra'at. Estaban solos detrás de la inmensa extensión de la biblioteca, con los maestros y alumnos de la academia ocupados entrenando o estudiando, como solían hacer a mediodía. Por

encima de ellos se alzaba la torre, con su sombra proyectándose sobre el sendero como un crepúsculo prematuro. A Lussk se le pasó por la cabeza que aquello podía tratarse de algo deliberado por parte de Ra'at. Quizá hasta confiase en que lord Scabrous pudiese estar mirando hacia abajo desde la torre.

—Bueno, ¿qué pasa?

Ra'at sacó las manos de detrás de la espalda y le enseñó lo que Lussk ya sospechaba que llevaba: un par de espadas de luz de entrenamiento que brillaban en la grisácea luz de la tarde.

—¿El maestro de espadas Shak'Weth sabe que te has llevado dos de sus juguetes? —preguntó Lussk.

Ra'at no sonrió; la intensidad de su expresión no flaqueó.

—Te desafío.

Incrédulo, Lussk arqueó una ceja.

—¿Ahora?

—Ahora.

Durante un segundo, Lussk casi se lo planteó. Acto seguido, negó con la cabeza.

—No quieres hacerlo.

—¿De qué tienes miedo?

—¿De ti? —Lussk parpadeó con displicencia—. De aburrirme, para empezar.

—Pues me aseguraré de no aburrirte —contestó Ra'at, y le lanzó una de las espadas. Lussk la atrapó con un movimiento reflejo, pero la bajó a un lado.

—Ahora mismo estoy ocupado —dijo—. Si estás decidido a que te humille, tendrás que hacerlo en público delante de los…

«Maestros» habría sido la última palabra de la frase, pero Lussk no tuvo ocasión de pronunciarla, ya que Ra'at se abalanzó sobre él sin que sus pies pareciesen tocar el suelo. Como primer aldabonazo fue brutal pero efectivo, un movimiento cuya gracilidad habría sido más fácil admirarla si no hubiese acabado con la espada de Ra'at golpeándolo en todo el pecho y con un latigazo de dolor justo por debajo de la clavícula.

Lussk giró hacia atrás, con la espada en alto, consciente de que estaba obligado a participar, quisiera o no. También comprendió que con Ra'at no sería tan sencillo como tumbarlo: tenía que dar

ejemplo; si no, cualquier alumno de la academia podría querer ponerlo a prueba. Pero sobre todo Lussk sintió una especie de exasperación. ¿Es que no les había bastado el ejemplo de Nickter? ¿Ra'at era un suicida o simplemente estaba loco?

Lussk arremetió al frente con su propia espada, tenso a la espera del impacto, pero Ra'at no estaba allí donde lo había visto un segundo antes y parecía que se había desvanecido en una nube de nieve. Lussk miró hacia arriba. El otro aprendiz estaba dando una voltereta en el aire justo por encima de él, bajando en espiral, y el instinto de Lussk le hizo apartarse apenas un segundo antes de que Ra'at aterrizase.

—Tu Ataru ha mejorado —dijo Lussk con un gruñido—. Has estado practicando.

Giró con fuerza y descargó la espada en el punto justo donde predijo que estaría Ra'at, y esta vez no se equivocó. Cuando Ra'at levantó la vista, se encontró ante la punta de la espada de Lussk. Con un golpe pondría fin al duelo; con dos lo mataría.

Pero había otra opción.

—Y ahora, suelta la espada —dijo Lussk, manteniéndole la mirada al otro aprendiz y dejando que fluyese la Fuerza a través de él como una corriente eléctrica.

Ra'at apretó los dientes hasta que el tendón le sobresalió de la mandíbula. Su brazo tembló, pero no soltó la espada.

—Suelta la espada —repitió Lussk.

Ra'at siguió inmóvil. Lussk sintió que se apoderaba de él una rabia tangible, una rabia que rara vez llegaba a experimentar. Sin dudarlo, lanzó una estocada a su rival. Si Ra'at estaba tan decidido a morir así, allí, detrás de la biblioteca, Lussk le haría el favor.

Al blandir la espada, oyó que una ventana se rompía por encima de ellos.

Miró hacia arriba y vio que algo explotaba y salía despedido de lo alto de la torre, envuelto en una aureola resplandeciente de cristales rotos. Al principio, Lussk pensó que se trataba de una especie alienígena, ya que tenía demasiados brazos y piernas, pero entonces se dio cuenta de que estaba viendo a dos personas, una abrazada a la otra.

La caída desde lo alto de la torre debía de tener unos cien

metros o más. Las dos figuras cayeron juntas, se retorcieron en el aire, se desplomaron en picado y se estamparon contra el camino de piedra cubierto de nieve con un crujido carnoso y escalofriante.

A pesar de su reputación de tipo duro, Lussk tuvo que apartar la vista. La fuerza de la gravedad había hecho papilla los dos cadáveres y los había retorcido de un modo poco habitual. Los huesos rotos atravesaban la carne. Uno de ellos —una bolsa de vísceras chorreantes descamisada y llena de sangre— estaba tirado en un ángulo que hacía que Lussk pudiese ver el ojo derecho sobresaliéndole de la órbita.

Acto seguido, se incorporó.

Lussk se quedó boquiabierto, paralizado por una oleada de asombro. «Es imposible», pensó. «Nadie es capaz de sobrevivir a una caída así. Nadie…».

Pero aquel pensamiento, o lo que quedaba de él, cayó por su propio peso. El cadáver cubierto de sangre lo estaba mirando con su ojo bueno y una sonrisa salvaje e inhumana cruzándole lo que le quedaba de cara. Además de haberle saltado un ojo, la caída le había hecho algo a su columna vertebral y a sus hombros, los había retorcido y ahora las clavículas sobresalían y habían desplazado el hueso del brazo hasta hacerle atravesar la piel. Parecía un traje recién teñido que alguien hubiese plegado imprudentemente en su propia percha.

Y aun así se movía.

Con los brazos rotos agarró al otro cadáver, lo levantó con un movimiento seco e impaciente y se lo llevó a la boca. En ese momento Lussk comprendió que, más allá de los huesos rotos y las capas de sangre, lo que estaba viendo eran los cuerpos destrozados de Wim Nickter y Jura Ostrogoth.

La criatura que antes era Nickter ladeó la cabeza y hundió los dientes en los restos carnosos de la cara de Ostrogoth. Casi inmediatamente, Lussk pudo oír los ruidos, una serie de gruñidos ávidos y babosos. Ostrogoth —o lo que quedaba de él— no ofreció resistencia.

—¿Qué es eso? —preguntó la voz de Ra'at a sus espaldas—. ¿Qué es esa cosa?

Lussk negó con la cabeza dando un paso atrás. No tenía ni idea

de qué era lo que acababa de presenciar —algo que tardaría en procesar, en decidir cómo iba a enfrentarse a ello o usarlo en beneficio propio—, pero de momento lo afrontaría a su manera.

—Averígualo tú. —Lussk tiró la espada al suelo, se giró hacia Ra'at, agarró al pequeño aprendiz de la túnica con las dos manos y tiró de él hacia delante con tanta fuerza que los dientes de Ra'at entrechocaron como castañuelas. Ra'at estaba tan impresionado que se había vuelto vulnerable, un blanco fácil. A Ra'at se le resbaló la espada de la mano y rebotó en las piedras con un ruido metálico antes de clavarse en la nieve recién caída.

—Espera. ¿Qué haces? —preguntó Ra'at—. No puedes…

Lussk lo giró y lo empujó hacia atrás con todas sus fuerzas, en dirección a la criatura babosa y devoradora que estaba en cuclillas sobre Jura Ostrogoth. Ra'at chilló, agitando los brazos como si pudiese agarrarse a algo en el aire. Casi inmediatamente se le enredaron los pies, tropezó, se resbaló y por fin cayó primero de rodillas y luego de espaldas.

La criatura que antes era Nickter levantó la cabeza. De la mandíbula le resbaló un hilo de sangre que le goteó de los labios. Su único ojo bueno tembló como un huevo crudo en una copa. Apartó el cadáver de Jura y dedicó toda su atención a Ra'at con el apetito de una criatura a la que se le ofrece un animal vivo.

—No —dijo Ra'at, intentando levantarse—. No, no…

Lussk dio media vuelta con las piernas en tensión, listas para echar a correr. Lo último que oyó, un segundo antes de entrar corriendo en la biblioteca, fue el grito de Ra'at.

Capítulo 15

CLASIFICACIÓN

Scabrous tardó menos de treinta segundos en lavarse la herida de la cara con una solución salina, tomarse él mismo una vía intravenosa y activar la pulsera de autodiagnóstico. Todo estaba justo donde lo había dejado. Actuó con seguridad, sin la menor vacilación. La suavidad de sus movimientos no dejaba entrever la rabia que le atenazaba el pecho como un carbón hirviente al rojo vivo.

Su muñeca derecha emitió un leve pitido electrónico que indicaba que habían pasado treinta segundos. Comprobó el resultado de la lectura de la pulsera, en números de un azul brillante, y vio que aún estaba calibrando la primera muestra de sangre.

Entretanto, la chica —aquella escoria Jedi— ya había desaparecido.

Scabrous no la había visto marcharse, pero sabía que intentaría huir en cuanto tuviese ocasión. De aquello no cabía duda. No importaba; la orquídea había cumplido su función y ya habría tiempo de sobra para ocuparse de la Jedi. Llegado el momento, ella también cumpliría su función.

De momento, tenía asuntos más acuciantes de los que ocuparse. Siguió trabajando, conteniendo sus emociones. El pensamiento crítico era lo que le había hecho avanzar tanto en su proyecto; su

cerebro era un motor de imparcialidad clínica y estaba inquebrantablemente comprometido en hacer todo lo necesario para que el experimento fuera un éxito. Las emociones que alimentaban aquel motor —la ambición, la ira ilimitada y una indiferencia depravada hacia cualquiera cosa que no fuese él mismo — estaban cuidadosamente aisladas en los vasos oscuros de su corazón, donde no se les permitía distraerlo de su objetivo.

Pero aun así la odiaba.

La odiaba con el odio brutal y absoluto de toda la maquinaria de guerra Sith; odiaba con toda la intensidad abrasadora de diez mil estrellas moribundas a aquella Jedi, cuya orquídea era el eje alrededor del que giraba todo y cuya sola presencia allí le permitiría llevar su proyecto a buen puerto.

Le reconfortaba saber que el odio estaba allí, donde podía acceder a él siempre que quisiese, como un buen vino a la espera de que lo decantase y lo bebiese con moderación. Le sentaría bien encontrarla y…

En fin, concluir aquel asunto.

Hestizo Trace moriría entre gritos.

Y él viviría eternamente.

¡Bip! Había pasado un minuto. Scabrous bajó la vista hasta la unidad de autoanálisis. Los números azules parpadearon en rojo. Frunció el ceño durante un segundo. Los niveles iniciales de contaminación eran más altos de lo esperado: los picos y las ondas indicaban que el sistema ya estaba rediagnosticando para aislar el antígeno y hacer el trabajo preliminar para el siguiente paso.

No podía permitirse esperar más. La bomba portátil de hemodiálisis consistía en una mochila plana que contenía seis litros de sangre fresca y un sistema neumático de tubos. Scabrous se pasó las correas por encima de los hombros, conectó la bomba a la vía intravenosa del brazo derecho y comenzó la primera infusión. Una sensación de calidez le fue subiendo por el brazo, le llenó el pecho, alivió la tensión y le permitió respirar hondo. Activó los contadores. A aquel ritmo, el suministro de sangre le duraría seis horas… suponiendo que entretanto la situación no cambiase dramáticamente.

Scabrous rodeó el turboascensor, avanzó directamente hacia la

ventana rota y echó un vistazo al paisaje irregular cubierto de nieve que se extendía hasta el horizonte. En su interior bulló una sensación de confianza que renovó su determinación. Aquéllos eran su academia y su planeta… y nadie los conocía tan bien como él. La Jedi no podía esconderse en ninguna parte donde él no pudiese encontrarla.

Sin dudarlo más, de un salto salió por la ventana rota sin rozarla. Comenzó a caer sirviéndose de la Fuerza para guiar su descenso de un centenar de metros. En la base de la torre, echó a correr nada más tocar el suelo. La cabeza le zumbaba y su cuerpo aspiraba sangre fresca como si fuera oxígeno en estado puro que alimentase músculos y cerebro.

Activó el comunicador, se lo llevó al oído y esperó la respuesta de una voz en el otro extremo.

—Solicitud: ¿Sí, mi señor? —preguntó el droide HK.

—Activa todas las barreras del perímetro exterior en todos los cuadrantes —contestó Scabrous—. El objetivo es Hestizo Trace, la Jedi. Busca en el laboratorio muestras de ADN y feromonas. —Se quedó callado durante un segundo con el viento azotándole la cara —. Emplea todos los medios necesarios, pero la quiero viva.

Capítulo 16

CONVOCACIÓN

H«*estizo?*».

Zo seguía corriendo cuando su cabeza retumbó con la voz de la orquídea. Le sorprendió tanto que se tambaleó y casi se paró en seco.

No había dejado de moverse desde que había salido del turboascensor de la torre. No sabía si habían pasado diez minutos o una hora. El tiempo se había convertido en algo increíblemente subjetivo, una extensión enloquecida e ilógica parecida al paisaje de la academia. Mientras corría entre los edificios grises y parcialmente derruidos, se concentraba en alejarse todo lo posible de la torre, pero cada vez que miraba hacia atrás la torre parecía estar en un lugar diferente.

La cabeza le daba vueltas. Intentó no pensar en lo que había sucedido allí arriba, pero los pensamientos no paraban de atravesar sus defensas como un corte que no dejaba de sangrar. Vio la cara del chico —¿era un chico?— mientras salía arrastrándose de la jaula y se abalanzaba sobre Scabrous, el modo en que había olisqueado el aire, el ruido que había hecho… Era como un animal, pero mucho peor.

«Hestizo», la interrumpió la voz de la orquídea. *«Quédate quieta. Agáchate»*.

Zo miró a su alrededor. Estaba plantada ante una enorme

estatua de algún antiguo lord Sith que se había caído de costado, de modo que la parte derecha de sus rasgos se había desgastado, erosionada después de varias décadas de viento y nieve. Cayó de rodillas y oyó otras voces hablando entre sí al otro lado del monumento.

Miró en aquella dirección.

Un grupo de alumnos avanzaba por un sendero a veinte metros de donde se encontraba ella. Un hombre mayor —Zo supuso que sería un maestro—, avanzaba a grandes zancadas por delante de ellos. Llevaba su larga melena gris recogida en una trenza plateada que acentuaba su nariz aguileña y su frente prominente. La última luz de la tarde proyectaba su sombra sobre la nieve recién caída y la silueta negra de su túnica hacía que pareciese que tenía alas.

«¿Cuántos?», murmuró la orquídea mentalmente. *«¿Cuántos, Hestizo?»*.

La chica contó doce, dieciocho, veinticuatro y volvió a mirar sobre una loma de roca y hielo donde un segundo grupo mucho mayor de alumnos se había reunido con dos o tres maestros que los esperaban. El grupo era demasiado numeroso para contarlo. Al parecer, estaban realizando algún tipo de reunión al aire libre o de meditación en grupo. Por un momento, Zo se limitó a observar. A pesar del hecho de que caminaban juntos y algunos de ellos llegaban a hablar entre sí en voz baja, Zo nunca había visto un grupo de individuos tan distantes los unos de los otros. Cuando sus miradas se cruzaban, ella solo veía frialdad en sus ojos, como si estuviesen evaluándose e intentando encontrar algo que les diese ventaja sobre los demás.

—Atención —dijo el maestro con dureza, levantando una mano —. Silencio.

Los alumnos que había al otro lado del sendero se callaron y muchos se acercaron más para poder escucharlo.

—Para aquellos de vosotros que acabéis de llegar, lo explicaré solo una vez. —Sus palabras eran estridentes y se elevaban sin esfuerzo aparente por encima del terreno azotado por el viento—. Aunque, a decir verdad, no debería tener que explicarlo. Vuestra sensibilidad a la Fuerza debería bastaros para comprender que nos enfrentamos a un desarrollo imprevisto en la academia… una

cadena de acontecimientos que, en estos momentos, aún no están claros. —Se puso derecho y miró al grupo—. Casi todos habéis detectado una perturbación en el funcionamiento normal del centro. Sospechamos que alguien ha podido sabotear la academia, y que el sabotaje ha partido de la torre.

Zo no pudo evitar escuchar; mientras tanto, se percató de que el grupo de alumnos había crecido. Ahora parecía haber varios centenares, quizá la mayoría de los alumnos, y todos miraban al maestro.

—Como precaución, vamos a suspender todas clases y los ejercicios de entrenamiento hasta próximo aviso. Las comidas se servirán con toda normalidad. Por lo demás, debéis volver a vuestros cuartos para estudiar en privado y manteneros a la espera de más instrucciones. Uno de los maestros se pondrá en contacto con vosotros cuando haya algún cambio en la situación.

Mientras escuchaba, Zo percibió un ligero pero inconfundible temblor de preocupación en el tono de voz del maestro. Estaba haciendo todo lo posible para ocultarlo, y quizá lograba engañar a los alumnos, pero para ella era como si llevase un letrero que dijese: «HAGO TODO LO POSIBLE POR SORTEAR UN PROBLEMA QUE NO ESTOY CAPACITADO PARA COMPRENDER, NO DIGAMOS CONTROLAR, Y…».

«¡Hestizo!» —gritó la orquídea en un tono apremiante—. *«¡Agáchate!»*.

Giró la cabeza hacia la derecha y comprendió que uno de los alumnos situados en la parte exterior del grupo la estaba mirando fijamente.

El alumno se llamaba Ranlaw. Al igual que el resto de sus compañeros de clase, llevaba toda la tarde sintiendo una especie de nerviosismo del que desconocía su origen y que había afectado a su rendimiento en la sesión de entrenamiento. Aún seguía enfadado porque esa sensación había hecho que le pusiesen un ojo morado. Pero algo se había torcido en la academia. La Fuerza no paraba de decirle que se mantuviese alerta, y la convocación de los maestros no había hecho más que afirmarlo en su sospecha.

Cuando vio a la chica mirándolo desde detrás de la estatua, se paró en seco y le devolvió la mirada con la intuición de que ella

tenía algo que ver en todo aquello.

«Es una Jedi».

No necesitaba más. Ranlaw sintió una oleada de violencia recorriéndole el pecho. No sabía qué perseguía la Jedi espiándolos, pero la llevaría a rastras ante los maestros para que pudiesen sacarle la información a golpes.

El resto del grupo estaba escuchando al maestro Traan y nadie se dio cuenta de que Ranlaw había estado mirando hacia otro lado. A Ranlaw le pareció bien, ya que así podría llevarse toda la gloria del descubrimiento. De un solo salto se elevó por encima de la estatua caída, aterrizó sobre la chica y la inmovilizó contra el suelo, agarrándola de las muñecas. Era una presa fácil… casi demasiado fácil.

—¿Qué haces aquí, Jedi?

Jadeante y furiosa, Zo lo fulminó con la mirada.

—Suéltame.

—Ya. —Apartó una mano de la muñeca de la chica, la agarró del pelo y tiró de ella para obligarla a levantarse—. Veamos qué opinan de ti los maestros.

Ranlaw se puso en pie, dispuesto a llevársela a rastras, y respiró hondo para llamar a los demás.

Aún estaba tomando aire cuando una mano con garras le tapó la boca y le hizo callarse. Ranlaw se retorció para intentar liberarse y una lanza de madera le golpeó en lo alto de la cabeza con un sonoro crujido que le hizo desplomarse de costado.

Zo vio al estudiante Sith tambalearse hacia delante, aflojar la presión que ejercía sobre ella y soltarle el pelo al caer. En el lugar donde antes estaba su cara, Zo vio una enorme mano de tres dedos que la agarraba del hombro y la obligaba a agacharse para que nadie la viese. Entonces comprendió que era Tulkh a quien estaba mirando. Tenía los hombros lo bastante arqueados para dejar a la vista el carcaj lleno de flechas que llevaba a la espalda.

El whiphid le dio la vuelta a la lanza, levantó el extremo afilado y lo acercó a la cara de Zo lo bastante para que la chica sintiese la presión en la mejilla. Todo en el más absoluto silencio.

—¿Qué estás haciendo?

Tulkh no se movió. Su expresión era dura como la piedra.

—Necesito enseñarte una cosa.
—No…
—En marcha.

CAPÍTULO 17

NETI

En la biblioteca reinaba el silencio.

Que ella supiese, Kindra era la única alumna de la academia que acudía allí regularmente. Era el edificio más grande y antiguo de Odacer-Faustin, anterior a la torre, lo cual implicaba que también estaba en peor estado. Varios siglos de un clima hostil y de movimientos de placas tectónicas se habían cebado en sus pabellones y habían enterrado salas enteras, escaleras y pasillos bajo toneladas de nieve y hielo. Desde el interior parecía un enorme monumento que hubiese sufrido un choque frontal con algo aún mayor que él y se hubiese abollado gravemente en los dos extremos y en el centro.

Kindra estaba sentada en el ala suroeste, ante una de las largas mesas de piedra que había bajo el agrietado techo de la catedral, contemplando las secciones más recientes de rollos de pergamino Sith que había descubierto. Las inscripciones eran arcaicas y se había pasado buena parte de la tarde traduciéndolas. El proceso era lento, pero gratificante, y daba como frutos antiguos secretos que sabía que solo la ayudarían a avanzar más rápido que sus compañeros. Corría el rumor de que el mismísimo Darth Scabrous había acudido allí y que había hallado algo, una reliquia de un poder casi incalculable escondida en una de las salas que habían quedado aisladas. Fuese o no cierto —un objeto como un holocrón

Sith no estaba fuera del campo de lo posible—, Kindra ya había encontrado material suficiente para hacer que su investigación allí valiese la pena.

Hizo una pausa, señaló con el índice un punto a mitad de camino de una larga serie de grabados y ladeó ligeramente la cabeza.

Algo iba mal.

No era nada tan evidente como un ruido, ni siquiera una vibración; era más bien una sensación intuitiva de desasosiego que se le aposentó en el estómago y le recorrió todo el pecho, como si millones de diminutos cilios se hubiesen extendido desde su interior, temblando de inquietud.

Se puso en pie y se olvidó de los rollos de pergamino.

—¿Quién anda ahí?

Su voz, hueca, retumbó en el vacío y se desvaneció en el silencio. No hubo respuesta. Un segundo después cayó en la cuenta de que en realidad no la esperaba. No era esa clase de sensación; era algo más abstracto, como si de pronto hubiese recordado una pesadilla cuyo contenido no alcanzaba a traer a la memoria.

«¿Qué es? ¿Qué está pasando?».

Exhaló un suspiro tembloroso sin alcanzar a entender aquel motín de su sistema nervioso. Estudiar para convenirse en un guerrero Sith consistía en engendrar el miedo en los demás, no en uno mismo… pero habían comenzado a sudarle las palmas de las manos y el corazón le latía el doble de rápido que de costumbre. De repente quiso salir de allí, encontrarse en una estancia menos reducida. Miró hacia atrás, a la larga escalera que llevaba hacia arriba, a la galería y a la explanada que había más allá, la escalera que la sacaría de allí.

Metió a toda prisa sus notas en su mochila, agarró su capa y dio media vuelta para marcharse.

Por encima de su cabeza, el techo agrietado dejó escapar un largo crujido y, cuando Kindra miró hacia arriba, vio que una de las grietas se agrandaba.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta—. ¿Quién anda ahí?

Las grietas se habían abierto lo suficiente para ver algo colándose a través de ellas, desenroscándose en las profundidades

del techo para dejar a la vista una serie de largas ramas prensiles. Se bifurcaron hacia abajo cual serpientes e hicieron caer pedazos de roca y arenilla al asomar. Un segundo después, Kindra vio el enorme rostro de madera del bibliotecario, un neti, mirándola desde arriba.

—Dail'Liss —dijo. Tragó saliva en un intento de recuperar la voz—. ¿Qué quieres?

—¿Hay algo que te inquieta, Kindra? —Su voz era densa y áspera—. ¿Alguna incertidumbre mental?

—No.

El bibliotecario no contestó y se limitó a seguir deslizando sus ramas hacia abajo hasta que su inmenso tronco quedó colgando boca abajo frente a ella, mirándola con sus miopes ojos verrugosos de muchos siglos de antigüedad. Nadie recordaba cuánto tiempo llevaba Dail'Liss siendo el conservador de la biblioteca, quizá más de mil años. Aunque su complejo sistema de raíces estaba permanentemente arraigado en los cimientos del edificio, una red aparentemente interminable de ramas le permitía deslizarse libre de obstáculos a través de sus paredes y grietas. Curiosamente, era aquel constante retorcimiento y deslizamiento lo que socavaba la infraestructura del edificio. Corría el rumor de que solo era cuestión de tiempo que el neti provocase que la biblioteca se le derrumbase encima y lo sepultase para siempre entre sus preciados bienes. Ahora que Kindra se paraba a pensarlo, le parecía un final de lo más apropiado.

—Lo siento yo también. Sí, sí —dijo por fin, aunque su extraño acento hacía que aquellas palabras sonasen así: *«szzí, szzí»*.

—No he dicho que…

Una rama pasó junto a su cara, se puso a toquetear la pila de pergaminos y alisó y quitó el polvo a los que Kindra había dejado sobre la mesa.

—No hace falta que lo digas todo. Escrito lo llevas en la cara.

—No sé de qué estás hablando.

—Hablo de la Enfermedad, ahí fuera, flotando en el viento.

Aquello la pilló desprevenida.

—¿Cómo?

Siéntelo. ¿No lo percibes?

Kindra no quería quedarse allí más tiempo —una larga y críptica conversación con un árbol era lo que menos le interesaba en ese momento—, pero se dio cuenta de que el neti había resumido a la perfección su propia sensación de inquietud.

Ciertamente, el viento llevaba una enfermedad, algún tipo de mal, y ella podía percibirlo. Dadas las circunstancias, lo mejor era afrontarlo directamente.

—¿Sabes qué es? —preguntó la chica.

—No deberías aventurarte ahí fuera —dijo el neti, que había cogido los rollos de pergamino con las ramas y estaba comenzando a enrollarlos con unos movimientos deliberadamente lentos—. Aquí estás más a salvo, *¿szzí?*

—Si hay algún problema, puedo hacerme cargo.

—De éste no, no lo creo.

—Oye —dijo Kindra, negando con la cabeza, cada vez más irritada por el carácter evasivo del bibliotecario—. Hay dos opciones: o me das respuestas o no me las das. De cualquier modo, no pienso quedarme aquí escondida.

—Sería lo mejor, me atrevo a decir. Kindra señaló los rollos de pergaminos. —Ésos no los guardes. Volveré más tarde. ¿Entendido?

—Creo que eres tú, Kindra, quien no lo entiende.

La chica negó con la cabeza.

—Lo que tú digas.

El neti no se lo discutió ni pronunció una palabra más; se limitó a mirarla con sus tristes ojos de madera mientras subía por la escalera en dirección a la salida.

Capítulo 18

UN DÍA MÁS EN EL PARAÍSO

Ra'at abrió los ojos lentamente, como si le diese miedo lo que podía encontrarse. No sabía cuánto tiempo había pasado allí despatarrado, inconsciente al pie del montón de roca que había bajo la torre, pero ya era casi de noche, así que debían de haber pasado varias horas. En los pliegues de su ropa se había acumulado una fina capa de nieve.

Tenía tanto frío que apenas podía sentirlo ya, aunque el dolor quizá tuviese algo que ver en ello. El brazo derecho le dolía terriblemente por debajo del hombro. Se lo tocó, pasándose la mano por debajo de la manga retorcida, y la retiró de inmediato con un silbido de dolor. Por debajo de la piel temblaban y le quemaban los tendones en carne viva como si fuesen cables de alta tensión.

Volvió a introducir la mano con más cuidado. La herida era profunda y casi llegaba al hueso. Intentó levantar el brazo y descubrió que estaba prácticamente inservible. El izquierdo le funcionaba mejor, pero todo su costado derecho le dolía tanto al moverse que no podría servirle de gran cosa en un combate. Con casi la misma intensidad, sintió una náusea desequilibrante en el estómago parecida a un pesado saco de arena que se balancease adelante y atrás al final de una cuerda; quizá se debiese a una conmoción. Se preguntó con qué fuerza se habría golpeado la cabeza al caer.

Para volver a orientarse, intentó recordar lo que había sucedido. Los detalles del ataque acudieron a regañadientes a su memoria como los restos de un naufragio que asomasen cabeceando a la superficie tras una explosión submarina; pasados unos segundos lo recordó todo con detalle y recordó aquella cosa que había caído de la torre: la criatura que había sido Wim Nickter. El otro cadáver, el de Jura Ostrogoth, no estaba por ninguna parte. Ra'at se preguntó con una curiosidad enfermiza si la criatura que ahora era Nickter se lo habría comido.

Fuera como fuese, jamás se había enfrentado a nada parecido al cadáver de Nickter, con su ojo muerto y hundido, pero con un brillo de hambre feroz, con la boca tan abierta que había comenzado a desgarrarse en las comisuras. El razonamiento lógico de Ra'at había pasado por encima de la cuestión de la credibilidad. La incredulidad no iba a ayudarle; solo lograría ralentizarlo, así que había preferido creérselo. Todo apuntaba a que los cadáveres estaban volviendo a la vida, y aquél en concreto quería comérselo.

Recordó que la criatura que había sido Nickter había chillado al abalanzarse sobre él por primera vez y cómo había reaccionado él automáticamente, quitándose de en medio, usando las mismas habilidades en la Fuerza que había estado desarrollando en el búnker del dolor de Hracken. Ya en el aire, se había agarrado al bloque de roca de la construcción que sobresalía por encima de ellos y se había balanceado sobre la criatura hasta atreverse a mirar hacia abajo.

Haciendo uso de los recursos que le habían enseñado como parte de su entrenamiento, Ra'at había agarrado el trozo más grande de piedra suelta que pudo levantar —debía de pesar tanto como él— y lo había arrojado por encima del borde. Había sido un blanco directo que había alcanzado a la criatura anteriormente conocida como Nickter y le había hecho caer al suelo, donde inmediatamente éste había apartado la piedra de un empujón y había comenzado a levantarse de nuevo. Es más, estaba trepando más rápido que antes, impulsado por un apetito inconfundible. Ra'at ya había comprendido que no podía quedarse allí indefinidamente: necesitaba un plan mejor. Miró a sus espaldas y vio un montón aún más grande de rocas, los restos de un primer piso derrumbado

mucho tiempo antes.

Actuó rápida pero cuidadosamente. Se raspó los dedos y los nudillos al amontonar las losas de piedra hasta que tuvo una alta pila en precario equilibrio que solo se mantenía en pie porque él la estaba sujetando. Ra'at había invocado a la Fuerza, la había concentrado en la pila de piedra y la había soltado. Las rocas se tambalearon, pero no se cayeron. Miró a su alrededor y vio que lo que antes era Nickter trepaba arrastrándose hasta el saliente con sus ávidos ojos fijos en Ra'at.

—Vamos, ven aquí —dijo Ra'at, alejándose un paso.

Nickter cargó contra él y Ra'at soltó las piedras, que cayeron con toda su fuerza sobre la pierna del cadáver, justo por debajo de la rodilla, y allí la dejaron inmovilizada. La criatura dio una sacudida, se contrajo espasmódicamente y le gritó hasta que Ra'at cogió otra roca —de nuevo sirviéndose de las manos— y la lanzó con fuerza sobre el cuello de Nickter. Se oyó un crujido sorprendentemente ruidoso y profundamente satisfactorio cuando su columna se partió a la altura de las vértebras cervicales y la criatura se quedó flácida y sin vida.

Ra'at no quería arriesgarse, así que levantó la roca por segunda vez con la intención de machacarle el cráneo a la criatura. Pero entonces ésta volvió a la vida, arremetió contra él silbando y chillando y estuvo a unos centímetros de morderle en la muñeca. Ra'at retrocedió, perdió el apoyo, cayó hacia atrás y se desplomó del saliente.

Después, la negrura lo invadió todo.

Mientras se frotaba la nuca, se preguntó si la criatura seguiría allí arriba, en lo alto del saliente, agazapada en la oscuridad, esperándolo. No tenía intención de averiguarlo. Lo que necesitaba, más que ninguna otra cosa, era acudir a la enfermería, donde podrían limpiarle y tratarle el corte del brazo y examinarle la contusión. Un pensamiento fugaz —«¿Y si era demasiado tarde?»— se le pasó por la cabeza, pero Ra'at lo desdeñó, decidido más que nunca a andarse con ojo. Tenía algunos conocimientos de medicina y sabía que las posibilidades de que se produjese una hernia cerebral a raíz de una herida cerrada en la cabeza eran muy remotas. En todo caso, no se había pasado varios años allí

entrenando y trabajando para morir de algo así.

Se agarró el brazo y echó andar por el borde exterior de la pared oriental de la biblioteca. No le dolía tanto como unos minutos antes. O sus endorfinas estaban actuando para anestesiar la herida o, simplemente, se estaba acostumbrando al dolor.

Dejó atrás la biblioteca sin dejar de echar un vistazo de vez en cuando a la torre, donde en lo más alto se veían las luces encendidas.

A su derecha oyó un chirrido. Se detuvo y contuvo la respiración.

—Seas quien seas, sal de ahí para que pueda verte.

Una figura dio un paso al frente: era una chica morena vestida con un uniforme de la academia. Vio que era Kindra, una de las alumnas, quizá un año o dos mayor que él.

—¿Ra'at? —preguntó ella frunciendo el ceño—. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien.

La chica dio un paso hacia él.

—Estás cubierto de sangre.

—No es tan grave como parece.

—Ese corte del brazo… —Atrás.

—Lo que tú digas. —La expresión de Kindra se agudizó y pasó del desconcierto a la más pura suspicacia, pero no dijo nada y se limitó a mirar a izquierda y derecha, con la cabeza ladeada, como si estuviese escuchando el silencio que los envolvía. Ra'at también prestó más atención. En los últimos segundos la oscuridad se había espesado a su alrededor y se había vuelto más profunda y extensa. La tenue neblina luminosa que se escapaba entre las rendijas de las paredes de la biblioteca apenas servía de remedio.

A Ra'at se le revolvió el estómago, atenazado por la náusea, con un vuelco explosivo, y esta vez lo siguió un momento de desequilibrio tan repentino que a punto estuvo de caerse. No tenía ni idea de si Kindra se habría fijado, pero comprendió que ahora podría usarla a ella —al menos hasta que llegasen a la enfermería— como una especie de póliza de seguro. Ella no iba a luchar para defenderlo, pero juntos podrían tener más posibilidades contra lo que fuese que había allí fuera. Solo tenía que andarse con ojo para

no revelar hasta qué punto se sentía débil, y eso implicaba inventarse una historia que explicase la herida.

—Estaba… entrenando con el maestro Hracken —dijo—. Supongo que las cosas se han descontrolado un poco. Me ha dado una paliza, nada más.

Kindra arqueó una ceja, pero no contestó.

—¿Dónde están los demás?

—Por ahí. —Ra'at se encogió de hombros, aparentando indiferencia—. No lo sé.

—¿Seguro que estás…?

—Estoy bien —repitió—, pero Hracken me ha dicho que tendría que ir a la enfermería para que me echasen un vistazo. ¿Vas hacia allí?

Kindra negó con la cabeza, aparentemente preocupada.

—Me vuelvo a mi cuarto. —Estiró el cuello y miró hacia lo alto de la torre. Ra'at se preguntó si habría visto caer los dos cuerpos y estaría atando cabos sobre lo que les había sucedido en realidad a su brazo y a su cabeza. Finalmente, se limitó a añadir—: Pasa algo malo.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un mal presentimiento.

Ra'at pensó que era una curiosa afirmación, inusitadamente reveladora y en absoluto [a típica impresión que hubiese compartido anteriormente con él. Nunca habían tenido ocasión de mantener una conversación. Inmediatamente, Ra'at sospechó que estaba intentando ganarse su confianza para hacerle bajar la guardia.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Esta noche… Todo. ¿No lo percibes?

—No —contestó él, negando con la cabeza, fingiendo una indiferencia que no sentía ni remotamente—. Por lo que a mí respecta, solo ha sido un día más en el paraíso.

Kindra no sonrió; ni siquiera pareció oírlo. Cuando el viento le apartó el pelo de la cara, Ra'at vio que las comisuras de los labios de la chica formaban una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Ra'at.

—Sea lo que sea… —dijo ella sin mirarlo—, ya está aquí.

Capítulo 19

DE CABEZA

En la otra punta de la academia, la nieve recién caída había comenzado a amontonarse en el exterior del dormitorio al que Scopique había vuelto tras su entrenamiento vespertino. El zabrak había acabado de ducharse —tenía por costumbre lavarse a aquella hora, cuando apenas disponía de un momento de intimidad— y estaba saliendo del nebuloso compartimento con una toalla envolviéndole la cintura cuando vio un rastro de sangre en el suelo.

Se quedó parado y miró al suelo. Unos minutos antes, al entrar en la ducha, allí no había ni rastro de sangre. Las salpicaduras eran frescas y brillantes y recorrían el suelo en dirección a las literas.

Scopique sintió que sus mecanismos de defensa se tensaban y entraban en un estado de alerta y que su agresividad natural aumentaba hasta subir de nivel. Acabó de salir de la ducha en silencio, se vistió rápidamente con su uniforme y siguió el rastro de sangre hacia la derecha. Le llegaba el olor de algo, el aroma rancio de la carne cuando comienza a pudrirse. A cada segundo que pasaba parecía empeorar.

Entonces vio el cadáver tirado en su litera.

Iba vestido con un uniforme de la academia hecho jirones y sus extremidades y espalda estaban retorcidas formando ángulos antinaturales. La cabeza colgaba de lado de un cuello que a todas luces estaba roto. Sin dejar de mirarlo, Scopique susurró una

maldición de su infancia en su lengua materna.

Ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de que aquello fuese un truco o algún tipo de broma cutre. Alguien le había dado una paliza de muerte a un alumno Sith de la academia y había abandonado el cadáver allí, en su litera… aunque no sabía si como advertencia o como amenaza.

Se acercó más con la esperanza de poder reconocer a la víctima por lo que quedaba de su cara. No había gran cosa que identificar: el cráneo estaba aplastado, la mitad de la cara hinchada y morada y la otra mitad achatada, de modo que una comisura de la boca quedaba levantada hacia arriba formando una horrible parodia de sonrisa.

Scopique dio otro paso, se inclinó hacia delante y se agachó para darle la vuelta a la cara.

El cadáver se incorporó y se abalanzó sobre él.

Era Jura Ostrogoth.

Scopique retrocedió de un salto y su instinto tomó el control de su cuerpo cuando aquella criatura arremetió contra él con un movimiento brusco y borroso. Salió disparado por el suelo del dormitorio, acto seguido se levantó de un salto espoleado por la Fuerza, se agarró a la rejilla de ventilación que colgaba a cinco metros por encima de las camas, con las piernas colgando, y aprovechó la superficie biselada de la rejilla para asirse a ella mientras rápidamente recorría con la vista la habitación en busca de algún tipo de arma.

A sus pies, el cadáver soltó un gruñido y arremetió contra él. Cada salto que daba lo acercaba un poco más a Scopique.

De su mandíbula medio destrozada le colgaban espesos hilos de baba. Desde arriba, el zabrak hubiese jurado que alcanzaba a ver grupos de gusanos retorciéndose en el cuero cabelludo lacerado de la criatura. No cabía duda: a Jura Ostrogoth lo había reclamado la muerte, pero esta no había acabado el trabajo.

El zabrak se quedó mirando el cadáver; su corazón latía a toda velocidad y su instinto asesino estaba listo para entrar en acción. En cierto modo, desde el momento en que había grabado la cinta de Jura en su litera, sabía que entre ellos tendría que llegar la hora de la verdad. Ahora que ese momento había llegado, aunque en unos

términos que jamás se hubiese esperado, a Scopique lo invadió una salvaje sed de sangre cargada de adrenalina y notó que estaba sonriendo como un loco. ¿Acaso estaba disfrutando de aquello?

«Sí», pensó. «Sí, supongo que sí».

Sirviéndose de la Fuerza, haciendo acopio de ella como le habían enseñado durante cientos de horas de entrenamiento, arrancó la rejilla de ventilación. Se soltó con un hueco y metálico pop, los tornillos salieron disparados y quedó a la luz un rectángulo de espacio frío que se comunicaba por arriba con un tubo de ventilación abierto. Colgando del tubo, Scopique giró la rejilla con su mano libre y evaluó su utilidad inmediata como arma. Era fina y aerodinámica y tenía bordes afilados: le serviría.

Miró hacia abajo, a la criatura que antes era Jura.

—Seas lo que seas, despídete de tu cabeza —murmuró Scopique.

Balanceándose, lanzó la rejilla con todas sus fuerzas contra el cadáver de Jura.

El disco improvisado cruzó el aire silbando, encontró su objetivo a la perfección, le cortó la cabeza a Jura y la hizo caer dando botes al suelo. Una sangre espesa y medio coagulada comenzó a salir a borbotones del muñón en que había quedado convertido el cuello del cadáver. El cuerpo decapitado dio otro paso arrastrando los pies, se ladeó, cayó de rodillas y se desplomó de bruces.

Scopique seguía colgado del conducto de ventilación abierto —no pensaba arriesgarse— y se quedó mirando a aquella criatura, fascinado. Nada de lo que había aprendido en la academia se acercaba a lo que estaba contemplando en ese preciso momento. Cuando se lo contase a los demás…

Oyó un ruido muy fuerte a sus pies: aquella monstruosidad sin cabeza seguía moviéndose. Es más, se inclinó hacia delante, buscó su cabeza cortada a tientas por el suelo hasta que la encontró, volvió a incorporarse y sostuvo la cabeza con la cara hacia delante, a la altura del pecho, ligeramente inclinada en dirección a Scopique, de modo que aquellos ojos negros y llorosos se quedaron mirando fijamente a Scopique sin que su boca parase de moverse arriba y abajo como si estuviese masticando algo.

La criatura abrió la boca y profirió un grito.

Scopique vio que el cadáver decapitado de Jura Ostrogoth

levantaba su propia cabeza para lanzársela, con la boca abierta de par en par. Sin parar a pensárselo, el zabrak se puso la mano que tenía libre delante de la cara y sintió que unos dientes le mordían la tierna carne del antebrazo y le desgarraban la piel y el músculo hasta alcanzar el hueso. El dolor era increíble, curiosamente químico, como si los incisivos estuviesen bañados en una especie de ácido de reacción rápida. Un dolor insoportable le recorrió el brazo hasta llegar a la clavícula. Soltó el conducto de ventilación y cayó, con la cabeza aún enganchada al brazo, y golpeó el suelo con fuerza. Con la vista borrosa, miró la cabeza, que estaba emitiendo un gorgoteo y tensando y soltando la mandíbula, con los ojos brillantes todavía.

—¡Suéltame! —gritó Scopique intentando liberar el brazo, pero incapaz de reunir la fuerza suficiente. ¿Tendría el brazo roto?—. ¡Suelta! —Agarró unos cuantos mechones del pelo de la criatura y tiró con todas sus fuerzas, pero aun así no lo soltó—. ¡Suéltame el brazo!

Durante varios segundos horribles intentó estamparla contra el suelo, golpeando con todas sus fuerzas, pero nada parecía afectada. Estaba muy agarrada; además, el dolor líquido y abrasador seguía goteándole en la herida del antebrazo.

Scopique se levantó. Le pareció que el suelo estaba torcido bajo sus pies. Avanzó hacia la cama tambaleándose, calculó mal la distancia y cayó al suelo por segunda vez, pero esta vez aterrizó de bruces. La vista se le oscurecía y eclipsaba la luz. Comprendió que el dolor del brazo había cesado, aplastado por un frío entumecimiento que había comenzado a extendérsele por todo el cuerpo.

Scopique se quedó completamente inmóvil.

Desaparecieron todos los sonidos.

La sensación de entumecimiento se hizo más profunda, acompañada por una especie de euforia que barrió su conciencia con una única oleada de negrura sólida.

«Esto no está tan mal», fue su último pensamiento fugaz. «Esto no está nada mal».

En algún momento de los siguientes treinta minutos, un grupo de alumnos volvió al dormitorio y vio la habitación totalmente

desordenada. No vieron lo que quedaba de Scopique —se había arrastrado hasta debajo de la cama— pero sí encontraron la cabeza cortada de Jura Ostrogoth.

Para cuando oyeron ruido a sus espaldas, bajo la litera, ya era demasiado tarde.

Capítulo 20

CONFINAMIENTO

Una hora más tarde, en el comedor, ciento veinte de los acólitos de la academia —más de la mitad del alumnado— estaban acabando de cenar cuando los cerrojos magnéticos de las puertas se cerraron a sus espaldas con un sonido metálico y los dejaron encerrados allí dentro.

Nunca quedó claro si había sido uno de los maestros quien había iniciado aquella secuencia o si se había debido a algún otro factor. Un aprendiz de quinto curso llamado Rucker fue el primero en descubrir que los habían confinado en el comedor. Absorto en los pensamientos sobre el combate de entrenamiento a primera hora el día siguiente, había empujado la puerta con más fuerza de lo habitual, dando por hecho que estaría atascada o rota una vez más, pero aun así la puerta no había cedido. Rucker miró furtivamente por encima del hombro para ver si alguien le estaba gastando una broma, pero no parecía ser el caso. Nadie lo estaba mirando siquiera.

Para cuando empezó a usar la Fuerza para intentar abrirla, varios de los otros alumnos ya lo rodeaban, expresando su impaciencia cada vez mayor con Rucker, pues deseaban salir. Incluso aquellos que no se habían levantado de la mesa lo estaban mirando, a la espera de ver cómo se resolvía aquel pequeño drama.

Nadie estaba mirando hacia la cocina… hasta que comenzaron a

oír los gritos.

Al oír el primero, Rucker dejó de luchar contra la puerta bloqueada y se giró para contemplar lo que parecía ser un grupo de seis o siete alumnos Sith saliendo de la zona donde se preparaba la comida y abalanzándose sobre los alumnos que aún estaban sentados ante la cena. El modo en que ladeaban la cabeza resultaba extremadamente erróneo —de eso se percató enseguida— y hacía que pareciese que les habían arrancado los rasgos de la cara para volver a cosérselos torcidos en la cabeza. Tenían los ojos negros y muertos, y su aceitosa piel tenía el color de la masilla, inerte, salvo sus bocas, negras, retorcidas cual cimitarras sonrientes que denotaban un hambre inconfundible.

Y gritaban todos al unísono.

En aquel momento, Rucker —a quien le quedaban unos treinta segundos de vida tal como la había conocido hasta entonces— vio que las criaturas se hacían con el control de toda la estancia en una serie de breves imágenes de alto contraste. Era como ver una especie de parásito pegándose a su presa. Sus bocas, abiertas de par en par, se abrieron aún más y se cerraron sobre las caras, cuellos y pechos de las primeras víctimas y las derribaron con una fuerza y una velocidad fenomenales. Las bandejas salieron volando. Unas hélices de sangre de un color rojo intenso serpentearon en el aire antes de salpicarlo todo. Un manojo de intestinos humeantes cayó al suelo, a la derecha de Rucker, con el olor cobrizo y maduro de una carne más fresca que cualquier otra que hubiesen servido nunca en aquel comedor.

A su alrededor, Rucker vio a los otros aprendices defendiéndose. Estaban usando técnicas basadas en la Fuerza, estrangulamientos, empujones y saltos, pero los cadáveres los estaban destrozando indiscriminadamente. Lo único que parecía tener algún efecto era aplastar a las criaturas, o inmovilizarlas debajo de algo tan pesado que no pudiesen liberarse. Cuando una de aquellas criaturas lo agarró del cuello, Rucker alzó una mano e intentó levantar la mesa que tenía delante y darle la vuelta, pero aquello que lo agarraba del cuello era demasiado fuerte y tenía demasiada hambre. A Rucker se le doblaron las rodillas, le fallaron las piernas, cayó al suelo y olió el aliento fétido de la criatura cuando sus dientes le atravesaron la

carne.

Su visión parpadeó y se volvió intensamente aguda, como si, en los últimos segundos, sus sentidos hubiesen mejorado, desesperados por captar todo lo posible antes de que la inconsciencia se apoderase de ellos. En la otra punta del comedor vio fugazmente a uno de los aprendices de pie en lo alto de una mesa con los brazos abiertos. Dos de los cadáveres vivientes retrocedieron agitando los brazos y se estamparon contra la pared más alejada de él, a unos treinta metros. El aprendiz que los había atacado —tenía una larga melena roja y unos penetrantes ojos verdes— estaba de pie, inmóvil, a la espera de que volviesen las criaturas. Nada de lo que sucedía parecía perturbarlo. Es más, Rucker alcanzó a entrever lo que estaba pensando el otro alumno al contemplar los cadáveres —«El poder, el poder»— y supo que el otro alumno quería ser como ellos.

Rucker dejó escapar un gemido ahogado. La sangre comenzaba a no dejarle ver y la oscuridad lo envolvía rápidamente, pero justo antes de cubrirlo por completo logró averiguar la identidad del aprendiz pelirrojo que estaba de pie sobre la mesa.

Era Lussk.

Rucker vio que estaba a punto de hacer realidad su deseo.

—¡Vamos! —exclamó Lussk riéndose mientras las criaturas se abalanzaban sobre él. Dejó de ofrecer resistencia y les permitió acceder a sus muñecas. Rucker vio que se las había abierto con un cuchillo. La sangre le chorreaba por las manos—. ¡Venid a por mí!

Su voz se convirtió en un grito.

CAPÍTULO 21

CIUDAD DE LÁPIDAS

Trace aterrizó al anochecer.

El hangar principal de la academia estaba vacío.

Abrió la escotilla principal de la nave, saltó de la cabina y se quedó parado y a la espera en la plataforma de aterrizaje, con todos sus sentidos —tanto físicos como telemétricos— activados en busca de cualquier amenaza inmediata. El desafío consistía en que el planeta entero era una amenaza. Además de la tormenta de nieve que arreciaba, la academia Sith era un avispero negro de energía del lado oscuro; Trace la sintió zumbando a su alrededor como un enjambre gigante de insectos venenosos. La contaminación psíquica era tan densa, tan absoluta, que por un momento sintió que el vértigo amenazaba con desequilibrarlo y desbaratarlo peligrosamente.

«Está aquí».

Lo sabía pese a no haber recibido más fogonazos de angustia procedentes de su hermana durante el trayecto. El secuestrador de Zo la había llevado hasta allí; Trace sentía su presencia, la reconocía entre las ruinas nevadas de la academia.

Avanzó rápidamente a través del hangar, evaluando cualquier sonido ambiental como una posible amenaza. Ya que no había podido disimular su llegada —su nave no estaba equipada con un sistema de ocultación—, había decidido entrar en acción

anticipándose a una recepción hostil de la que probablemente tendría que salir luchando.

Pasó junto a una cabina de control y se detuvo allí. La escotilla estaba abierta y se balanceaba a los lados, como si alguien la hubiese arrancado en parte. La silla estaba tirada de lado frente a la consola de control aéreo, un cuaderno digital de datos y un montón de holorevistas antiguas con títulos como *Naves de Primera y Clásicos de Kuat*. Trace introdujo un brazo en la cabina y apoyó las yemas de dos dedos en la silla.

Un vívido fogonazo de violencia explotó en su cerebro: un hombre gritando y echándose hacia atrás mientras unas manos pálidas lo toqueteaban, lo agarraban de la camisa e intentaban tirar de él para sacarlo. Trace percibió el pánico de aquel hombre, el horror, mientras intentaba que aquella cosa no se acercase a él… pero aquella parte de la imagen no era más que un borrón de locura, empapado en sangre, definido más por su frenética fuerza que por cualquier clase de silueta o forma. Un segundo después, la imagen se desvanecía.

¿Qué más había sucedido allí?

Abandonó la zona de control y recorrió a grandes zancadas el hangar. Ya estaba oscureciendo cuando salió al exterior y se quedó mirando las ruinas que había a su alrededor, que se difuminaban en el horizonte. Había visto fugazmente la academia durante el descenso, pero desde el suelo parecía más grande, de varios kilómetros de diámetro, pensó, un laberinto de pasadizos subterráneos e incontables lugares donde esconderse. Las luces parpadearon y salpicaron el ocaso con algún movimiento o con la ilusión de algún movimiento. Percibió que allí fuera había gente moviéndose: alumnos y maestros Sith.

No importaba. La encontraría.

Lo azocó en la cara una repentina ráfaga de viento cargada del fétido hedor de la descomposición. Trace entornó los ojos para recorrer con la mirada las redes sinuosas de caminos quebrados que serpenteaban entre edificios, templos y montones de piedras viejas. A juzgar por el olor, le recordaban a los capilares en la cara de un cadáver.

Su mirada se posó sobre una alta estructura negra que se alzaba

sobre todo lo demás, mucho más alta que el resto de edificios, con la parte de arriba cubierta por la nieve: una torre a modo de lápida en mitad de una ciudad de muertos. Para empezar, no estaba mal.

Echó a andar.

CAPÍTULO 22

PRÁCTICAS

Cuando Zo vio lo que estaba señalando Tulkh, se le revolvió el estómago.

El whiphid la había llevado hasta lo alto de una losa de roca plana y resbaladiza por el hielo que en algún momento podría haber sido la azotea de algún edificio de poco uso. Estaban a oscuras, pero Tulkh tenía un tubo luminoso fosforescente que alumbraba la noche con un grueso haz de luz, y al final la chica vio mucho más de lo que quería.

Después de unos cuantos segundos obligándose a mirar aquella cosa carnosa que se retorcía delante de ella, Zo comprendió que estaba viendo al alumno del laboratorio de Scabrous, el que había salido arrastrándose de la jaula. Tulkh debía de haberlo reconocido y por eso la había llevado hasta allí para que lo viese.

La pierna de la criatura estaba inmovilizada bajo un montón de piedras y su cabeza se balanceaba de la parte superior del torso, formando un ángulo imposible, como si tuviese *el cuello* roto por varios sitios. Aun así, se retorcía, chillaba e intentaba morderles, impulsándose hacia delante como si así pudiese partirse por la mitad y atacarlos con cualquier parte de su cuerpo que pudiese liberar, por pequeña que fuese.

El whiphid le dio un golpe con la lanza.

La criatura que tenían delante volvió a gritar y su cabeza se

retorció hasta dar una vuelta completa, como una serpiente. Por horrible que fuese, Zo pensó que los últimos vestigios de humanidad que asomaban a su cara eran mucho peores. Si se esforzaba, en ella lograba ver reflejado al adolescente muerto, atrapado en la cárcel de su propia carne en descomposición.

—Explica eso —dijo Tulkh.

—¿Yo? —preguntó Zo—. Si has sido tú quien nos ha traído aquí. Ahora estamos los dos atrapados.

El whiphid le dio unos golpecitos en mitad del pecho con un dedo.

—Eres tú quien está atrapada.

—¿Y tú?

—Yo ya me he ido.

Tulkh se dio media vuelta, anduvo tres pasos y se detuvo para mirar hacia abajo, por el borde del saliente. El largo y oscilante grito que se alzó a su alrededor no procedía de la criatura aplastada bajo el montón de roca, sino de abajo, y cuando Zo se reunió con Tulkh junto al borde del saliente vio lo que este último estaba iluminando con el tubo luminoso.

Los otros.

Eran seis.

Zo vio a seis alumnos con la parte frontal de los uniformes cubierta de cuajarones de sangre y con los rostros grises vueltos hacia arriba para mostrar unos ojos que brillaban con una única sensación compartida de hambre voraz. Gritaron todos al unísono. Uno de ellos era un zabrak. Los otros eran —o habían sido— humanos.

Zo volvió a mirar fugazmente el cadáver que tenía la pierna atrapada bajo la roca.

«Los está llamando», le comunicó mentalmente la voz de la orquídea. *«Les está diciendo que vengan hacia aquí, Hestizo…»*.

Cuando cesaron los gritos, Zo oyó un ruido ansioso, como si alguien estuviese arañando la roca. Los otros alumnos ya estaban agarrándose con las uñas a la superficie irregular que tenían delante.

Y comenzaron a trepar.

CAPÍTULO 23

PROFUNDIDADES

DDónde se han metido todos?», le había preguntado Kindra a Ra’at cuando estaban fuera, y él había pasado del tema, o había hecho como que pasaba, porque no tenía una respuesta… o porque la respuesta que tenía era demasiado inquietante para vocalizarla. Pero recordó la pregunta en los dormitorios, mientras recorrían una habitación tras otra sin encontrar nada aparte de literas desocupadas y silenciosas y pasillos vacíos.

Llevaban un buen rato corriendo, pero Kindra no parecía haberse quedado sin aliento, y Ra’at comprendió que él mismo estaba empezando a sentirse mejor: el movimiento le había ayudado a despejarse y a tranquilizarse. Ni siquiera el brazo le dolía tanto como antes. Ser joven tenía sus ventajas.

Pasar inadvertidos había sido idea de Kindra, una manera de ganar tiempo hasta averiguar a qué se enfrentaban. A pesar de la intención declarada de Ra’at de ir a la enfermería a que le echasen un vistazo, la había seguido a ella… al menos, de momento. Habían entrado corriendo en un largo pasillo hasta llegar a un lugar donde se dividía en tres. El techo de permacero rezumaba condensación y las largas lámparas de tubo incrustadas en las paredes despedían un fulgor pálido y acromático entre las nubes colgantes de humedad. En la otra punta del pasillo se cruzaban otros dormitorios y allí fue donde se encontraron con otros dos alumnos, Hartwig y Maggs.

¿Qué hacéis vosotros dos aquí abajo? —preguntó Hartwig, y frunció el ceño al ver a Ra'at—. Tío, ¿qué te ha pasado en el brazo?

—Un accidente en el entrenamiento —contestó Ra'at sin alterarse.

Hartwig sonrió con malicia.

—Suspenso.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que eso —dijo Hartwig señalando la herida— no se parece a ningún accidente en un entrenamiento que haya visto nunca. ¿Qué has hecho, caerte sobre una vibroespada?

—He estado en el tubo del dolor. —Ra'at miró a Maggs y a Hartwig igual que miraba al resto de sus compañeros de clase, con una especie de indiferencia llena de suspicacia. Sus motivos eran puramente egoístas, igual que los de Ra'at, ya que no tenía intención de compartir una información que no supusiese una mejora en su situación personal. En aquel momento todos sabían que estaba sucediendo algo muy grave y que estaba contaminando la academia o el planeta entero; de momento eran aliados de conveniencia—. ¿Habéis visto algo más aquí abajo?

—¿A qué te refieres? —preguntó Hartwig.

—A algo o a alguien.

—No. —Maggs se hizo crujir los nudillos nerviosamente—. Aún no. Es raro, ¿no? Es demasiado temprano para que esto esté tan tranquilo. He oído que antes ha habido una especie de asamblea, pero Wig y yo no hemos ido.

—Si queremos seguir avanzando —los interrumpió Kindra—, vamos a necesitar armas. Lo mejor que podemos hacer es separarnos —añadió, y señaló al frente, donde el pasillo se dividía en tres—, peinar esos pasillos en grupos de dos y…

—Un momento —dijo Hartwig—. ¿Quién te ha puesto al mando?

—¿Al mando? —replicó Kindra, y Ra'at vio que estaba mirando directamente a Hartwig con los iris de sus ojos grises, casi traslúcidos, semejantes a la escarcha recién caída—. Nadie os ha pedido que os peguéis a mí. —Acto seguido, miró a Ra'at—. A ninguno de vosotros.

Hartwig, nervioso, se encogió de hombros.

—Lo único que decía es que…

—¿Qué?

—Que todos percibimos algo malo en el ambiente, ¿no? Como una especie de… enfermedad. Pero quién sabe si no se tratará de otro ejercicio de Scabrous.

Kindra arqueó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Esto podría haberlo comenzado él.

—¿Por qué?

—Quizá sea un ejercicio de entrenamiento —dijo Maggs—. O quizá esté matando de manera selectiva a los alumnos más débiles. No sería la primera vez. ¿Os acordáis de las arañas de ojos unakki?

—Esto es peor —contestó Kindra.

—No estés tan segura —intervino Hartwig—. Once alumnos se quedaron ciegos y dos murieron. ¿Os acordáis de Soid Enray?

—Soid Enray ya era un deficiente mental.

—Puede ser, pero después acabó ahorcándose. Y luego averiguamos que Scabrous había reactivado los huevos de araña fecundados del banco de patógenos como ejercicio para poner a prueba los reflejos nerviosos. —Hartwig se negó a bajar la vista—. Algunos días aún me despierto con sangre en los ojos.

La expresión de Kindra se mantuvo inalterable.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—¿Quieres armas? Quizá sepa dónde encontrarlas. Pero no pienso arriesgarme a meterme en un lío con los maestros si nadie ha visto nada. —Hartwig se quedó esperando una respuesta. Miró a Kindra, luego a Ra'at y, finalmente, soltó un bufido burlón—. Me lo figuraba —añadió, y se dio media vuelta para marcharse—. Nos vemos, niñatos.

—Espera —dijo Ra'at—. Yo he visto algo.

Hartwig se detuvo y se volvió para mirarlo. Ra'at vio que Kindra se pasaba la lengua por el labio superior para humedecérselo mientras escuchaba atentamente.

—De la torre de Scabrous han caído dos cuerpos —prosiguió Ra'at—. Se han estrellado contra el suelo. Los he visto caer y he oído el ruido que han hecho: estaban muertos. —Tragó saliva; de repente, tenía la garganta muy seca—. Pero luego se han levantado.

Maggs y Hartwig lo estaban mirando con una sensación intermedia entre el escepticismo y la incredulidad más absoluta. Ra'at llegó a la conclusión de que no le importaba. Que dudasen todo lo que quisieran; eso solo los convertiría en carne de cañón, llegado el momento.

—¿Estabas solo cuando lo viste? —preguntó Kindra.

—Estaba entrenando con Lussk.

Maggs parpadeó al oírlo y Hartwig abrió los ojos como platos. Quizá fuesen imaginaciones de Ra'at, pero pensó que el hecho de haber nombrado a Lussk le había dado una pátina de credibilidad a aquel momento. Era un detalle demasiado improbable para habérselo inventado.

—Uno de los dos que cayó era Wim Nickter —dijo Ra'at—. Después de caer, se levantó y me atacó. Estaba muerto, pero seguía… vivo. He tenido que inmovilizarlo bajo un montón de rocas para poder escapar. —«Voy a contarlo todo», decidió—. Y esa Enfermedad en el ambiente de la que habláis… ha sido cosa de Scabrous en su torre. Creo que… —Volvió a tragar saliva y esta vez su voz sonó más firme—. Creo que está resucitando a los muertos.

Oyeron un brusco sonido de pasos procedente de alguna parte.

Ra'at sintió un frío repentino invadiéndolo por dentro, como si unos cuantos litros de agua fría le estuviesen estirando la piel. Al hablar, su voz parecía estar retransmitiendo un mensaje desde algún lugar lejano.

—¿De dónde viene?

Kindra ladeó la cabeza y señaló al frente, donde el pasillo principal se dividía en tres pasillos más pequeños, y en concreto al que se abría a la izquierda.

—De ahí —susurró—. ¿Lo oyes?

Ra'at aguzó el oído. Al principio no oyó nada. Luego todos oyeron algo: un sonido metálico, como si arañasen o arrastrasen algo. Avanzaba por el pasillo con una tosca ausencia de sigilo y se hacía cada vez más fuerte.

Ra'at comenzó a concentrarse únicamente en sí mismo y en su propia supervivencia y se olvidó de los demás. Los maestros de la academia los habían entrenado para luchar como uno solo cuando fuese necesario, pero la verdadera fortaleza de un guerrero Sith

residía en la fuerza de voluntad de cada uno. Cuando no podías confiar en nadie, luchar solo era algo axiomático, un estado natural.

Se pegó a la pared y sintió que lo invadía el lado oscuro de la Fuerza, un escalofrío eléctrico que despojaba de sentido el miedo y la aprensión. En ese momento solo tenía una sensación de alerta ingrávida e implacable. Desde su llegada a Odacer-Faustin, era lo más cercano a la felicidad que se había atrevido a experimentar. Aunque en cierto modo era superior a cualquier otra sensación de felicidad que hubiese experimentado nunca. Hacía que la felicidad tradicional pareciese anodina en comparación.

De pronto comprendió que podía ver lo que se acercaba, no con los ojos sino con la mente.

—Tranquilos —dijo entre dientes—. No pasa nada.

Kindra frunció el ceño y estaba a punto de contestar cuando el droide salió haciendo ruido de la boca del túnel, se detuvo y se quedó mirándolos inexpresivamente. Era una unidad de entrenamiento de clase Sigma sin ningún añadido. Contaba con ocho brazos, ruedas de oruga, retroalimentación de fuerza y un implante de inteligencia tan rudimentaria que podía considerarse poco más que un mueble. Ra'at no había visto a uno de aquellos desde los tiempos en que realizaba prácticas con espada de luz siendo un novato, poco después de su llegada a la academia. Su chasis de color azul cobrizo era una especie de armario abollado y sucio de carbonilla con cientos de antiguas marcas que le habían dejado numerosos años de novatos torpes.

Hartwig dejó escapar un suspiro, se apartó de la pared y vio que los demás también se acercaban al droide.

—¿Qué hace esta cosa aquí, tan abajo? —murmuró Maggs.

El droide emitió un chasquido y produjo una serie de zumbidos entrecortados, su equivalente al habla. Equipar una unidad como aquélla con un vocabulador habría sido inútil.

Ra'at estiró el brazo y cogió una tira suelta de sellador de aleaciones que colgaba de la parte baja del droide, la arrancó y la metió a presión por debajo del voluminoso procesador central. Introdujo la tira todo lo que pudo y la giró.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kindra.

La tapa del procesador se soltó con un chasquido.

—Si no recuerdo mal —dijo—, esta cosa tiene un sistema visual de mapas. —Soltó la mano derecha entre dos capas calientes de componentes—. Eso significa que aún debería tener una función de reproducción de imágenes. Todo lo que haya visto últimamente aún debería estar almacenado en alguna parte de su banco de memoria. —No se molestó en levantar la vista—. El maestro Yakata siempre veía así nuestros ejercicios de entrenamiento, ¿ya no os acordáis?

—Sí —contestó Maggs—, pero…

El espacio que tenían delante parpadeó y se iluminó con un cono de luz holográfica azul, la imagen cobró definición y ganó resolución y profundidad. Todos se quedaron mirándolo, con el tenue fulgor azul reflejándose en sus rostros, sin que ninguno se atreviese a pronunciar palabra.

Al principio, Ra’at no entendió lo que estaba viendo. Maggs fue el primero en hablar. Su voz sonó ronca, como si aún estuviese intentando susurrar pero necesitase carraspear.

—¿Qué es eso?

Nadie contestó. El holograma mostraba una zona profunda en el interior de los túneles donde en primer plano se iba amontonando una multitud indistinta de figuras, aunque no al azar. A juzgar por sus uniformes, Ra’at comprendió que se trataba de acólitos Sith…

Pero había algo raro en cómo movían los cuerpos: un paso sobresaltado e irregular, además de la imposibilidad de verles las caras. Desde aquel ángulo resultaba imposible saber cuántos había. Lo único que podía ver era que estaban todos encorvados, afanándose sobre lo que parecía un enorme montón de escombros, empujando algo, apilándolo y soltándolo en el pasillo que tenían delante. Unos segundos después, el montón del túnel había crecido considerablemente. La luz que se veía al otro lado se estaba estrechando hasta convertirse en una franja muy fina.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Maggs.

—Construyendo una pared —contestó Ra’at en un susurro.

—Quizá sea una especie de barricada —dijo Hartwig—. Para poder contener lo que sea que hay allí fuera. —Tomó aliento—. Debe de ser…

—Mirad —lo interrumpió Ra’at señalando el holograma—. El ángulo está cambiando.

—Quizá tengan armas que podamos usar —repuso Maggs emocionado—. Sí, mirad, ése tiene una espada de luz. —Ya estaba levantándola hacia el lugar del que había salido el droide—. En marcha.

—Espera —dijo Ra'at.

—¿Qué? —preguntó Maggs volviéndose y frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

Ra'at seguía mirando el holograma. El droide había ampliado el campo de visión, sirviéndose del ancho de banda, y la relación señal/ruido había mejorado drásticamente. Ahora el cono de luz azul mostraba una enorme multitud de cuerpos, docenas y docenas, más de los que podría contar jamás, amontonados delante de la barrera. Era como si la mitad de los alumnos de la academia se hubiesen concentrado en aquella parte del túnel.

Ra'at los señaló.

—Sus caras.

Maggs apenas les prestó atención.

—No veo qué es lo que… —dijo, pero no acabó la frase—. Oh, no.

Varios de los alumnos Sith del holograma estaban girándose y mirando directamente al droide. Tenían los rostros flácidos y vacíos y desprovistos de cualquier emoción: tenían exactamente la misma pinta que Nickter en lo alto del saliente. Ra'at vio que algunos tenían heridas en la cara y el cuello, y que tenían los uniformes hechos jirones que les colgaban del torso como velas ensangrentadas. Vio que uno de ellos, un alumno cuyo nombre no recordaba, levantaba la cara hasta la altura de la holocámara del droide con una sonrisa asomándole a los labios.

—Igual que Nickter —murmuró Ra'at, y por el rabillo del ojo percibió que Kindra se ponía rígida a su lado.

—¿Qué…? —dijo Hartwig.

—Hay luz al otro lado de esa barricada —contestó Ra'at—. Pero nada más.

—Entonces, ¿qué están haciendo? Ra'at le devolvió la mirada. —Nos están encerrando.

CAPÍTULO 24

SEMILLA

Fue la orquídea la que los salvó.

Visto en retrospectiva, Zo ni siquiera había sido consciente de lo que estaba haciendo, aunque eso en sí mismo no debería haberla sorprendido: buena parte del poder de un Jedi era algo instintivo, una función de la Fuerza. Pero eso no hacía que la situación resultase menos inquietante.

Las criaturas que tenían debajo habían empezado a trepar por la pared de roca con una especie de agilidad frenética y avanzaban hacia ella y Tulkh con espásticos movimientos. El whiphid fue el primero en reaccionar; sacó la lanza y se la clavó al primero, le atravesó el pecho y lo levantó en alto usando el peso de la criatura para empalarlo aún más y completar el trabajo. Tulkh blandió la lanza con el cadáver aún empalado, golpeó con éste a los demás y les hizo retroceder con una serie de violentos empujones.

El plan salió mal casi desde el principio. A pesar de estar atravesada de parte a parte, la criatura que se encontraba al otro extremo de la lanza no se quedaba quieta… ni tenía intención de aminorar la velocidad de su avance. Zo se dio cuenta de que los otros cadáveres habían cambiado de táctica y habían comenzado a trepar al saliente desde el otro extremo, mientras Tulkh seguía intentando matar al primero por todos los medios.

«No podéis matarlos», le susurró mentalmente una voz. *«Ya están*

muertos, míralos». Al principio pensó que estaba oyendo sus propios pensamientos, pero luego comprendió que era la orquídea Murakami, retorciéndose en su propia culpabilidad y sufrimiento, protestando con palabras que solo ella podía oír. *«Muertos pero vivos, Hestizo, muertos pero vivos. Esto lo he hecho yo. Ha sido culpa mía. Cuando Scabrous me metió en aquella horrible cuba… Y ahora estoy dentro de ellos…».*

Zo se puso rígida. Debió de ser entonces cuando ató cabos, al menos en cierto sentido, porque un segundo después ya estaba mirando de frente a la criatura muerta que se retorcía en la otra punta de la lanza de Tulkh. Aunque ya no estaba en la otra punta, sino que había avanzado tirando de la lanza hasta situarse lo bastante cerca como para agarrarle la cara al whiphid.

«Tengo una idea», le dijo a la orquídea. *«Crece».*

«¿Cómo?».

«Ahora estás dentro de ellos, ¿no?», contestó la chica. *«Formas parte de ellos. Eso es lo que has dicho».*

«Sí, pero…».

«Pues crece».

«No puedo…».

«¡No me lo discutas! ¡CRECE!».

Quizá fue aquella última orden, su desesperada vehemencia, lo que hizo reaccionar a la orquídea. Zo vio que la criatura que estaba en la otra punta de la lanza de Tulkh se ponía rígida y de repente se quedaba inmóvil, como si acabase de darse cuenta de que algo profundamente desagradable estaba echando raíces en su interior. Un segundo después, un fino zarcillo verde comenzó a asomar por la oreja derecha de la criatura y dio paso a una enredadera que se fue haciendo cada vez más gruesa mientras bajaba serpenteante. Otra enredadera le salió por el orificio nasal izquierdo, y luego una tercera y una cuarta: tallos y estolones ya salían serpenteando de las dos orejas, y algunos contaban ya con pequeños racimos de hojas, y otros con diminutas flores negras. El cadáver abrió la boca y otro tallo, esta vez con un diámetro como el de un dedo de Zo, salió disparado de su garganta ensangrentada.

«Hestizo, esto duele. Esto me duele…».

«Crece», contestó la chica. *«Crece, sigue creciendo, CRECE…».*

Miró a su alrededor y vio que los demás estaban experimentando el mismo efecto: les salían tallos y pecíolos de todos los orificios visibles. Sus caras se retorcían con aquella vida vegetal que les temblaba por debajo de la piel. Zo supo que aquello estaba funcionando. La orquídea estaba en su interior y estaba creciendo. Se concentró aún más y llegó a ver la flora que crecía en el interior de aquellas criaturas cada vez con más fuerza y más deprisa mientras la orquídea comenzaba a gritar, suplicándole que parase, diciéndole que aquello le dolía, que no podía seguir haciéndolo…

Zo no le prestó atención y se quedó mirando fijamente a la criatura que estaba ensartada en la lanza de Tulkh.

Volvió a pensar en aquella palabra; pensó en ella con toda la intensidad y determinación que fue capaz de reunir, una y otra vez en una suave y sólida onda mental.

«CRECE-CRECE-CRECECRECECRECE…».

El cráneo del cadáver explotó con un inmenso *¡paf!* de color rojo, negro y verde. Donde antes estaba su cráneo, ahora se agitaba un intenso ramillete de hojas que salía serpenteando de la cavidad craneal y se derramaba hasta envolver toda la parte superior del torso de la criatura. Su cuerpo se dejó caer sobre la lanza, completamente mustio y flácido.

Tulkh se libró de la criatura con un gesto rápido y ésta cayó rodando por encima del borde del saliente. Acto seguido, miró a Zo.

—¿Eso lo has hecho tú?

—La flor y yo.

—Pues más te vale volver a hacerlo. —El whiphid señaló por encima del borde del saliente a las otras criaturas. Zo vio que seguían apareciendo, pero no tan rápido, y que volvían a trepar para intentar alcanzarlos.

«Hestizo, por favor», dijo la orquídea, aunque ahora parecía más débil. *«Ya no más. Ya no… No puedo, me duele…»*.

—Tienes que hacerlo —contestó Zo sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Tienes que hacerlo. Si no, no van a detenerse. Van a matarnos. Van a matarme, ¿es que no lo entiendes?

«Lo siento mucho, Hestizo…».

Silencio.

Y la voz desapareció.

Desde abajo, una mano la agarró del tobillo y tiró de ella hacia delante. Zo comenzó a caer y aterrizó de costado justo cuando una de las criaturas daba una sacudida y trepaba hasta quedar a la vista. La chica intentó apartarse, pero no consiguió moverse.

«Crece», le suplicó a la orquídea. *«Crece, CRECE AHORRA…»*.

Pero la flor, adondequiera que hubiese ido e independientemente de cuáles hubiesen sido sus poderes unos segundos antes, ya no podía ayudarla. Zo ni siquiera podía oír ya su voz. Y el movimiento que había visto por debajo de las caras de las criaturas parecía haberse detenido. Ya no podían hacer nada más al respecto. La orquídea estaba cansada, o ausente… o muerta.

La criatura que la había agarrado de la pierna la estaba atrayendo hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Tulkh mientras les clavaba la lanza a los demás sin lograr apenas ningún efecto—. ¡Detenlos!

—¡No puedo! —contestó Zo—. ¡La orquídea ha desaparecido!

De repente, algo enorme emergió del suelo justo delante de ellos: era un monolito, negro y liso, que arrastró una enorme corona de roca y hielo a su paso. Por lo que Zo alcanzó a ver, parecía una torreta hecha de piedra y duracero, más alta que el saliente rocoso donde se encontraba luchando para salvar la vida. En su interior se veían pulsaciones luminosas. Cuando su parte superior, abovedada, giró hacia ellos, Zo vio el brillo de una pesada turbina…

El desintegrador emitió dos pulsaciones y el cadáver que tenía delante desapareció en una salpicadura acre. Zo parpadeó, se limpió los ojos y una fuerza enorme se estampó contra ella por detrás —comprendió que era el whiphid— y la tiró del saliente justo antes de que la tercera descarga lo pulverizase por completo.

Aterrizaron de bruces sobre la nieve sucia. A Zo le zumbaban los oídos y su cabeza vibraba por la repetición de descargas del láser a sus espaldas. Unos pedazos enormes de roca humeante y nieve cayeron de las alturas. Zo volvió la cabeza y miró el cráter donde antes estaban situados.

—¡Corre! —le ordenó Tulkh.

—¿Qué?

—¡Hacia allí! —Tulkh señaló con el brazo la larga y hueca estructura tubular que había a unos veinte metros enfrente de ellos. Como la chica no se movió, el whiphid la empujó hacia delante justo cuando el cañón láser volvía a pivotar para apuntarla a ella.

Capítulo 25

IDENTIFICACIÓN AFIRMATIVA

Declaración: Señor, hemos localizado a Hestizo Trace —chisporroteó la voz del HK desde el interior del comunicador.

El lord Sith se detuvo y ajustó la frecuencia hasta que la transmisión comenzó a oírse con más claridad. Estaba junto al mamparo del *Mirocaw* tras llevar a cabo una inspección exhaustiva de la nave, de arriba abajo. No le había costado encontrar la nave del cazarrecompensas. Los sensores de la torre habían descubierto que había realizado un aterrizaje de emergencia a dos kilómetros de la academia rastreándolo a partir de la firma térmica, y Scabrous se había aproximado a ella con un sigilo absoluto, por si acaso aún había alguien a bordo. Pero no había ni rastro de la Jedi ni del whiphid que la había llevado hasta allí. Habían abandonado la nave.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Respuesta: Un primer análisis del perímetro ha dado como resultado una identificación afirmativa en el cuadrante noreste. Los escáneres han encontrado una correspondencia afirmativa de feromonas al noventa y tres por ciento.

—¿Cuánto hace de eso?

—Respuesta: Diez minutos estándar, señor. Vector de coordenadas veintisiete por dieciocho, orden de magnitud…

—¿Está muerta?

—Respuesta: Negativo, señor, tal como habías ordenado —contestó el droide tras una ligera pausa.

—Bien.

—Declaración: Nuestros sistemas de exploración de medio alcance informan de que ella y el cazarrecompensas whiphid viajan juntos y se dirigen al noroeste, hacia el cercado de los tauntaun, que se encuentra por la zona. Siguen viajando a pie y con toda probabilidad estarán buscando refugiarse del ataque inicial. —El HK emitió un chasquido y esperó órdenes—. Pregunta: ¿Debo reactivar los cañones del perímetro en aquel cuadrante, que están programados para aturdir?

Scabrous se tomó su tiempo para responder y pensó en el terreno que estaba describiendo el droide. La torre no estaba lejos de allí, por supuesto, y…

Y la biblioteca.

—No será necesario —contestó Scabrous—. Me ocuparé personalmente.

—Declaración: Hay… algo más —dijo el droide, vacilante.

—¿Qué pasa?

—Varios sensores locales informan de una actividad grupal sin identificar en varios cuadrantes de la academia. No está claro cuál es el origen de la actividad. El diagnóstico de biorritmos no informa de constantes vitales verificables.

—Pues arréglalo.

—Aclaración: El dispositivo electrónico está conectado y funciona con normalidad. Es la actividad: no muestra constantes vitales, ni temperatura corporal, ni respiración, ni actividad cardíaca o cerebral.

Scabrous se detuvo y se quedó mirando pensativo el mamparo metálico abollado del *Mirocaw* que tenía delante. Por un momento, lo único que se oyó fue el zumbido constante de la máquina de hemodiálisis que le bombeaba sangre fresca a su cuerpo y el susurro de los fluidos corriendo por los tubos que le suministraban el cóctel de drogas antivirales.

—¿Cuánta actividad? —preguntó.

—Respuesta: Actualmente no está claro —dijo el HK—, pero parece que está…

—¿Qué?

—Bueno, parece que está extendiéndose, señor.

—Entiendo.

Scabrous se acordó del aprendiz, Nickter, o de la criatura que había sido Nickter, saliendo de su jaula arrastrándose a pesar de que todas las lecturas de sus constantes vitales daban resultado negativo. Recordó cómo aquella criatura se había abalanzado sobre él y a continuación se había puesto a perseguir a Jura Ostrogoth; y el apetito que tenía la criatura. En aquel momento, Scabrous había dado por supuesto que lo que había visto había sido una especie de temblor nervioso exagerado, un accidente bioquímico que la droga y la orquídea habían desencadenado dentro del cuerpo de Nickter. Pero ahora —«Parece que está extendiéndose, señor», había dicho el HK— comenzó a reconsiderarlo.

—¿Mi señor? —preguntó el droide.

—Eso ahora no importa —contestó Scabrous—. Me voy directamente a la biblioteca. No volveremos a necesitar los láseres. Hestizo Trace y yo nos encontraremos allí en persona y pondremos fin a nuestro negocio ella y yo, como debe ser. Ten mi nave preparada para partir inmediatamente después.

—Sí, señor, pero…

Scabrous cortó la transmisión y atravesó la escotilla abierta del *Mirocaw* dando grandes zancadas, bajó la rampa de aterrizaje y se adentró en la noche nevosa.

Capítulo 26

BAJO CERO

Durante la primera hora que Trace pasó entre las paredes derrumbadas y los templos de piedra de la academia, la tormenta de nieve que lo envolvía no hizo más que empeorar. Era como si el planeta hubiese interpretado su llegada como una especie de infección a nivel celular y estuviese combatiéndola como mejor pudiese. La temperatura, helada de por sí, siguió bajando hasta que la garganta y los pulmones le quemaron cada vez que tomaba aire. El viento rugía entre las enormes formas cuadradas de los edificios y subestructuras, las grandes placas de piedra y los pasillos medio sumergidos en la nieve. Su grito era fantasmal e interminable: el grito de una criatura hambrienta de algo más que simple carne. Hasta los perdigones de nieve parecían más afilados y se le clavaban en la piel como fragmentos de metralla procedentes de una explosión que se repetía una y otra vez.

Por el rabillo del ojo vio una sombra retorcerse y deslizarse furtivamente.

Trace se detuvo, se llevó la mano a la espada de luz y entonces vio al hombre saliendo del portal con forma de arco que tenía a su izquierda. Antes de que Trace alcanzase a ver la cara del hombre, percibió su sonrisa fina y amarga y la amenaza de violencia que escondían aquellos ojos entornados. La túnica y la capa del hombre ondeaban al viento y lo azotaban como un látigo, agitadas por las

ráfagas irregulares de viento. Su voz, cuando atravesó el paisaje escabroso que se extendía entre ambos, sonó como un gruñido.

—Has aterrizado en el planeta equivocado, Jedi.

Trace se volvió para mirarlo de frente. Aquel hombre era un maestro Sith, eso saltaba a la vista; quizá fuese un instructor de la academia.

—Soy Shak'Weth, maestro de espadas aquí en Odacer-Faustin. Supongo que has venido buscando humillación y una muerte desagradable.

—Vengo por otros asuntos.

—¿Ah? —El maestro de espadas ladeó la cabeza ligeramente. Parecía levemente intrigado—. Sin embargo, me has encontrado a mí.

Trace asintió con la cabeza. En realidad, era la quietud lo que lo había encontrado a él, la claridad mental, y había sido como una bendición. El frío, la oscuridad, el viento punzante: todos aquellos factores externos habían dejado de existir. Todo su mundo se había reducido a la distancia exacta entre él y el hombre que tenía delante, un obstáculo en su camino para encontrar a Hestizo. Trace sintió que en su interior todo comenzaba a relajarse y a fluir a medida que la Fuerza se extendía por sus nervios y músculos y generaba una especie de equilibrio ingrávido entre la acción y la intención. Sacó la espada de luz y notó cómo se encendía y cobraba vida en su mano, como una perfecta extensión de sí mismo.

La respuesta del maestro Sith fue inmediata. Con un brusco gruñido de furia, dio un salto hacia Trace con la espada apuntando hacia abajo, sujeta por ambas manos, y su hoja atravesó el suelo donde Trace se encontraba tan solo un segundo antes. La ejecución del movimiento fue perfecta, algo de una brutalidad orgánica, como si el maestro de espadas se hubiese convertido en una fuerza de la naturaleza, un componente más de la tormenta de nieve que arreciaba a su alrededor.

Aun así, era demasiado lento.

Trace había saltado de lado y había girado con su espada de luz extendida al frente. El maestro Sith rechazó el ataque y volvió a cargar contra él; le hizo retroceder con una serie de feroces estocadas sin ofrecerle cuartel. La hoja de la espada del Sith se

acercó peligrosamente a la cara de Trace en dos ocasiones; tanto que le llegó el olor de los pelillos chamuscados de la barba; el tercer tajo estuvo a unos milímetros de cortarle la cabeza.

Trace comprendió que, independientemente de lo que había dicho Shak'Weth unos segundos antes, el maestro de espadas no tenía intención de humillarlo, ni de jugar con él, ni de prolongar el duelo más de lo necesario. En aquel momento, el maestro Sith lo estaba atacando por la razón más primitiva de todas: para matar a Trace y dejar su cadáver humeante sobre la nieve. En esa fracción de segundo, Trace vislumbró el resto del duelo de dos formas distintas, y ninguna de las dos podía durar mucho. La muerte se cernía sobre ellos como un carroñero, cercana y claustrofóbica: lo vio reflejado en los ojos del maestro Sith.

Cuando la hoja de luz roja volvió a por él, Trace saltó hacia arriba. Puso en aquel movimiento todo lo que sabía sobre la variación Djem So de la Forma V, saltó por encima de Shak'Weth, descendió en espiral atravesando los copos de nieve, aterrizó al otro lado del Sith y se giró instantáneamente con la espada de luz a la altura del cuello, con la intención de poner fin al duelo con un solo golpe.

Shak'Weth se echó a reír con una carcajada seca y desvió el ataque con una facilidad burlona. Blandió el arma en dirección a Trace y esta vez el Jedi sintió una intensa y ardiente punzada de dolor cuando la espada de luz le atravesó la capa y la túnica y le hizo un corte en la carne a la altura del tórax. La nieve se llenó de gotas de sangre que desaparecieron al derretirse.

—Demasiado fácil, Jedi. —El maestro de espadas tenía los hombros y la espalda apoyados contra la pared de piedra que había tras él, cuya superficie externa estaba agrietada y medio derruida. Se puso tenso para saltar hacia delante—. Ahora voy a matarte.

Al arquearse hacia delante, Trace vio que un par de manos salían de la pared rota que había tras él, agarraban al maestro de espadas del cuello y tiraban de él hacia atrás. Shak'Weth se estampó contra la piedra agrietada con tanta fuerza que se le cayó la espada de luz, y Trace vio una cara pálida y cadavérica salir por el boquete abierto en la pared, una cara que gritaba y succionaba de la mejilla izquierda y el ojo del maestro Sith, con los dientes apretados, hasta

hacerle un agujero en la cara.

Trace retrocedió un paso sin soltar la espada, observando a aquella criatura que tiraba de Shak'Weth hasta introducirlo por el boquete en la pared para así devorarlo más fácilmente. Del agujero que tenía en el cuello el maestro Sith brotaban grandes erupciones arteriales que salpicaban la pared, chorreaban hasta llegar a la nieve y el hielo y lo pintaban todo de rojo. Dentro de la pared, la criatura alzó la cara y Trace le vio los ojos, huecos y sin la menor chispa de vida, aunque en algún momento hubieran sido humanos y jóvenes. Los de un estudiante Sith… un adolescente. ¿Qué había sucedido?

La criatura volvió a hundir la boca en la copa roja que antes había sido la cuenca del ojo derecho de Shak'Weth y sorbió ruidosamente. Unos segundos después se detuvo y, con un ruido agudo, profirió un alarido. Trace se percató de que se oían otros gritos, muy numerosos, que le hacían de coro, procedentes de todas direcciones.

La noche se había llenado de gritos.

Capítulo 27

CERCADO

Zo y Tulkh se agacharon para entrar por la larga estructura a modo de túnel y el cazarrecompensas se detuvo y levantó la cabeza para olfatear el viento, como si hubiese captado algún olor siniestro.

—¿Qué ha sido eso de antes? —preguntó Zo, echando la vista atrás para mirar por el túnel por donde habían entrado. Su voz le sonó lejana, y le pareció que tenía un tapón de cera en los oídos por la fuerza de la explosión.

—Un turboláser —contestó Tulkh con un gruñido—. Artillería pesada.

—Ha sido Scabrous, ¿no? —preguntó la chica—. Nos está buscando.

Si el whiphid oyó la pregunta, no le hizo caso; unos segundos después se internó sigilosamente en aquel lugar recóndito del edificio donde reinaba un olor hediondo. Zo lo siguió a regañadientes. Aún estaba intentando entender los ataques, el cañón láser que había salido del suelo, y el ataque aún más horrible que lo había precedido: el de aquellas criaturas aulladoras, muertos vivientes que tan interesados estaban en devorarlos.

—La orquídea —dijo, a falta de un lugar mejor por dónde empezar.

Tulkh no contestó y siguió andando. El olor que los envolvía

estaba empeorando a cada paso que daban.

—Ha sido la única razón por la que he podido rechazar a esas criaturas. Es porque Scabrous la usó en un experimento. Creo que ha conseguido entrar en sus cuerpos. Le he dicho que creciese, pero… —Zo negó con la cabeza—. Ya no está. Ahora no logro que me conteste. Podría estar muerta.

El whiphid le respondió con un gruñido.

—¿Has terminado?

—Pensaba que querrías saber cómo he conseguido salvarnos la vida antes. Al fin y al cabo, has sido tú quien me ha pedido una explicación.

—Pues lo lamento.

—¿En serio? —preguntó ella—. Vaya, lo siento. Quizá deberías habértelo pensado mejor antes de secuestrarme y traerme a la fuerza a un planeta lleno de muertos vivientes.

El whiphid no respondió.

—Por cierto, ¿adónde vamos?

—A buscar refugio. Esperaremos a que pase la tormenta. Por la mañana voy a volver a mi nave.

La conversación terminó ahí. Casi sin quererlo, Zo comenzó a entrar en los pensamientos del cazarrecompensas, explorando cautelosamente su mente en busca de alguna idea de adónde podían estar dirigiéndose. Normalmente, sus poderes telepáticos no eran especialmente fuertes en formas de vida no vegetales, pero el whiphid podía considerarse una criatura a la que resultaba fácil leerle el pensamiento. De hecho, desde dentro su mente se parecía sobremanera a la sala de trofeos de la nave donde se había despertado: un lugar lleno de muerte, una sala de exposiciones de grotescos trofeos y antiguas presas. Algunas eran especies alienígenas que Zo no había visto antes. Otras eran humanas. Todas se encontraban allí reunidas con las expresiones universales de dolor, desesperación e impotencia que habían tenido sus rostros en el momento en que el cazarrecompensas les había asestado el golpe de gracia. Su mente se había convertido en un almacén de los momentos de sus muertes. Aquella cripta del sufrimiento, aquel relicario, no solo era lo que llevaba en la cabeza a diario… sino que era su cabeza propiamente dicha.

Impertérrita, Zo se internó cada vez más en su mente y se dio cuenta de que, con un cierto esfuerzo, podía atravesar aquellos pensamientos y entrar en otra cámara de la conciencia del whiphid, en sus recuerdos más lejanos. Vio rostros alzándose a su alrededor, otros miembros de su especie, quizá algún pariente, antiguos enemigos de su planeta Toola. El ambiente en aquella cámara era muy tranquilo y hacía tiempo que nadie penetraba en ella, casi como si estuviese sellada herméticamente, y se preguntó si habría llegado a alguna parte del pasado de Tulkh que ni él mismo visitaba apenas. Ella misma tenía lugares como aquél en su propia mente, aspectos de su vida que había separado de los demás por medio de una pared con la vana esperanza de que morirían ahogados u olvidados. Zo casi podía sentir que la membrana que envolvía aquella parte de los pensamientos del whiphid comenzaba a constreñirla.

Entonces oyó a alguien respirar.

Allí dentro había alguien con vida.

Dejó de concentrarse en los antiguos recuerdos y vio al hombre mirándola desde arriba con calma y amabilidad. Sus ojos grises eran transparentes y en ellos bullía la inteligencia. Sus labios gruesos y casi sensuales parecían constantemente a punto de hablar, pero se limitaban a fruncirse en una sonrisa de desconcierto. Era el lord Sith.

—¡Sal de mi cabeza, Jedi!

El gruñido de Tulkh retumbó en las cavernas mentales que la rodeaban con una fuerza devastadora. Zo retrocedió, se tambaleó al batirse en retirada y, al mirar a su alrededor, vio que estaban en una cámara amplia y metálica de donde salían varios túneles, cada uno en una dirección. Del techo bajo y extenso colgaban unos carámbanos similares a estalactitas semitranslúcidas. No podía respirar. Tardó un segundo en comprender por qué. El whiphid la agarraba del cuello con una mano y le oprimía la tráquea entre el pulgar y el índice. La cara con colmillos de su captor se alzaba unos centímetros por encima de la suya.

—La próxima vez que te pille en mi cabeza —dijo—, tú perderás la tuya. ¿Está claro?

Zo asintió y Tulkh la soltó; le permitió así retroceder

tambaleándose y orientarse. En la otra punta de la estancia, en uno de los túneles contiguos, pudo oír un pitido agudo sonando incesantemente. No era una alarma necesariamente, sino algún mecanismo que sonaba por casualidad, quizá algo tan sencillo como una luz que había comenzado a sobrecalentarse y que acabaría por fundirse.

En aquel momento, sin embargo, la zona estaba muy bien iluminada. Era de suponer que Tulkh la había elegido precisamente por eso. En cuanto a la temperatura, aquel espacio era una cámara de congelación, pero al menos veía lo que tenía alrededor y entre cada una de las columnas que soportaban el techo.

El whiphid se giró con la cabeza ladeada y se puso a escuchar mientras retrocedía pesadamente por el pasillo. Zo, que se había pasado mucho tiempo mirándole la espalda, se percató de que su porte y su manera de andar eran diferentes: eran más rígidos, se había puesto tenso por el nerviosismo. Sin dejar de andar dando zancadas, cogió el arco y comenzó a sacar una flecha del carcaj.

—¿Hemos entrado por aquí? —preguntó Zo.

—¿Tú qué crees?

—Creo que no estás seguro y que estás intentando disimularlo. —Se detuvo y olisqueó el aire; el olor salvaje y fétido a amoniaco se estaba espesando a su alrededor—. ¿Vamos a quedarnos aquí abajo toda la noche? ¿Qué es ese olor?

Tulkh no respondió. ¿Acaso esperaba respuesta Zo a aquellas alturas? La chica echó a andar tras él por la explanada, en dirección a la salida. Las luces estaban temblando de manera aún más irregular y chisporroteando durante un segundo o dos seguidos.

La fetidez se había vuelto tan intensa que a Zo casi le lloraban los ojos. La chica se tapó la nariz y la boca, pero no le sirvió de nada.

—No hemos entrado por aquí —dijo tosiendo—. Me acordaría…

Tulkh se detuvo. A su derecha, Zo vio una hilera de compartimentos. Dentro de uno de ellos vio algo removerse y exhalar grandes cantidades de aire. Zo escuchó atentamente y oyó un gruñido inquieto y apenas audible. Luego todo quedó en silencio, y más tarde se oyó un susurro de pies, seguido de un violento graznido bronquial.

El whiphid volvió a guardar la flecha que había sacado y dio un paso al frente.

La criatura que había dentro del compartimento soltó otro graznido nasal y estridente y asomó su larga cabeza al exterior. Echó el hocico hacia atrás y Zo vio dos pares de orificios nasales, grandes y pequeños, aleteando para soltar otro aliento húmedo. Balanceó su greñuda cabeza hacia los lados y con sus cuernos curvos estuvo a punto de hacerle un boquete en la cara a Tulkh antes de retroceder.

—¿Son…?

—Tauntaun —dijo el whiphid como si estuviese insultando a la madre de alguien—. Al menos eso explica el oto…

Un escupitajo de baba espesa lo alcanzó de pleno en la cara y Tulkh se echó hacia delante mientras se lo limpiaba para mirar al tauntaun de frente. Parecía que ambos tuviesen la misma altura. Los labios del lagarto de las nieves ya estaban preparando otra descarga de saliva —a Zo le pareció que aquella criatura le estaba sonriendo al whiphid— cuando Tulkh sonrió de repente. Era la primera vez que Zo lo había visto expresar algo distinto a la impaciencia o la indiferencia, y el efecto le resultaba desconcertante.

—Buena chica. —Tulkh le pasó una mano por el morro y le despeinó el pelo que salía de debajo de uno de los cuernos—. Seguro que aún queda algo de fruta mook por aquí para ti. —Acto seguido miró a Zo y su sonrisa desapareció—. ¿Qué?

—De haber sabido que escupirte en la cara era la clave para ponerte de buen humor —dijo Zo—, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Tulkh le hizo caso omiso y volvió a concentrarse en la criatura.

—Eres una chica apestosa, ¿eh? —le dijo cariñosamente—. Cuando estaba en Toola cazaba con uno como tú. —Se quedó mirando el grueso arnés que ataba a la criatura al redil y se volvió para mirar hacia arriba, en dirección al lugar de origen de otro ruido, más grave y disonante.

Zo prestó atención y también lo oyó. Los compartimentos que tenían delante se llenaron de un barullo cada vez mayor, de rebuznos y graznidos que crecían en intensidad a cada segundo.

—Hay algo que los ha asustado —dijo la chica.

—Sí. —La alerta hizo acto de presencia en la cara del whiphid —. Creo que tienes razón.

En los establos, parecía que los tauntaun estaban gritando y piafando.

Entonces se apagaron las luces.

La negrura que los envolvió era completa y aplastante. Zo notó que Tulkh estiraba la mano y la agarraba del brazo, justo por debajo del hombro.

—No te separes de mí —le susurró al oído, y oyó el crujido del carcaj de cuero que llevaba a la espalda—. Atrás.

Zo notó que se le acostumbraba la vista, tensa después de buscar los leves rastros de luz que alcanzó a vislumbrar al otro lado del cercado, pero había muy poca luz, y la que había creaba un cenagal miope de sombra gris oscura. Notó que sus sentidos intentaban introducirse en todos los recovecos y rebotar en las paredes y el techo. Le dolían las pupilas de tanto como intentaba sacar algo sustancioso de la oscuridad. Inmediatamente, delante de ella oyó a Tulkh inhalar aire profundamente.

—¿Qué? —susurró la chica.

El whiphid tiró de ella hacia delante con tanta fuerza que a Zo le castañetearon los dientes y de repente comprendió que estaba moviéndose a ciegas, medio corriendo, medio a rastras a través de un mar negro y ciego. El cazarrecompensas la agarraba del brazo como si los uniesen unas esposas. Zo resbaló, perdió el equilibrio y volvió a recuperarlo, aunque sintió que el suelo le desaparecía de debajo de los pies. Se preguntó cómo podía el whiphid ver algo, o si es que estaría orientándose por el olfato, o si sería simplemente cuestión de suerte.

Entonces percibió que se les acercaban por detrás.

No sabía si era uno solo o si eran muchos, pero la presencia parecía numerosa, una intrusión inoportuna de aliento, movimiento y carne hedionda que asomaba por el pasillo a oscuras y lo llenaba.

Oyó un grito, un sonido que no se parecía a nada que hubiese oído antes.

«… IIIIIIIIII…».

Se elevó como un chillido desgarrador, liberado a presión y encaramado al registro más alto del espectro sonoro audible, a

miles de vibraciones por segundo, hasta que Zo pensó que reventaría y se astillaría en jirones de voces individuales. Pero sucedió todo lo contrario: se sostuvo y sofocó los gritos de los tauntaun y cualquier otro sonido.

«… IIIIIIIIII…».

Zo se percató de que aquella nota tenía una cualidad exploradora, casi prensil; era el ruido ecolocalizador de algo —o de algunas criaturas— que investigaban la negrura que los envolvía con una voracidad desesperada y mecánica.

Tan pronto como había comenzado, el aullido cesó. Los gritos de los tauntaun también se habían desvanecido y habían dejado paso a un silencio absoluto. Zo tomó aire e invocó a la Fuerza. Lo que apareció a continuación fue una imagen mental, no superior a un segundo o dos, como mucho, semejante a una granada luminosa que le explotase en la cabeza. En ese momento vislumbró el perímetro que los rodeaba, el cercado y el espacio entre ellos dos. Ya había visto suficiente para intuir lo que tenía que hacer en aquel preciso momento.

Pasó una pierna por delante del tobillo de Tulkh, apoyó el pie y notó cómo el whiphid tropezaba en él y caía de costado, gruñendo una maldición, en un compartimento para tauntaun vacío justo a su derecha. Zo cayó encima de él. La capacidad de ver a oscuras que la Fuerza le había dado ya había desaparecido. Notó algo largo y suave clavándosele dolorosamente en la mejilla y luego cayó en la cuenta de que debía de haber sido uno de los colmillos del whiphid.

—¿Pero qué…? —le espetó Tulkh, y esta vez fue ella quien lo agarró a él y clavó los dedos con todas sus fuerzas en la piel escamosa y resbaladiza por el sudor del cazarrecompensas. Sorprendido, o quizá consciente de lo que sucedía, el whiphid se quedó quieto.

Los acontecimientos de los próximos minutos no fueron simplemente cuestión de sonido u olor, sino la connivencia de dos percepciones, la sensorial y la extrasensorial. Guiada por la Fuerza, Zo comprendió que podía sentir los compartimentos que tenían a un lado, en la oscuridad más absoluta, llenos del movimiento nocivo de muchos cuerpos, pegados el uno al otro, pasando junto a ellos.

Buscando.

En un momento dado, Zo percibió que pasaban tambaleándose tan cerca que, de haber sacado una mano del compartimento, podría haberlos tocado.

Y ellos podrían haberla tocado a ella.

Ya no estaban gritando, ni siquiera respiraban. Aquellas criaturas, fueran lo que fuesen, emitían pequeños gruñidos, el sonido de una multitud de cuerpos avanzando por el motivo más simple de todos: el hambre, el odio, la ira.

Zo contuvo la respiración y no se movió.

Después de un rato, que se le hizo eterno, los gruñidos cesaron hasta que de su paso solo quedó una nube pútrida que la obligó a respirar por la boca.

Debajo de ella, Tulkh se removió, se estiró y la apartó de un empujón.

—Si vuelves a hacer eso, te mataré con mis propias manos. Zo miró hacia el lugar por donde habían desaparecido las criaturas.

—Me parece algo redundante, dadas las circunstancias.

—Yo no huyo. Y no me escondo.

—Escucha —dijo la chica—. Hemos visto lo que son esas criaturas. Yo no puedo vencerlas, y tú tampoco. De momento, nuestra única escapatoria es huir y escondernos.

Para su sorpresa, el whiphid no replicó. Salieron del compartimento y avanzaron a través de la oscuridad, hacia la extraña luz de color gris peltre que había visto antes. Fue haciéndose cada vez más brillante hasta que Zo comprendió que lo que veía era la salida tomando forma delante de ellos. El aire era más frío y vio los primeros copos de nieve entrando desde el exterior.

Tulkh se detuvo y ladeó la cabeza; el viento le despeinó el pelo de la cara.

—No hemos entrado por aquí —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Tulkh levantó una mano. Zo miró hacia donde estaba señalando. Tardó un segundo en comprender lo que estaba mirando. Pero una vez lo comprendió, ya no pudo apartar la vista.

Habían vuelto a la torre.

CAPÍTULO 28

LO QUE DIJO LA ENFERMEDAD

En el comedor, Lussk estaba viendo despertar a los muertos.

Lo vio con dos pares de ojos: los que tenía cuando estaba vivo y la curiosa nueva visión que le había dado la Enfermedad. Intuía que los primeros estaban desapareciendo, que se estaban quedando ciegos, y aquello le parecía estupendo. La Enfermedad le había dado todo lo que deseaba, todo lo que quería: un poder y una fuerza inimaginables. Había alterado el nivel de midiclorianos que corrían por sus venas y había mejorado sus poderes naturales exponencialmente.

Había estado allí cuando las criaturas habían salido de la cocina y se había defendido hábilmente con una serie de empujones y saltos acrobáticos inspirados por la Fuerza, mientras otros alumnos más débiles y menos diestros habían caído y habían sido devorados. Pasados unos minutos, aquellas criaturas salidas de la cocina habían transformado el comedor en un osario y en el escenario de una carnicería sin igual. El suelo estaba cubierto de sangre.

Los últimos muertos estaban alzándose lentamente y comenzando a arrastrar los pies. Al alzarse con ellos, Lussk se quedó mirándoles las caras, unas caras que reconocía de la academia, ahora retorcidas hasta formar algo totalmente nuevo. No sintió miedo al verlas, ni siquiera aprensión: tan solo una siniestra fascinación.

«Lo que estoy viendo es mi futuro», pensó, y se estremeció solo de pensarlo. Comprendió que era un buen futuro, un futuro eterno, un lugar lleno de posibilidades inconmensurables.

De repente lo entendió todo. Se rumoreaba que Darth Scabrous había estado experimentando con una droga de la inmortalidad, un remedio para la muerte, y Lussk comprendió que el lord Sith había tenido el éxito con el que no se había atrevido a soñar ni en sus sueños más descabellados ni en sus pesadillas más perturbadas. Aquellas criaturas habían trascendido la muerte. Su poder estaba más allá de cualquier cosa que enseñasen en la academia. Ante él, los Jedi y los Sith no eran nada, eran menos que nada, migajas infinitesimales en la vasta extensión del universo.

Lussk vio que las criaturas que lo rodeaban se le acercaban cada vez más.

Fue entonces cuando lo comprendió.

No bastaba con la transformación, con ver el mundo a través de aquellos nuevos ojos necroscópicos. La Enfermedad le había dado aquel don, pero quería algo a cambio, algo enorme y atroz, y Lussk comprendió tardíamente de qué se trataba. La Enfermedad quería aquella parte de él que lo convertía en quien era, las habilidades excepcionales, los recuerdos y las particularidades que lo hacían único. La Enfermedad quería extraérselo todo para incorporarlo al organismo, cada vez mayor, de los muertos.

La Enfermedad quería su alma.

«No», le dijo Lussk. *«Es demasiado. Incluso para lo que ofreces, incluso a cambio de la inmortalidad… el precio es demasiado alto»*.

«Haré que seas el último», le prometió la Enfermedad. *«De todos ellos, tú serás el único que permanecerá. Eso es lo que tengo que ofrecerte»*.

«No».

La Enfermedad se detuvo en su interior, como si estuviese considerando sus palabras.

«Es una pena», dijo por fin. *«Porque ya no tienes alternativa»*.

Lussk se llevó la mano al pecho y sintió cómo se le paraba el corazón. A su alrededor, los recién muertos estaban gritando sin parar.

Echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca.

Y él también se puso a gritar.

CAPÍTULO 29

1174-AA

Ra'at encontró el arsenal antes de que llegasen a la barrera.

Había oído decir que aquellos túneles estaban flanqueados de subcámaras, algunas de cientos de años de antigüedad, tan antiguas como la academia. Según los rumores, varias generaciones de lores Sith las habían usado para almacenar o esconder cosas que no querían que nadie encontrase.

Kindra y él habían encontrado la primera cámara veinte minutos después de que el grupo hubiese acabado de ver el holograma del droide de entrenamiento. Nadie había hablado demasiado desde ese momento; habían avanzado en silencio, escuchando atentamente.

—Mirad —dijo Kindra, señalando la placa metálica oxidada de la pared donde ponía:

ARSENAL 1174-AA

—Echadme una mano —pidió Ra'at, agarrando el tirador. Era una escotilla lateral rudimentaria que se negaba a abrirse, no tanto por seguridad, sino como resultado de la humedad y la suciedad que había acumulado en el interior de sus componentes con el paso de los años.

Maggs la agarró de un extremo y Hartwig y Kindra del otro. Se abrió con un ruido metálico. Todos se quedaron unos segundos mirando lo que había en el interior.

Hartwig dejó escapar un silbido.

—Es lo más bonito que he visto en mucho tiempo —dijo.

Ra'at estaba de acuerdo con aquella afirmación. El cubículo que tenían delante estaba lleno de material: algunas armas básicas, una armadura de entrenamiento, protectores de cabeza y armaduras de pecho y, en la parte de atrás, en un compartimento diferente, tres espadas de luz.

Kindra estiró el brazo y cogió una en cada mano. Cuando Ra'at se hizo con la última, se preguntó por qué la chica habría cogido dos, y supuso que simplemente intentaba aumentar las posibilidades de agenciarse un arma que funcionase. Aunque en teoría las células de energía almacenaban una carga casi indefinida, no había modo de saber si alguna seguía funcionando, ni siquiera de averiguar el tiempo que llevaban guardadas allí abajo. Aunque había entrenado con ellas a menudo, las espadas de luz seguían envueltas en un misterio que las convertía al mismo tiempo en algo fascinante y vagamente inquietante, un vínculo con el pasado más antiguo de los Sith.

Ra'at apretó con el pulgar la placa de activación y la hoja escarlata cobró vida. Sintió la vibración desde la mano hasta el codo, el zumbido de su poder autoritario por todo el brazo dándole fuerza y determinación. Se acercó la hoja a la cara para contemplarla y sintió que se le erizaba el vello de los brazos. A su lado, Kindra había encendido las dos espadas. Después de compararlas durante unos segundos, las apagó.

—Maggs —dijo, y le lanzó la que llevaba en la mano izquierda. El chico la atrapó con facilidad.

—Gracias.

Hartwig frunció el ceño.

—Un momento. ¿Y la mía?

—Solo había tres.

—¿Y qué pasa, que no he tenido suerte?

Kindra se encogió de hombros y Ra'at comprendió que la otra razón por la que había cogido dos espadas era que eso le otorgaba la capacidad de decidir quién llevaría la tercera. Se la había dado a Maggs, que, pese a no ser el mejor duelista, probablemente era el menos propenso a perder los nervios debido a la presión y acabar cortándole la cabeza a alguien por accidente o como resultado de

una mala elección.

—Basta ya —dijo Hartwig—. Debemos echar a suertes quién se queda con cada arma. De lo contrario…

—¿De lo contrario, qué? —preguntó Kindra. Seguía sosteniendo ante sí la espada de luz que le quedaba, mirando a Hartwig fríamente desde detrás de la hoja—. ¿Vas a marcharte? ¡Buen viaje! De todos modos, aquí la única consigna es «sálvese quien pueda».

Hartwig fulminó a Kindra con la mirada, justamente indignado. Ra’at supuso que al final lograría hacer que lo matasen. Sin embargo, Kindra parecía haber perdido ya el interés en él: apagó la espada de luz, se la colgó del cinturón y se puso a mirar el pasillo que tenían delante.

—Vamos, tenemos que seguir. Podría haber otro arsenal más adelante.

—No me des la espalda —repuso Hartwig.

—¿Es una amenaza?

—Solo es una advertencia.

La chica descolgó la espada de luz del cinturón.

—Entonces, supongo que lo mejor será que te mate cuanto antes, ¿no?

—Serás…

Kindra levantó el brazo. La hoja, que ya estaba encendida, realizó un barrido letal y borroso hasta detenerse a unos centímetros del cuello de Hartwig. Este dio un paso atrás, miró a Maggs y vio que estaba esperando a ver qué sucedía. Durante unos segundos nadie se movió ni abrió la boca, y el único sonido que se oía en el interior del túnel era el zumbido tenue y constante de la espada de luz.

—No te atreverás —dijo Hartwig—. Me necesitáis demasiado. —Tenía intención de que sus palabras sonasen desafiantes, pero más bien sonaron como un graznido estrangulado. Kindra no contestó y se limitó a mirarlo fijamente a los ojos. La hoja no se movió del sitio. Ra’at vio que su luz se reflejaba en las gotas de sudor que habían empezado a acumularse en el labio superior de Hartwig.

—Kindra —comenzó a decir Ra’at.

—Cállate.

—Tiene razón. Ya has visto a esas criaturas en el holograma. Nos

superan en número. Necesitamos a todos los…

—Te voy a decir lo que no necesito —repuso la chica, sin dejar de mirar fijamente a Hartwig—. No necesito estar constantemente mirando por encima del hombro. —Asintió con la cabeza; parecía que acababa de tomar una decisión—. No, Hartwig, creo que voy a tener que convertirte en un cadáver ahora mismo.

Hartwig frunció el labio, intentando pronunciar unas palabras que tardaron unos segundos en salir.

—Hazlo —dijo con voz ronca—. Adelante.

La mano de Ra'at se deslizó hacia abajo, en dirección al mango de su espada de luz. La situación se estaba deteriorando más rápido de lo que había previsto, aunque tampoco le sorprendía demasiado. Quizá fuese mejor así.

«¿De verdad quieres tomar partido?», pensó, y de momento dejó la mano donde estaba.

—Eh… ¿chicos? —dijo Maggs a sus espaldas—. Me juego algo a que queréis ver esto. Es…

Una tos torpe que sonó demasiado floja y húmeda hizo que no pudiese acabar la frase. Parecía que estuviese intentando que no le diera una arcada.

Maggs dejó escapar un silbido.

—¿Alguien más lo huele?

Así fue como encontraron la pared.

Capítulo 30

SABOR

Scabrous entró en la biblioteca por el lado noroeste, como acostumbraba a hacer. Había cinco entradas principales, pero aquella conducía directamente a la cámara subterránea donde había descubierto el holocrón, por eso le tenía un cariño especial. Además, era la que tenía más cerca, y había empezado a no malgastar sus fuerzas deliberadamente. Según el contador de hemodiálisis que llevaba colgado del hombro, sus reservas totales de sangre se reducían a dos unidades. No le preocupaba quedarse sin suministro, pero quería asegurarse de que podría disfrutar de todo lo que vendría después.

Al abandonar la tormenta, echó a andar por debajo del arco de piedra de carámbanos que no paraban de gotear y avanzó dando grandes zancadas por el pasillo que conducía a la escalera principal. Los muros eran gruesos, pero aún podía oírse el viento aullando en el exterior y, al cabo de unos segundos allí plantado, inmóvil, oyó otro sonido: el leve crujido de la roca y la piedra moviéndose. Era como si algo estuviese abriéndose paso a través de un montón de huesos viejos y quebradizos.

—Dail'Liss —dijo Scabrous—. Sal.

Al principio no hubo respuesta. Acto seguido, una rama larga salió retorciéndose de la grieta que había en la pared por encima de él, bajó deslizándose sinuosamente y el lord Sith levantó la vista

para ver la cara del neti, que lo miraba con sus viejos y arrugados ojos cansados.

—Mi señor —dijo el bibliotecario—. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que desees, mi señor.

Scabrous comenzó a hablar de nuevo, pero algo en el tono de voz del neti le hizo callarse. En el pasado, su tono siempre había sido respetuoso, reverencial incluso, pero ahora parecía asustado. Su miedo era el miedo de los viejos y enfermos, la aprensión de una criatura que no podía protegerse adecuadamente de una amenaza nebulosa, pero muy real.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó Scabrous.

—¿El qué, mi señor?

—No te hagas el ignorante conmigo.

El neti tembló visiblemente, pero no respondió de inmediato.

—Te refieres a la Enfermedad, ¿verdad?

—¿Así es como la llamas? —preguntó Scabrous—. ¿Una enfermedad?

—Sí, mi señor… es una enfermedad, algún tipo de infección incontrolable que alguien ha propagado.

—La academia se ha visto expuesta a cosas peores en el pasado.

—No hablo solo de la academia. —Hizo otra pausa, y luego otra aún más larga—. La percibo dentro de ti, mi señor.

Scabrous se quedó mirando la cara de la criatura arbórea, sus ojos húmedos y calculadores. Mientras lo miraba, sintió que algo se revolvía en su interior, que se abría un abismo, como si una segunda mandíbula bien cincelada se estuviese abriendo de par en par en el interior de su pecho. No era una sensación dolorosa; en todo caso, era profundamente táctil. Durante un segundo llegó a bajar la vista, esperando ver cómo se extendía su abdomen por debajo del paño de la túnica, se ampliaba su caja torácica y se abría para revelar… ¿el qué? ¿Algo nuevo? ¿Algo que trascendía incluso su vasta acumulación de experiencias?

Scabrous tomó aire, temblando por los nervios, y dejó que aquella sensación fuese desvaneciéndose.

—Baja —dijo.

—¿Mi señor?

—Ahora.

La grieta en la pared se ensanchó y el grueso tronco del neti se fue deslizando lentamente a través de ella; la madera fue crujiendo con sinuosas crepitaciones a medida que iba acercándose hasta donde le esperaba el lord Sith. Ya no cabía duda sobre el miedo que asomaba a la cara del bibliotecario; ahora se acercaba aún más al pánico más profundo.

—Mi señor, por favor…

—Quiero que envíes un mensaje. —¿Sí?

—Hay una Jedi entre nosotros, aquí, en este planeta. El bibliotecario se quedó expectante.

—El poder especial de esa Jedi es la telepatía botánica; se comunica con las plantas. En este momento se está comunicando con el espíritu de una orquídea, una flor en cuya presencia confía de forma implícita y…

Scabrous hizo una pausa. Podía oír las palabras que pronunciaba, pero su propia voz le sonaba diferente. Mientras hablaba, volvió a ser consciente de aquella sensación de vacío, pero esta vez no se limitaba al pecho y el abdomen, sino que se extendía a todo su cuerpo de manera sistemática y le envolvía los brazos, las piernas y la cabeza.

—¿Mi señor? —preguntó el neti.

Scabrous no contestó. Durante un segundo, no más, pudo sentir la presencia de la transformación haciendo presión contra los glóbulos de sangre fresca, combatiéndola, invadiéndola y apoderándose de ella. Una vez más, como antes, no sintió dolor, solo un aura roja y febril derramándose hacia fuera para abarcar su visión desde dentro. Era del todo consciente de su propia respiración, de un sabor cobrizo y caliente en la boca, y lo invadió una oleada de euforia especial: la promesa de un poder más allá de toda comprensión. Sin embargo, se mantuvo milagrosamente lúcido y plenamente consciente.

—El nombre de la Jedi —dijo por fin— es Hestizo Trace. Quiero que le hables con la voz de la orquídea, ¿entiendes? La harás venir hasta aquí, a la biblioteca, con una voz en la que confía, para que yo pueda tratar con ella y cumplir mi destino. ¿Está claro?

El neti dejó escapar un sonido ininteligible que no era

exactamente una palabra.

—Te he pedido que… —prosiguió Scabrous, pero entonces vio por qué la criatura arbórea no le contestaba. Un enorme trozo de pulpa, la carne de madera del neti, había sido arrancada justo debajo de su boca y le había dejado un agujero del tamaño del puño de Scabrous. La savia ambarina rezumaba de la herida, le caía por la áspera corteza y goteaba por las ramas.

Scabrous se pasó la lengua por los labios y sonrió mientras saboreaba la extraña sangre pegajosa de la criatura arbórea en la lengua y el paladar. «Eso lo he hecho yo», pensó maravillado. Había atacado al neti sin la menor intención consciente. Había sido aquella cosa que tenía dentro, aquella boca. Intuyó que aquello explicaba la enorme explosión de fuerza que había sentido.

—Mi señor… —logró articular el neti, con la voz temblorosa—. Por favor…

—¿Entiendes lo que te estoy pidiendo? —preguntó Scabrous—. ¿Sí o no?

—Sí… mi señor.

—Excelente. Entonces, espero su llegada.

Dejó al neti estirado desde el techo, con un charco de savia semitranslúcida extendiéndose a sus pies por el piso de la biblioteca.

Capítulo 31

TORMENTA DE CARNE

Zo se quedó allí plantada mientras la nieve le caía en la cara, mirando la torre.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Cómo hemos acabado volviendo aquí?

El whiphid no contestó. Esta vez, sin embargo, cualquier respuesta habría sido gratuita. Zo sabía de sobra por qué estaban allí. En algún lugar dentro del cercado habían perdido el sentido de la orientación por una ilusión de los Sith, cruda pero efectiva, y ahora habían vuelto al lugar del que habían partido.

Entonces vio las figuras.

Estaban dispuestas como grotescas tallas en las paredes más altas de la torre; parecían estatuas a tamaño natural iluminadas por el brillo rojo entrecortado procedente de la parte superior del edificio. Al principio, Zo pensó que eran precisamente eso: estatuas, gárgolas.

Pero se movían.

Se arrastraban y trepaban sobre las espaldas de los demás como una versión horriblemente grande de los escarabajos boski devoradores de carne que había visto en la nave de Tulkh. Y cuando la luz les iluminó las caras, vio que eran —o al menos habían sido en algún momento— humanas. Zo se dio cuenta de que sus uniformes, que debían de ser las túnicas negras de los acólitos Sith,

estaban hechos jirones y ondeaban tras ellos azotados por el viento, que no paraba de aullar. Vio que unos cuantos se agarraban a la pared y trepaban hacia las ventanas de la torre. Uno de ellos echó la cabeza hacia atrás y empezó a golpear la superficie con el puño con una determinación simiesca.

—¿Qué están haciendo?

—Intentando entrar —gruñó Tulkh.

—¿Por qué?

De pronto oyeron un grito desde las alturas, la descarga comprimida que Zo recordaba haber oído en el interior de los barracones, supuestamente desiertos, y el cazarrecompensas dio un paso atrás y soltó alguna obscenidad entre dientes.

—Han…

Antes de que pudiera terminar, una de aquellas criaturas cayó desde lo alto y pasó silbando por delante de ella.

Zo se volvió para mirar a Tulkh.

Había desaparecido.

Zo retrocedió dando una sacudida y miró de nuevo hacia arriba. En lo alto, otra de las criaturas que había en la torre se había soltado y estaba cayendo en picado como una losa renegada hecha de oscuridad, o un pedazo roto del universo, y caía a toda velocidad, gritando, entre los copos de nieve.

La criatura aulladora cayó sobre las cuatro patas y, aunque le daba la espalda a Zo, la chica pudo ver el desgarrón en el uniforme por donde se le veían las costillas y unas cuantas vértebras. El aire, cargado de nieve, le entraba por el agujero, y vio varias vueltas de intestino, ennegrecidas con una costra de sangre seca, ondeando al viento junto a los jirones de tela. Una parte de los pulmones parecía haberse soltado como consecuencia de la caída y uno se había quedado colgando, inflándose y desinflándose, andrajoso, como un animalito jadeante.

«Tulkh. Lo ha clavado en la nieve al caerle encima. Y ahora está intentando sacarlo».

La segunda criatura se acercó al montón de nieve con la cabeza ligeramente inclinada, buscando un ángulo para atacar.

Zo oyó otro grito procedente de arriba, y los dos cadáveres con uniformes Sith gritaron a su vez como respuesta.

El brazo de Tulkh salió disparado de la nieve sosteniendo su lanza y la clavó hacia delante. Un segundo después, la criatura Sith que tenía encima retrocedió tambaleándose a ciegas, con la punta de la lanza clavada en la cara. Su mejilla derecha era un agujero supurante de hueso destrozado. La larga asta sobresalía de su cabeza como un tosco cuerno más grande de lo normal.

Tulkh se incorporó, escupiendo nieve.

—Escoria temblorosa —gruñó—. Espero que esto te haya enseñado que no hay que saltarme encima.

Tiró a la criatura hacia atrás de un puntapié, la inmovilizó con el pie y tiró de la lanza para sacársela de la cara. Luego, con ambas manos, clavó la punta de lanza en el torso destrozado de la criatura, con tanta fuerza que le hizo trizas la columna vertebral y la seccionó por la mitad. Los segmentos superior e inferior se retorcieron con desgana en la nieve y luego se quedaron inmóviles.

—Espera. —Respirando con dificultad, el whiphid miró a Zo—. ¿Dónde está el otro?

—No lo…

—Agáchate.

Sin esperar a que lo hiciese, Tulkh arrojó la lanza directamente hacía ella. Zo cayó de rodillas y notó que la lanza le atravesaba el pelo y pasaba rozándole el cuero cabelludo. A sus espaldas, algo le cayó encima con todo el peso de su carne, la dejó sin aliento, ciega y sorda, y la aplastó contra la nieve. Sintió frío, unas las manos que la agarraban y el goteo de un fluido pegajoso y aceitoso parcialmente coagulado que le caía sobre la piel del cuello, donde la ropa no le cubría la carne. La criatura también se puso a gritar, pero el grito se interrumpió con un ruido ahogado, semejante a un aleteo, seguido de una serie de golpes agudos, hasta que cesó el aleteó.

—Levanta. —Oyó la voz de Tulkh, amortiguada, desde arriba.

Zo se arrastró hasta incorporarse. El cazarrecompensas estaba plantado delante de ella. La cabeza cortada de la criatura que acababa de decapitar colgaba del extremo de la lanza formando un ángulo casi desenfadado, con la punta entrándole por la mandíbula rota para acabar saliendo por una cuenca ocular vacía. De sus labios grises y flácidos colgaban gruesas babas viscosas de color rosa, y el

único ojo que le quedaba se bamboleaba adelante y atrás, de modo que lograba parecer estúpido y astuto al mismo tiempo bajo el párpado hinchado.

—Un adolescente —dijo Zo—. Tendría unos diecisiete o dieciocho años como mucho. —Se quedó mirando el ojo amarillo—. Aún me está mirando.

—Están muertos. —Tulkh se encogió de hombros mirando el otro cadáver que había dejado sobre la nieve y negó con la cabeza —. Olvídalo.

Se produjo otra explosión de ruido procedente de las alturas. Zo miró hacia arriba todo lo que pudo.

Parecía una llamada de reunión.

La oscuridad ahogada por la nieve que envolvía la torre se llenó de repente de cuerpos que caían, muchos más de los que Zo podía llegar a contar. Caían de dos en dos o de tres en tres desde lo alto de la torre, con los ojos centelleantes y los dientes brillantes, y cayeron al suelo en todas direcciones, algunos casi lo bastante cerca para agarrarla desde donde habían caído. Como no dejaban de gritar, parecía que aterrizaban sobre un cojín de sonido.

Frente a ella, Tulkh se colocó en posición de combate.

—A los Jedi os entrenan para luchar, ¿no?

La chica asintió con la cabeza.

—¡Pues lucha!

Las criaturas Sith los tenían rodeados. Sus gritos eran constantes y ululantes y el aire parecía solidificarse con sus aullidos. Zo se dio cuenta de que ya no podía ver a Tulkh.

«No podremos vencerlos a todos».

Y entonces oyó otra voz.

«Sí que puedes».

Zo se quedó parada, sorprendida por la voz. Sonaba real, fuerte y clara. Al principio pensó que era la orquídea, pero enseguida comprendió que estaba oyendo la voz de su hermano Rojo.

«Imposible, está muy lejos de aquí…».

En realidad no era Rojo; las palabras salían de su memoria, del almacén de palabras de ánimo que su hermano le había dado en el pasado, en la época en que ella entrenaba en la academia Jedi. A veces se había sentido agotada y desesperanzada, y él había

hablado con ella y la había animado a levantarse, a ser fuerte y a ser fiel a sí misma.

«Escucha, Hestizo. Los Jedi te enseñaron muchas cosas, además de a luchar. Te enseñaron a vivir. A vivir dentro de la Fuerza y a mantener el vínculo que compartes con ella».

Con estas palabras, a Hestizo Trace la invadió una honda sensación de bondad. En el templo Jedi había oído a otros de su disciplina intentar describir la experiencia, diciendo que era así o asá. Pero para ella todo se reducía a la experiencia de estar viva, a una creencia salvaje y extática, pero amplificada. Todas las cargas de frustración y ansiedad se alejaron y llenaron su esencia de un universo entero de energía pura y vigorizante.

Volvió a mirar a su alrededor y vio a las criaturas Sith estampándose contra el suelo por todas partes, levantando la cabeza y abriendo la boca.

Y todo.

Se.

Ralentizó.

—*Agá*… —comenzó a decir Tulkh, echando un brazo atrás lentamente para sacar del carcaj una flecha de un metro de largo, moviéndose tan despacio que parecía estar bajo el agua. Zo se elevó de un salto como una mujer que se moviese a través de una galería de figuras de cera. Aterrizó detrás de una de las criaturas Sith, agarró su cráneo grasiento parcialmente descompuesto con las dos manos desde atrás y tiró de él con fuerza hacía la izquierda. La columna vertebral crujió y el cráneo entero se soltó cuando la chica se lo arrancó de los hombros. La cabeza seguía gritando cuando Zo se la lanzó por encima del hombro a la siguiente criatura desgarbada y la golpeó con tanta fuerza que la estampó contra la torre. Agarró a una tercera por el cuello y la entrepierna, la levantó y la lanzó hacia arriba, por donde había llegado.

A sus espaldas oyó la vibración de la flecha de Tulkh al separarse de la cuerda del arco. Sin mirar atrás, Zo estiró el brazo y cazó la flecha al vuelo. Lo hizo sin esfuerzo aparente, sin pensarlo, como si estuviese cogiendo un libro de un estante. Tras ella, a través de la profundidad de los copos de nieve inmóviles, los labios de Tulkh seguían formando la última parte de su primera palabra,

mientras las cinco criaturas Sith restantes posaban como estatuas, sin apenas moverse, en distintas posiciones de ataque.

Zo saltó hacia adelante, partió la flecha en dos y clavó las dos mitades de la saeta en dos cráneos con la fuerza suficiente para atravesarlos y hacer que quedasen permanentemente juntos, frente a frente como unos horribles amantes fundidos en un beso eterno. Acto seguido, agarró del brazo al acólito Sith sonriente de cara mohosa que parecía haberse comido sus propios labios y el interior de la boca hasta el paladar. *¡Crac! ¡Pop!* El brazo se le soltó fácilmente a la altura del codo y Zo lo descargó como una cachiporra sobre el cráneo del cadáver viviente que tenía delante.

Percibió que todo comenzaba a moverse más deprisa y que su dominio sobre la situación volvía a relajarse. Los copos de nieve caían sueltos a la manera del confeti en una profusión imprudente. La criatura Sith que había lanzado hacia arriba ahora estaba cayendo. Cuando la última de las criaturas se le acercó arrastrando los pies, oyó un ruido sordo, el crujido agudo de una docena de huesos rotos.

—*¡… chate!* —acabó de decir Tulkh, pero solo entonces pareció darse cuenta de que la flecha había desaparecido de su arco y que las criaturas Sith yacían todas destrozadas en el suelo. Miró a Zo y le temblaron las aletas de la nariz.

—¿No me has dejado ninguno?

Zo señaló los dos cuerpos retorciéndose en la nieve entre ellos dos. Tulkh sacó la lanza, la levantó y los atravesó a los dos. Tenía los ojos brillantes, inyectados en sangre, casi saturados de placer, y la sonrisa que se le dibujaba en la cara no dejaba lugar a dudas. Zo pensó que nunca había visto a ningún ser vivo, humano o no, extraer un placer tan descarado del acto de matar.

«¿Hestizo…?».

Esta vez la voz de la orquídea era inconfundible.

«Hestizo, ven…».

La chica se quedó parada, escuchó atentamente y notó que sonreía, invadida por una repentina sensación de esperanza. Desde algún lugar entre la nieve que caía, Tulkh la miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—La Murakami —contestó la chica—. ¡Está viva!

—Creía que habías dicho…

—¡Lo sé! ¡Pero puedo oírla! ¡Me está llamando! Tulkh frunció el ceño, escéptico.

—¿Adónde?

Zo miró hacia atrás, a través de la tormenta de nieve, y señaló con el dedo.

—A la biblioteca.

Capítulo 32

CIUDAD EN LLAMAS

Quemar era un placer.

El neti lo veía claro y se aferraba a esa sencilla tautología como nunca se había aferrado a nada en su larga vida. Unos segundos después de que Scabrous lo hubiese dejado allí a solas con su misión —llamar a la Jedi, hacer que acudiese allí—, todo en el interior de su mente de madera sin edad había comenzado a crecer maravillosamente y con una gloriosa claridad.

Quemar era un placer, vaya que sí.

El bibliotecario agarró una fila tras otra de hololibros con una larga rama a modo de mano y los arrojó a las llamas, cada vez más altas. Y las llamas se elevaron aún más.

Después de que el lord Sith le mordiese, Dail'Liss había sufrido un espasmo breve pero doloroso de debilidad física y angustia. El dolor se sumaba al inquietante temor que había estado creciendo en su cabeza durante todo el día. Aquello era lo que había percibido al otro lado de las paredes de su santuario. La Enfermedad ya estaba allí, había atravesado las barreras de seguridad y protección, y la tenía en su interior, corriendo por sus raíces y extendiéndose por sus ramas y hojas.

Y la Enfermedad se estaba riendo.

En un primer momento aquella risa le había parecido tan burlona, tan amarga y fría que el neti se había acobardado ante ella.

Ni siquiera los mismísimos Sith podían alcanzar tanta maldad siniestra como encerraba aquella voz.

«Viejo necio», le había dicho, *«vieja criatura estúpida, has malgastado tu vida aquí, entre tus libros»*.

El neti había intentado responder para decirle que no, que aquellos rollos de pergamino y aquellos textos eran su vida, pero la Enfermedad no se había mostrado nada interesada. Aún le quedaban cosas por decir, y el neti comprendió que era un público cautivo.

«No es demasiado tarde», dijo la Enfermedad. *«Te he dado una nueva vida, un nuevo objetivo, y lo conocerás si buscas mi rostro. ¿Quieres, viejo árbol? ¿Vas a buscar mi rostro?»*.

«¿Cuál es?», preguntó el neti. *«¿Cuál es tu rostro?»*.

«Mi rostro es el de la sangre y el fuego».

Dicho esto, todo cambió. El neti miró a su alrededor, al contenido de la biblioteca, los incontables rollos de pergamino y textos antiguos, los fondos y las pilas que había pasado su vida acumulando, organizando y catalogando durante mil años o más, y los vio como lo que eran.

Combustible.

«La carne es nuestro combustible», le aconsejó la Enfermedad, y su voz sonó como el trueno, «y *los libros son nuestro combustible, y este planeta es nuestro combustible. Todo es nuestro combustible y solo existe para que podamos consumirlo»*.

«Sí, sí…».

«Da de comer a la bestia».

«Sí».

«Y la bestia eres tú».

«Sí».

A partir de entonces, el neti se dio cuenta de que todo lo percibía con una facilidad pasmosa y gratificante. Se había entregado por completo a la Enfermedad y había encendido el fuego sin la menor vacilación. Allí había muchos años de combustible acumulado, muchas cosas que quemar. Unos minutos después, el ala central de la biblioteca estaba en llamas y la sonrisa enloquecida del neti brillaba al reflejar la luz anaranjada del fuego.

Aunque allí no había espejos ni modo alguno de ver su reflejo,

Dail'Liss sabía que la Enfermedad lo había transformado. Había comenzado a mudar fragmentos enteros de su otrora orgullosa corteza; sus ramas se enroscaban, ennegrecidas, y chorreaban secreciones espesas y malolientes que caían alrededor de sus raíces. Pero la transformación más profunda era la que se había producido en su interior. La Enfermedad le había enseñado. El neti había buscado su rostro, y ahora se reía ante el fuego. Sus ojos, antes amables, ahora estaban retorcidos y apretados formando ranuras nudosas, y su boca había quedado enrollada en una amplia sonrisa que salivaba al hablar con la voz de la orquídea.

«Ven, Hestizo Trace. Deprisa. Ven a la biblioteca».

Entretanto, más rollos de pergamino y más hololibros iban cayendo pasto de las llamas. La savia bullía entre las brasas.

«Espero tu llegada con impaciencia, deseo verte, te necesito urgentemente…».

El neti se quedó parado y se giró, con sus ramas susurrando. La chica ya estaba en camino.

Capítulo 33

PARED ROJA

Parecía más grande en el holograma —dijo Maggs con la voz amortiguada por la mano con que se tapaba la boca.

Ra'at, él y los demás estaban todos de pie frente a la pared, cubriéndose la nariz y la boca. El final del túnel estaba envuelto en un olor tan rancio que casi trascendía la definición de la palabra. La única vez que Ra'at había tomado aire inadvertidamente sin taparse la boca había podido saborearlo en la parte posterior de la lengua y en el paladar. Era un hedor horrible a tejido orgánico pudriéndose, una vez desprovisto de vida y consistente únicamente en una masa apestosa.

—¿De qué está hecha? —murmuró Maggs.

—Yo diría que de restos de metal, de escombros…

—El metal no apesta así.

—No es solo metal.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Kindra.

—Bueno… —Ra'at señaló algo blanco que asomaba—. Estoy bastante seguro de que eso es una tibia.

—¿Humana?

Ra'at asintió con la cabeza.

Hartwig tragó saliva, pero tuvo que intentarlo varias veces hasta conseguirlo.

—Parece… —comenzó a decir Ra'at, pero se quedó callado. Iba

a decir «parcialmente digerida», pero decidió que esa observación probablemente no aportaría nada útil a la conversación. A juzgar por las expresiones de los demás, estaban a punto de que se les revolviesen los estómagos.

—La salida está al otro lado —dijo Kindra, y activó su espada de luz.

—Esperad. —Ra'at se volvió y miró hacia atrás. Había sentido algo, poco más que una onda en el tejido de la Fuerza, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a confiar más en esas peculiaridades de la percepción que en cualquier cosa captada por los ojos y el oído. Lanzó una mirada a Maggs—. Espada de luz. ¡Ahora!

Inmediatamente, Maggs se unió a Kindra y a él, y Ra'at señaló en silencio un charco de sombra justo detrás de un banco de enormes cajas metálicas que parecían haber sido convertidas en un lugar de almacenamiento de piezas de droide. Algo se movía visiblemente al otro lado de los contenedores de almacenamiento, y un segundo después apareció tambaleándose.

—¿Se puede saber…? —dijo Hartwig. Era lo primero que decía desde el enfrentamiento con Kindra por la espada de luz—. ¿Qué le pasa a ése?

—¿Que qué le pasa? —Maggs hizo un ruido enfermizo—. ¿Querrás decir qué no le pasa?

Ra'at reconoció al acólito Sith que avanzaba hacia ellos, aunque a duras penas: era el estudiante de quinto curso al que llamaban Rucker. A Rucker le habían arrancado limpiamente el lado izquierdo de la cara y ahora quedaba a la vista la brillante infraestructura de su pómulo y su mandíbula. Sus ojos gélidos temblaron en sus cuencas como un par de huevos rojos infectados. Estaba medio desnudo; solo llevaba un par de pantalones negros desgarrados por la parte de delante, y la enorme protuberancia de su abdomen hinchado apenas le permitía avanzar con él a cuestas.

Aquella criatura se quedó mirándolos durante unos segundos. Luego echó la cabeza hacia atrás, con las mandíbulas abiertas hasta dislocarse, y gritó.

—¡Matadlo! —dijo Hartwig—. ¿A qué estáis esperando? Sin dejar de gritar, la criatura antes conocida como Rucker se giró y

avanzó tambaleándose hacia la pared. Ra'at vio su boca abrirse aún más, con la mandíbula totalmente desencajada, y su grito se convirtió en un ruido de gárgaras líquidas, ya que vomitó un chorro gris rojizo directamente sobre la barrera. Su vientre disminuyó visiblemente de tamaño.

Ra'at lo contempló impotente mientras le invadía una oleada de miedo, como la sombra de un objeto volador a lo lejos… un rechazo tardío, a pesar de todo lo que había visto hasta el momento, a aceptar plenamente aquella monstruosidad. «¿De verdad estoy viendo lo que estoy viendo?», pensó. «¿De verdad lo estoy viendo?».

Sin dejar de babear, la criatura levantó las manos para aplastar aquella mezcla e incorporarla a la pared. Ra'at no pudo evitar pensar en las cosmoavispas, de las que había leído que construían sus nidos llenándose el estómago y regurgitando la pulpa.

«Nosotros también somos pulpa», pensó. El olor le llegó a la parte más vulnerable del estómago y le produjo náuseas. Lo único que le impidió perder el control absoluto del reflejo a la arcada fue la realidad, aún más intensa, de que aquella criatura se estaba girando hacia ellos y se movía mucho más rápido que antes.

—Matadlo —se oyó murmurar a Kindra, casi para sus adentros, y Maggs, Ra'at y ella misma avanzaron para realizar un solo ataque coordinado. Kindra le cortó la cabeza de un tajo mientras Maggs le cortaba las piernas. El golpe de Ra'at le cortó la parte frontal del cuerpo y lo abrió en canal. Menos de cinco segundos después, el cadáver de la criatura que había sido Rucker yacía en el suelo, descuartizado, temblando todavía.

—¿Qué ha sido de los otros? —preguntó Maggs entre dientes, señalando el espacio vacío.

—Buena pregunta —dijo Ra'at—. Esto es un callejón sin salida. ¿Dónde se habrán metido?

—Olvídalo. —Kindra se volvió hacia la pared—. Vamos a ponernos manos a la obra con esto.

Ra'at asintió con la cabeza, pero no se movió. Se volvió a mirar los contenedores metálicos para piezas de droides, cerca de la zona sumida en sombras de donde había salido la criatura. Aún estaba pensando en el grito que había proferido, alto y agudo, como la descarga de una bocina viviente. ¿Y si había sido una señal para los

demás, una especie de…?

Uno de los contenedores cayó con un sonido metálico. Y Ra'at lo comprendió.

Los alumnos de la academia Sith de Odacer-Faustin sí estaban reunidos allí abajo; habían estado allí desde el principio, esperando en silencio y observando.

—¿Cuántos? —murmuró Maggs.

—Diez —contestó Ra'at—. Puede que doce…

El silencio explotó en un grito y aquellas criaturas avanzaron hacia adelante en una oleada coordinada, saliendo por el túnel abierto como un solo organismo.

—¡Máquina de matar con precisión! —gritó Kindra—. Derecha e izquierda. —Señaló con la mano a Hartwig y Maggs—. Tenemos que atravesar esa pared.

Ra'at se abrió a la derecha, como le habían indicado, y dejó que su espada de luz lo dirigiese como una prolongación natural de su voluntad. Se giró y la descargó sobre la cabeza de la primera criatura Sith a la que alcanzó; le abrió el cráneo en canal hasta llegar a las amígdalas. Pero la criatura echó las manos hacia arriba a ciegas como un par de aves carroñeras y siguió luchando. Ra'at se giró, le atacó desde abajo, le cortó las piernas justo por encima de las rodillas y dejó a la criatura yaciendo sobre su propia disolución viscosa. Se le acercaron dos más, pero los cortó con una economía total de movimientos.

«Derecha. Izquierda. Atrás. Muévete. Muévete. Muévete».

Ra'at puso la mente en blanco y dejó que su entrenamiento tomase el control. Aquello se parecía a los ejercicios en el tubo del dolor del maestro Hracken. Ya había comenzado a ver el combate a través de la brillante lente especular de un guerrero y había reducido la batalla a una secuencia de movimientos, como una serie de puertas que tuviese que cruzar para llegar al otro lado.

Las criaturas ya estaban de nuevo a su alrededor profiriendo aquel grito deliberado y constante. Al igual que el olor, lo cubría todo. Parecía que fuese a explotarle el cerebro. Al cortar por la mitad a otra de aquellas criaturas, una descarga de dolor al rojo vivo le subió por el hombro derecho. Notó la mano insensible y acto seguido dejó de sentir del todo los últimos tres dedos de la mano

con la que agarraba el mango de su espada de luz. Se giró y la agarró con la mano izquierda antes de que cayese al suelo. Todo estaba sucediendo a una velocidad de vértigo: un segundo veía a la criatura que se había aferrado a su bíceps y al siguiente dejaba de verla, sonriente mientras le atravesaba la carne con los incisivos. Tenía toda la boca salpicada de sangre como si se la hubiese pintado con un lápiz de labios de mal gusto.

Kindra vio a la criatura por el rabillo del ojo y le atravesó con la espada la parte superior del tórax. Sus mandíbulas se quedaron agarradas al brazo de Ra'at, hasta que éste descargó su propia espada sobre la criatura con la mano izquierda y le cortó la cabeza. Al otro lado del túnel vislumbró a Maggs abriéndose paso a través del grupo; su espada parecía un abanico borroso, pero la marea de cadáveres era demasiado espesa. Si seguían saliendo a aquella velocidad, las criaturas acabarían acorralándolo. Ra'at vio el óvalo negro de la boca de Maggs gritando, pero no pudo distinguir el qué.

«Vamos perdiendo», pensó Ra'at, y luego pensó: «¿Cómo podemos ir perdiendo?».

Una repentina explosión eléctrica iluminó la cueva. Ra'at vio a una de las criaturas Sith estampándose de espaldas contra la pared como si alguien hubiera tirado de unos cables invisibles. Ra'at olió el ozono en el aire, junto con el inconfundible olor a pelo y piel quemados.

Frente a él, Hartwig apareció con los ojos saliéndosele de las órbitas y la frente surcada de venas, pero en su cara se veía reflejada la confusión.

«No puede ser», pensó Ra'at. «Solo los maestros Sith pueden usar un rayo de Fuerza, ¿cómo…?».

—¡Atrás! —gritó una voz, y cuando Ra'at miró detrás de Hartwig vio al maestro Hracken allí plantado. Hracken tenía los brazos estirados y las manos extendidas—. ¡Al suelo! ¡Ya!

Maggs y Kindra habían derribado a tres criaturas más y estaban pasando por encima de los cadáveres cuando el maestro de combate echó las manos hacia arriba y lanzó rayos de Fuerza. El túnel se estremeció y estalló con una tormenta eléctrica tan intensa que por un segundo Ra'at no pudo ver lo que había al otro lado. Solo le llegó el olor de sus propias pestañas chamuscadas. Aun después de

cerrar los ojos, la imagen de la cueva, de los cadáveres y de los demás se quedó impresa en sus córneas con un dibujo a cuadros rojos y negros.

El maestro Sith mantuvo las manos al frente, con los músculos tensos y los dientes apretados con rabia. Durante un segundo volvió a desaparecer tras una campana chisporrotearte de electricidad que hizo añicos todo el túnel con un crujido enorme y ensordecedor. Éste hizo temblar toda la estructura hasta los cimientos y lanzó partículas sueltas de materiales de construcción contra las paredes.

Ra'at se frotó los ojos con la esperanza de que lo que viese tuviese sentido. Una parte del techo de permacero que tenía encima lo había arrancado la descarga eléctrica y colgaba sobre un montón de cables. A su alrededor, el suelo estaba lleno de cadáveres humeantes, con cabezas y extremidades cortadas que seguían retorciéndose como si estuviesen intentando hallar el modo de volver a unir sus miembros. Algunos estaban ardiendo. Otros yacían ciegos, con los ojos fritos en sus cuencas. El calor de los rayos de Fuerza les había derretido la piel y había dejado telillas y gotas de tejido licuado que caían desde las pilas de huesos ennegrecidos mientras las criaturas se movían y retorcían, intentaban levantarse y se derrumbaban de nuevo en su propia oscuridad.

Frente a la hedionda pared, Hracken estaba temblando. En la mandíbula se le movía un tendón, y Ra'at vio que el maestro Sith se había mordido el labio con tanta fuerza que se había hecho sangre.

—Por aquí —dijo.

Kindra señaló la herida del brazo de Ra'at.

—¿Es grave?

—No demasiado.

—¿Eso te lo ha hecho una de esas criaturas?

—Estoy bien. —Ra'at se arrancó una tira de tela de los pantalones y comenzó a atársela rápidamente alrededor del brazo como un torniquete improvisado. Pero la sangre ya estaba empapando la tela y caía por el codo hasta el antebrazo a una velocidad alarmante. Kindra también lo estaba viendo, al igual que Maggs, Hartwig y el maestro Hracken. Ra'at comprendió que la dinámica del grupo había cambiado. Una vez terminada la batalla, él, Ra'at, se había convertido en un lastre. En un peso que alguien

tenía que acarrear.

O del que tendrían que librarse.

Había quedado fuera del juego.

—Puedo luchar igual de bien con la izquierda —dijo Ra'at débilmente—. Ya lo has visto. Todos lo habéis visto.

Kindra asintió con la cabeza, con el rostro inescrutable, como un mapa de estrategia tácita. El maestro Hracken no dijo nada, ni siquiera parecía estar prestándole atención. Los demás tampoco dijeron nada. Ra'at volvió a encender la espada de luz que llevaba en la mano izquierda y la descargó sobre la parte superior de la pared que habían construido las criaturas. Realizó un corte profundo en aquella pila de chatarra y vísceras solidificadas, hizo un giro completo, cortó un pedazo enorme de escombros y le dio una patada para que se desprendiese. La pieza cayó al suelo con un ruido húmedo y metálico.

—¿Lo veis? —dijo.

Nadie comentó nada. A su lado, Kindra y Maggs también se pusieron manos a la obra para atravesar la pared. Ra'at atacó su parte como si aún estuviese trabajando solo. El olor a carne chamuscada era aún más fuerte que antes, y el dolor en su brazo derecho se había convertido en un tamborileo sordo y palpitante. Intentó olvidarse de él, pero no lo logró. Pensó en Nickter, en lo rápido que se había transformado después de la mordedura de Jura. Ellos también lo dejarían atrás, a menos que les demostrase que aún podía luchar.

«Usa la Fuerza. Que el lado oscuro te fortalezca».

Sin embargo, al mismo tiempo, algo le advirtió sobre el uso de la Fuerza en su actual estado mental. Algo le dijo que era una mala idea. No, no solo era mala… era una idea terrible. ¿Quién sabía lo que podría estar invocando si la usaba ahora?

«¿Cuál es tu estado de ánimo ahora mismo?», le preguntó una voz interior.

«Me muero. Me estoy muriendo».

No, aquello era una locura. Era una herida superficial.

Había perdido un poco de sangre, sí, pero era joven y fuerte. Estaba entrenado y en forma. Había sufrido heridas peores en el tubo del dolor, incluso aquel mismo día.

«¿Y si esas criaturas estaban infectadas?».

Ra'at comprendió que estaba demasiado mareado para seguir en pie. Una capa pegajosa de sudor le perlaba ya la frente, y un par de gotas le caían por la parte baja de la espalda. La visión se le fragmentó en una serie de rayas de color amarillo ocre y sombras que lo salpicaban todo. No podía respirar. Se sentía como si alguien le hubiese rodeado el pecho con una tira de restricción de duracero mientras el dolor le atenazaba el brazo izquierdo.

Jadeante, cayó de rodillas. Cerró los ojos. Tuvo deseos de gritar, pero ni siquiera alcanzó a soltar un suspiro. Impotente, sin tener a su alcance otra opción, invocó el poder de la alquimia Sith, a la propia Fuerza.

«Acude a mí ahora. Dame fuerzas para ponerme en pie y luchar, para…».

Lo envolvió una inmensa oleada negra, torrencial más allá de toda previsión. Ra'at tardó en darse cuenta de qué era aquello a lo que había invitado a entrar en su cerebro.

Podía haber aprendido a imitar a la Fuerza.

Podía haber respondido como la Fuerza.

Pero no era la Fuerza.

Ra'at se estremeció. Los demás estaban mirándolo. No importaba. En su penúltimo momento de claridad, pudo ver un puño negro y esquelético agarrándole el corazón y apretándolo hasta que el músculo explotó. Sintió que su cuerpo se iba apagando, que todos los sistemas iban fallando, que la presión arterial y la respiración se detenían a medida que aquella versión contaminada de la Fuerza tomaba posesión de su cuerpo.

«Ahora eres mío», dijo la Enfermedad. «Mío en cuerpo y alma».

Pero no lo mató.

Lo transformó.

Ra'at sintió que lo recorría una oleada siniestra de alivio. Liberado, se sintió ingrávido, colosal, divino. En la cara se le dibujó una sonrisa terrible. Se puso a llorar y por las mejillas le cayeron unas enormes lágrimas sanguinolentas de gratitud que le gotearon por la barbilla.

«Ahora puedo gritar», pensó. «Oh, gracias, gritaré y me oirán, bendita seas, puedo gritar y sabrán lo que se siente al tener la

galaxia entera extendiéndose a mis pies como una tumba abierta».

La criatura antes conocida como Mnah Ra'at abrió las mandíbulas de par en par. En ese instante vio una pirámide, negra como la marea que le había borrado todo el pensamiento consciente, algo que descansaba sobre un par de manos pálidas.

De pronto supo cuál era su lugar en la galaxia.

Lo supo todo.

Y gritó, y al hacerlo vio al maestro de combate Hracken justo delante de él con las manos extendidas.

—Adiós, Ra'at —dijo Hracken.

Ra'at se abalanzó sobre él. Una explosión de rayos de Fuerza lo recorrió por dentro y ahí acabó todo.

CAPÍTULO 34

REINICIO

Tulkh tardó menos de un minuto en darse cuenta de la magnitud del problema que tenía entre manos.

El whiphid nunca había creído en el destino ni en ningún tipo de justicia galáctica mística: si había de guiarse por su experiencia, lo que tuviese que pasar, pasaría. Los inocentes sufrían mientras el mal medraba y los vencedores se hacían con el botín. Aun así, ahora que su situación personal iba de mal en peor, no pudo dejar de preguntarse si aquello sería una especie de merecido castigo cósmico por haber abandonado a la Jedi en la biblioteca.

La chica había estado muy segura de que la flor la llamaba desde allí. Quizá estuviese en lo cierto, pero Tulkh no veía qué provecho podía obtener yendo hasta allí, sobre todo cuando podía regresar a su nave y dejar atrás aquel planeta desolado. Y por eso la había dejado sola. Después de todo, a la joven Jedi no le debía nada. Bueno, la chica lo había salvado, pero él también la había salvado al menos una vez, y eso hacía que estuviesen en paz, ¿no?

Una nueva clase de oscuridad se había elevado del paisaje como una noche dentro de la noche, de modo que las ruinas de la academia, azotadas por la nieve, brillaban débilmente con la tenue luz que emanaba de su interior. A lo lejos, Tulkh oyó gritos. Aquellos gritos no eran al azar: se alzaban y cesaban de repente, oscilando en el viento, procedentes de diferentes direcciones.

Sin embargo, lo más incómodo era el silencio entre grito y grito.

Pensó en las criaturas que habían caído desde la torre y en que parecía haber muchas más allí fuera, gritando en la tormenta. Tulkh cogió su lanza, comprobó el arco, contó las flechas y escuchó los gritos cada vez más fuertes… y más cercanos. Con tantas criaturas, no pudo evitar preguntarse a cuántos se encontraría de camino al *Mirocaw*.

No tuvo que esperar mucho tiempo para comprobarlo.

Estaba rodeando un edificio largo y curvo, parecido a un hangar, en las afueras, al oeste de los terrenos de la academia, cuando lo alcanzaron.

Se le aparecieron dos oleadas, una por cada lado, a derecha e izquierda. Tulkh los olió, oyó sus gritos y sus pisadas tambaleantes varios segundos antes de que lo destrozasen por completo.

Ya había abierto la escotilla a patadas y se había colado en el interior. Se había girado para ver la alta e iluminada estructura curva que lo rodeaba. Los estudiantes debían de haber usado aquel lugar, pensó. Algún gracioso había dejado un cartel pintado a mano sobre la puerta de entrada donde podía leerse:

BIENVENIDOS AL TUBO DEL DOLOR

Tulkh miró a su alrededor. Parecía una especie de cámara de simulación de entrenamiento, un espacio amplio y lleno de instrumentos que sobresalían del piso y las paredes, e incluso del techo: pilares, piñones, bobinas retráctiles y arietes. Pero esa rápida impresión fue lo único que Tulkh pudo llevarse del lugar antes de que la escotilla se abriese de golpe a su espalda y dejase paso a una avalancha de cuerpos que avanzaban a borbotones hacia él.

El proceso evolutivo del whiphid había optimizado sus habilidades para matar. Tulkh se apresuró a recurrir a todo su patrimonio genético. La escotilla obligaba a aquellas criaturas a entrar una por una, y Tulkh derribó a las dos primeras con flechas, disparándoles a quemarropa entre ceja y ceja con la fuerza suficiente para ensartar sus cráneos directamente en la pared. Las flechas no los detuvieron, pero los inmovilizaron el tiempo suficiente para arremeter contra ellos y decapitarlos con la lanza.

Los cadáveres sin cabeza cayeron al suelo con un gorgoteo mientras las cabezas quedaban colgadas de la pared, temblando, rechinando los dientes y poniendo los ojos en blanco como horribles máscaras procedentes de alguna siniestra galería de la muerte.

Entonces miró a su alrededor y se dio cuenta de cuántos más habían entrado.

Decenas.

Zombis Sith adolescentes, pensó Tulkh. ¡Por las lunas de Bogden! ¿Cómo había empezado todo aquello? De vez en cuando, el universo debía de aburrirse y decidía cortar por lo sano. Al igual que los cadáveres que los habían perseguido procedentes de la torre, la mayoría de aquellos ya habían empezado a pudrirse. A otros les faltaban trozos enteros de la cara y la musculatura externa, lo cual los convertía en lecciones ambulantes de patología carentes de la cortesía necesaria para tumbarse y morir. Todos avanzaban tambaleándose, con la velocidad propia de unas criaturas cuyo apetito —por la carne o por la muerte— nunca podría saciarse.

Tulkh metió la lanza en el carcaj que llevaba a la espalda, saltó a uno de los puntales de apoyo que tenía encima, trepó hasta él balanceándose y avanzó hacia la cabina de control que había visto allí arriba. Cualquier criatura capaz de subir a lo alto de la torre y de arrastrarse sobre cristales no tendría ningún problema en trepar por una de aquellas vigas. Pero el whiphid había visto algo más allí arriba y, aunque probablemente no bastase para inclinar la batalla a su favor, podría darle una cierta ventaja. Y ventaja era lo único que necesitaba.

Tulkh atravesó la ventanilla de la cabina con una garra, hizo un agujero lo bastante grande para entrar arrastrándose y se dio media vuelta para mirar el amplio panel de mandos que supuso que controlaba toda la instalación de entrenamiento que tenía a sus pies.

Las criaturas muertas siguieron entrando en gran número, atropellándose los unos a los otros en un intento de avanzar.

Algunos ya habían comenzado a trepar a duras penas hasta la cabina. Tulkh se abalanzó sobre los controles del simulador, encontró uno denominado BRAZO MÓVIL 17-155 y apretó el botón.

El simulador respondió instantáneamente. Dos enormes

columnas bajaron de ambos lados del techo, se estamparon contra aquel enjambre de cadáveres y los apartaron haciéndolos volar por los aires. Tulkh gruñó, no del todo satisfecho con el resultado. Aquella no era su forma ideal de cazar, pero estaba en inferioridad numérica y necesitaba todas las ventajas que pudiese obtener para defenderse. Para activar otra secuencia, eligió una al azar. En el techo se abrieron unas ranuras que escupieron varios rollos de alambre de púas desde ambos lados de la sala que se tensaron entre las criaturas que, tambaleantes, tropezaron y gritaron al verse atrapadas.

Tulkh miró los mandos. La pantalla del monitor a su derecha, de color verde intenso, le mostraba todo un abanico de posibilidades en un diagrama claro, con el cursor a la espera de su siguiente orden. Tulkh eligió una llamada ESTACA PONJI y pulsó la tecla EJECUTAR.

Toda la mitad derecha de la pista se abrió y una fila de brillantes barras hidráulicas salieron disparadas hacia arriba, donde, lógicamente, deberían haberse estampado contra las criaturas que antes habían sido estudiantes Sith, o quizá podrían haberlas empalado por los pies.

Pero lo que sucedió fue muy distinto.

Aquellas criaturas saltaron hacia atrás, en bloque, una fracción de segundo antes de que las barras saliesen disparadas hacia arriba. Era como ver a un único organismo presciente reaccionando ante una amenaza percibida antes de tiempo. Se movían a gran velocidad y con una agilidad increíble, como si hubiesen sabido exactamente lo que iba a hacer Tulkh incluso antes de que él supiese que iba a hacerlo.

Tulkh se quedó boquiabierto, sin dar crédito a lo que veía.

«¿Están usando la Fuerza? ¿O quizá una versión de la Fuerza?».

No tuvo tiempo para darle muchas vueltas a la pregunta.

Las criaturas ya estaban subiendo por los brazos pendulares que Tulkh había soltado y sorteaban los obstáculos procedentes de ambas direcciones… como si supiesen que él estaba allí arriba, decididos a acabar con él. Incluso aquellos a los que había derribado se habían recuperado ya y parecían haberlo hecho a una velocidad sin precedente. Tulkh frunció el ceño. Era la primera vez,

que él recordase, que notaba flaquear su confianza.

Dio un paso atrás para evaluar sus posibilidades y notó que algo le tocaba el hombro. Se giró, preparado para destrozar aquello que se le había acercado sigilosamente, pero entonces vio los brillantes ojos metálicos que lo miraban desde la caja cromada de sus procesadores. El intruso retrocedió emitiendo un borboteo electrónico de sorpresa y Tulkh cayó en la cuenta de que lo que tenía delante era el droide de protocolo HK de Scabrous.

—¿Qué haces aquí?

—Respuesta: Disculpe, señor, no era mi intención molestarle, yo solo…

—Cállate.

—Reconocimiento. —Los fotorreceptores amarillos del droide giraron al reconocerlo—. ¿Tulkh el whiphid? —El vocabulador del droide expresó una mezcla de sorpresa y confusión—. Tenía la impresión de que lord Scabrous ya lo había despedido hace bastante tiempo. ¿Ha tenido alguna dificultad para encontrar la salida?

—Podría decirse que sí.

—Aclaración: Está cruzando la…

El whiphid soltó un gruñido, agarró al droide de los brazos y tiró de él hacia la ventana con vistas al simulador.

—Mira —dijo, señalando la sala—. ¿Ves lo que hay ahí abajo?

La cabeza del droide giró hacia el espacio que se abría a sus pies, lleno de hordas de antiguos alumnos Sith, ahora muertos vivientes. Todos intentaban escalar los puntales de apoyo. Los que se encontraban más avanzados estaban tan cerca que Tulkh ya podía olerlos.

—Respuesta: En efecto, señor —dijo el droide diligentemente—, pero no veo qué es lo que…

Tu jefe es el causante de este desbarajuste.

—Consulta: No entiendo por qué…

—Yo te diré por qué. —Tulkh no se tomó la molestia de seguir mirando a los fotorreceptores del HK; estaba demasiado ocupado comprobando los componentes de su coraza—. Eres un modelo HK.

—Confirmación: Un droide serie HK de Czerka Corp, sí, señor, pero…

—¿Sabes lo que significan las siglas HK?

—Respuesta: Es un término industrial, señor, pero…

—Cazador-asesino.

El droide, escandalizado, emitió un chirrido.

—Corrección: Con todos mis respetos, se equivoca usted. Soy un droide de protocolo que domina millones de idiomas galácticos y…

—En Czerka te construyeron de un modo especial para saltarse las leyes locales que prohibían a los droides asesinos. —Tulkh apretó los dientes—. Los escudos giratorios que te protegen los ojos son una modificación de combate. Cuando Scabrous te trajo aquí, te colocó un pasador de seguridad, pero si hago esto…

El whiphid quitó el pasador. Se oyó un breve chisporroteo cuando la mordaza del procesador del HK se cortocircuitó. Tulkh sintió que se le tensaba la piel y que se le erizaba el pelo. Le lanzó una mirada sombría al droide.

—¿Ya te acuerdas?

El HK no se molestó en contestar. En sus antebrazos se abrieron unas ranuras para armas y quedó a la vista un despliegue de láseres en ambos brazos. Un segundo después, la cabina de control cobró vida con el fuego de los desintegradores. Las criaturas Sith retrocedieron, girándose hacia atrás ante lo que parecía una descarga ininterrumpida de plasma caliente. A la izquierda del HK, Tulkh se agachó cuando el droide completó una vuelta entera y desplegó una línea de fuego tan rápido y denso que parecía estar creando una sola oleada balística. El whiphid echó la cabeza atrás cuando un rayo láser rebotó en la pared y luego pasó junto a él en la dirección contraria.

—Aparta —dijo el droide, que al parecer había abandonado su método habitual de expresión al mismo tiempo que su antigua programación.

—¿Qué…?

La pierna izquierda del droide giró hacia fuera y dejó a la vista algo con un cañón de mayor calibre. Un inmenso chorro de llamas azules cruzó la sala y prendió fuego a varias de las criaturas Sith, que se tambalearon, ardiendo y gritando mientras el lanzallamas vomitaba fuego por segunda vez.

A través del mar de cadáveres en llamas, Tulkh vio un pasillo que se abría hacia la salida, al fondo del simulador.

Una de las criaturas Sith estaba avanzando hacia él con la mandíbula colgando y la cara en llamas. Tulkh sacó la lanza de donde la llevaba enganchada a la espalda y la clavó con todas sus fuerzas en la boca abierta del cadáver.

El whiphid soltó la lanza con una sacudida y miró en dirección contraria.

—¿Adónde vas? —preguntó el droide.

—Me vuelvo a mi nave —dijo Tulkh a mitad de camino. Se volvió y miró al droide—. ¿Piensas quedarte aquí?

—¿Aquí? ¿Con ellos? —El HK no lo dudó y echó a andar detrás del whiphid. Ambos abandonaron la cámara de simulación, el tubo del dolor, y salieron a la nieve.

CAPÍTULO 35

LA LECCIÓN DE ANATOMÍA

Hace frío —dijo Maggs temblando y echando un vistazo a su alrededor, como si quisiera comprobarlo en los demás—. Aun así, se está bien, ¿no? Después de todo lo que ha pasado…

Kindra no dijo nada. Maggs, Hartwig y ella acababan de salir del túnel, con el maestro Hracken cerrando la marcha en silencio. Harrwig, que había cogido la espada de luz de Ra'at, restregó el mango con el primer puñado de nieve que pudo recoger, pero por más que lo intentó no pudo hacer desaparecer la mancha.

—¿Vamos a hablar de lo que ha pasado ahí dentro? —preguntó Maggs.

—¿Qué? —dijo Kindra—. ¿Tenéis algo que necesitéis decir?

Todos se volvieron para mirar a Hartwig, que estaba de pie a varios metros por detrás, todavía dentro del túnel, de modo que la mitad de su rostro seguía a oscuras.

—Ra'at —dijo Maggs—. Ha…

—Ra'at se ha transformado —contestó Hartwig, saliendo a la luz vagamente gris del crepúsculo, con el aliento escapándosele humeante de los labios. Era la primera vez que hablaba desde que se habían abierto paso a través de la barrera, y su voz sonaba diferente, espesa y extraña—. Se ha transformado en uno de ellos, y el maestro Hracken se lo ha cargado.

Ahora, su espada de luz la tengo yo. Fin de la historia.

—¿Qué pasa con nosotros? —preguntó Maggs.

—A ninguno de nosotros le han mordido, que yo sepa. —Hartwig miró a su alrededor para comprobar si los otros lo contradecían—. ¿Estás bien? —Maggs asintió con la cabeza—. ¿Kindra? ¿Tienes algo que confesar?

La chica no levantó la vista.

—¿Kindra?

Silencio.

—Oye. —Hartwig caminó hasta donde se encontraba la chica, empujando a Maggs al pasar, y la agarró con fuerza del hombro para obligarla a mirarlo—. Te estoy hablando a…

Kindra se soltó. Sus ojos parecían unos perdigones quebradizos.

—Estoy limpia.

—¿Estás segura? —Hartwig no había bajado las manos—. ¿Qué es eso que tienes en el cuello?

—Muy gracioso.

—¿Crees que estoy de broma? —Se quedó esperando mientras Kindra levantaba la mano y se tocaba el cuello, quizá a un centímetro de la yugular. La chica se estremeció al notar la herida abierta, retiró la mano y miró la mancha roja en el dedo índice.

Apartado de ellos, a una cierta distancia, el maestro Hracken los miraba sin decir nada.

—No es más que un corte —dijo la chica—. Me lo habré hecho con alguna pieza de la instalación eléctrica…

—Eso no lo sabes —repuso Hartwig.

—¿No crees que me acordaría si me hubiesen mordido?

—Lo que yo creo —contestó sosteniéndole la mirada— es que había un montón de sangre infectada volando por los aires. Y si te ha salpicado la herida…

—En ese caso, ya estaría gritando y destripándote —le espetó Kindra—, pero no es el caso… aunque me gustaría. Así que si ya has acabado de poner en entredicho…

—Hace un rato estabas dispuesta a matarme por una espada de luz —dijo Hartwig—. Me parece que, por el bien del grupo, ahora tendríamos que dejarte fuera a ti. —Miró al maestro Sith—. ¿No, maestro Hracken?

Hracken no tuvo ocasión de responder, ya que Kindra se le

adelantó.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —le preguntó a Hartwig, con la espada preparada—. Hemos combatido bastantes veces durante los entrenamientos. Ya sabes lo que va a pasar.

Hartwig no contestó y se quedó mirándola, con los hombros subiendo y bajando a cada respiración y el rostro inexpresivo. Una ráfaga de viento cargado de nieve sopló entre ambos y Kindra sintió que el corte del cuello comenzaba a dolerle.

—Mueve ficha —dijo la chica.

—Tú primero.

—Esperad —terció Maggs—. Nadie sabe cuál es el período de incubación de esa cosa, ¿verdad?

Hartwig no dejó de mirar a Kindra a los ojos.

—En el caso de Ra'at, yo diría que ha sido muy rápido.

—Sí, pero Ra'at se ha contagiado de primera mano. Quizá con una exposición accidental se tarde más tiempo. —Kindra notó que la voz de Maggs iba ganando en confianza al hablar, entusiasmada con su propio argumento—. La cuestión es que no lo sabemos. Así que antes de que alguien cometa alguna tontería, ¿y si todos damos un paso atrás, nos desvestimos y nos aseguramos de que nadie tiene ninguna herida abierta donde pueda haber entrado sangre contaminada? —Miró al maestro de combate Hracken, que aún no había dicho nada—. ¿Qué te parece?

Hracken asintió con la cabeza.

—Sí —contestó.

—¿Desvestirme, yo? —La expresión de Kindra había pasado de belicosa a incrédula—. ¿Me estás pidiendo que me quite la ropa?

—Es la única manera de estar seguros. —Miró a Hartwig—. ¿Tú estás de acuerdo?

—¿Por qué no? —dijo Hartwig encogiéndose de hombros—. No tengo nada que ocultar. —Se quitó la túnica y la camisa del uniforme que llevaba por debajo y luego se bajó los pantalones hasta los tobillos. Frente a él, Kindra ya se había quitado el abrigo y tenía los brazos desnudos cruzados sobre el pecho, mirando a los demás desafiante.

—Esto es todo lo que pienso quitarme.

Hartwig puso los ojos en blanco y se volvió hacia Maggs, que

estaba temblando con la única protección de la ropa interior y las botas, abrazado a un ovillo de ropa como un niño pequeño al irse a dormir. Por detrás de él, con el torso desnudo, estaba el maestro Hracken. El maestro de combate también se había desvestido hasta la cintura, sin que nadie se lo pidiese, y mostraba un físico ancho y musculoso que parecía aún más duro por las cicatrices, los tatuajes extraños y décadas de intenso entrenamiento físico. Tenía la cabeza gacha, como si estuviese inspeccionando algo en la nieve.

—Parece que estamos todos limpios —dijo Hartwig—. Supongo que eso quiere decir que…

El maestro Hracken levantó la cabeza. Su sonrisa retorcida parecía atravesarle diagonalmente toda la cabeza a lo ancho, como un corte. La sangre ya había comenzado a chorrearle a ambos lados de la boca cuando abrió los labios, ya medio roídos.

Sus ojos no tenían nada de humano.

Con un ruido informe que era en parte grito, en parte jadeo, Hartwig buscó a tientas su espada de luz y se le cayó en la nieve. Se agachó, intentó cogerla, pero solo logró que se colase aún más en la nieve.

Hracken tardó menos de un segundo en abalanzarse sobre él. Agarró a Hartwig de la cabeza, le clavó los dientes en el cuello y le arrancó un bocado de tejido y cartílago. Kindra vio que la sangre brotaba a borbotones como si alguien hubiese encendido una fuente en miniatura justo debajo de la barbilla de Hartwig.

El alumno dio un paso atrás tambaleándose, con las manos levantadas, parpadeando ante el maestro Sith cuando éste se giró para mirarlo. Ya no estaba nervioso. Hracken levantó las manos con fuerza, dispuesto a disparar una descarga de rayos de Fuerza, cuando su cabeza cayó de encima de sus hombros y rodó, soltando chorros de sangre, hasta tropezar con un montículo de nieve entre las sombras.

El cuerpo decapitado de Hracken se derrumbó, temblando y entre espasmos, y Maggs vio a Kindra detrás de él. La chica agarraba la espada de luz con ambas manos con una firmeza absoluta.

—Gracias —susurró Maggs.

—De nada. —Kindra caminó hacia la cabeza de Hracken, que

aún gruñía, y la cortó en dos—. Ése es todo tuyo.

Maggs miró hacia atrás, al cadáver de Hartwig, con el cuello desgarrado derramándose descuidadamente sobre la nieve como una mano perdedora de pazaak. La criatura ya estaba empezando a volver en sí. Se retorcía sin moverse del sitio, agitaba los brazos y las piernas y se preparaba para incorporarse de nuevo. Por el agujero del cuello se le escapaban apáticos burbujeos y gorgoteos.

—¿Vas a ocuparte de eso? —preguntó Kindra.

Maggs respiró hondo, clavó su espada de luz en el cadáver de Hartwig y cortó su torso en canal desde la garganta hasta la ingle. Al mirarlo, Kindra se dio cuenta de que podía ver el cartílago negro, aún palpitante, del corazón muerto de aquella criatura latiendo estúpidamente, intentando aferrarse a un último latido. En aquel momento sintió asco al ser testigo del inútil compromiso de la máquina humana a la hora de soportar más y más penalidades.

—¿Está muerto? —preguntó Kindra.

Maggs no respondió.

—¿Está muerto?

Maggs volvió a ponerse manos a la obra con la espada de luz, y esta vez cortó la cabeza de Hartwig. La cabeza se quedó colgando durante un segundo de una última tira de carne, y luego se separó de ella para siempre. Unos cuantos apáticos regueros de sangre hervida cayeron como lágrimas de las arterias cortadas, negras como el aceite usado, antes de cauterizarse por completo.

—Ahora sí que está muerto —dijo.

Kindra asintió con la cabeza, pero no apagó su espada de luz.

—¿Y ahora qué? —preguntó Maggs.

—Yo me voy —contestó ella—. Tú te quedas. Maggs parpadeó.

—¿Cómo?

De un tajo, la espada de luz de Kindra le cortó los ligamentos de la corva y le seccionó los tendones justo por encima del tobillo.

Maggs gritó y se resbaló, agitando los brazos, al perder el equilibrio. Se puso a gritarle a la chica, a preguntarle por qué lo había hecho, qué se creía que estaba haciendo, pero para entonces Kindra ya se había dado media vuelta y había echado a correr —no a caminar, sino a correr— tan rápido como podía en dirección contraria.

—¡Espera! —Maggs se incorporó e intentó levantarse, pero sus piernas se negaron a hacerle caso. Los tendones de Aquiles cortados le hacían caer de bruces una y otra vez sobre la nieve.

Cuando levantó la cabeza, oyó ruidos a sus espaldas. «No», pensó Maggs. «No, todo esto ha sido un error, un gran error…».

Miró hacia atrás y las criaturas se abalanzaron sobre él.

Capítulo 36

DREAR

Después de veinte minutos paseándose por la biblioteca, Zo tuvo que reconocer que se había perdido.

Al principio, la voz de la orquídea la había guiado al cruzar la puerta de entrada y seguir por la nave principal, sala tras sala, algunas con techos tan altos que no alcanzaba a verlos, y otras con techos tan bajos que tenía que agacharse para poder pasar. La irregularidad era el único diseño válido, y la simetría había sufrido la fractura del tiempo y de las condiciones climatológicas. A cada paso, el aire subterráneo se había ido volviendo cada vez más frío, y Zo era plenamente consciente de que estaba viajando no solo hacia adelante, sino también hacia abajo, como si las profundidades de la biblioteca se hundiesen sin límites en el núcleo mismo del planeta. Sentía el aire en los pulmones, y en la boca el sabor oxidado de las virutas de metal. La única luz procedía de las antorchas y las lámparas colocadas a gran altura, y el único sonido era el crujido de sus pasos. Aun a aquella profundidad, la nieve había encontrado el modo de entrar, inevitablemente, a través de las grietas y los techos rotos, y los copos se agitaban inquietos y fantasmales con el grave gemido del viento. Cuando Zo miró hacia atrás, vio que sus propias huellas avanzaban por el pasillo, unas pisadas solitarias relucientes a la luz de las antorchas.

Se preguntó quién habría encendido las antorchas y quién las

mantendría encendidas.

Tulkh se había negado a seguirla hasta allí y había dejado que acudiese sola. La chica se había enfrentado a él y le había dicho: «A ver si lo entiendo, entras en la torre de un lord Sith, pero no en una biblioteca», pero él se había limitado a asentir con la cabeza y le había dicho que sabía distinguir una trampa nada más verla. Zo había protestado —conocía el sonido de la voz de la orquídea al llamarla—, pero estaba empezando a preguntarse si el whiphid había hecho bien manteniéndose al margen.

«La orquídea no te pondría en peligro deliberadamente. Ya lo sabes».

Sí, lo sabía, pero…

Más adelante se abrió ante ella una inmensa sala con el techo como el de una catedral, donde parpadeaba la luz de unas pocas antorchas. Le llegó un olorcillo que identificó como humo y plastifino quemado. Miró a derecha e izquierda y permitió que su atención se desplazase hacia arriba para intentar abarcar los estantes que se extendían aparentemente sin fin. Otra ráfaga de viento azotó el espacio abierto y desalojó la nieve vieja y seca que había acá y allá en montoncitos al azar a lo largo del suelo embaldosado.

Zo se detuvo. No había oído la voz de la orquídea desde hacía varios minutos. Se preguntó, y no por primera vez, si podría encontrar el camino de vuelta en caso de tener que hacerlo. Supuso que podría seguir sus propias huellas de vuelta, si el viento que se colaba por las grietas de las paredes no las había borrado ya. Había muchos lugares donde esconderse si se sentía amenazada… pero ¿y si la amenaza estaba esperándola agazapada en uno de ellos?

Algo le tocó la cara, fría y conscientemente.

Zo se quedó helada y contuvo la respiración, con la mirada fija en el espacio que tenía justo delante de la nariz. Allí no se veía nada… pero ella sentía su presencia, una mano invisible con guantes de cuero acariciándole la mejilla, recorriéndole la mandíbula y bajándole por el cuello, buscando sus zonas suaves con la intimidad de un amante. El pecho se le encogió y se le cerró sobre el trémolo asustadizo de los latidos de su corazón.

Tras ella, un ruido arañó el silencio, muy cerca.

Zo se dio la vuelta y miró hacia atrás, por donde había llegado. Sus huellas seguían allí, alejándose hasta perderse de vista…

Y entonces las vio.

Eran otras pisadas que avanzaban en paralelo a las suyas.

Las pisadas se detenían, quizá a unos diez metros de distancia, y se apartaban a un lado para luego desaparecer tras una pared medio caída cuyas dimensiones quedaban enterradas entre las sombras. Allí había algo de pie, mirándola. Zo sintió que todo el peso de su presencia caía sobre ella y la anclaba donde estaba, sin poder moverse.

Se puso en tensión para echar a correr y vio a Scabrous saliendo de detrás de la pared y entrando en la penumbra, de modo que casi la mitad de su cara quedó iluminada. Zo vio fugazmente la dureza afilada de sus ojos. Su cara era una superficie moteada de carne gris y músculos al descubierto, y su sonrisa, con los dientes apretados, estaba a medio camino entre la locura y el rigor monis. Comprendió que estaba infectado… pero que de algún modo se las había arreglado para evitar la transformación completa, al menos de momento. Su mirada se posó sobre la mochila de instrumental médico, monitores, tubos y las menguadas reservas de sangre que le colgaban de los hombros angulosos. Aquella nueva versión del lord Sith parecía más demacrada, pero más imponente, como si los huesos de su cuerpo se hubiesen hinchado y lo hubiesen rehecho desde dentro.

—Hestizo Trace —dijo, extendiendo una mano—. Me alegro de volver a verte. Espero que no te molestes en intentar huir.

La chica abrió la boca para hablar y se dio cuenta de que no podía respirar. Scabrous hizo un gesto con una mano y Zo sintió que algo tiraba de ella hacia delante, por el pasillo, para caer en manos del lord Sith. En cuestión de segundos estaba tan cerca de él que tuvo que mirar hacia arriba para verle la cara.

—Esta biblioteca —dijo él— es la parte más antigua de la academia, más antigua incluso que la propia torre. La construyó hace más de mil años un lord Sith llamado Darth Drear. Fundó la academia cuando el planeta era joven todavía. Según los antiguos escritos, usó a sus primeros alumnos como mano de obra. Durante cientos de años, los maestros de la academia pensaron que buena

parte de esos alumnos habían muerto en estas cámaras usando la Fuerza para desplazar cientos de toneladas de nieve y hielo y excavar estos pasillos y cámaras para albergar la vasta colección de… especímenes de Drear. Se pensaba que Drear hacía trabajar a los alumnos hasta que morían de agotamiento. —Sonrió sin el más mínimo matiz de humor—. La auténtica genialidad del edificio se halla por debajo. Bajo nuestros pies Drear se construyó un templo secreto, donde practicaba los rituales y ritos de los antiguos, codificados en el holocrón Sith.

Los pulmones de Zo comenzaron a abrirse lo justo para que pudiese tomar aire.

«Crece», le dijo a la orquídea. *«Por favor, sí estás ahí… si es que estás ahí, crece, crece en su interior, crece ahora…»*.

Pero no había nada.

—Cuando descubrí el holocrón —dijo Scabrous—, no entendí sus protocolos. —Se señaló la cara, el horror de su descomposición actual—. Pero ahora sí los entiendo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Zo.

—Ah. —A Scabrous se le hundieron las mejillas y se pasó la lengua por los labios. Zo pudo ver la superficie gris de su lengua como la de un lagarto enrollándose sobre las piedras amarillas de sus dientes—. Darth Drear escribió que había encontrado un elixir para protegerse de la muerte, y grabó sus ingredientes en el holocrón… incluida, por supuesto, tu querida orquídea. La mezcla estaba completa en sí misma y solo tenía un defecto… —Se señaló de nuevo la cara—. La inevitable disolución de los tejidos. Actuaba inmediatamente después de la exposición; primero se extendía al cerebro, desde donde llevaba a la víctima a un estado de locura homicida, y luego por el resto del cuerpo hasta apagarlo. La carne sigue estando animada, pero insensible… y solo vive para tener hambre, para alimentarse y matar.

—Si sabías todo eso —preguntó Zo—, ¿por qué intentaste recrear el experimento?

La sonrisa de Scabrous parecía colgarle de los lados de la cara como algo prensil con vida propia.

—Antes de morir, Darth Drear describió por escrito la etapa final del proceso, el paso que él mismo nunca pudo lograr. Envió a sus

guardias a un planeta cercano a secuestrar a un Jedi y traerlo al templo secreto bajo la biblioteca. Después de ingerir el elixir, en las últimas horas antes de que su cuerpo le fallase por completo, en las circunstancias y condiciones adecuadas, Drear tenía previsto utilizar una espada ceremonial Sith para abrir en canal el pecho del Jedi mientras seguía vivo y comerse su corazón. Solamente entonces, con esa infusión final de midiclorianos de la sangre del Jedi todavía calientes, detendría el proceso de descomposición y le concedería al lord Sith la inmortalidad.

Zo lo miró fijamente. No podía moverse ni respirar.

—Por desgracia —prosiguió Scabrous—, los guardias no lograron llevarle a un Jedi con la cantidad adecuada de midiclorianos en sangre antes de la que la enfermedad de Drear acabase con él. Pero esta noche, con tu ayuda, estoy en condiciones de poder hacer realidad ese destino personalmente.

Zo sintió que algo se le enredaba en los brazos y tiraba de ellos con fuerza para obligarle a echar los omóplatos hacia atrás. Unas gruesas enredaderas verdes le habían rodeado los codos y le habían subido por los costados. La chica estiró el cuello hacia la derecha y entonces los vio.

Los muertos: los cadáveres a los que se había enfrentado en el saliente rocoso, frente a la torre. Seguían faltándoles las cabezas. En su lugar, el caos de vegetación que ella había hecho crecer desde el interior de *sus* cráneos se había vuelto más abundante desde la última vez, y crecía desenfrenadamente. Aquéllos eran los estolones y enredaderas que la habían atrapado y que se extendían desde los muñones de sus cuellos, decenas de sogas verdes que la agarraban con fuerza de los brazos.

Cuando Zo los miró, comprobó horrorizada que los tallos estaban cubiertos por decenas de pequeñas orquídeas negras que florecían por todas partes. Mentalmente podía oír a las flores silbar y gritar, crujiendo histéricamente de hambre. Le pincharon los brazos como si fuesen jeringuillas sedientas, deseosas de su sangre.

«No», pensó. *«No, no, por favor…»*.

—Las has hecho crecer tú —dijo Scabrous—. Qué bonito que te reconozcan.

Los cadáveres sin cabeza, invadidos por las enredaderas, se

acercaron más, a tientas y empujones, hasta que Zo cayó en la cuenta de que podía olerlos. Apestaban a tumba recién abierta, llena de tierra negra, moho y carne podrida. Sintió su piel fría empujándola mientras las enredaderas le apretaban aún más los brazos y se retorcían hasta pellizcarle la piel.

Scabrous dio un paso al frente y levantó los hombros hasta que se alzó sobre las criaturas.

Entonces abrió la boca de par en par y gritó.

Su aliento era fétido; era el aliento de una criatura que ya había muerto y estaba descomponiéndose por dentro. Zo sintió que las criaturas respondían inmediatamente al grito, retrocedían y tiraban de ella. Y cuando gritaron su respuesta, fue un ruido horrible que les subió palpitando por el cuello roto, vibrando a través de los tallos, un chorro sólido de sonido agudo que se alzó, cambió de frecuencia y volvió a caer, un mensaje compuesto por completo en una frecuencia aguda, casi ultrasónica.

Le dieron la vuelta.

En un acto de desesperación absoluta —una parte de ella debía de saber que fracasaría—, Zo intentó usar la Fuerza contra ellos, trató de contactar con la presencia vegetal en el interior de las criaturas. En cuanto se puso en contacto con ella, la recorrió una sacudida de energía tóxica que se le clavó en el cerebro como un hacha de hielo y la hizo gritar a voz en cuello. En el paisaje interior de sus párpados se arremolinaron colores marchitos, tonos de bronce tostado y amarillo anémico.

Las enredaderas estaban arrastrándola por el frío suelo del pasillo de la biblioteca. Zo abrió los ojos. Por delante de ella, en el suelo se abrió un enorme agujero rectilíneo y dejó a la vista un pozo de sombras aparentemente sin fondo.

Sin embargo, en el fondo brillaban unas extrañas luces. Zo supo adónde la conducían.

«Bajo nuestros pies Drear se construyó un templo secreto, donde practicaba los rituales y ritos de los antiguos…». Scabrous hizo un gesto y tiraron de ella hacia abajo.

Capítulo 37

UNA NATURALEZA DIFERENTE

Trace cruzó un largo tramo desolado entre dos muros altos sin nada que los distinguiese de los demás, con la tormenta azotándolo como un demonio que tuviese alguna deuda que cobrarse. Por delante —quizá a un centenar de metros—, estaba la torre. Casi había llegado.

A pesar de las prisas, sabía que tenía que moverse con más sigilo. Desde la muerte del maestro de espadas Sith no había visto más criaturas como la del interior de la pared, pero sabía que estaban allí. La percepción extrasensorial, la habilidad telemétrica, ya no era necesaria. Podía oír los gritos perfectamente. Y los gritos se iban haciendo más fuertes a medida que se acercaba a la torre… más intensos. Y parecían más hambrientos.

Nunca había visto nada como la abominación que había desgarrado al maestro de espadas: un cadáver viviente, una criatura muerta cuya carne y músculos aún se movían, mientras se descomponían delante de sus narices. Sentía su presencia a su alrededor, por debajo y por detrás de los templos invisibles y edificios de piedra. ¿Podría una espada de luz acabar con una criatura así, o simplemente la desmembraría en pedazos que, a su vez, seguirían persiguiendo a su presa?

¿Y qué pasaba con Hestizo? ¿Aquellas criaturas también la habrían encontrado?

Se detuvo de nuevo y aguzó todos los sentidos, con la Fuerza como una amplia red psíquica en busca de cualquier rastro de su hermana, pero no captó nada. Seguía pensando que estaba allí —quizá en la torre, quizá no—, pero el silencio que sentía por dentro era mucho más inquietante que los gritos que oía a lo lejos.

«Sigue adelante. Vas a encontrarla. Seguro que sí».

Durante diez minutos más siguió avanzando. Dio un paso más y volvió a titubear; levantó la cabeza ligeramente y olisqueó el aire.

Olía a humo.

Se encaramó a lo alto de una columna rota y miró en todas direcciones hasta que un destello de luz de fuego le llamó la atención a lo lejos, un brillo naranja parpadeante dentro de una gran estructura de piedra medio hundida, tal vez a un kilómetro de distancia. Trace la miró durante unos segundos. Quería estar seguro. Por sí mismo, un fuego no habría significado nada, y menos en un planeta en ruinas gobernado por los Sith donde los muertos habían resucitado.

Pero de repente también sintió la presencia de su hermana allí dentro.

«Está allí. Está allí».

Rojo Trace saltó desde la columna rota y echó a correr.

Veinte segundos: el tiempo que tardó en llegar a la entrada, abriéndose paso a empujones, ajeno a la oscuridad, la nieve y otras cosas diseminadas sin orden ni concierto, y el hedor cada vez mayor a humo. Había cosas tiradas al azar por el suelo: libros, rollos de pergamino y restos sin identificar. Había hileras y más hileras de mesas de piedra bajas, como losas de mármol. Era una especie de biblioteca inmensa. Rojo siguió andando.

«Hestizo, soy yo, ¿estás ahí? Soy Rojo. Ya voy, estoy…».

Un brazo lo agarró por detrás y tiró de él.

—Ten cuidado, Jedi. —Una voz antigua que sonó como un graznido delante de él. Cada palabra salió deliberadamente, como una reverberación gutural con la cualidad del serrín, y pareció que las moléculas de aire se movían solas—. Parece que has entrado sin permiso en mi sanctasanctórum. Quizá no te vendría mal un poco de moderación.

Trace sintió que se balanceaba en el aire, y comprendió que

estaba colgando de las ramas de un árbol inmenso. Miró hacia abajo, muy abajo, y vio los nudillos verrugosos de sus raíces hundiéndose profundamente en el suelo, donde las abigarradas baldosas se torcían y combaban. El tronco de aquella criatura se alzaba y se extendía en decenas de sinuosas extremidades grises por toda la sala cavernosa y sombría. Sus ramas superiores le agarraban de la muñeca con más fuerza que nunca y lo zarandeaban. Trace observó que las paredes que lo rodeaban estaban forradas desde el suelo hasta el techo con estantes de hololibros, rollos de pergamino, grimorios y una variedad de objetos arcanos metidos a presión en cada ranura disponible.

—Ésta es mi morada. —La voz de la criatura arbórea salió burbujeando desde algún lugar del interior de su tronco—. Y has entrado sin permiso.

Trace echó la mano hacia atrás en busca de su espada de luz. Se oyó un restallido de látigo agudo y el Jedi notó un pinchazo cuando una de las ramas lo apartó de un golpe. Trace vio la espada de luz alejarse dando vueltas. Cayó debajo de los estantes, en un rincón, junto al borde exterior de una chimenea brillante donde parpadeaban las brasas anaranjadas de un fuego.

—Aquí no necesitas tu arma —dijo la voz—. Éste es un lugar de aprendizaje. Ambos somos seres sabios, ¿verdad? Ilustrados e informados por la palabra escrita. No hay necesidad de recurrir a la violencia física. —Emitió otra risa ahogada—. Mírame, si así lo deseas. Busca mi rostro.

A Trace le llegó un olor fuerte y penetrante y se volvió para ver la enorme cabeza de madera del bibliotecario estirándose hacia él entre sus ramas sin hojas. Era un neti, y estaba enfermo. Fuera cual fuese la enfermedad que había infectado a aquel planeta, también lo había infectado a él. A lo largo de su espalda, la forma de la criatura vegetal, que en algún momento había sido majestuosa, había adquirido un aspecto totalmente diferente. Sus ramas formidables colgaban como racimos de músculos atrofiados. Las heridas abiertas habían devorado su corteza y el duramen al descubierto rezumaba constantemente un líquido oscuro que se había acumulado en el suelo alrededor de sus raíces. Bancos enteros de hololibros y textos Sith flotaban como esquifes en el charco de

líquido cada vez mayor. Lo que les había sucedido a los alumnos Sith había saltado de una especie a otra sin perder nada de su virulencia.

—Estoy buscando a una Jedi llamada Hestizo Trace.

El neti no respondió de inmediato y se limitó a mover las ramas. Trace vio que las ramas de la criatura estaban cargadas de cientos de hololibros, algunos en pilas tan altas que se iban cayendo en una dirección o en otra cada vez que se movía.

—Por supuesto que la conozco —respondió el neti—. Tú eres su hermano, ¿no? —Las ramas se estremecieron y cayeron más libros —. Por desgracia, ella ya está perdida.

Trace sintió que lo invadía un escalofrío repentino, como si lo hubieran envenenado y solo ahora comenzase a darse cuenta.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Eso qué importa? Por el vínculo de la hoja y la enredadera. —Hizo una leve pausa—. La he hecho venir hasta aquí a petición de lord Scabrous, y él la ha matado.

—Mientes.

—¿No me digas? —La cara marchita no parecía demasiado ofendida por la acusación; en todo caso, parecía intrigada—. No pareces muy seguro de ti mismo, Jedi. Nada seguro. He vivido más de mil años, y ahora me ha tocado vislumbrar mis últimas horas. Quizá antes de que pase a la siguiente etapa de mi desarrollo evolutivo te gustaría echar un vistazo en el interior de mi mente y ver si digo la verdad.

Trace empezó a decir algo, pero se le quebró la voz. La rama que le rodeaba la muñeca le apretó aún más y lo zarandeó hasta clavársele en el hueso. Unas extremidades arcaicas crujieron tras él y le llegó un olor diferente, procedente de ellas, algo mucho peor que el aliento de aquella criatura. Era el hedor cenagoso de la enfermedad, algo profundamente erróneo.

—Vamos —dijo el neti. Su voz sonaba casi vertiginosa ahora—. Mira en mi mente, Jedi. Mira lo que te espera allí. Busca mi rostro.

Trace sintió que algo le rodeaba la pierna derecha por el tobillo y tiraba con fuerza mientras la rama tiraba a su vez aún con más fuerza de la muñeca, ejerciendo una tensión cada vez mayor.

«Busca mi rostro».

El neti repitió la frase, renunciando por completo a hablar, gritándole las palabras mentalmente a Trace.

«¡Busca mi rostro!».

Indefenso, Trace se sintió aspirado hacia el fango de los pensamientos de aquella criatura. Era como meter la mano en una cuba de pus negro y caliente. Buscó a tientas durante unos segundos de ceguera total, intentando encontrarles sentido a las formas y a las imágenes que lo envolvían en la inmensa memoria del neti.

Y lo vio.

Era una parte diferente de la biblioteca Sith, con los hololibros y archivos cuidadosamente ordenados. Trace cayó en la cuenta de que lo estaba viendo a través de los ojos del neti antes de enfermar, y comprendió la verdadera dimensión de la colección del bibliotecario: no solo ocupaba aquella sala, sino otras muchas salas que se extendían en múltiples direcciones. Durante el milenio, o más, que el neti había morado allí en calidad de bibliotecario de la academia, había ido acumulando hololibros y cartas de navegación, registros y objetos variados.

Trace recorrió aquel paisaje interior en busca de cualquier rastro de Hestizo, y su visión interior se deslizó por una de aquellas salas, moviéndose como se habían movido los miembros del neti, doblando una esquina, por debajo de rincones oscuros y a través de arcos de herradura gigantes. La arquitectura había cambiado y se había vuelto menos monástica y más ornamentada, más parecida a unas almenas que a una biblioteca. Las ramas retorcidas e incorpóreas de la mente del neti hicieron que Trace fuese internándose cada vez más en aquel lugar, más allá de una galería oculta, por encima de un parapeto, deteniéndose aquí o allá junto a la acumulación sin fin de textos y escritos. *«Ésta es mi fortaleza»*, dijo una voz dentro de su cabeza, *«mi bastión de los conocimientos adquiridos durante miles y miles de años, pero ahora es mi COMBUSTIBLE»*. Y siguió oyendo aquella llamada mecánica que retumbaba en busca de reconocimiento: *«¿Lo ves, Jedi? ¿Comprendes lo que es el COMBUSTIBLE?»*.

Y Trace sintió que asentía con la cabeza, comprendiéndolo perfectamente. Claro que lo veía. La Fuerza le ayudaba. No estaba seguro de si en aquel momento se había convertido en el neti…

pero sus conciencias se habían fundido y los dos compartían algo que trascendía el pensamiento y la expresión. Oyó ruidos extraños en su cabeza, oclusivos y sibilantes, que formaban un nombre que le resultaba familiar.

«Dail'Liss».

Trace comprendió que era el nombre del bibliotecario, su patronímico, y supo que en su planeta de procedencia significaba «amante del conocimiento», una elección perfecta para…

De pronto cambió el carácter de la luz.

La memoria se volvió quebradiza, más dura, más grave: una abertura en el suelo, un abismo de incalculable profundidad que descendía en silencio a través del frío espacio subterráneo. Allí, en el fondo, Trace vio una silueta encapuchada bajo un rayo de luz donde bailaba el polvo, rodeado de un montón de escombros. Una parte de la pared se había derrumbado, o alguien la había arrancado, y dejaba a la vista una cámara oculta en su interior: un templo oculto. La figura encapuchada se arrodilló con la cara oculta, electrizado por lo que había visto.

Trace vio que el hombre cogía con las dos manos una gran caja gris para llevársela, decorada con jeroglíficos que brillaban bajo la escasa luz. Aquel momento de quietud pasó. Acto seguido, la figura puso la caja de lado con sus manos suaves y sonrosadas. Las pasó por encima de la caja y encontró un interruptor.

Y lo pulsó.

La caja se abrió, y en aquel momento Trace vio una forma negra piramidal con una superficie sin fondo que no reflejaba la luz, solo la cara pálida del hombre que la miraba absorto.

«Un holocrón Sith», pensó Trace. «Aquí, en esta biblioteca, aquí es donde Darth Scabrous encontró…».

La pirámide vibraba ligeramente, y Trace vio que el reflejo del hombre cambiaba a medida que se movían sus labios, murmurando palabras que no alcanzaba a oír. La pirámide comenzó a vibrar a un ritmo constante, casi ronroneando con el abrazo de aquel hombre.

La imagen le golpeó de pleno, lo sacó de los pensamientos del neti como un bólido y lo devolvió al momento presente con todo el impacto de una colisión incontrolada. Los ojos le temblaron en las órbitas. El dolor le atenazó el pecho, las costillas y la pelvis hasta

que sintió que se las estaban abriendo con ganchos. Entre las ramas moribundas oyó una risa, la risa mecánica del neti, entregándose a la locura.

«Humo, huele a humo…».

Trace intentó despejarse. «Calor». La piel le quemaba. El humo le atacó los bronquios y le arrasó las fosas nasales. Aún tenía adherido a la conciencia lo que había visto en el pozo del templo, y comprendió que aquél era el lugar desde donde se había propagado la enfermedad. El origen había sido la biblioteca, en cuyas laberínticas profundidades Darth Scabrous había descubierto un holocrón Sith, quizá olvidado durante más de mil años, y había desencadenado algo que ni siquiera él era capaz de controlar.

Trace sintió que los vasos sanguíneos de su cabeza se hinchaban con la inversión repentina de la presión hidrostática. Un dolor desgarrador se apoderó de su columna vertebral y sus caderas. Miró hacia abajo y vio que las ramas del neti le apretaban con más fuerza hasta que sus músculos aullaron pidiendo que los liberasen. Por detrás de la criatura arbórea y por debajo de ella las llamaradas habían comenzado a lamerla a través de los montones de hololibros caídos y de los textos sagrados Sith, amenazando con envolver toda la biblioteca.

—Deberías haber huido cuando tuviste ocasión, Jedi. —Las ramas del neti, ahora en llamas, recorrían los estantes y tiraban al fuego cientos de hololibros—. No deberías haber buscado mi rostro. Ya te he dicho que estaba en mis últimos días aquí. Ahora moriremos juntos… ¿no?

—Espera…

—Aquí ya no me queda nada. Ni a ti. Nos iremos los dos y nos uniremos a tu hermana.

—No —dijo, pero sus extremidades parecían hechas de plomo y estaba increíblemente débil, como si el humo se le hubiese solidificado en los pulmones y hubiese colgado un lastre enorme de sus brazos y piernas. Tenía la sospecha que si no empezaba a moverlas pronto, no sería capaz de moverlas de nuevo.

Por encima de él, el neti estaba experimentando la reacción opuesta.

La muerte inminente lo había transformado en una versión

frenética y afilada de sí mismo. Agitaba las ramas violentamente de un lado a otro, retorciéndose como si estuviese atrapado en un huracán de fuego, y arrancando sus raíces del suelo.

En algún lugar de su propia mente, Trace sintió que la criatura ya había perdido el contacto con la realidad mientras se arrancaba a sí misma del suelo. A ambos lados, los estantes temblaban y se desmoronaban a una velocidad aterradora y vertían su contenido como escuadrones de ángeles de fuego cayendo al abismo. Los hololibros crujían y silbaban con una lluvia de chispas al explotar *sus* circuitos en el fuego cada vez más intenso. ¿Cuánto tiempo tenía hasta que el fuego provocase que el techo se derrumbase sobre sus cabezas? ¿Cinco minutos? ¿Menos?

«AYÚDAME POR FAVOR AYÚDAMEAYÚDAMEAYÚDAME…».

Rojo Trace retrocedió como si le hubiesen dado una bofetada. Era la voz de Zo gritándole mentalmente. El pensamiento lo invadió y le hizo regresar a un estado de conciencia total.

Trace respiró hondo, lúcido de nuevo y agradecido. Aquel aplazamiento no duraría eternamente, ni siquiera mucho tiempo, eso ya lo sabía, pero podría bastar para hacer lo que tenía que hacer.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo quedase inmóvil en poder de las ramas del neti, entregándose sin resistencia. Respiró hondo por última vez y contuvo la respiración. Esa única bocanada de aire tendría que durarle… o su última esperanza de ayudar a Zo no se diferenciaría de un suicidio.

Creó una pequeña burbuja, no mucho más grande que su propio cuerpo, y la selló por completo. Al hacerlo, la dejó sin aire. Las llamas de su ropa, privadas de oxígeno, agonizaron y murieron.

«Primer paso completado. Ahora, manos a la obra».

Con una sacudida se liberó de las ramas del neti, se echó hacia delante dentro de la burbuja todo lo que pudo, su impulso hizo que se soltase y cayó sobre el suelo de la biblioteca.

La burbuja dio varias vueltas, se estrelló contra los montones de hololibros en llamas y le hizo caer de lado en su interior mientras seguía girando. La biblioteca se tambaleó a su alrededor.

A continuación vio su espada de luz junto al tronco del neti.

Estaba entre las raíces serpenteantes de la criatura, ante un gran

nudo de madera que ya había comenzado a carbonizarse. Trace recobró el equilibrio dentro de la burbuja, puso ambas manos en la curvatura interna de su superficie, extendió los dedos y esperó. Una rama ardiendo del tamaño de su cuerpo cayó desde lo alto y se estrelló contra la parte superior de la burbuja. El neti apretó los dedos en forma de rama mientras se retorcían y ardían delante de él. Trace estuvo a punto de tomar aire, pero se contuvo. Su cuerpo pedía oxígeno a gritos, una pizca de aire fresco, pero sabía que si disolvía la barrera e intentaba respirar, el calor que lo rodeaba le haría arder en cuestión de segundos, empezando por los pulmones.

Miró la espada de luz e intentó expulsar todos los demás pensamientos de su cerebro. En el templo Jedi le habían enseñado que aquello no consistía en manipular el objeto, sino en eliminar el espacio que lo separaba de él. Sin embargo, en aquel momento, el objeto en cuestión parecía más lejos que nunca.

«Ven a mí. Ven a mí».

La espada de luz no se movió del sitio.

Cerró los ojos y sintió que la burbuja se movía hacia delante como un animal reacio a despertarse de la hibernación. Comenzó a rodar por encima de las montañas de libros quemados hacia el tronco chamuscado del neti. Cuando abrió los ojos, tenía la espada de luz justo delante, muy cerca de la superficie nudosa, a menos de un metro de distancia. Trace se concentró y recobró la compostura. La sincronización de lo que debía suceder inmediatamente después era fundamental. Trace desactivó la burbuja, abrió la mano y la espada de luz voló hasta ella. El mango estaba casi demasiado caliente para sostenerlo, pero sentir su solidez en la mano le hizo sentirse mejor que nunca.

No tardó en encontrar lo que estaba buscando. Siguió con la mirada el tronco de aquella criatura hasta el lugar donde se hundía en el suelo. Había arrancado sus raíces casi por completo de los cimientos del edificio, y su equilibrio colgaba ahora de un hilo muy fino.

Trace esperó hasta que la criatura estuvo a punto de inclinarse de nuevo hacia delante. Entonces blandió la espada de luz en un solo movimiento transversal y cortó las raíces *restantes* rápidamente.

El neti cayó hacia adelante, pues ya no estaba anclado al suelo

de la biblioteca. Se soltó y siguió cayendo, presa de su propio impulso. Se estrelló contra el suelo con tanta fuerza que hizo vibrar todo el edificio hasta los cimientos y levantó nubes cegadoras de chispas y cenizas.

Trace avanzó tambaleándose, intentando que el humo no le entrase en los ojos. Desde allí vio un gran agujero que el árbol había hecho en la pared exterior de la biblioteca y, a través de él, la superficie helada del paisaje cubierto de nieve de Odacer-Faustin. Oyó el silbido del vapor cuando la estructura en llamas entró en contacto con el aire del exterior, a muchos grados bajo cero.

«Socorro…».

Trace sintió el grito de su hermana quemándole por todo el cuerpo. No era solo una impresión, ni un fogonazo emocional al azar; sintió de verdad el dolor de su hermana atravesándole el brazo derecho, atenazándole el hombro y el pecho y llegándole a las raíces de los dientes. En los ojos le hirvieron las lágrimas y el viento se las arrancó con su azote. Las piernas se le entumecieron y tropezó, y casi cayó en la nieve.

Desdeñó aquella sensación. No podía explicar lo que acababa de experimentar. Era como si todo lo que sabía de su hermana y de la propia Fuerza se hubiese invertido de repente y se hubiese corrompido a un nivel fundamental. Todo lo que le quedaba era una sensación de maldad tan íntima, tan profundamente personal, que le dieron ganas de abandonar su propia piel y dejarla allí tirada como un montón de ropa sucia.

Su hermana estaba cerca… muy cerca…

Dio un paso hacia la sala quemada de la biblioteca. El viento soplaba con fuerza y hacía que la nieve se colase y se arremolinase con el humo y la ceniza, mientras él avanzaba tambaleándose a través de las ruinas. Si tenía que volver a entrar en el fuego por ella, lo haría. Si tenía que dar su vida…

Un brazo manchado de sangre salió disparado de los escombros que había a sus pies, lo agarró del tobillo y tiró de él.

Luego salieron un segundo y un tercero. Uno se le enganchó en la muñeca derecha, y los otros alrededor de la cintura. Salieron dos más y lo sujetaron cada uno de una pierna. Unos dedos como garras le tiraron de una de las comisuras de la boca hasta formar una

sonrisa horrible, casi involuntaria. Los escombros que había a su alrededor eran un hervidero de actividad, de siluetas medio enterradas que trepaban agarrándose con los dedos.

Estaban cubiertos de enredaderas.

La fuerza de la gravedad pudo más que él y cayó.

Capítulo 38

UNA VISITA INESPERADA

A pesar de que nunca se había considerado un hombre afortunado, Pergus Frode había tenido el aplomo suficiente durante las últimas horas para darse cuenta de que tenía mucha suerte.

La bodega de carga del crucero de Dranok, donde estaba escondido, la habían construido para pasar mercancía de contrabando, obviamente. A su alrededor, en la penumbra, los contenedores vacíos y los escondrijos estaban abiertos, exhalando los restos húmedos y fragantes de las especias transportadas ilegalmente que habían sido amontonadas allí a lo largo de los años.

Frode se removió un poco, levantó la cabeza, estiró las piernas y la espalda y se enderezó lo suficiente para restablecer la circulación en sus extremidades. Notó el hormigueo en los dedos de los pies cuando la pesadez plomiza del tejido muscular adormecido comenzó a despertarse a regañadientes. Sabía que, en caso de tener que echar a correr de nuevo, iba a necesitar usar los pies.

Esperaba no tener que llegar a eso. Ya había corrido de sobra aquella noche, aunque desde luego aquello era preferible a la alternativa.

Todo había empezado varias horas antes. ¿Cuántas? No estaba seguro. Había acabado de retirar el ordenador de vuelo de la nave de Dranok y lo había acarreado hasta el taller para hacerle algunas pruebas. Durante todo ese tiempo, inconscientemente había estado

planteándose cómo iba a manejar la firma de calor procedente de la nave desconocida que se dirigía hacia hangar de aterrizaje de Odacer-Faustin.

Informar a Darth Scabrous, o no informarle, era la pregunta que había estado haciéndose cuando la palma ensangrentada de una mano se había estampado contra el cristal de la cabina de control.

Sacado a la fuerza de sus pensamientos, Frode se había incorporado y se había dado la vuelta justo a tiempo de ver algo —que en algún momento pudo haber sido humano— arrancando la escotilla de la cabina. Su cara parecía salida de una pesadilla, una máscara gris y sonriente con pedazos de vísceras que habían empezado a asomar a sus labios. Al mirarlo fijamente, el cerebro de Frode había recordado un cadáver que otro mecánico y él se habían encontrado en la cabina de un speeder que habían intentado salvar.

La única diferencia era que los ojos de aquel cadáver estaban abiertos como platos y lo miraban con avidez.

Si se hubiera parado a pensarlo durante un segundo, Frode ya estaría muerto. Por suerte para él, pensar no era su tendencia natural… y su primera reacción había sido echar a correr. Había soltado de una patada la placa frontal que había sobre el panel de mandos de la cabina. El plexi se había soltado y él había salido deslizándose; una vez en el hangar, había echado a correr más rápido de lo que había corrido en toda su vida.

El hangar estaba prácticamente vacío y ofrecía muy pocas posibilidades de protección. Se había dejado llevar por el instinto, se había acercado a la nave más cercana —el crucero en el que habían llegado aquellos dos cazarrecompensas condenados, Dranok y Skarl—, había subido por la rampa de aterrizaje que aún estaba extendida y había cerrado la escotilla de la nave tras él.

Frode había pilotado muchas naves antes de convertirse en mecánico, y aquélla le parecía un vehículo de escape tan bueno como cualquier otro. Fuera lo que fuese la criatura que había intentado atacarle, no tenía intención de quedarse para luchar contra ella. Ningún trabajo valía tanto la pena.

Había empezado a preparar la nave, listo para activar el ordenador de vuelo, cuando se dio cuenta de su error.

El agujero en el panel de mandos se abría ante sus narices como

una boca vacía.

«No», pensó, recordando las piezas que había arrancado con tanto entusiasmo tan solo una hora antes. El ordenador de vuelo seguía sobre la mesa de su cabina, y no podía volar sin él, igual que tampoco podía…

La criatura aterrizó en la cabina justo delante de él, sonriendo con una mueca horrible, y se puso a golpear y arañar el transpariacero. Frode profirió un grito. No pudo evitarlo. No creía que hubiese gritado tan alto en toda su vida, y menos en su vida adulta, pero el miedo lo estaba invadiendo a grandes oleadas de desesperación. Se sintió mareado.

Y entonces vio algo peor.

El hangar estaba lleno de muertos vivientes.

Los alumnos Sith —Frode comprendió hasta qué punto los odiaba— avanzaban arrastrando los pies hacia la nave, procedentes de todas partes, sacudiéndose y retorciéndose, con las bocas abiertas en unas grandes sonrisas. Tras ellos avanzaba una criatura enorme y desgarbada que parecía un árbol viviente, arrastrando una larga malla de raíces negras que no paraban de gotear y apuntándole con las ramas. Sus ojos solo reflejaban locura. Mientras Frode —que nunca había pisado la biblioteca de la academia y jamás habría reconocido los restos infectados de su arbóreo bibliotecario— estaba agazapado en la cabina, una de las ramas que le servían de brazos había dado una palmada en la ventana de transpariacero. Se la había dado con tanta fuerza que, por un segundo, pensó que la había oído romperse. Imposible, pero…

Fue entonces cuando había retrocedido corriendo hasta la parte de atrás de la nave, bajado la rampa de aterrizaje, pasado a través de una escotilla y aterrizado allí, en el lugar más seguro que había podido encontrar, en el compartimento destinado al contrabando, donde se había acurrucado y de donde no se había movido hasta…

—¿Pergus?

Se incorporó un poco, sin saber si había oído la voz o si simplemente se la había imaginado. No era una persona especialmente imaginativa, y la voz —de una mujer— sonaba real. Pasados unos segundos comprendió que salía del comunicador que tenía sobre la cabeza. Frode estiró el brazo y pulsó la tecla del

micrófono.

—¿Pergus?

—¿Quién eres? —preguntó en voz alta—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Kindra.

—¿Cómo es que puedo oírte…?

—La Fuerza, Pergus. Estás ahí arriba. Lo sé.

Frode escuchó la voz. Le resultaba inquietante, como si la persona que hablaba, Kindra —quienquiera que fuese—, se estuviese esforzando en parecer tranquila y relajada, como si no pasara nada. Pero por debajo detectó un fuerte trasfondo de… ¿de qué? ¿Miedo? ¿Pavor?

—¿Dónde estás? —murmuró Pergus.

—En el hangar —dijo la voz—. Fuera. Sácame de aquí.

—¿Qué pasa con esas criaturas? ¿Ya no están ahí?

No hubo respuesta. Se preguntó si ya no la oía porque le había pasado algo.

—¿Kindra?

—Tú… abre la escotilla de la nave, Pergus. Abre y déjame entrar. Seré rápida. Nos iremos volando los dos juntos. No podemos quedarnos aquí. Pero date prisa. Estoy justo aquí fuera.

—No puedo —contestó él—. He desinstalado el ordenador de vuelo de la nave… No se puede navegar sin él. Con este tiempo no recorreríamos ni tres klicks. Acabaríamos estrellándonos contra la nieve.

—Te… te ayudaré. Conseguiremos escapar, te lo prometo. Por favor, Pergus… déjame entrar… por favor. Date prisa.

Frode hizo una mueca. Una de las razones por las que había recorrido todo aquel camino hasta la otra punta de la galaxia era su mala suerte con las mujeres, especialmente su incapacidad para negarles nada. Y allí estaba de nuevo. Lamentándolo de antemano, se puso de pie en el interior del depósito, levantó la placa metálica y salió arrastrándose hasta la rampa de aterrizaje principal. A decir verdad, no estaba seguro de por qué lo hacía. Sabía que no estaba bien —abrir la escotilla tenía algo de malo—, pero la voz de la chica, sus súplicas, su desesperación, le sirvieron de motivación y le hicieron actuar de un modo que no podía comprender. Además,

quizá ella pudiese ayudarle a salir de allí, quizá…

«La Fuerza», le dijo una voz de la razón apenas audible desde lo más profundo de su ser. «Está usando la Fuerza contigo para manipular tus actos». Aunque sabía que era verdad, no podía oponer resistencia.

Llegó a la escotilla principal, puso la mano sobre la palanca, la giró y empujó hacia delante.

—Mira —empezó a decir—. No creo que esto sea…

Y se quedó callado.

Al otro lado de la escotilla, el hangar estaba completamente a oscuras.

Frode estaba agarrado al mamparo que tenía detrás, con las pupilas dilatadas, intentando distinguir sin éxito la forma más vaga. Era como si lo que estuviese rondando por allí hubiese destrozado las luces y cortado la energía para sumir aquel enorme espacio en la oscuridad más absoluta.

Pero podía oírlos.

Contuvo la respiración y oyó los sonidos del movimiento de muchos cuerpos juntos, el sonido húmedo que emitían tantos hombros, brazos y torsos amontonados en la oscuridad. No respiraban, pero emitían ruidos huecos y ásperos que podían considerarse un obsceno intento de ponerse a hablar.

Entonces, a su alrededor, las espadas de luz comenzaron a encenderse.

Se activaban de forma individual y en grupos, zumbando, como pinchos de luz roja, por decenas, disparándose hacia arriba, llenando el aire con un zumbido oscilante que hizo que a Frode le temblasen las muelas de atrás. Sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y al fin empezó a distinguir que las hojas brillantes iluminaban las caras famélicas de los alumnos que las mantenían en posición vertical, sus rostros inexpresivos, con los ojos sombríos y ávidos que lo miraban a él. La baba les brillaba en los labios y la sangre roja y reseca se incrustaba en sus dientes y labios.

«No», pensó Frode. «¡Oh, no!».

Mirando a aquellas criaturas sintió que algo en su interior se soltaba, se volvía líquido y después se alejaba arremolinándose,

algo abstracto y al mismo tiempo terriblemente visceral, como la sangre que le llegaba al corazón. Allí donde mirase, veía más y más rayas rojas apareciendo una sobre otra, brotando en todas direcciones, como si algo estuviese abriéndose paso a través de la oscuridad a base de arañazos y la oscuridad estuviese sangrando.

Al mirar lo que tenía delante más de cerca, vio a la chica.

Estaba de pie al fondo de la pasarela, en el interior de una cárcel hecha de barrotes de hojas de color rojo, rodeada por los cadáveres en descomposición de sus compañeros de clase, que le agarraban los brazos y las piernas con las manos mientras la tenían prisionera. Las espadas de luz se cruzaban por delante de ella, se cernían sobre su cabeza y la inmovilizaban. Una de las criaturas tenía la boca abierta pegada a su cuello desnudo. Otra enseñaba los dientes, listos para clavarse en una zona de piel de su hombro que quedaba a la vista. Dos más esperaban a su espalda, con las fauces tan abiertas que casi parecía que pudiesen devorarle la cabeza entera de un solo mordisco.

—¡He hecho lo que queríais! —les gritó Kindra—. ¡Ha abierto la escotilla! ¡Ahora dejad que me vaya! Dejadme…

Las criaturas se abalanzaron sobre ella y con las hojas rojas la hicieron pedazos. Incluso desde donde estaba Frode, los ruidos que se oían eran espesos, jugosos y guturales, como el sonido de alguien mordiendo una manzana madura. Varios cadáveres se separaron del grupo y comenzaron a avanzar pesadamente por la pasarela en dirección a la escotilla abierta mientras Frode volvía a cerrarla de golpe.

Decidió que, después de todo, podía pilotar la nave sin la ayuda del ordenador de vuelo.

Capítulo 39

EN EL AGUJERO

Zo se despertó con una correa de dolor apretándole el pecho y los hombros y retorciéndose en sus articulaciones como si fuese cristal molido. Cuando intentó cambiar de postura para aliviar el dolor, se dio cuenta de que no podía moverse.

La fosa donde se encontraba estaba en el fondo de un pozo profundo, con sus altas paredes del color del ónice brillando hasta donde alcanzaba la vista, en una extensión insondable de negro vítreo. La cabeza le daba vueltas. Cayó en la cuenta de que la habían atado a una gran losa de piedra con correas anchas de cuero y anillos de hierro que se cruzaban sobre su pecho y le daban la vuelta sobre las muñecas y los tobillos para inmovilizarlos. A ambos lados había antorchas encendidas, hileras con cientos de antorchas que llegaban hasta arriba y parpadeaban a lo largo de las paredes con pequeñas líneas brillantes de letras y filigranas que bailaban como las filas de un código de programación.

Tomó aire, tosió un poco e intentó que se le humedeciese la parte posterior de la lengua. Allí abajo el aire tenía un sabor metálico y a polvo viejo. Era como respirar a través de un agujero en una tableta de piedra arcaica. El sebo aceitoso de las antorchas goteaba en el suelo a su alrededor, y el humo negro y grasiento que subía flotando de las llamas solo hacía que se le resecase aún más la garganta.

Desde algún lugar a su espalda oyó movimiento, el susurro y el crujido de unos pasos, el suave tintineo de unos objetos que alguien estaba disponiendo en algún lugar donde no le llegaba la vista.

—Mira —graznó la voz de Scabrous.

Zo se giró y movió el cuello, tensándolo para inclinar la cabeza tanto como las correas se lo permitían. El lord Sith estaba mirando hacia abajo. El proceso de descomposición se había acelerado drásticamente desde la última vez que la chica lo había visto. La Enfermedad se había apoderado por completo de su cara y lo había transformado en una papilla gélida e informe desde donde la escrutaban dos ojos inyectados en sangre. Unas tiras de cartílago gris temblaban en el hueso del cráneo, que quedaba a la vista, y cuando hablaba se veían los tendones moviéndosele en la garganta.

Sostenía una espada.

No era un espada de luz, sino una auténtica espada Sith. Su brillante hoja parecía forjada a partir del mismo duracero negro de las paredes que los rodeaban, y era tan larga como el brazo de Scabrous. Cuando el lord Sith la levantó, Zo comprendió que los dibujos de las paredes de la fosa estaban reproducidos en la hoja, largas filas espinosas de escritura e inscripciones que brillaban a la luz de las antorchas. El arma resultante casi parecía emborronarse y fundirse con su entorno, y su brillante borde letal desapareció de nuevo cuando el lord Sith la blandió por encima de su cabeza.

—Esta espada —dijo Scabrous— perteneció a Darth Drear. La forjaron exclusivamente para él, para asegurar su inmortalidad. Así que hoy, de acuerdo con su legado, la voy a utilizar para extraerte el corazón vivo y devorarlo mientras me miras.

Zo intentó responder, aunque no tenía ni idea de qué podía decirle, pero el nudo que tenía en la garganta le impidió articular palabra. El miedo, intenso e incontrolable, la había atenazado, y no podía dejar de mirar la espada. En aquel momento no había nada en su pasado, ni en su formación, ni en sus aspiraciones de futuro que le pareciese tan real como aquella espada, la ecuación geométrica indiscutible que conectaba el borde de la espada con su carne.

«Hestizo…».

No podía hacer nada.

Scabrous descargó la espada sobre ella.

CAPÍTULO 40

SANGRE DERRAMADA

Ahí hay uno —dijo Tulkh—. Detrás de esa pared. ¿Lo ves?

El HK giró sin vacilar y le disparó dos ráfagas rápidas a la criatura Sith que acechaba con la boca abierta tras la esquina que tenían delante, con los brazos abiertos. Cayó gritando.

—Te toca —respondió el HK—. A tu izquierda.

El whiphid se volvió y arrojó su lanza al espacio que había entre el edificio y la estatua que se alzaba ante él. Un segundo después, un alumno Sith se abalanzó sobre ellos con la lanza clavada en el pecho, rugiendo hasta que Tulkh le disparó una flecha que lo alcanzó en la cabeza.

—Buen trabajo —dijo el droide—. Pero sigue avanzando hacia nosotros.

Con un gruñido, Tulkh se encaminó hacia la criatura y cogió al alumno Sith por la lanza que le sobresalía de las costillas. Levantó del suelo a la criatura, lo zarandeó y lo estampó contra la pared de piedra. La punta de la lanza se soltó y el whiphid usó su borde dentado para cortarle la cabeza.

Sostuvo la cabeza en el extremo de la lanza y se la ofreció al droide.

—¿La quieres de recuerdo? —No.

—¿Qué fue de aquello de «no, gracias, señor»? El droide lo miró.

Mira lo que tienes detrás —dijo con sequedad—. Señor.

Tulkh se volvió a mirar a un lado del edificio donde acababa de decapitar al Sith. La tierra comenzó a temblar. Vio un fogonazo de movimiento dentro de la escotilla entreabierta, algo grande, y oyó un grito… un intenso torrente de chillidos guturales. No se parecían a los que había oído antes, pero el hedor le resultaba familiar.

—Ten cuidado —dijo—. Esto va a ponerse feo.

El primer tauntaun muerto viviente lo embistió después de destrozar la puerta de la escotilla con su enorme cuerpo. Desde donde estaba, Tulkh vio que le habían arrancado la mitad de la caja torácica y que los restos de sus órganos internos le colgaban de las costillas. También le faltaba una buena parte de la cabeza, pero seguía gritando mientras se abalanzaba sobre ellos. Sus ojos estaban nublados y tenían un tono rosado, como el de la leche mezclada con sangre.

—Quémalo —dijo Tulkh.

El lanzallamas del droide arrasó el campo abierto y el cazarrecompensas vio que la piel aceitosa del lagarto de las nieves cobraba vida con las llamas. Aullando, la criatura se revolvió, piafó con furia y rodó por la nieve intentando apagar el fuego, y el HK le disparó e hizo volar en pedazos el cadáver.

—¿Tienes algo más potente que un láser? —preguntó Tulkh.

—Balas de mortero ¿Por qué?

El whiphid asintió con la cabeza vuelta hacia el establo abierto. El rebaño de tauntauns infectados ya estaba saliendo de allí armando un gran revuelo. Eran una media docena o más, y todos proferían el mismo grito indefinible. El primero tenía un enorme agujero en el costado y los bordes de la herida le temblaban mientras galopaba, de modo que el agujero se abría y cerraba como una segunda boca tartamuda. A la parte superior de su torso le pasaba algo raro… Tulkh vio algo pesado retorciéndose en el interior del vientre del lagarto de las nieves.

Lo atravesó con la lanza y la criatura explotó en un espeso charco de líquido. Desde dentro, la forma empapada en sangre de un alumno Sith cayó sobre la nieve. La criatura Sith se puso en pie sonriendo desde el interior de su pegajosa telaraña de sangre, negó con la cabeza violentamente y gritó.

Tulkh ensartó al alumno Sith y volvió a clavar su cuerpo contra

el cadáver del lagarto de las nieves hasta inmovilizarlo contra la columna vertebral de la criatura. Volvió a mirar al droide.

—Se esconden en el interior de los tauntauns —gritó—. Son…

El duro metal del brazo del HK giró hacia atrás y lo empujó con tanta fuerza que lo derribó sobre la nieve, justo cuando un perdigón de saliva ensangrentada salía disparado de la boca del tauntaun infectado. Un centímetro a la derecha y habría alcanzado a Tulkh directamente en el ojo que tenía abierto, pero la mucosidad se le quedó pegada a un lado de la cabeza. Tulkh levantó la vista y vio al animal arrugando el hocico manchado de sangre, preparándose para lanzarle otro escupitajo.

—Son famosos por su puntería —dijo el droide.

—Gracias.

—Sugiero otro plan.

—Son más rápidos que nosotros. —Tulkh vio a los otros tauntauns muertos vivientes detrás del que había destripado, con el pecho hueco y los vientres abultados e hinchados debido a los alumnos Sith que se escondían en su interior. Ya se imaginaba cómo sería, con los lagartos de las nieves corriendo tras él a cincuenta kilómetros por hora solo para descargar sobre él a sus pasajeros hambrientos de carne—. ¿Alguna idea?

—Solo una —dijo el droide.

Ya estaba apuntando. Un segundo después, la bala de mortero del HK cayó directamente en el centro de la manada. De cerca, el radio de explosión de veinte metros era algo digno de ver, incluso para Tulkh, que había visto el efecto que tenían aquellas armas muchas veces. Se protegió los ojos cuando les cayeron encima trozos de grasa fría de tauntaun, carne humana y huesos.

—¿Hay alguna otra cosa que podamos matar? —preguntó el droide.

—Si no nos movemos, los muertos seremos nosotros.

El HK se volvió para mirar el paisaje donde se encontraban. Dentro de su procesador algo emitió un zumbido bajo y constante, como si estuviese procesando los acontecimientos recientes o experimentando un recuerdo. Cuando volvió a hablar, su voz era pausada, casi introspectiva.

—¿Te he dicho lo mucho que odio a los Sith por esclavizarme

aquí durante tanto tiempo?

—Solo unas veinte veces. —Tulkh evitó pisar los cuartos traseros del tauntaun que aún se movían y se quedó mirando la articulación de la cadera al descubierto. Como trofeo, hubiese sido una buena incorporación a su colección, pero iba a tener que quedarse allí. Dejó escapar un suspiro—. Vámonos.

Dieron media vuelta y echaron a andar. El pelaje del whiphid estaba mojado y sucio por la nieve, y se le pegaba a un lado de la cabeza en gruesos mechones pegajosos que hacían que se le entumeciese la carne. Estaba agotado, distraído y más que deseoso de salir de aquí. Ni el HK ni él repararon en el pegote gelatinoso y sanguinolento de flema infectada de tauntaun que el lagarto de las nieves le había escupido, pero allí seguía, bajándole lentamente por un lado de la frente, avanzando hacia el rabillo del ojo.

Al llegar al *Mirocaw*, Tulkh vio algo que le hizo detenerse en seco. Había una segunda nave que no reconoció estrellada a unos cuarenta metros de la suya, con el morro arrugado y medio enterrado en la nieve.

—Ésa es la nave de Dranok —dijo el HK.

—¿Quién?

—Otro cazarrecompensas.

—¿Qué hace aquí fuera? —preguntó Tulkh.

—Según mis lecturas, no hay formas de vida a bordo —contestó el droide—. Pero…

—A ver si lo adivino. —El whiphid levantó la lanza—. Estás recogiendo una lectura positiva en mi nave.

—¿Cómo lo has sabido?

Tulkh señaló las huellas que atravesaban la nieve que tenían delante y que iban de la nave accidentada a la otra.

—Vamos —murmuró el whiphid—. Parece que tenemos por lo menos un polizón al que retorcerle el pescuezo antes de largarnos de aquí de una vez por todas.

CAPÍTULO 41

EL FIN DEL MUNDO

Scabrous blandió la espada Sith y la descargó sobre ella. Con el primer tajo, la hoja cortó la ropa de abrigo y las pieles de animales sucias que Zo llevaba desde su llegada al planeta y dejó a la vista su piel desnuda. La chica miró hacia abajo y vio la blancura superficial de la piel que la espada había atravesado y, por debajo, una raya pálida de dolor, y el corte tornándose rojo al llenarse de sangre.

Scabrous le sonrió y miró la herida mientras se le hacía la boca agua al levantar la espada por segunda vez por encima de su cabeza, sosteniendo el mango con ambas manos para hacer el máximo de palanca, con la punta apuntando directamente a su pecho. Puso los ojos en blanco como un demente, abandonado a la Enfermedad que lo había infectado. Zo se puso rígida y tiró de las correas, consciente de que, aunque lo hiciese, no había modo de soltarse.

«Con los músculos no, Hestizo. Hazlo con la Fuerza».

Era la misma voz que la había llamado un momento antes. La chica tomó aliento y se quedó completamente inmóvil, cerró los ojos y entregó su mente al momento presente de modo que el tiempo mismo pareció quedarse inmóvil y posarse a su alrededor como si fuese limo. Y cuando levantó los brazos de nuevo, esta vez con un movimiento suave, las correas se soltaron. Era como si hubiese atravesado las correas de cuero sin hallar resistencia

alguna. Giró las muñecas hacia fuera y de pronto su torso y sus piernas quedaron increíblemente libres.

Zo se incorporó y giró su cuerpo hacia un lado de la losa.

—¡No! —bramó Scabrous rugió desde el otro lado, con la espada en alto por encima de su cabeza. Su voz sonaba estridente y, al oírlo gritar, Zo comprendió que estaba oyendo dos voces, una le susurraba palabras al oído mientras la otra emitía aquel grito mental ululante y desgarrador—. ¡Ni hablar! ¡No te atrevas!

La chica retrocedió arrastrándose. Se incorporó y se levantó por primera vez, y solo entonces reparó en los límites del templo donde se encontraba: estaba en una sala alargada cuyo centro era el altar del sacrificio, con el suelo de piedra atestado de braseros que proyectaban charcos de sombras poco profundas al moverse la luz del fuego.

El lord Sith se abalanzó sobre ella blandiendo la espada. Ésta le pasó tan cerca que Zo oyó el silbido del acero atravesando el aire y cortando las moléculas. La espada se estrelló contra la pared con un ruido metálico y Scabrous se giró con una velocidad enfermiza para dar un tajo de lado.

«Hestizo, soy yo…».

Otra vez la voz que sonaba en su cabeza, la que aún no podía identificar a pesar de que sus palabras retumbaban en su cerebro y se expandían formando ondas, como en un estanque. Aunque la chica se echó hacia atrás de nuevo y notó la presión de la pared del templo contra la espalda —de modo que no tenía escapatoria—, oyó gritar a la voz.

«Hestizo…».

«¿Dónde estás?», gritó mentalmente la chica. *«¿Quién eres?»*. Una posibilidad remota, descabellada pero imposible de pasar por alto, estalló en su cerebro. «¿Rojo? ¿Eres tú?».

—Escoria Jedi. —Scabrous apareció delante de ella, levantando la espada entre ambos, con la pegajosa ruina que era su rostro reflejándose en el acero grabado.

El lord Sith avanzó hacia ella para administrarle el golpe de gracia, pero en ese preciso momento algo apareció bruscamente tras él haciendo un ruido ensordecedor que retumbó por todo el templo, seguido por el repiqueteo metálico de un brasero volcado.

Scabrous se volvió, con la espada aún en alto y los labios fruncidos y miró al hombre que tenía delante, que ni siquiera estaba mirando al lord Sith, sino a Hestizo.

—Ponte detrás de mí —le dijo Trace a Zo—. ¡Ya! —Sin esperar un segundo más a la reacción de su hermana, saltó hacia arriba, describió un arco y aterrizó en el suelo justo delante de Zo, de modo que quedó cara a cara con Scabrous, y miró a los ojos al lord Sith. Su espada de luz cobró vida con un zumbido—. Se acabó.

La respuesta de Scabrous llegó en forma de grito. La espada Sith dio un tajo por debajo con la mano derecha mientras con la izquierda blandía una espada de luz. Se abalanzó sobre el Jedi con las dos hojas zumbando: el acero brillante y la energía pura de color rojo sangre, mientras un largo y horrible grito seguía saliendo de su boca.

Desde el primer golpe, su ataque careció de arte y no demostró ni una pizca de gracia o de estilo. Ya era demasiado tarde para eso y los dos, Trace y Scabrous, parecían saberlo. Se atacaron con saña, de frente, como animales, sin dejar que el aire corriese entre ambos. Daban tajos y bloqueaban el golpe del contrario haciendo uso del poco espacio del que disponían. Cada vez que sus hojas se entrechocaban, Zo lo sentía en el hueco de su pecho y en las raíces de los dientes.

Vio que Trace ponía a prueba los puntos débiles del lord Sith, o más bien lo que él suponía que serían sus puntos débiles, pero Scabrous parecía anticiparse a cada movimiento. La Enfermedad le había hecho increíblemente rápido e insuperablemente fuerte. Por cada ataque de su hermano, Scabrous reaccionaba sin esfuerzo con una de sus dos espadas, como si ya tuviese el resultado del duelo en la palma de la mano.

Sin embargo, por alguna razón le seguía permitiendo a Rojo que le obligase a retroceder por el templo hacia el altar de los sacrificios, con unos movimientos casi etéreos tras el constante borrón azul y rojo que las espadas dibujaban en el aire.

Scabrous estaba justo delante del altar, de pie ante la losa donde había atado a Zo para sacrificarla. Pasó ágilmente entre los braseros, incluido el que Rojo había derribado al aterrizar, y maniobró sin el menor esfuerzo para saltar por encima de las llamas

cada vez más altas allí donde había comenzado a propagarse el fuego. Las llamas comenzaban a trepar por el muro negro, con sus lenguas color naranja subiendo cada vez más.

Zo vio que su hermano volvía a presionar a Scabrous para no darle tregua, pero el lord Sith no hizo ademán de retroceder. Mientras desviaba los golpes de la espada de Trace, sus labios seguían moviéndose. Zo no entendía lo que decía, y cuando Rojo levantó la espada de luz para el ataque definitivo, vio que Scabrous no solo estaba sonriendo; se estaba riendo abiertamente.

Trace volvió a blandir la espada para descargar el golpe de gracia y así poner punto final al combate entre ambos de forma permanente. Justo en ese momento, Scabrous levantó la vista e hizo un gesto, un movimiento pequeño e insignificante de los dedos en dirección a la espada de luz de Trace.

Se produjo un ligero temblor en el aire por encima de su brazo.

Y la espada de luz de Trace se apagó.

—¿De verdad pensabas que, después de tanto esfuerzo, lo confiaría todo al resultado de un duelo? —dijo Scabrous.

Trace ni siquiera se molestó en mirar la espada de luz apagada que llevaba ahora en la mano. La tiró a un lado y giró hacia atrás justo cuando la espada de Scabrous atravesaba el lugar donde había estado una fracción de segundo antes. La hoja de color rojo se estrelló contra el suelo, que tembló bajo los pies de Trace.

Todo había salido mal. El lord Sith le había tendido una trampa y había caído en ella sin dudarlo.

Scabrous volvió a atacarle, ahora triunfante. Los restos de sus ojos enormes y muertos se le salían de las órbitas. Al principio parecía que iba a gritar de nuevo, pero cuando habló, su voz era extrañamente meliflua, casi como un ronroneo.

—Cuéntame una historia, Jedi. Háblame de la Fuerza y de cómo lo une todo. Dime cómo protege lo bueno y lo sagrado que hay en la vida. —El lord Sith abrió los labios para mostrar todos sus dientes—. Cuéntame todas tus mentiras.

Trace levantó una mano. Tenía la intención de hacer levitar el altar de piedra por detrás de Scabrous. Si podía darle la vuelta y dejarlo caer sobre el lord Sith rápidamente, a éste no le daría tiempo a reaccionar. Pero Scabrous saltó hacia delante con la

espada de luz y, cuando Trace se movió para esquivarla, él mismo se arrojó sobre el filo de la espada Sith.

Trace miró hacia abajo y vio que la hoja lo atravesaba. Sintió que lo invadía una curiosa ingravidez, como si en la sala se hubiese suspendido la fuerza de la gravedad, como si al levantar los pies del suelo pudiese desaparecer por completo.

Cuando miró de nuevo, lo único que vio fue sangre.

Zo estaba mirando a su hermano cuando lo atravesó la espada de Scabrous. Trace retrocedió tambaleándose y cuando se dio la vuelta hacia ella, su hermana vio que el lord Sith lo había abierto en canal desde el cuello hasta el vientre.

—No —dijo con un grito ahogado—. No.

Trace tropezó de nuevo e intentó mantenerse en pie. La herida del abdomen era aún más profunda de lo que Zo había pensado en un primer momento y por allí se le escapaba lo que le quedaba de vida. Desde donde estaba, veía asomar el intestino delgado de su hermano por debajo de las costillas. A Trace se le habían puesto las mejillas blancas como la tiza. La sangre caía en el suelo entre sus pies, y el Jedi resbaló en el charco y cayó, primero de rodillas, luego de espaldas, y se quedó allí tumbado, inmóvil frente a ella. Parecía un bailarín para el que la música se hubiese detenido para siempre.

El Jedi extendió una mano.

—Zo… Y luego nada. «No. No. No».

—Ha sido fácil —gruñó Scabrous, y se volvió hacia ella—. Ahora te toca a ti.

Zo negó con la cabeza. Quiso decir que las cosas no iban a suceder así, que no sería aquél el resultado, que el Sith no acabaría ganando.

Pero Scabrous avanzó pesadamente hacia ella, rodeando el charco de sangre y el agujero en el suelo. Los últimos restos de humanidad le habían desaparecido de la cara, y ahora no era más que un esqueleto que arrastraba los pies, una criatura igual a las que habían caído desde la torre.

Cuando abrió la boca para hablar, lo único que pudo hacer fue gritar.

La transformación estaba completa.

«¿Hestizo…?».

Cerró los ojos y oyó la voz de nuevo, resonando cada vez más fuerte, como un durmiente que despierta de un coma profundo y desconcertante.

«¿Estás ahí?», le preguntó a la orquídea. *«¿Estás viva?».*

Silencio, y después:

«… He sentido la Enfermedad durante tanto tiempo… que pensaba que estaba muerta…».

«Eso ahora no importa», pensó Zo. *«Crece».*

«Hestizo, por favor…».

«Crece».

«No sé si soy lo bastante fuerte todavía para…».

«CRECE», le gritó Zo a la orquídea, pues necesitaba sentir que alguien la oía. *«CRECE. ¡CRECE! HAZLO POR MI HERMANO Y POR TODO LO QUE HA PERDIDO, HAZLO POR MI…».*

La criatura que había sido Scabrous se paró en seco.

Ladeó ligeramente su cráneo en descomposición, como si acabase de oír un sonido extraño, una voz que gritase desde un lugar lejano. Se llevó una mano retorcida como una garra a la oreja izquierda, introdujo el dedo e hizo una mueca de dolor al ver el resultado.

Zo vio fugazmente algo dentro de la estructura gris de su oreja.

Pero aquella visión fugaz fue suficiente.

Allí dentro había algo.

Y era verde.

La criatura que había sido Scabrous hizo un último esfuerzo para intentar hablar. En ese mismo instante, un dolor brusco e intenso se reflejó en la ruina que había sido su cara, como un destello de luz en un espejo roto. Luego su cabeza —y toda la parte superior de su cuerpo— se tambaleó hacia delante. Abrió la mano derecha y soltó la espada Sith, que cayó al suelo e hizo un ruido metálico en el suelo de piedra. Cuando la criatura cayó de lado, Zo vio un delgado zarcillo verde que brotaba de su oreja y se extendía hacia abajo hasta la mandíbula abierta.

Abrió la boca. Por detrás de los dientes y la lengua vio otro fogonazo verde, más oscuro, más grueso, un tallo que le subía por la garganta.

La criatura que había sido Darth Scabrous comenzó a tener convulsiones y dejó escapar no un grito, sino una tos seguida de arcadas, como si quisiese expulsar aquella cosa verde, pero el tallo no paraba de crecer y se extendía hacia afuera, por encima de la lengua estropajosa del cadáver. Un segundo estolón brotaba a su lado y le envolvía la barbilla. Cuando Scabrous echó la cabeza hacia atrás, Zo vio la enredadera bajándole por la fosa nasal izquierda. La enredadera comenzó a extenderse con un aspecto curioso, con un solo pétalo en la punta, como una mano diminuta extendida hacia el cielo.

Era una orquídea.

La criatura que había sido Scabrous cayó de rodillas delante de ella, junto al cadáver de Rojo Trace. No emitió ningún otro sonido, ni siquiera un jadeo ronco. Tenía las sienes abultadas, surcadas de algo que parecían venas, salvo que sus sombras se movían por debajo de lo que quedaba de la piel, fina como el papel, retorciéndose alrededor de las órbitas de sus ojos.

Con las manos abriéndose y cerrándose al azar, Scabrous dejó escapar un gemido suave. La mitad derecha de su cráneo se hinchó y se le abrió la piel.

«Crece», le dijo Zo a la orquídea por última vez, ya no como una orden, ni siquiera una instrucción. Solo era una palabra. *«Crece»*.

El lord Sith la miró con el único ojo que le quedaba inyectado en sangre. Frunció los labios, tembló ligeramente y se quedó inmóvil.

Su cráneo explotó con una maraña de enredaderas.

El cadáver se desplomó y el brazo derecho cayó al suelo sin fuerza mientras el izquierdo quedaba por debajo en un burlesco gesto de protección. Cuando Zo volvió a mirar a la criatura, solo vio el cuello cortado de donde brotaban flores a lo loco, docenas de florecillas negras que salían del recipiente destrozado que había sido el cráneo de la criatura.

Las enredaderas ya se extendían hacia ella, chillando y silbando mentalmente.

«No puedo retenerlas», le dijo la Murakami. *«Puedo hacer que crezcan, pero no puedo controlarlas…»*.

Zo negó con la cabeza.

—Yo sí puedo.

Estiró el brazo y cogió la espada Sith.

Las flores gritaban cuando las cortaba en la enredadera, con los brazos de lo que había sido Scabrous tanteando a ciegas, buscándola, mientras ella blandía la espada, con el suelo bajo sus pies lleno de los brotes y los pétalos negros que no paraban de gritar. Fue pisándolos indiscriminadamente y los aplastó con los pies mientras hacía retroceder hacia la pared a la criatura que había sido Scabrous, con la espada dando tajos hasta cortar todas las enredaderas a la altura del muñón del cuello.

«Esto es por Rojo», pensó, y atravesó con la espada Sith el torso de la criatura antiguamente conocida como Darth Scabrous. La hundió con tanta fuerza como pudo, con ambas manos, hasta clavarla en la pared negra, de modo que la criatura quedó allí inmovilizada.

El cuerpo del lord Sith tembló una vez.

Zo retrocedió tambaleándose, con el pelo pegado a la cara y el pecho ardiendo mientras intentaba recobrar el aliento. Los brazos le colgaban a los lados, débiles y agotados. Tras ella crepitaban las llamas de color naranja del brasero tirado por el suelo mientras se extendían por la pared más alejada. Sus pulmones no eran lo único que ardía. Mentalmente, la orquídea estaba emitiendo un chasquido enervante para advertirle que tenía que salir de allí inmediatamente.

Zo estaba empezando a alejarse del cadáver sin cabeza de Scabrous cuando éste se abalanzó de nuevo sobre ella, con los brazos extendidos, arrancando de la pared la mitad de la hoja de la espada Sith por la rapidez de su ataque. Los brotes verdes de las enredaderas se erizaron en el agujero del cuello como si todavía, por increíble que pareciese, estuviera intentando gritarle.

Cuando la empuñadura de la espada le golpeó el esternón y detuvo su avance, Zo cogió la espada de luz de su hermano y la encendió mientras un grito de rabia le asomaba a los labios.

—¡Basta!

Cortó con la espada de luz el torso del cadáver y lo partió en dos, de modo que la parte inferior cayó al suelo mientras el pecho, los brazos y el cuello se quedaban clavados a la pared. Sin dejar de chillar, aunque sin articular sonido alguno, cortó en pedazos las

piernas y la pelvis. Luego se concentró en lo que quedaba en la pared y, blandiendo la espada de luz de Rojo, redujo la parte superior del torso a trocitos humeantes de carne. Solo cuando se dio cuenta de que no quedaba nada que cortar apagó por fin la espada de luz.

Miró a su alrededor. El fuego se había extendido por las dos terceras partes del suelo, y seguía creciendo, con las llamas que ya le llegaban a los hombros y el calor que ondulaba visiblemente el aire. Ya empezaba a arrastrarse hacia ella, como si lo atrajesen los pétalos hechos picadillo y los trozos de enredadera esparcidos por el suelo.

«Llévatelos», pensó. *«Quémalo todo»*.

«Hestizo», murmuró mentalmente la voz de la orquídea. *«Lo siento mucho. Estaba enferma y no podía… No podía…». «Lo sé»*.

Zo se agachó, cogió en brazos el cadáver de su hermano, lo levantó y apretó la mejilla fría de Rojo contra la suya. Le cerró los párpados y miró lentamente hacia arriba, a lo alto de la pared aparentemente interminable, hacia la tenue promesa gris de la luz del día.

«Lo siento».

Le besó la mejilla, llorando un poco, y lo soltó después de tumbarlo lentamente.

Luego fue hasta la pared del fondo y apoyó las manos. Volvió a ver las profundas inscripciones talladas en la piedra negra y lisa, un renglón tras otro hasta llegar a lo más alto. Scabrous le había dicho que Darth Drear había construido aquel templo para alcanzar la inmortalidad, y había grabado las paredes con escritos y planes sobre la extinción de los Jedi.

En este caso serían su salvación.

Metió los dedos en las letras cinceladas y, sirviéndose de las palabras talladas como punto de apoyo, comenzó a trepar.

Capítulo 42

TREPADORES

A veinte metros de la parte superior del agujero, los vio mirándola fijamente.

Estaban en cuclillas, rodeando la abertura rectangular de la fosa, agarrándose al borde, mirando con los ojos brillantes y hambrientos a la luz naranja y parpadeante que llegaba desde el fondo de la fosa. Un hilillo de color rosado goteaba de sus bocas entreabiertas.

Había muchos, muchísimos.

Durante un segundo, Zo se quedó parada y se agarró con fuerza, temblando, con los dedos entumecidos y ensangrentados por la interminable subida por la pared. Sentía tantos calambres en las manos que era como si alguien le hubiese metido clavos en los nudillos. Los músculos de las pantorrillas le temblaban y le suplicaban que los liberase. De no haber sido por la Fuerza, sabía que nunca habría llegado hasta allí, pero ahora que veía lo que la esperaba allí arriba…

Abrieron la boca como uno solo y gritaron.

Zo apartó la cara con una mueca y sintió el hedor de la infección en el aliento de las criaturas mientras miraba hacia abajo, al fondo del pozo, donde las llamas se habían adueñado del antiguo templo de Drear y el humo subía tanto que ya no podía ver el cadáver de su hermano ni los restos de lo que había sido Darth Scabrous.

Luego volvió a mirar.

Estaban empezando a bajar arrastrándose por las paredes. Los cadáveres de los alumnos de la academia Sith de Odacer-Faustin bajaban hacia ella a toda velocidad. El hambre en sus caras ya era inconfundible.

«Hestizo», murmuró la voz de la orquídea. *«Intentaré crecer en ellos, voy a intentarlo, pero cuando salgan las enredaderas, no creo que…»*.

Zo asintió con la cabeza una vez en un gesto grave. No podía hacer otra cosa. Intentó invocar a la Fuerza, buscó la sensación de protección y de paz que la había invadido justo antes de librarse de las correas que la ataban a la mesa, y solo halló una ausencia entumecida y muda, como la sensación fantasma de un miembro amputado. Estaba demasiado preocupada, había permitido que el miedo la invadiese por completo y no podía concentrarse.

La criatura que tenía más cerca estaba casi a su lado y ya abría la boca, nerviosa. Zo comprendió que iba a gritar de nuevo y luego se abalanzaría sobre ella. La chica comenzó a retroceder y los pies le resbalaron de la grieta en la roca donde estaba apoyada.

Zo sintió que se le escapaba un suspiro silencioso. Durante un segundo acongojante, se quedó colgando de las puntas de los dedos y dándole patadas al vacío, incapaz de encontrar nada a lo que agarrarse. La criatura que bajaba arrastrándose hacia ella ya estaba lo bastante cerca como para tocarla, con aquella rabia urgente irradiando desde el centro de su estúpida cara de muerto.

«Hestizo», gritó la orquídea. *«Hestizo, no te sueltes…»*. *«No puedo agarrarme, no puedo…»*.

Se le resbalaron los dedos y sintió que empezaba a caer.

En ese mismo momento, el que estaba más cerca se abalanzó sobre ella, agarrándose a las inscripciones talladas en la superficie negra y brillante con la mano izquierda mientras estiraba el brazo derecho para agarrarla del cuello. Algo hizo un ruido sordo en la laringe de Zo y sintió la tensión fría y resbaladiza del pulgar y el índice de la criatura sujetándole el cuello como una abrazadera de hierro. Acto seguido, tiró de ella hacia arriba.

La criatura volvió a gritar, tan fuerte que Zo sintió la presión en los tímpanos y en el cráneo, que atravesó como si fuera cera caliente. Ahora estaban todas gritando y arrastrándose hacia ella,

llenando el interior de la larga abertura con sus cuerpos a medida que avanzaban hacia ella, de modo que los ojos llorosos de Zo ya no alcanzaban a ver la superficie, ni las palabras talladas en la piedra. Ahora la pared era una capa sólida de carne ondulante.

La criatura que la tenía sujeta por la garganta la levantó con una fuerza imposible hacia su boca, que no paraba de salivar. Zo alzó las manos en un gesto instintivo de defensa y las estampó contra la piel fría de la criatura que avanzaba arrastrándose por encima de su agresor, posiblemente con la intención de llegar hasta ella antes que el otro cadáver. La agarró del brazo derecho, y el otro del izquierdo. Ambos empezaron a tirar de ella y a punto estuvieron de desencajarle los brazos. Allí, a cientos de metros por encima de los restos quemados del templo de Scabrous, iban a hacerla pedazos.

«Crece…».

Zo ni siquiera estaba segura de si era la orquídea, o ella misma, quien había pensado la palabra, pero eso carecía de importancia. A punto de desmayarse, vio que de las orejas y las fosas nasales de las criaturas salían zarcillos verdes, pero ya era demasiado tarde, eran demasiados.

Entonces, un disparo de desintegrador hendió el aire desde lo alto y abrió un agujero en la pared.

Cuando Zo miró hacia arriba, lo vio claramente. Era una luz blanca y brillante, tan intensa que hizo que los párpados se le llenasen de lágrimas y luego le bajasen por las mejillas.

«¿Pero qué…?».

Una segunda descarga alcanzó la pared, a varios metros por encima, e hizo temblar todo el agujero. Zo levantó una mano, se agarró al borde irregular del cráter que había dejado en la pared y avanzó apoyando los codos hasta que pudo agarrarse con seguridad. Ahora la luz brillaba a impulsos por todas partes, lo llenaba todo e inundaba el agujero desde arriba.

Cuando sonó la tercera descarga, Zo ya había entrado arrastrándose en su nuevo escondrijo y se estaba abrazando las piernas. El enorme agujero retumbó con violencia a su alrededor. Los cuerpos fueron cayendo en picado, desalojados de su posición privilegiada, y pasaron junto a ella sin dejar de gritar, agarrados los unos a los otros como si el vínculo infernal que la muerte había

forjado entre ellos pudiese salvarlos.

Zo los vio caer al fuego.

Miró hacia arriba y vio que aún quedaban muchas decenas, pero subían arrastrándose hacia la parte superior del pozo para no caerse.

Zo parpadeó. Algo largo y fino colgaba delante de sus narices. «Es una enredadera», pensó, «otra enredadera, y desearía no volver a ver ninguna más en toda mi vida».

Pero no era una enredadera.

Era un cable de remolque.

Capítulo 43

ANTE LOS CAÑONES

Zo se inclinó hacia adelante, asomó la cabeza por el cráter y agarró el cable con los dos brazos, se lo apretó con fuerza contra el pecho, se lo enrolló a la cintura y se lo ató descuidadamente alrededor del cuerpo para que la sujetase por debajo de los brazos. No confiaba en sus dedos maltrechos para agarrar nada ni durante un segundo, por más que le fuese la vida en ello. Tenía las manos entumecidas, como si en las muñecas le hubiesen injertado dos trozos fríos de nerf asado.

Se apartó de la pared empujando con las piernas y se dejó caer.

Entonces el cable se tensó y la constriñó justo por encima de los pechos. Su cuerpo quedó colgando, balanceándose de un lado a otro como un péndulo en el centro del agujero. Luego, lentamente, notó que tiraban de ella desde arriba y que subía hacia una luz blanca azulada. Zo echó la cabeza hacia atrás. Con una mueca de dolor, intentando mirar aquello tan brillante, solo alcanzó a distinguir varias formas imprecisas por encima de ella, unos rectángulos alargados y unos largos tubos que supuso que formaban parte del techo de la biblioteca.

Cuando salió del pozo, captó varias cosas al mismo tiempo. Aquella parte del techo estaba destrozada y aquel espacio y el pozo quedaban al descubierto. La nieve caía a través de los haces de luz blanca. Cayó en la cuenta de que eran luces de aterrizaje. Lo que

ella había supuesto que era el techo alto era en realidad el vientre de la nave espacial. El cable de remolque seguía tirando de ella hacia el interior de la escotilla abierta.

Pasado un segundo, reconoció aquella nave.

Era el *Mirocaw*.

Cuando el cable la arrastró hasta el interior de la nave, algo salió de la oscuridad y Zo sintió unas garras frías que la agarraban de los hombros y las caderas y la subían. De pronto se dio cuenta de que estaba demasiado débil y cansada para seguir luchando. Fuera lo que fuese lo que se había tomado la molestia de sacarla a rastras del pozo, Zo ya no podía hacerle frente.

—Entra —gruñó la voz de Tulkh.

Zo abrió los ojos y vio al whiphid agachado frente a ella, en cuclillas sobre sus patas traseras, con la mitad de la cara oculta entre la sombras. Al otro lado estaba el HK, el droide ayudante de Darth Scabrous, que la miraba con aquella mirada indiferente y analítica propia de la inteligencia artificial altamente desarrollada.

—Parece que se encuentra bien —dijo el HK—. Tengo que realizarle una exploración de diagnóstico para asegurarme de que no está infectada. —Se calló y en su pecho se abrió un pequeño panel de acero de donde salió una jeringuilla—. Quizá esto te duela un poco.

¿Dolerle? Zo se habría reído de no haber estado tan deshecha por el miedo y el agotamiento. Después de todo lo que había sufrido, casi ni notó la aguja. Permitió que el droide le sacase una muestra de sangre y, por un momento, no se oyó ningún otro sonido aparte del zumbido de sus procesadores y el constante ronroneo de las turbinas de la nave.

—La muestra está limpia —informó el HK diligentemente—. No está infectada.

El whiphid no dijo nada; se limitó a gruñir y se encogió de hombros, como si no esperase menos. Luego se puso en pie y se alejó pesadamente.

Zo se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Tulkh? —alcanzó a decir. Su voz era ronca y apenas podía articular más que un susurro—. ¿Tulkh?

El whiphid se detuvo sin darse la vuelta y miró lentamente por

encima del hombro.

—Gracias.

Tulkh volvió a encogerse de hombros.

—No ha sido idea mía.

—Ya, supongo. —Zo soltó un suspiro y se dejó caer sobre la piel fría y metálica de la bodega del *Mirocaw*. El HK aún se cernía sobre ella, con sus receptores visuales parpadeando en la penumbra de la bodega.

—¿Quién pilota este trasto? —preguntó Zo.

—Alguien llamado Pergus Frode. Ha…

—¿Quién?

El HK tardó en contestar.

—Estoy captando contaminación de algún tipo —dijo—. Muy cerca.

Zo se quedó mirándolo.

—¿No habías dicho que estaba limpia?

—Tú sí. —El zumbido se había vuelto más fuerte y ahora parecía alarmado—. Pero no puedo decir lo mismo de alguna otra cosa a bordo de la nave…

La nave se escoró con fuerza hacia babor y Zo se estampó contra el mamparo. Sonaron las alarmas, acompañadas por las luces azules que se movían frenéticamente. La chica se incorporó a tiempo de ver al HK doblando la esquina en dirección a los peldaños de acero que llevaban hacia arriba, a través de la escotilla oval, a la cabina de vuelo principal.

—Espera, ¿qué está pasando?

El droide no contestó ni siquiera aunque Zo lo siguió por la pasarela hasta la cabina. Para cuando la segunda explosión alcanzó al *Mirocaw*, no necesitó que le contestase. Ya sabía la respuesta.

Les estaban atacando.

Capítulo 44

COMIDA CRUDA

El ingeniero de mantenimiento de pelo castaño tenía un aspecto demacrado, allí en el asiento del piloto. Agarraba los controles de la nave con ambas manos y su expresión estaba a medio camino entre la preocupación y la incredulidad más absoluta. En el exterior del casco del *Mirocaw* otra explosión sacudió la nave y la desplazó hacia atrás. Por encima de los estridentes sonidos de las alarmas de colisión de la nave, Zo oyó astillarse el acero de la parte inferior de una de las alas.

—¿Qué es lo que nos está disparando? —preguntó la chica.

—Los cañones de defensa de Scabrous —gritó aquel hombre, señalando con la cabeza hacia delante. En su cara brillaron las balizas de emergencias rojas y blancas—. Ahí abajo.

Zo agarró el respaldo del asiento del piloto y miró por la ventana de la cubierta transparente. Lo que vio bastó para helarle la sangre. Aún estaban flotando por encima del planeta, a poco más de medio kilómetro por encima de la superficie azotada por la nieve de Odacer-Faustin. Entre los templos derrumbados y los edificios de piedra, los pesados cañones que habían salido de la tierra apuntaban hacia arriba y sus rayos de energía martilleaban la nave con pesadas descargas de artillería.

—¡Sácanos de aquí! —gritó Zo.

—¡No es tan sencillo! ¡Están proyectando un sólido muro de

contención en el horizonte superior!

—¿Cómo?

—¡Que no quieren que nos vayamos! —Frode se dio la vuelta y la miró a los ojos. Los ojos del piloto eran sorprendentemente azules —. ¡Y no puedo mantener los escudos deflectores en este pedazo de chatarra!

—¿Dónde está Tulkh? —preguntó Zo.

—¿Quién?

—¡El whiphid! ¡El propietario de la nave!

El HK no respondió de inmediato. Zo resistió el impulso de agarrar a aquella cosa de los procesadores y zarandearlo. No podía imaginarse al whiphid cruzado de brazos mientras los cañones Sith hacían pedazos su nave, pero no lo había visto desde que se había marchado, y si el droide sabía algo de…

—¿Puedes desactivar los cañones? —preguntó Zo. El HK emitió un zumbido grave de resignación.

—No mediante control remoto… ya no.

—¿Cómo podemos pararlos? ¡Nos van a derribar!

—El sistema de control principal está en el interior de la torre —dijo el droide—. Quizá podría anular el sistema de forma manual. Pero eso implicaría…

¡BOOM! Otra ráfaga de descargas, la más grande hasta el momento, golpeó al *Mirocaw* desde abajo y estuvo a punto de volcarlo. Zo se sentó en la silla del copiloto y se pasó la red de contención por los hombros y la cintura. Vio hileras enteras de torretas de duracero sobresaliendo de la nieve, con sus cañones disparando una oleada tras otra de impulsos de color rojo contra la nave.

—Haznos aterrizar —le gritó a Frode, indicando el lugar donde se alzaba la torre de Scabrous señalándolos como un dedo negro acusatorio. Frode no discutió y tiró de la palanca de mando para hacer descender al *Mirocaw*. Se zambulló entre los edificios de la academia y luego volvió a subir.

Por un instante, la parte superior de la torre apareció a sus pies como un disco negro y plano rodeado de luces por debajo. Se oyó un fuerte ruido metálico cuando el tren de aterrizaje del *Mírocaw* chocó contra el metal de la azotea. Otra descarga de fuego de

desintegrador bombardeó justo delante de ellos y el último disparo rebotó en el costado de la nave. Se oyó un nuevo gemido constante y agudo que cayó en el silencio cuando falló el último de los escudos deflectores.

—Deprisa —le espetó sombrío Frode—. Aquí arriba no duraremos ni treinta segundos más.

El HK ya había desaparecido de la cabina y estaba bajando por la escotilla hasta la bodega. Un segundo después, aulló la alarma que anunciaba que había una escotilla abierta. Zo y Frode miraron fuera de la cabina, a lo alto de la torre.

—No —gritó ella.

—¿Qué?

Zo señaló con el dedo mientras un frío horrible la invadía por dentro y se le hacía un nudo en la garganta. En el exterior de la nave, con los primeros colores grises del amanecer, vio a la primera de las criaturas que trepaba al techo desde el interior de la cámara superior de la torre, atravesaba retorciéndose las ventanas rotas del último piso y se acercaba a la nave. Comprendió que la torre estaba infestada de cadáveres. Recordó lo que había dicho el droide.

—¿Hay alguien más a bordo?

—Solo ese cazarrecompensas whiphid. —Frode frunció el ceño —. ¿Por qué?

—El HK ha dicho que había algo infectado a bordo.

—¿Cómo? —Se miró a sí mismo y se dio unos golpecitos con las manos en el traje de vuelo, como buscando algún indicio de la enfermedad—. ¿Dónde?

—No lo ha dicho, pero…

¡THOOM! Una enorme descarga de energía alcanzó el costado del *Mirocaw* con la fuerza suficiente para hacer que se desprendiese el tren de aterrizaje y lo desplazase hasta la otra punta de la azotea de la torre, justo hasta el borde. A través de la cabina, Zo vio que el morro de la nave se movía hacia delante, se estampaba contra la multitud de cadáveres congregados delante de ella, los tiraba de la azotea y los hacía caer uno tras otro. La nave siguió deslizándose, se tambaleó, se inclinó y cayó en picado.

De pronto, Zo comprendió que estaba mirando en perpendicular la superficie del planeta, que avanzaba a toda velocidad hacia

arriba, hacia ellos.

«Estamos cayendo», gritó mentalmente. «Vamos a…».

Frode agarró la palanca de mando. El *Mirocaw* giró violentamente hacia arriba en el último segundo, evitó así el afloramiento rocoso de la arquitectura Sith y salió disparado hacia arriba.

Removiéndose en el asiento, Zo volvió a mirar la torre, claramente visible con la luz de la mañana. La azotea estaba atestada de criaturas Sith, de todos los alumnos de la academia que habían resultado infectados, que salían por las ventanas y ocupaban el espacio vacío donde había estado posado el *Mirocaw*. Estaban con la boca abierta, gritando al unísono, y aunque Zo no podía oír sus gritos, una parte de ella pudo notar cómo retumbaban en su pecho, su cerebro y su corazón. Sabía que tendría que pasar mucho tiempo antes de que aquel grito desapareciese por completo de su memoria, si es que alguna vez desaparecía.

—El droide debe de haber llegado a los mandos principales —dijo Frode, señalando hacia abajo—. Mira.

Zo se giró y vio que los turboláseres de tierra de Scabrous giraban de nuevo. Al principio pensó que estaban apuntando de nuevo a la nave, pero entonces comprendió que habían seguido girando hasta que por lo menos una docena de los cañones tenían en el punto de mira digital el mismo objetivo central.

La torre.

«El droide», pensó Zo. «El HK sigue ahí arriba…».

Los cañones láser dispararon todos al mismo tiempo. Cada uno escupió un rayo de energía sólida dirigido a la parte superior de la torre. Las descargas la alcanzaron de forma simultánea y la torre explotó en una lluvia cegadora de metralla y llamas, mientras una enorme nube de combustión secundaria se extendía desde el interior y crecía hasta formar un inmenso anillo devorador cuando explotaron los reactores principal y secundario.

El estallido fue colosal e hizo que temblase todo. En la cabina del piloto, Pergus Frode, que apenas sabía nada de combustión o reactores pero dominaba los rudimentos de la supervivencia, tuvo el aplomo suficiente para abrir al máximo los propulsores del *Mirocaw*. Fue lo único que evitó que a la nave la absorbiese la onda de

choque, y bastó con eso.

A la velocidad de escape atravesaron la atmósfera de Odacer-Faustin. Mientras se preparaban para el salto a la velocidad de la luz, Zo aún podía sentir un temblor recorriendo la nave. Al mirarse los dedos, vio que estaba agarrando el reposabrazos del asiento del copiloto con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Con un poco de esfuerzo lo soltó, carraspeó y le tendió una mano al hombre que pilotaba la nave.

—Por cierto —dijo temblándole la voz—, me llamo Hestizo Trace.

—Pergus Frode. —El piloto suspiró y le estrechó la mano—. Encantado de conocerte.

—Pilotas muy bien.

—Hace tiempo piloté muchas naves —contestó, y arqueó ligeramente la ceja derecha—. Espera, ¿adónde vas?

—A la bodega —dijo Zo—. Tengo que comprobar una cosa.

Capítulo 45

MAZLOT

Zo entró lentamente en la sala de trofeos, prestando atención a cada detalle. La sala donde se había despertado por primera vez estaba tal como la recordaba: con los huesos y las pieles, las calaveras en la pared y los trofeos de caza del whiphid, todos sorprendentemente ordenados y organizados a pesar de las descargas que habían alcanzado la nave. Era como si alguien, o algo, hubiese entrado un momento antes para enderezarlo todo. El aire estaba enrarecido por el olor a grasa derramada y a aceite quemado y el empalagoso y constante hedor a la sangre reseca.

Dio un paso más, se agachó por debajo de una hilera de ganchos oxidados para carne que colgaban de poleas sobre su cabeza, y se detuvo para mirar atentamente el rincón más alejado. Allí había algo acurrucado, escondido de la luz, una silueta baja y voluminosa cuyo contorno eludía las formas y los detalles. Zo oyó el susurro de su respiración.

—¿Tulkh?

La forma cambió y se retorció un poco, lo suficiente para que Zo vislumbrase uno de los ojos arrugados mirándola. Comprendió que el whiphid se había amarrado a la pared, sujetándose con varias cadenas y cables pesados y una abrazadera metálica: una especie de prisión de cuello para los esclavos que le inmovilizaba el enorme cuello. Unos coágulos de color rojo y unas llagas supurantes

asomaban por el pelo que tenía alrededor de la cara.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Zo.

Tulkh resopló, levantó la cabeza y la mandíbula le crujió al abrir la boca.

—¿A ti qué te parece?

Zo respiró hondo. A pesar de todo lo que había visto hasta el momento, sintió una punzada de dolor al ver los estragos que había hecho la enfermedad en la cara del whiphid. Tenía el ojo y todo el lado derecho de la cabeza horriblemente hinchados por la infección y el tejido necrótico haciendo de las suyas por dentro. De unas pústulas supurantes en la frente y en la mejilla le goteaba un líquido espeso que le caía por el pecho. Hasta el colmillo que le sobresalía del lado derecho de la mandíbula se había vuelto de un color amarillo enfermizo, como el de un diente cariado.

—¿Tú? —preguntó ella.

Tulkh hizo un ruido gutural y señaló con la cabeza las cadenas que lo amarraban a la pared.

—Me he atado —alcanzó a decir—. Lo puedo sentir. Se acerca.

—¿Cómo te has…?

—Un lagarto de las nieves.

—¿Cómo?

—Uno infectado. Me ha escupido. —Tulkh emitió un sonido compungido que en realidad podría haber sido una risa irónica—. Me habrá entrado sangre en los ojos. Después de todo lo que ha pasado…

—Puede que…

—Toma. —Levantó una mano y Zo vio que estaba agarrando el extremo roto de su lanza. Quizá le quedase medio metro del astil, con la punta de flecha de pedernal que parecía tan afilada como la primera vez que la había visto Zo—. Quédatela. Podría darte suerte.

—Oye —dijo Zo—. La enfermedad te ha afectado de manera diferente. Sigues vivo. Quizá haya algún modo de… —Mazlot.

—¿Cómo?

El whiphid echó la cabeza hacia atrás para señalar la pared de dos metros a la que se había amarrado y Zo vio el sello de goma que la rodeaba, con los bordes exteriores ligeramente redondeados como la curva de un monitor pasado de moda.

—Este panel entero puede desprenderse. Solo hay que desactivar el sellado con ese interruptor de la pared del fondo.

Zo miró el interruptor que señalaba el whiphid, en la otra punta de la bodega. Recordó haberlo visto la primera vez que había estado allí, y también se había percatado de que había algo escrito, pero no había podido leerlo porque estaba cubierto de musgo. Ahora había menos musgo y ella pudo ver la palabra escrita en mayúsculas:

MAZLOT

—Significa «cámara estanca» —dijo Tulkh, asintiendo con la cabeza—. Vamos, hazlo.

—Puede que…

—Ahora. —Tulkh empujó hacia adelante con la fuerza suficiente para que la cadena se tensase y los cerrojos crujiesen. Le arrojó la lanza, esta vez con el filo hacia ella. Zo la esquivó y la lanza aterrizó con un ruido metálico en la otra punta de la cámara entre un montón de calaveras.

Tulkh se desplomó hacia atrás, aparentemente agotado por el esfuerzo. Cuando levantó la cabeza de nuevo, la luz de sus ojos rasgados había cambiado y había adoptado un tono que Zo desconocía. De los labios se le escapó un gruñido semejante a un gorgoteo.

Zo retrocedió para recoger la lanza rota, se agachó, la cogió y se fijó en el interruptor de la cámara estanca. En el curso del último día nadie había demostrado ninguna piedad. Si el whiphid le pedía una muerte rápida, pensó que ya sabía de sobra lo que pasaría y que debía concedérsela. Pero…

A sus espaldas oyó un grito y un estruendo ensordecedor.

Se dio media vuelta y vio a la criatura abalanzándose sobre ella desde la puerta de la sala de trofeos. Un alumno Sith al que no había visto antes se disponía a embestirla con su boca de muerto abierta de par en par en un rictus ovalado. Los ojos de la criatura eran de un color verde intenso, como esmeraldas en llamas, y por encima de los hombros le caían largos mechones de pelo rojizo que se mecían y le golpeaban con fuerza en la cara mientras intentaba morderle. La túnica de la academia parecía un delantal tieso de tan ensangrentada como estaba.

¡Zaca! Zo le clavó la lanza en la cara y lo empujó hacia atrás,

pero no lo suficiente. La criatura volvió a abalanzarse sobre ella, y cuando gritó, Zo oyó a Tulkh gritar a sus espaldas con el mismo tono y volumen. Comprendió que la Enfermedad había despertado en su interior y que ya no podía hacer nada.

«Usa la Fuerza…». Oyó la voz de la orquídea en su cabeza, apenas audible pero clara. La estaba guiando. *«Concéntrate, Hestizo»*.

Zo asintió para sí y levantó las manos como siempre hacía cuando estaba en sintonía con el gran campo de energía que la rodeaba. La criatura Sith —inexplicablemente sabía que antes se hacía llamar Lussk, y que la Enfermedad le había prometido jugar un papel decisivo— la embistió. Zo lo agarró por la parte delantera del uniforme, ahora tieso por la sangre, y lanzó su cuerpo hacia arriba. Le dio la vuelta y, con la cara por delante, lo arrojó contra el primer gancho para carne que colgaba sobre su cabeza, de modo que la parte inferior de la barbilla se clavase directamente en la lengüeta oxidada del gancho y le atravesase la boca.

La criatura Sith se retorció en el aire, pataleando con furia, agitando los brazos, pero incapaz de liberarse.

«Ahora, Hestizo. ¡Ahora!».

Lo rodeó por detrás, afirmó el pie y empujó. Los ganchos y las poleas estaban encajados en unas guías que iban de un lado de la bodega al otro. La criatura Sith cruzó la cámara a toda velocidad colgando de la mandíbula y se estrelló contra Tulkh. El whiphid logró soltar un brazo, echó la cabeza hacia atrás y gritó de nuevo.

«Ahora…».

Zo levantó un brazo, encontró otro cable que colgaba del techo y se lo envolvió con fuerza alrededor del brazo. Con los dedos de la mano que le quedaba libre apretó el interruptor rectangular.

MAZLOT.

Se oyó un silbido agudo, como el de una lata de aire comprimido al abrirse, y toda la pared trasera de la bodega se desprendió. El panel sellado desapareció, aspirado por el vacío.

El whiphid y la criatura Sith se alejaron volando, y tras ellos partió una estela de pieles y huesos vertidos al espacio. Zo no se soltó. El cable se le clavó en el antebrazo. Tras ella se volcó un caldero de grasa licuada que se derramó por el suelo. Zo se resbaló y las piernas salieron disparadas hacia el vacío. La chica consiguió

no soltarse y volvió hasta la escotilla de salida de la bodega del *Mirocaw*. Pasó al otro lado y pulsó un botón de la consola que había fuera para sellar la escotilla.

La última imagen que se llevó de la bodega fue la de una cámara de metal desnuda cuyo contenido lo había engullido el vacío del espacio en cuestión de segundos. Hasta la última pieza de la truculenta colección de trofeos del whiphid había desaparecido, junto con el crecimiento vegetativo que había marcado su breve estancia allí… todo aspirado por el vacío implacable e insaciable.

A fin de cuentas, a Zo no le sorprendía.

Había aprendido que la galaxia podía ser un lugar muy hambriento.

Capítulo 46

HASTA EL FINAL

Cuando regresó a Marfa, Bennis la estaba esperando en el Nivel Beta Siete tras un bosquecillo de bambú onderoniano.

—Bienvenida, Hestizo. —Sonrió al verla acercarse, se apartó de tos tallos de color peltre pálido que se alzaban de las luces de crecimiento y le tendió la mano.

Zo lo abrazó, quizá con demasiada fuerza, y lo soltó cuando notó que Bennis hacía una ligera mueca de dolor.

—Lo siento. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo —contestó él, dándose un golpecito en el pecho—. Recuérdame que te enseñe la cicatriz cuando me quiten las vendas. Es impresionante.

—¿Ya estás recuperado?

—Lo estaré pronto. La Fuerza cura con rapidez. —Su sonrisa se desvaneció y su cara se entristeció—. Me he enterado de lo de Rojo. Todos nos hemos enterado, claro. Hestizo, lo… lo siento mucho.

La chica asintió con la cabeza y, durante unos segundos, ninguno de los dos habló. A veces, las palabras no podían transmitir el dolor del corazón, y el silencio era la respuesta más acertada. Pasado un rato, notó que Bennis intentaba cogerle la mano.

—Ven, tengo que enseñarte una cosa.

Lo siguió a través del largo invernadero, dejaron atrás las plantas y las especies conocidas, con sus tallos y ramas alzándose

por encima de ella y algunas susurrando su nombre. También pasaron junto a los otros Jedi que trabajaban allí. Un poco más adelante vio la cámara de incubación. Bennis abrió la escotilla y entraron los dos.

«¿Hestizo?».

La chica se detuvo y miró a la orquídea Murakami que crecía delante de sus narices, con sus anchos pétalos, casi temblando de expectación y emoción, y sonrió.

«Hola».

«Hestizo, he oído hablar mucho de ti. Hablemos, tenemos que…».

—La segunda de su especie —dijo Bennis—. Ha llegado esta mañana. Huelga decir que ha estado esperando tu regreso con mucho entusiasmo.

—No me cabe duda —contestó Zo, estirando el brazo para tocar los pétalos de la flor.

«Tú estabas con mi hermana de semilla», dijo la orquídea, arqueándose hacia la muchacha. «¿Es cierto?».

«Sí, así es», contestó Zo, y pensó en la voz de la primera orquídea, la que aún oía mentalmente. *«Y sigo estando con ella, en cierto modo. Me salvó la vida».*

«¿En serio?».

Bennis sonrió de nuevo con la sonrisa indulgente de un padre orgulloso y le dio una palmadita a la pequeña orquídea.

—Tranquila —dijo—. Habrá tiempo de sobra para eso cuando Hestizo se haya instalado de nuevo.

—En realidad… —Zo lo miró a los ojos—. Quería hablar contigo sobre eso.

—¿Ah?

—Me marcho durante una temporada. —Bennis esperó sin decir nada—. Estoy pensando en volver al templo Jedi en Coruscant para seguir estudiando. No es que no me guste estar aquí, claro, pero siento… que me quedan cosas por aprender.

Bennis se quedó callado un momento y luego asintió con la cabeza, como si aquello no le hubiese sorprendido.

—Tenía el presentimiento de que me dirías eso.

—Durante mi ausencia he visto cosas… —Zo tomó aire y lo retuvo hasta que estuvo segura de que su voz volvía a ser firme—.

¿Has oído hablar de lo que pasó en Odacer-Faustin?

—Algunas cosas —reconoció Bennis—. Sí.

—Tengo pesadillas. Probablemente siga teniéndolas durante meses. Y creo que… —Negó con la cabeza—. ¿Y si no ha acabado? ¿Y si la Enfermedad que creó Darth Scabrous… logró salir de allí?

Bennis no contestó y se limitó a quedarse mirándola, hasta que Zo suspiró y esbozó una sonrisa.

—Hice un amigo, un aliado improbable… Un mecánico. Se llama Pergus Frode. Es un buen piloto. Él me llevara a Coruscant. Y luego… —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe?

—Espero que sigamos en contacto. —Dijo Bennis. Y acto seguido, con absoluta sinceridad, añadió—: ¿Hestizo?

—¿Sí?

—Que la Fuerza te acompañe.

Zo sonrió al oír aquella antigua expresión, unas palabras que había oído durante toda su vida y cuyo significado aún estaba aprendiendo a entender a un nivel personal.

—Igualmente.

Se quedaron un momento sin hablar. Zo se agachó y acarició a la orquídea suavemente con los dedos. Luego dio media vuelta, salió de la cámara de incubación y cruzó el nivel de investigación donde se había pasado buena parte de su vida adulta. Lo hizo sin prisa. Sabía que cuando llegase al hangar, Frode estaría esperándola con la nave, listo para llevarla a Coruscant y a lo que la aguardaba allí, fuera lo que fuese. Percibía que el mecánico sería un buen compañero de viaje. Parecía un tipo sencillo que escondía decenas de historias por contar y de sucesos que habían jalonado su vida y que lo habían llevado al improbable destino de Odacer-Faustin. Zo sintió que ya empezaba a confiar en él.

Mientras avanzaba hacia el turboascensor que la alejaría de todo aquello, Zo pensó en volverse para mirar por última vez a las plantas, a toda la vegetación que formaba parte de su vida en aquel lugar. Aquél era el mundo que conocía. Quizá debería replanteárselo, darse tiempo para recuperarse antes de pasar a otra cosa.

Las puertas del ascensor se abrieron; Zo entró y acercó el dedo al botón el tiempo suficiente para tomar aire y oler la vida vegetal que

estaba dejando atrás.

Aquello bastaba.

El futuro era aterrador, pero no podía evitarse, igual que tampoco se podía dejar atrás el pasado. Apretó el botón sin mirar atrás.